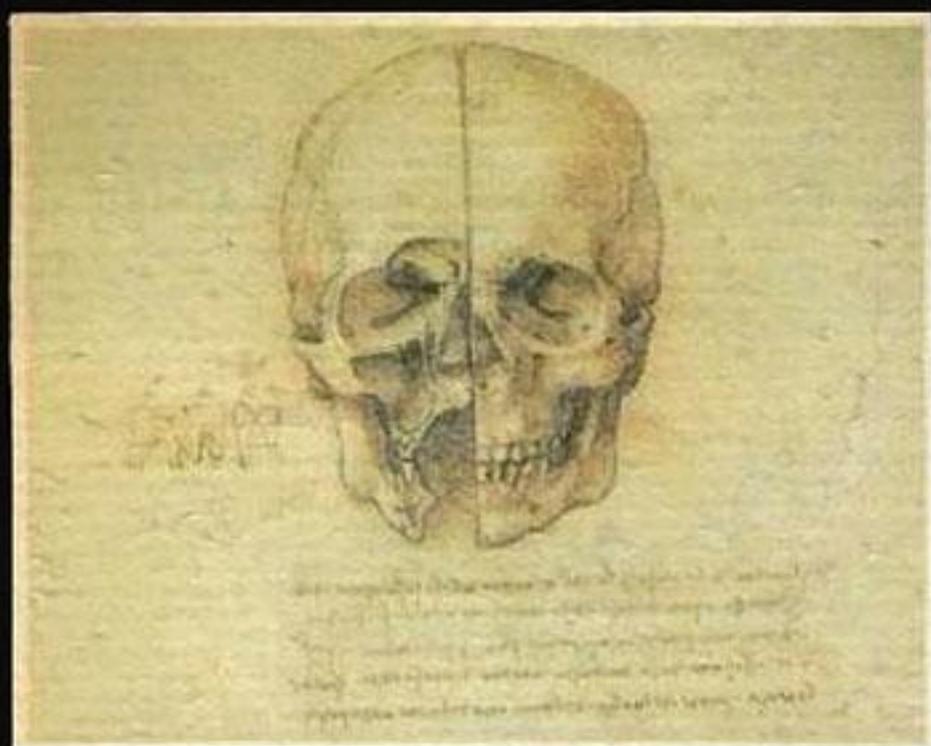


Iain
Banks



CÓMPLICE

Lectulandia

Cameron Colley, un periodista adicto a las drogas, al sexo y a los juegos de ordenador se ve envuelto en una trama de atroces crímenes perpetrados por un serial killer de extraordinaria imaginación y vertiginosa inteligencia. **Iain Banks** —«el novelista británico más imaginativo de su generación» el «Robert Louis Stevenson de la década de los noventa»— combina en esta novela la aventura desaforada con los retratos de los personajes más oscuros, extravagantes e inolvidables, y nos entrega en *Cómplice* una penetrante exploración de la codicia, la corrupción y la violencia en sus formas más extremas.

Lectulandia

Iain M. Banks

Cómplice

ePub r1.0

GONZALEZ 01.12.16

Título original: *Complicity*

Iain M. Banks, 1993

Traducción: Cristóbal Pera Román

Editor digital: GONZALEZ

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Ellis Sharp

SISTEMA AUTÓNOMO DE DISUASIÓN

Oyes el coche después de hora y media. Durante todo ese tiempo te has quedado aquí en la oscuridad, sentado en la silla que está al lado del teléfono, junto a la puerta de entrada, esperando. Solo te has movido una vez, después de media hora, cuando volviste a la cocina a comprobar cómo estaba la criada. Seguía allí, con los ojos en blanco en la penumbra. Había un intenso olor extraño en el aire y pensaste en gatos, a pesar de que sabes que él no tiene gatos. Entonces te diste cuenta de que la criada se había meado encima. Por un momento sentiste asco, y después un poco de culpa.

Cuando te acercaste emitió un quejido a través de la cinta aislante que le tapaba la boca. Comprobaste la cinta con la que estaba atada a la pequeña silla de la cocina y la cuerda que sujetaba la silla a la cocina Aga, aún caliente. La cinta estaba tal como la dejaste; o no había intentado desatarse, o lo había hecho pero no había conseguido gran cosa. La cuerda estaba bien atada y tensa. Alzaste la vista hacia las ventanas, que estaban con las cortinas corridas, y después enfocaste la linterna sobre sus manos, sujetas con la cinta a la parte posterior de la silla. Tenía los dedos en buen estado; no estabas completamente seguro debido al color aceitunado oscuro de su piel de filipina, aunque no creíste que se le cortarían la circulación. Le miraste los pies, tan pequeños en aquellas zapatillas de tacón bajo; también parecían sanos. Cayó una gota de orina sobre un charco que había sobre las baldosas, bajo la silla.

Cuando la miraste a la cara estaba temblando de miedo. Sabías que con aquel pasamontañas oscuro tenías un aspecto terrorífico, pero no podías evitarlo. Le diste unas palmaditas en el hombro para tranquilizarla un poco. Después volviste a la silla, junto al teléfono de la entrada. Durante ese tiempo hubo tres llamadas; escuchaste cómo el contestador las recogía.

«Ya sabe lo que hay que hacer», se le oía decir en la gastada grabación a cada comunicante. Su voz es rápida, cortante y con un ligero deje de clase alta. «Hágalo después de la señal».

«Tobías, viejo amigo, ¿cómo diablos estás? Geoff. Quería saber si tenías algún plan para el sábado que viene. ¿Te apetece un partido de golf en el soleado Sunningdale? Dame un telefonazo. Adiós».

Bip.

«Eh... sí, ahh, sir Toby. Soy Mark Bain de nuevo. Ah, ya le he llamado antes, y los dos últimos días. Humm... bueno, todavía sigo muy interesado en hacerle una entrevista, como le dije, sir Toby, pero, bueno, ya sé que usted no suele conceder entrevistas, pero le aseguro que no se trata de una encerrona y que, como compañero de profesión, valoro tremendamente sus éxitos y, sinceramente, me encantaría conocer más a fondo sus opiniones. Bueno... Por supuesto, depende de usted, y

respeto su decisión. Intentaré... intentaré localizarlo por la mañana en su oficina. Gracias. Muchas gracias. Buenas noches».

Bip.

«Tobes, cabrón, no seas tan grosero. Haz el favor de llamarme y contarme algo de esa historia del diario; sigue sin convencerme. Y haz el favor de arreglar el maldito teléfono del coche».

Sonreíste al oír ese último mensaje. La rudeza y el deje colonial de aquella voz, su tono autoritario, contrastaba con el amistoso tono de compadreo típico de la exclusiva escuela de Harrow del primer mensaje y con las súplicas lastimeras, de clase trabajadora de las Midlands, del segundo. El dueño del periódico. Desde luego se trataba de un hombre a quien te encantaría conocer. Alzaste la vista en la oscuridad, hacia la pared, junto al pie de las escaleras en donde hay varias fotografías enmarcadas. Hay una de sir Toby Bisset con Mrs. Thatcher, ambos sonriendo. Tú también sonreíste.

Entonces te quedaste sentado allí, respirando despacio, pensando, manteniendo la calma. Sacaste la pistola una vez, pasando la mano bajo tu ligera cazadora de lona hasta alcanzar el final de tu espalda, y desencajándola de entre tu camisa y tus vaqueros. La Browning se sentía cálida a través de los finos guantes de goma. Sacaste un par de veces el cargador, lo volviste a colocar y pasaste el pulgar por el pestillo de seguridad para asegurarte de que no estaba puesto. Volviste a ponerte la pistola en su sitio.

Entonces te agachaste, te subiste la pernera derecha de tus vaqueros y desenfundaste el Martini de su vaina ligeramente aceitada. La afilada hoja del cuchillo se resistía a brillar, hasta que la giraste lo suficiente para que reflejara la parpadeante lucecita roja del contestador automático. Había una pequeña mancha de grasa en la hoja de acero. Soplaste, la frotaste con un dedo cubierto por el guante de goma y volviste a inspeccionarla. Satisfecho, enfundaste el cuchillo en su vaina de piel y te bajaste la pernera del pantalón. Y así esperaste hasta que aparcó el Jaguar delante de la casa y se quedó el motor en punto muerto sonando en la silenciosa plaza, haciéndote recordar la razón que te había traído allí.

Te levantaste y observaste por la mirilla que había en la sólida puerta de madera. Ves la plaza a oscuras ahí afuera, distorsionada por la lente. Puedes distinguir los escalones que llegan hasta la calle, las barandillas a ambos lados de los escalones, los coches aparcados junto a la acera y los oscuros macizos de árboles en el centro de la plaza. El Jaguar está allí delante, junto a los coches aparcados. Al abrirse la puerta del coche se refleja en ella el color naranja del semáforo. Salen un hombre y una mujer.

De modo que no viene solo. Ves a la mujer ajustarse la falda de su traje mientras el hombre le dice algo al conductor y después cierra la puerta del Jaguar.

—Mierda —susurras. El corazón se te pone a cien.

El hombre y la mujer caminan hacia los escalones. El hombre lleva un maletín. Es él: sir Toby Bisset, el hombre de la voz rápida y cortante que se oía en el contestador.

Cuando el hombre y la mujer suben a la acera y se dirigen a los escalones, él la toma por el codo como para conducirla hacia la puerta desde donde tú estás observando.

—¡Mierda! —vuelves a susurrar y desplazas la vista hacia al vestíbulo lateral de las escaleras, que da al salón y a la cocina, en donde está la criada y en donde la ventana por donde entraste se encuentra aún medio abierta. Oyes sus pasos en la acera. Te pica la piel por debajo del pasamontañas. Él suelta el codo de la mujer, se cambia el maletín de mano y se mete una mano en el bolsillo del pantalón. Están en mitad de las escaleras del pórtico. Empiezas a sentir pánico y observas la pesada cadena que cuelga junto a la puerta al lado del aparatoso cerrojo. Entonces oyes el sonido de la llave en la cerradura, sorprendentemente cerca, y le oyes a él decir algo, y oyes la risita nerviosa de la mujer y eres consciente de que ya es demasiado tarde y entonces te calmas y te apartas de la puerta hasta quedarte con la espalda pegada a los abrigos del colgador de la entrada, y metes la mano en la cazadora de lona y te aferras a la densa masa de la cachiporra de cuero rellena de perdigones.

La puerta se cierra y ellos se encuentran frente a ti, y en ese instante puedes verlo ligeramente de lado colocando su maletín en la mesa que hay junto al contestador automático. La chica —rubia, bronceada, veinteañera y con una delgada cartera en la mano— te ve. Parece reaccionar en el último momento. Tú estás sonriendo bajo la máscara y te llevas un dedo a los labios. Ella no sabe qué hacer. Oyes el contestador automático rebobinándose, chirriando. En el momento en que la chica comienza a abrir la boca tú das un paso y te pones detrás de él.

Levantas la cachiporra y le golpeas con fuerza en la parte posterior de la cabeza, a un palmo del cuello de su chaqueta. Se derrumba instantáneamente, cae sobre la pared, se desploma encima de la mesa tirando al suelo el contestador automático mientras tú te vuelves hacia la chica.

Ella está con la boca abierta viendo cómo el hombre se ha quedado quieto, aplastado sobre la alfombra. Te mira y piensas que se va a poner a gritar y tensas los músculos dispuesto a arrearle un puñetazo. Entonces deja caer la delgada cartera y levanta las manos temblando, echando una última mirada al hombre que yace inmóvil en el suelo. Le tiembla la mandíbula.

—Oiga —dice—, por favor, no me haga nada. —Su voz aparenta más seguridad que sus manos o su mandíbula. Vuelve a mirar al hombre que está sobre la alfombra—. No sé quién... —y traga un nudo en la garganta mientras parpadea con nerviosismo. La observas mientras intenta hablar con la boca pastosa—... quién es usted, pero no quiero... Por favor, no me haga nada. Tengo dinero; puede quedárselo. Pero esto no tiene nada que ver conmigo ¿verdad? No me haga nada ¿de acuerdo? Por favor.

Su voz es refinada, una voz de Sloane, de Roedean. Su actitud te provoca desprecio y al mismo tiempo admiración. Miras al hombre; parece muy quieto. El contestador, que está ahora tirado en la alfombra, se detiene después de rebobinar hasta el final de la cinta. Te vuelves a mirarla y asientes con la cabeza lentamente.

Con un movimiento de la cabeza le indicas que se dirija a la cocina. Ella mira hacia allí, vacilante. Le señalas el camino de la cocina con la cachiporra.

—De acuerdo —dice ella—. De acuerdo.

Se pone a andar de espaldas por el vestíbulo, con las manos levantadas. Da de espaldas contra la puerta de la cocina y la abre completamente. La sigues y enciendes la luz. Ella sigue avanzando de espaldas y tú alzas una mano para indicarle que se detenga. Ella ve a la criada en la silla atada a la cocina. Le indicas que se siente en otra silla de la cocina. Mira de nuevo a la criada con los ojos abiertos como platos y, finalmente, parece decidirse y se sienta.

Te alejas de ella para acercarte al mostrador en donde está el rollo de cinta aislante negra. La sigues apuntando con la pistola mientras te levantas el pasamontañas por encima de la boca y despegas un trozo de cinta tirando con los dientes. Ella, calmada, no pierde de vista la pistola; lo que ha perdido es el color de su rostro. Mantienes el cañón de la pistola apretado contra su cintura mientras vas dando vueltas con la cinta alrededor de sus delicadas muñecas cubiertas de pulseras de oro. No dejas de mirar hacia la entrada, a todo lo largo del vestíbulo, en donde se encuentra una forma oscura encogida frente a la puerta principal, consciente de que estás corriendo riesgos innecesarios. A continuación dejas la pistola y te dedicas a atar con la cinta sus tobillos cubiertos por medias negras. Huele a *Paris*.

Le tapas la boca con unos diez centímetros de cinta y sales de la cocina, apagando la luz y cerrando la puerta.

Vuelves con sir Toby. No se ha movido. Te quitas el pasamontañas y lo metes en el bolsillo de la cazadora, sacas el casco que habías ocultado tras los abrigos del colgador, te lo pones, y lo agarras a él por las axilas y comienzas a arrastrarlo hacia el piso de arriba, por las escaleras, pasando junto a las fotografías enmarcadas. Sus talones van golpeando cada uno de los peldaños. Tu respiración resuena dentro del casco; es más pesado de lo que pensabas. Huele a algo caro que no puedes identificar; un mechón de su largo pelo canoso le cae sobre el hombro.

Lo arrastras hasta la sala de estar del primer piso y, una vez dentro, cierras la puerta con el hombro. La habitación está iluminada únicamente por la luz que viene de la calle, y en la semipenumbra te tropiezas con la mesita del salón y estás a punto de caerte; algo se cae y se rompe.

—Mierda —susurras, pero continúas arrastrándolo hacia los altos ventanales de dos hojas que dan a un pequeño balcón frente a la plaza.

Lo apoyas contra la pared, al lado del ventanal y miras al exterior. Una pareja pasa por la plaza; les das dos minutos para que desaparezcan y esperas a que pasen un par de coches, y entonces abres los ventanales y sales afuera, a la calurosa noche del barrio de Belgravia. La plaza parece tranquila; la ciudad se siente como un desvaído estrépito en la anaranjada oscuridad de fondo. Bajas la vista y ves los escalones de mármol de la escalinata y la alta verja de barrotes acabados en punta de lanza a cada lado del pórtico, y entonces vuelves adentro, lo agarras de nuevo por los sobacos,

atraviesas el umbral y lo dejas apoyado contra la balaustrada de piedra del balcón, que llega a la altura de la cintura.

Un último vistazo alrededor; un coche pasa por el otro extremo de la plaza. Lo levantas hasta dejarlo sentado sobre la balaustrada; se le cae hacia atrás la cabeza y emite un quejido. Se te mete el sudor en los ojos. Sientes cómo se remueve débilmente entre tus brazos mientras maniobras con su cuerpo hasta ponerlo en la posición adecuada y contemplas los barrotes de la verja tres o cuatro metros más abajo. Entonces lo empujas suavemente de espaldas.

Cae sobre los barrotes de la verja y se golpea la cabeza, la cadera y la pierna; se oye un chasquido sorprendentemente seco, un sonido crujiente; su cabeza se ladea y una de las puntas de lanza aparece saliendo por el hueco de su ojo derecho.

Su cuerpo se afloja y los brazos se quedan colgando a ambos lados de la verja, sobre los escalones de mármol y la escalinata que lleva al piso inferior, bajo el nivel de la calle; su pierna derecha se queda colgando sobre los escalones. Hay otro débil sonido crujiente cuando el cuerpo sufre un espasmo y después se queda flácido. La sangre que le mana de la boca se va derramando por el cuello de su camisa blanca y empieza a gotear sobre el mármol claro de los escalones. Te apartas de la balaustrada mirando a ambos lados. Hay gente caminando por el extremo más alejado de la plaza, a unos cuarenta metros, acercándose.

Te das la vuelta y entras de nuevo en la sala de estar, cierras los ventanales y sorteas la mesa del salón y el jarrón roto sobre la alfombra. Te vas abajo y entras en la cocina, en donde las dos mujeres están sentadas atadas a las sillas; sales de la casa por la misma ventana por la que entraste y caminas tranquilamente por el pequeño jardín trasero hasta llegar al callejón en donde dejaste aparcada tu moto.

Escuchas los primeros gritos, apagados y distantes, en el mismo momento en que sacas la llave de la moto del bolsillo. De repente sientes un extraño entusiasmo.

Te alegras de no haber tenido que hacerle daño a las mujeres.

Es un claro y frío día de octubre, fresco y brillante, con unas pocas nubecillas esponjosas que se arrastran por encima de las montañas con la brisa helada. Oteo con los prismáticos hacia el bajo declive de las calles cuadriculadas de Helensburgh, alzo la vista hacia las colinas y los bosques que están detrás y después desplazo la mirada hacia la izquierda siguiendo las colinas en el extremo de la ensenada y las montañas que hay al fondo. Puedo divisar las grúas, los muelles y los edificios de la base naval. A lo lejos se oyen unas voces y el sonido de unas sirenas por encima del ruido de los motores de los barcos y los helicópteros; bajo la vista hacia la lengua de tierra que está delante de mí, en donde hay unos centenares de manifestantes y de vecinos dando patadas en el suelo y ondeando pancartas. Un helicóptero pasa por encima. Miro al estuario, en donde hay otros tres helicópteros dando vueltas sobre la negra mole del submarino. El remolcador, las lanchas de escolta de la policía y los botes

hinchables que lo rodean se desplazan lentamente hacia la masa de barcos de la CND. Una moto de agua atraviesa el panorama salpicando un muro de agua por el aire.

Me quito las gafas y las dejo colgando del cuello mientras enciendo otro Silk Cut.

Estoy de pie sobre el techo de un contenedor de carga vacío que hay en un pequeño descampado cerca de la costa, en un pueblo llamado Roseneath, contemplando la ensenada de Gare Loch y la llegada del submarino Vanguard. Me llevo de nuevo los prismáticos a los ojos y observo el submarino. Ahora ocupa todo el campo visual, negro y casi anodino, a pesar de que apenas puedo percibir las texturas diferentes de las superficies curvas y del puente.

Las lanchas hinchables de los manifestantes dan vueltas alrededor del perímetro del sistema de satélites de seguridad que rodean el submarino y tratan de cruzarlo; los botes hinchables de la MOD son mayores que los de la CND y tienen motores más potentes; los agentes llevan boinas negras y monos oscuros, mientras que los de la CND llevan cazadoras de color y ondean grandes banderas amarillas. En el centro, el inmenso submarino se mueve rodeado por todos ellos, surcando plácidamente las aguas hacia la abertura de la ensenada. El remolcador de la RN va dirigiendo al submarino, pero no lo remolca. Un barco gris de control de las pesquerías sigue a la flotilla. Los enormes helicópteros retumban en lo alto.

—Eh, tú; échame una mano, cabrón.

Miro al final del contenedor y me encuentro con la cabeza y los brazos de Iain Garnett. Me saluda con una mano.

—¿Con que pisándome los talones como siempre, eh, Iain? —le digo mientras lo ayudo a subir apoyándose en el mismo barril de petróleo que había utilizado yo.

—Vete a la mierda, Colley —me dice Garnett cordialmente mientras se dobla para sacudirse el polvo de los pantalones. Iain trabaja para la competencia nuestra en Glasgow, el *Dispatch*. Está cerca de los cuarenta, echando kilos en la cintura y perdiendo pelo. Lleva puesto lo que parece ser un anorak de finales de los setenta sobre su arrugado traje gris. Señala con la cabeza el cigarrillo que tengo entre los labios—. ¿Tienes un cigarrillo?

Le ofrezco uno. Frunce el rostro con desdén cuando ve el paquete, pero de todos modos coge uno.

—Por Dios, Cameron. No puedo creer que fumes Silk Cut. El cigarrillo para la gente que se cree que lo está dejando. Te tenía por uno de los últimos tíos auténticos que abusan de sus pulmones. ¿Qué pasó con los Marlboro?

—Esos son para cowboys como tú —le digo al tiempo que le enciendo su cigarrillo—. ¿Y qué ha pasado con *tus* cigarrillos?

—Me los he dejado en el coche —dice.

Ambos nos damos la vuelta y nos quedamos en silencio contemplando las relucientes olas azules y la pequeña flota que rodea al submarino gigante. El Vanguard es mayor de lo que esperaba; inmenso, ancho y negro, como la sanguijuela más grande y más negra del mundo, con unas pequeñas aletas pegadas aquí y allá,

como unos detalles que se les hubieran ocurrido en el último momento. Parece demasiado grande como para poder pasar por la abertura que hay delante nuestro.

—Una bestia de la hostia, ¿eh? —dice Iain.

—Vale medio billón de libras, mil seiscientas toneladas...

—Ya, ya —dice Iain con voz cansina—. Y tan largo como dos campos de fútbol. ¿Pero has conseguido alguna información *original*?

—No te lo pienso decir —le contesto encogiéndome de hombros—; lee mañana mi artículo.

—Eres como un niño. —Se pone a mirar a su alrededor—. ¿Dónde tienes a tu hombre con la Instamatic y las instrucciones fotocopiadas para utilizarla?

Señalo con la cabeza hacia una pequeña motora que está esperando cerca de la abertura de la ensenada.

—Va a conseguir una imagen con gran angular. ¿Y el tuyo?

—Dos —dice Iain—. Uno está por aquí y el otro comparte un helicóptero con el ejército.

Ambos nos ponemos a mirar al cielo. Puedo contar cuatro Sea Kings de la Marina. Iain y yo nos miramos.

—¿No se han pasado un poco con los helicópteros? —le pregunto.

—Probablemente —dice encogiéndose de hombros— se están peleando para decidir quién de ellos aconseja al piloto del submarino.

Ambos volvemos a mirar el submarino. Las lanchas de los manifestantes están constantemente tratando de embestir al Vanguard pero siempre acaban siendo desviadas por las lanchas de la MOD, embistiendo sus cascos de goma los unos contra los otros y volviendo a botar sobre las encrespadas olas. Precedida por el remolcador, la bulbosa proa del submarino avanza suavemente hacia la bocana de la ensenada. Sobre la cubierta de la enorme embarcación hay marineros en posición de firmes con chalecos salvavidas amarillos, algunos frente a la alta torre cónica y otros detrás. La gente situada en la lengua de tierra frente a nosotros grita y se burla. Quizá algunos estén dando vítores.

—Déjame que eche un vistazo con tus prismáticos —dice Iain.

Le paso los prismáticos y él aprieta los ojos contra los lentes en el momento en que el remolcador de la Marina que guía al submarino se desvía lentamente hacia la abertura. En el casco lleva el nombre pintado: *Roisterer*.

—¿Cómo están las cosas por el *Caley*? —pregunta Iain.

—Bueno, como siempre.

—¡Guau! —dice apartando los ojos de los prismáticos y poniendo cara de sorprendido—. No me lo puedo creer; ¿estás seguro de lo que estás diciendo? Ten en cuenta que todavía estamos *on the record*.

—Tú si que vas a acabar en un jodido tabloide como el *Record*, gacetillero.

—Vosotros los chicos de la costa este tenéis envidia de nuestro sistema informático porque el nuestro funciona.

—Sí, hombre.

Contemplamos cómo aquella descarada forma fálica se desliza por la boca de la abertura de la ensenada ocultando con su elevado casco a la multitud que sigue en la lengua de tierra frente a nosotros. Unas pequeñas cabezas tocadas con gorras militares que sobresalen de la torre cónica miran hacia donde estamos. Les saludo con la mano. Uno de ellos me devuelve el saludo. Siento una alegría extraña mezclada con culpabilidad. Los helicópteros siguen con su ruido en lo alto; las arremolinadas trayectorias de las lanchas de la CND y de la MOD se ven constreñidas al pasar por la estrecha bocana; ahora las lanchas hinchables danzan y capean las olas juntándose entre ellas. En cierto modo parecen víctimas de parálisis espástica intentando bailar una danza escocesa, pero no es una imagen que vaya a utilizar en el artículo.

—Vaya manifestación ayer en Londres, ¿eh?

Asiento con la cabeza. Anoche vi por televisión las imágenes de multitudes empapadas invadiendo pacíficamente las calles de Londres para protestar por el cierre de las minas.

—Desde luego —digo yo. Aplasto el cigarrillo contra el techo oxidado del contenedor—. Pero llega con seis años de retraso para que pueda servir de algo, y ahora es cuando la gente se da cuenta de que Scargill tenía razón.

—Pues sí, pero eso no quita para que siga siendo un gilipollas arrogante.

—Aun así; tenía razón.

—Pues eso es lo que digo; un gilipollas arrogante que tenía razón. —Garnett me mira con una sonrisa.

Sacudo la cabeza y señalo hacia el barco de las pesquerías que sigue a la pequeña flota apretada para pasar por la bocana de la ensenada.

—¿Tú dirías que ese bote está cubriendo la retaguardia o cubriendo la popa? A ver si utilizamos la correcta terminología náutica.

Iain mira de soslayo al barco mientras la inmensa mole del submarino sigue pasando frente a nosotros. No me cabe ninguna duda de que está intentando pensar en algún comentario, maquinando alguna frase como: No, está cubriendo a la yegua, o cualquier otra cosa que no tenga nada que ver con la terminología náutica, pero es consciente de que ambas salidas son lamentables, y parece que acaba aceptándolo porque se limita a encogerse de hombros, a sacar su libreta de notas y a decir:

—A mí no me mires, tío.

Empieza a hacer garabatos. Garnett debe de ser uno de los últimos que todavía toman notas en taquigrafía; ya queda poca gente de nuestra generación que confíe en Pitman pues la mayoría prefiere confiar en las grabadoras Olympus Pearlorders.

—Ya veo, Cameron, que sigues capeando los temporales sin tomar notas.

—Sí, sigo siendo un aguerrido reportero sin cartera.

—Vaya, vaya. Pues he oído que hay alguien corto de vista en el gobierno que últimamente te está echando carnaza, ¿es cierto, Cameron? —Garnett lo dice sin

inmutarse, sin levantar la mirada de sus notas taquigráficas.

—¿Cómo dices? —exclamo mirándolo.

—Un espeleólogo un poco torpe —dice mirándome con una sonrisa que revela toda su dentadura.

Yo me quedo mirándolo fijamente.

—Alguien corto de vista —dice—. Un espeleólogo torpón; un mamífero insectívoro pequeño que vive bajo tierra. ¿No lo coges? —Y entonces sacude la cabeza ante mi tremenda ignorancia—. Un *topo* —dice lentamente.

—¿Ah? —digo yo esperando que mi sorpresa parezca convincente.

—Así que es verdad —dice con cara de decepción.

—¿El qué?

—Que tienes un topo en los servicios de seguridad o en algún servicio igualmente secreto que te está proporcionando material succulento sobre un asunto muy gordo que todavía no ha salido a la luz.

—No —le contesto, y sacudo la cabeza.

Parece decepcionado.

—¿Y quién te ha contado eso?, si se puede saber —le pregunto—. ¿Ha sido Frank?

Alza las cejas, dibuja una «o» con los labios y aspira hondo.

—Lo siento, Cameron; no puedo revelar mis fuentes.

Lo miro con cara de pena, y después ambos volvemos la vista hacia el submarino.

Se escuchan unos débiles y distantes gritos de alegría cuando una de las lanchas de la CND logra por fin romper el círculo de lanchas militares, evade las lanchas de la policía, acelera hasta embestir la redonda popa negra del submarino Trident y llega a subirse brevemente en su grupa, como un mosquito que quisiera montar a un elefante, antes de que lleguen de nuevo a perseguirla. Un equipo de TV capta la escena. Yo sonrío sintiéndome solidario con los manifestantes. Al rato pasa como una exhalación el alto casco gris de la patrullera *Orkney* siguiendo al submarino.

—*Orkney* —pronuncia lentamente Garnett—. *Orkney*...

Casi se puede oír el sonido de su cerebro en acción tratando de hacer una conexión con la gran noticia de la prensa local de mañana cuando salga a la luz el fiasco del caso *Orkney* relacionado con abusos infantiles. Conociendo a Garnett no me extrañaría un comentario en el que aparecieran marineros.

Me quedo sin decir nada para no darle pie.

Lanza al aire su colilla. Alguien que quizá malinterpreta su gesto nos saluda desde la cubierta del *Orkney*. Iain devuelve el saludo con entusiasmo.

—¡Eh, tíos, no soltéis el timón! —exclama sin suficiente potencia como para que lo oigan los del barco. Parece encantado con lo que ha hecho.

—Muy divertido, Iain —digo yo dirigiéndome al borde del contenedor—. ¿Te apetece que tomemos luego una cerveza? —Desciendo apoyándome en el barril de petróleo.

—¿Pero ya te vas? —dice Iain. Y a continuación añade—: No, no voy a poder. Tengo que entrevistar al comandante de Faslane y volver a la redacción.

—Sí, yo también voy ahora a la base —le digo—. Nos vemos allí. —Me doy la vuelta y sigo caminando por aquel descampado hacia el coche.

—No me eches una mano para bajar de aquí, pijo cabrón de Edimburgo —me grita.

Yo alzo una mano mientras me alejo.

—¡Lo que tú quieras!

Un minuto más tarde paso junto al submarino mientras salgo conduciendo del pueblo en dirección al fondo de la ensenada, en donde está la base naval. El submarino desprende una extraña y amenazadora sensación de belleza bajo la brillante luz del sol, como un hueco de brillante oscuridad en aquel paisaje de tierra y agua. Sacudo la cabeza. Doce billones de libras para conquistar unos silos nucleares que probablemente ya están vacíos y de paso incinerar a unas decenas de millones de hombres, mujeres y niños rusos... con la salvedad de que ahora ya han dejado de ser nuestros enemigos, de modo que lo que siempre fue una obscenidad —en cierto modo deliberada y absolutamente inútil— pasa a no tener ningún sentido; un derroche aún mayor.

Aparco un momento en un trecho elevado de la carretera después de pasar el fondeadero de la ensenada y contemplo el submarino acercándose al muelle. Hay otros coches aparcados y grupos de gente observando; tratando de amortizar algo el dinero de sus impuestos.

Enciendo un cigarrillo y bajo la ventanilla para expulsar afuera todo ese humo nocivo. Me escuecen los ojos de cansancio; me pasé casi toda la noche anterior levantado, trabajando en un artículo y jugando a *Despot* en el ordenador. Miro a mi alrededor para asegurarme de que no me ve nadie, meto la mano en el bolsillo de mi cazadora North Cape y saco una bolsita de speed. Toco con un dedo mojado el polvo blanco y después me chupo el dedo, sonriendo y suspirando al notar cómo se me duerme la punta de la lengua. Vuelvo a guardarme la bolsa y sigo fumando.

... A menos, claro está, que consideres la utilización del sistema Trident en términos de economía geopolítica, como parte del ingente rearme del Oeste; el rearme que llevó a la bancarrota a la banca comunista, devastando finalmente un sistema soviético que ya no era capaz de competir (también llevó a la bancarrota a los EE. UU., transformando, en dos presidencias, el país que era el acreedor más importante del mundo en el mayor deudor del mundo, y mientras tanto ya se llevan pagados muchos dividendos, y la deuda es algo de lo que tendrán que preocuparse las generaciones venideras, de modo que se jodan...).

Así que ante la desaparición del comunismo y la disolución de la amenaza de un holocausto total y global (para dejar que por fin nos preocupemos de las otras

minucias) y ante la apertura de los tentadores mercados del Este al tiempo que los ancestrales odios étnicos (para los que los camaradas reclaman una solución) bullen y chisporrotean hasta llegar a explotar... quizá esta gigantesca babosa negra, esta potencial polla jode-ciudades, jode-países y jode-planetas que se desliza entre los muslos de la ensenada quizá pueda reclamar parte del éxito.

Pues claro que sí, *qué demonios*.

Arranco el coche y me siento recargado y tenso y con una justificación bajo el brazo, metiéndole caña a los cilindros y sintiendo el burbujeo del maldito brebaje Gonzo que me da fuerzas para bajar allí abajo en donde está la base de misiles submarinos y *cubrir la noticia*, como diría el bendito San Hunter.

En la base —pasado el campamento pacifista en donde los manifestantes enarbolan pancartas, pasadas las densas vallas rematadas con rollos de alambre de espinos y las verjas construidas para parar tanques, tras mostrar mi acreditación de prensa y ser conducido al edificio apropiado en donde va a tener lugar la rueda de prensa y en donde escribiré parte del artículo en mi ordenador portátil mientras espero a que llegue todo el mundo— los oficiales de la marina que responden a las preguntas tienen aspecto atlético y jovial y parecen decentes y educados y, hasta cierto punto, arrepentidos, pero con una creciente seguridad de que están haciendo algo que sigue siendo de vital importancia y relevancia.

Poco después, los manifestantes que esperan fuera —la mayoría visten jerseys desaliñados y caídos y viejas chupas del ejército, y llevan el pelo con tirabuzones estilo rasta o afeitado por los lados— me causan la misma impresión.

Vuelvo a Edimburgo escuchando *Gold Mother* y con el efecto del speed disipándose con rapidez, perdiendo efecto como un coche que va bajando de revoluciones por la autopista M8.

La redacción del *Caledonian* es, como siempre, un hervidero, atestada de mesas y estanterías, de cubículos, armarios, terminales de ordenador, plantas, pilas de papeles, documentos, fotografías y archivadores. Recorro mi camino aprendido en aquel laberinto saludando con la cabeza y diciendo «hola» por aquí y por allá a mis colegas plumíferos.

—Cameron —me dice Frank Soare alzando la vista desde su terminal. Frank tiene cincuenta años, tiene el pelo blanco abombado y una complexión que logra ser al mismo tiempo moderadamente agresiva y de una delicadeza casi infantil. Habla con una voz cantarina que, generalmente después de comer, adquiere un leve ceceo. Le gusta recordarme mi nombre cada vez que me ve. Algunas mañanas me viene bien.

—Frank —le digo sentándome frente a mi mesa y mirando de reojo las pequeñas notas amarillas pegadas en el costado del monitor del terminal.

Frank asoma la cabeza y los hombros por detrás del monitor, dejando una pista visual bastante evidente de que sigue pensando que las camisas de colores con cuello blanco quedan elegantes.

—¿Qué te ha parecido el último elemento del sistema autónomo de disuasión tan vital para Gran Bretaña? —me pregunta.

—Parece que funciona; por lo menos flota —le contesto mientras me conecto con mi contraseña a la red del sistema.

El bolígrafo de Frank golpea delicadamente la nota amarilla que está pegada más arriba.

—Tu topo ha vuelto a llamar —me dice—. ¿Otro de tus molinos de viento?

Miro la nota. Mr. Archer volverá a telefonarme dentro de una hora. Miro el reloj; ya casi es la hora.

—Probablemente —le contesto dándole la razón. Compruebo que la Olympus Pearlorder tenga una cinta en blanco; siempre mantengo la grabadora junto al teléfono dispuesta a registrar cualquier conversación interesante.

—¿No estarás practicando el pluriempleo, verdad Cameron? —me dice Frank frunciendo sus pobladas cejas blancas.

—¿A qué viene eso? —digo yo colocando mi cazadora sobre el respaldo de la silla.

—Pues porque no tienes dos trabajos y ese topo es tu excusa para salir de la oficina, ¿o no? —pregunta Frank poniendo cara de inocente. Su bolígrafo continúa golpeando débilmente el costado del monitor del terminal.

Entonces agarro el otro extremo de su bolígrafo y lo aparto educadamente, dirigiendo a Frank a su sitio.

—Frank —le digo—, con tu imaginación deberías trabajar para el *Sun*.

Él pone cara compungida y se sienta. Dedico un momento a revisar mi correo electrónico y los teletipos y a continuación me levanto y miro a Frank, que se encuentra con sus largos dedos suspendidos sobre el teclado riéndose de algo que aparece en su pantalla.

—¿Qué le has dicho a Iain Garnett sobre ese supuesto topo?

—¿Sabías... —dice Garnett con voz de niño travieso—... que con el corrector de ortografía del ordenador «Yetts o’Muckart» se convierte en «Yetis o’Muscat»? —Me sonrío y después se queda serio—. ¿Cómo decías?

—Lo has oído perfectamente.

—¿Qué tal está Iain? —me pregunta—. ¿Lo has visto allí hoy? ¿Cómo le va?

—¿Qué le has contado de ese «topo»? —Despego la nota de la pantalla y la sacudo delante del rostro de Frank.

Parece inocente.

—¿Es que no puedo decir *nada*? Bueno, pues no lo sabía —dice con tono de protesta—. El otro día estaba hablando con él por teléfono y debió de salir en la conversación. Lo siento en el alma.

Estoy a punto de soltar algo cuando suena de repente el teléfono con una llamada del exterior.

Frank sonrío y hace un gesto circular con el bolígrafo que acaba señalando al teléfono.

—Ese debe ser tu Mr. Archer —dice.

Yo me siento y descuelgo el teléfono. La línea se oye fatal.

—¿Mr. Colley? —La voz suena como maquina, como un sonido sintetizado. No dudo que sea Mr. Archer, pero si me dijeran que es Stephen Hawking me lo creería. Enciendo la Pearlorder, me introduzco en la oreja el auricular y pego el micrófono a la bocina del teléfono.

—Yo mismo —digo—. ¿Mr. Archer?

—Sí. Óigame; tengo algo nuevo sobre eso.

—Bueno, espero que así sea, Mr. Archer —le respondo—. Me estoy poniendo...

—Ahora no puedo hablar demasiado por este teléfono —continúa diciendo la voz con el tono mecánico—. Vaya al sitio que le diré a continuación.

Agarro un lápiz y una libreta.

—Mr. Archer, espero que esto no vuelva a ser...

—Langholm, Bruntshiel Road. Cabina de teléfono. A la hora de siempre.

—Mr. Archer, eso está...

—Langholm, Bruntshiel Road. Cabina de teléfono. A la hora de siempre —repite la voz.

—Mr. Arch...

—Esta vez tengo otro nombre para usted, Mr. Colley —dice la voz.

—¿Qué es...?

La línea se corta. Miro el teléfono y después despego el micrófono mientras el rostro sonriente de Frank asoma por detrás de la pantalla. Se pone a dar golpecitos distraídamente en mi teclado.

—¿Es nuestro amigo? —me pregunta.

Arranco la hoja de la libreta y me la meto en el bolsillo de la camisa.

—El mismo —digo yo. Me desconecto de la red, recojo la Pearlorder y vuelvo a ponerme la cazadora.

Frank esboza una radiante sonrisa cuando me ve hacer eso y golpea la esfera de su reloj con la uña.

—¿Ya nos vamos? Bien hecho, Cameron —dice—. ¡Esta vez estás batiendo el récord!

—Dile a Eddi que le mandaré el artículo por teléfono.

—Más te vale, tío.

—No lo dudes —y salgo disparado hacia la puerta.

Me meto un poco de polvo medicinal en los lavabos, y a continuación, habiendo

dotado mi séptum, mi riego sanguíneo y mis hemisferios con el polvo mágico, cojo mi 205 y me dirijo a Langholm, en los remotos confines de la costa oeste. Voy componiendo el artículo sobre el Vanguard mientras conduzco; es domingo, de manera que resulta fácil salir de la ciudad, pero las carreteras rurales están llenas de conductores desastrosos con gorra y la mirada fija a través del volante; me acuerdo perfectamente de cuando todos ellos conducían Marinas y Allegros pero hoy en día parece que los coches reglamentarios son los Escort Orion, los Rover 413 o los Volvo 340, y al parecer están todos encantados con gobernadores que limitan la velocidad a treinta y nueve millas y media por hora.

Me quedo atascado en una cola de tráfico y, tras hacer un par de adelantamientos peligrosos por el carril lateral que hacen que algunos conductores me hagan señales con las luces largas por la velocidad, decido soltar el acelerador, dejar de insultar, aceptar mi destino y disfrutar de la vista.

Los árboles y las colinas se recortan vivamente bajo la sesgada luz del atardecer, y las laderas y los troncos se ven recubiertos de una luz anaranjada, como sostenidos por sus propias sombras. La banda sonora es de Crowded House. El cielo se difumina hacia un violeta intenso de antes de las cinco y las luces de los coches que vienen de frente me molestan en los ojos; está claro que he sido demasiado conservador con mi última dosis medicinal. Me detengo en un área de descanso pasado Hawick para meterme una dosis de repuesto.

Langholm es un pequeño pueblo cerca de la costa. No llevo un mapa del lugar, pero doy unas vueltas con el coche y en menos de cinco minutos doy con Bruntsfield Road. Encuentro la cabina al final de la calle y aparco el coche al lado.

Hay un hotel a dos minutos andando; tengo tiempo para una copa.

El bar del hotel es destartalado y polvoriento y aún tiene que pasar por el cambio de ambiente que los cerveceros llaman remodelado. Está medio lleno con gente de todo tipo.

Un whisky doble no tarda en hacer su efecto y mantenerme el sistema en su punto, teniendo en cuenta el speed que llevo en el cuerpo. He estado ahorrando desde que me compré mi nuevo PC y, aunque en este caso pido un Grouse en lugar de un whisky de malta solo, me siento igual de bien. Mi teléfono móvil empieza a sonar cuando me estoy terminando el whisky. Me aparto de las miradas inquisitivas de los parroquianos y susurro en el móvil que no se preocupen, que de verdad, que enseguida mando el artículo por teléfono. Compró un paquete de cigarrillos, hago un pis y vuelvo al coche. Conecto mi Toshiba al encendedor del coche y termino de escribir el artículo sobre el Vanguard a la luz de una farola que hay encima de la cabina de teléfono. Empiezo a bostezar pero resisto la tentación de sacar la bolsita de plástico.

Termino el artículo, saco el módem y lo transmito por la línea al periódico. Me quedo en el coche esperando porque faltan diez minutos para que llame Mr. Archer. Suele ser puntual. Paso un segundo por el hotel para tomarme otro whisky solo.

Cuando vuelvo, el teléfono está sonando. Llego corriendo, lo descuelgo y saco la Olympus, desenredando los cables y maldiciendo casi sin aliento.

—¿Diga? —grito.

—¿Quién es? —dice esa voz tranquila y mecánica. Pongo en marcha la grabadora e inspiro muy hondo.

—Cameron Colley, Mr. Archer.

—Mr. Colley. Voy a tener que volver a llamarle más tarde. Pero el primer nombre es Ares.

—¿Cómo? ¿Quién?

—El nombre que tengo para usted es Ares: A-R-E-S. Sin duda recordará los otros nombres que le he dado.

—Sí: Wood, Ben...

—Ares es el nombre del proyecto en el que estaban trabajando cuando murieron. Ahora tengo que irme, pero volveré a llamarle dentro de una hora. Entonces le daré más información. Adiós.

—Mr. Archer...

La línea se corta.

Toda la gente sobre la que me ha ido hablando Mr. Archer está muerta. Todos eran hombres; se llamaban Wood, Harrison, Bennet, Aramphahal e Isaacs. Mr. Archer me dio todos esos nombres la primera vez que me citó en una de esas excursiones telefónicas por Escocia. (Mr. Archer no confía en los teléfonos móviles, y no lo culpo por ello). Los nombres me resultaban vagamente familiares en ese momento y parecían formar parte implícita de una extraña serie, y además, tan pronto como los mencionó se me vino inmediatamente a la cabeza el Lake District, aunque no sabía por qué. Mr. Archer me daba esos nombres, y colgó antes de que me diera tiempo a preguntarle sobre ellos.

Todavía conservo ese quisquilloso orgullo de querer acordarme de todo por mí mismo, sin ayuda, pero al día siguiente, en la oficina, me conecté con el programa Profile y dejé que los identificara sin mover un dedo. Profile es una asombrosa base de datos descomunal que probablemente sabe la medida de la entrepierna de los pantalones de tu abuelo y cuántas cucharitas de azúcar se ponía su mujer en el té; casi cualquier cosa mencionada en periódicos en los últimos diez años aparece allí, así como información procedente de la prensa de los EE. UU., de Europa y del Lejano Oriente, sin contar otros inmensos océanos informativos procedentes de un número astronómico de otras fuentes muy diversas.

Los nombres no plantearon ningún problema. Los cuatro tíos fallecieron entre seis y cuatro años atrás y todos estaban relacionados, de un modo u otro, con la industria nuclear o con las fuerzas de seguridad. Todas las muertes parecían suicidios, pero también todas podían ser asesinatos; la prensa anduvo especulando un tiempo acerca de la posibilidad de que detrás de las muertes se ocultara algún asunto turbio pero nadie pareció llegar a ninguna parte. Hasta el momento, lo único que Mr. Archer

me había proporcionado que no estuviera ya en los periódicos era algún detalle acerca de cómo murieron aquellos hombres y —esta noche— el nombre del proyecto: Ares.

Me quedo sentado un rato en el coche dándole vueltas en la cabeza al artículo sobre el whisky en el que he estado trabajando últimamente y preguntándome qué será Ares. Hay gente utilizando la cabina telefónica. Yo me pongo a jugar a algunos juegos aburridos y facilones en mi Tosh, deseando tener un ordenador decente a todo color con la velocidad y la RAM necesarias para poder ejecutar un programa de juego como *Despot*. Me lío un porro y me lo fumo mientras escucho la radio y después mi cinta de k. d. lang pero me resulta demasiado soporífera y vuelvo a poner la radio pero es aburridísima y me pongo a rebuscar en la guantera hasta que encuentro el *Trompe le Monde* de los Pixies y con eso me quedo más despierto que con el speed a pesar de que la cinta está un poco suelta de tanto que la he puesto y el sonido a veces viene y se va, pero no me importa.

Voy corriendo por los campos de Strathspeld en un brillante día de verano; tengo trece años y mientras corro me veo a mí mismo corriendo, como si lo estuviera contemplando en una pantalla. He estado aquí muchas veces y sé cómo salir de aquí, sé cómo escapar. Estoy a punto de hacerlo cuando oigo una campana.

Me despierto y está sonando el teléfono. Me cuesta un segundo darme cuenta de que estaba dormido, y otro segundo recordar dónde estoy. Salgo del coche y me meto en la cabina justo antes de que entre un viejecito que está paseando a su perro.

—¿Quién es? —dice la voz.

—Soy Cameron Colley otra vez, Mr. Archer. Oiga...

—Hay otra persona que sabe lo de esas muertes, Mr. Colley: el intermediario. Todavía no sé su verdadero nombre. Cuando lo sepa se lo comunicaré.

—¿Cuál...?

—Su nombre en clave es Jemmel. Se lo deletreo —dice aquella voz como de Stephen Hawking. Y así lo hace.

—Ya lo tengo, Mr. Archer, pero ¿quién...?

—Adiós, Mr. Colley. Cuídese.

—¡Mr...!

Pero Mr. Archer cuelga.

—¡Mierda! —grito yo. He olvidado grabar la llamada.

Me meto otra vez en el coche y escribo el nombre Jemmel en mi Tosh. No me dice nada.

Vuelvo al hotel para hacer un pis y tomarme un último trago, otro doble: uno para el camino ahora que el efecto del primero se me ha pasado. No he comido desde esta mañana pero no tengo hambre. Me obligo a comer unos cacahuetes y me bebo media

Murphy para pasarlos. (Yo solía beber Guinness pero desde que los cabrones mintieron al decir que iban a trasladar su cuartel general a Escocia he decidido boicotearlos).

En el coche inhalo un poco de speed (simplemente para mantener la seguridad en carretera; me mantendrá despierto) y después, para compensar, me fumo un porro mientras conduzco. Hay un programa de Radio Escocia a media noche en el que, al final, repasan los titulares periodísticos del día siguiente; me pongo a escucharlo y al llegar a nuestro periódico me encuentro con que el titular principal hace referencia a los tories y sus problemas con el voto de Maastricht. Me siento traicionado pero enseguida mencionan que la fotografía en la primera página es la del Vanguard llegando a Faslane, de modo que sé que mi artículo está ahí y que con un poco de suerte estará en primera página junto a la foto en lugar de estar sepultado en las páginas interiores. Siento el leve cosquilleo de un chute de prensa en estado puro; un buen subidón periodístico.

Ese es uno de los pocos éxtasis exclusivos de la profesión: la satisfacción casi instantánea en letra impresa. Supongo que si uno es un cómico, un músico que toca en directo o un actor de teatro, la gratificación es muy parecida, incluso más instantánea, pero si te dedicas a la letra impresa y a la dudosa autoridad que concede la página en blanco y negro, entonces esto es un chollo. El mayor alucine lo proporciona una exclusiva en primera página, aunque un buen titular en una página impar también es un buen subidón, y lo único que te deja la sensación de bajón es que te saquen un artículo en un faldón de una página par.

Me fumo otro porro para celebrarlo pero me deja un poco adormilado y me tengo que meter una última-de-verdad microrraya de speed y oír otra canción de *Trompe le Monde* para volver a poner las cosas en su sitio.

FILTRACIÓN EN FRÍO

Estoy muy tentado de pasarme por el periódico y recoger un ejemplar recién salido de la rotativa, que ahora debe estar traqueteando, haciendo temblar todo el edificio. El olor de la tinta y la sensación grasienta de la rotativa siempre refuerzan intensamente ese flipe que solo proporciona la prensa, y además me gustaría echarle un vistazo a mi artículo sobre el Vanguard y comprobar hasta qué punto me lo han machacado los subeditores; pero cuando voy conduciendo por Nicolson Street la idea de unos subeditores cortando una historia sobre un submarino me parece desternillante y me pongo a reír descontroladamente, y entonces empiezo a sorber por la nariz, a estornudar, y se me llenan los ojos de lágrimas. Me doy cuenta de que estoy demasiado colocado como para poner cara de sobrio delante de los muchachos de la rotativa, de manera que me voy a casa.

Llego a Cheyne Street hacia la una y, como siempre, me veo obligado a dar una vuelta por «Stockbridge by night» para buscar un sitio en donde aparcar hasta que al final encuentro uno justamente debajo de mi piso. Estoy cansado pero no tengo sueño, de modo que me tomo una taza de té y dos dedos de whisky de malta Tesco.

Las dos horas siguientes las dedico a oír la radio, a ver programación nocturna de televisión por el rabillo del ojo y a darle vueltas al artículo sobre el whisky en el PC y entonces decido deliberadamente no jugar a *Despot* porque sé de sobras que me voy a poner y no lo voy a dejar hasta el amanecer y me voy a quedar todo el día durmiendo y no me levantaré a tiempo para el trabajo que tengo mañana (a mediodía tengo una cita con el gerente de una destilería), así que en lugar de eso me pongo a jugar a *Xerium*; en otras palabras, un juego recreativo en lugar de un juego de verdad; una partida para relajarme, no para ponerme tenso.

Xerium es uno de mis juegos favoritos de toda la vida, como un viejo amigo, y aunque todavía hay trucos del juego que sigo sin conocer, nunca he buscado pistas ni trucos para descubrirlos en la revistas porque quiero conseguirlo por mí mismo (lo cual no es muy propio de mí) y de todas formas siempre me divierte volar con el avión y seguir añadiendo territorios al mapa que vas construyendo poco a poco del continente en el que se desarrolla el juego.

Al final acabo estrellando la potente nave *Speculator* al tratar —como siempre— de encontrar una ruta probablemente inexistente entre las cimas de las montañas de Zound. Juro y perjuro que he probado todos los posibles pasos entre esas malditas montañas —maldita sea, si hasta he intentado atravesar directamente por el medio de las montañas pensando que quizá una de ellas fuera un holograma o algo parecido—, pero siempre acabo estrellándome; la verdad es que parece que no hay manera de pasar entre las montañas ni de ganar la suficiente altura como para volar por encima

de esas malditas cosas. Se supone que *hay* un modo de llegar al territorio rectangular que circundan las montañas, pero no hay puñetera forma de averiguarlo, al menos esta noche.

Renuncio a intentarlo una vez más y abro el más lento de mis dos programas de *Asteroides* y me cargo unos cuantos trillones de rocas en mi gloriosa pantalla monocromática hasta que me duelen los dedos y me escuecen los ojos otra vez y llega la hora de tomarse un descafeinado y de irse a la cama.

Me levanto fresco como una rosa y —tras cinco minutos tosiendo y una ducha— lo único que me tomo para despabilarme es un café Arábica recién molido. Mastico un poco de muesli y chupo unos gajos de naranja mientras pienso en el artículo sobre el whisky, que tengo que entregar hoy, con lo cual es mi última oportunidad para trabajar en él aparte de cualquier idea de última hora que se me ocurra después de visitar la destilería a mediodía. Echo un vistazo a mi estado actual en *Despot* pero resisto la tentación de arrancar el programa. Me quedo mirando acusadoramente las baterías NiCad de mi Tosh, que olvidé recargar la noche anterior, y a continuación transfiero las chapuzas que tengo para el artículo del whisky al disco duro y busco ropa limpia en el montón que tengo encima de la cama, en donde la dejé después de recogerla en la lavandería la semana pasada. Dejar la ropa amontonada en la cama puede a veces hacerte creer que hay alguien contigo cuando lo cierto es que no hay nadie, y eso puede ser un consuelo pero también es de lo más triste; no has echado un polvo desde hace más de una semana, es lo que me está diciendo esa pila de ropa limpia que tengo sobre las sábanas. Voy a ver a Y en un par de días de modo que, si no me sale antes otra cosa, siempre sé que me queda eso.

Tengo algún correo: publicidad y algunas facturas en su mayor parte. Olvidarlo por el momento.

Coger el busca, el móvil, el Tosh, las baterías y el radiocasette extraíble del coche y llevarlos al 205; no me han intentado abrir el coche ni me lo han rayado (de algo sirve no lavarlos). Poner las baterías a recargar en el conector del encendedor. Salir hacia un día de blancos y azules; sol y nubes. Parar en el camino para comprar periódicos; mirar los titulares, comprobar que ninguna noticia de última hora me haya pisado el artículo sobre el Vanguard y que esté intacto (noventa y cinco por ciento, un porcentaje altamente gratificante), echarle un vistazo a la tira cómica de Doonesbury en el *Grauniad*, y volver a la carretera.

Cruzo el puente y paso volando por Fife; una vez alcanzada velocidad de crucero —con la aguja en esa zona de las 80 a 90 millas que los polis ignoran a menos que estén demasiado aburridos o de muy mala leche— sujeto el volante con las rodillas y me pongo a liar un porro con una cierta satisfacción infantil, riéndome de mí mismo y pensando: *Niños, no intenten hacer esto en casa*. Lo dejo apartado para filmármelo después; tuerzo a la izquierda en Perth.

El trayecto hacia la destilería me lleva parte del camino por la ruta hacia Strathspeld. Hace tanto tiempo que no he visto a los Gould que pienso que ojalá hubiera salido con antelación para hacerles una visita, pero sé muy bien que en realidad no es a ellos a quienes quiero ver, sino el lugar en sí: el propio Strathspeld, nuestro paraíso perdido de la infancia con todos esos dolorosos recuerdos agridulces que encierra. Aunque quizá lo único que realmente recuerdo y echo de menos es a Andy; tal vez a la única persona que me apetecería ver es a mi amigo del alma, a mi hermano de infancia, a mi otro yo; a lo mejor acabaría yendo directamente allí si él estuviera en casa, pero él no está en casa, está mucho más al norte y está demasiado enclaustrado y tengo que ir a verlo un día de estos.

Paso por Gilmerton, un pueblecito diminuto a las afueras de Crieff, desde donde me desviaría hacia Strathspeld si me dirigiera allí. En ese sitio solía haber una colección de tres pequeños Fiat 126 azules aparcados frente a la carretera delante de una de las casas; han estado ahí años y años y siempre tuve la intención de detenerme un día, averiguar quién es el dueño y preguntarle, ¿por qué tiene usted estos tres pequeños Fiat 126 azules aparcados a la puerta de su casa desde hace dos lustros?, por curiosidad y porque además podría convertirse en un buen artículo, y porque con los años deben haber pasado por aquí *millones* de personas y deben haberse hecho la misma pregunta que yo, pero al final nunca llegué a hacerlo; siempre corriendo, pasando de largo, deseando llegar a ese paraíso corrompido que siempre ha sido Strathspeld para mí... Bueno, la cuestión es que los tres pequeños Fiat 126 azules han desaparecido recientemente de manera que ya es demasiado tarde. Últimamente el tío parece estar recolectando camionetas de reparto. Me sentí decepcionado, casi apenado, cuando vi por primera vez aquella casa sin los tres coches fuera; fue como una muerte en la familia, como si un tío lejano al que le hubiera cogido cariño la hubiera palmado.

Me pongo a cantar una vieja canción del tío Warren por las mismas razones nostálgicas por las que tomé esta ruta para venir.

En lo más profundo de estos valles, en Lix Toll, hay otra atracción de carretera afuera de un garaje; un Land Rover de color amarillo brillante de unos tres metros de alto aparcado frente a la carretera, pero no sobre ruedas normales, sino sobre cuatro rodamientos triangulares de una excavadora. Está allí desde hace varios años. Dejemos que pasen unos cuantos años más y hasta puede que me acerque a preguntarles: ¿Por qué han...?

Paso de largo como una exhalación.

La destilería se encuentra a las afueras de Dorluinan, oculta tras los árboles de la carretera a Oban, frente a la línea férrea y al final de un estrecho camino que cruza el bosque. El gerente es Mr. Baine; me llego a su oficina y juntos hacemos la típica visita turística a la destilería pasando junto a húmedos aromas tentadores, al calor que

despide el matraz y los relucientes alambiques, y al recipiente de cristal en donde va cayendo el licor a borbotones, hasta que llegamos a la fría oscuridad de una de las bodegas y nos quedamos mirando las apretadas hileras de barriles iluminados en la penumbra desde lo alto por unos cuantos tragaluces. El techo es bajo y está sostenido por unos puntales de troncos nudosos que descansan sobre unas columnas de hierro muy separadas unas de otras. El suelo es de arcilla compacta, tan duro como si fuera hormigón después de un par de siglos de uso.

Mr. Baine parece preocupado cuando le comento lo del artículo. Es un tipo de las tierras altas, voluminoso y de rostro lánguido que viste un traje oscuro con una corbata Technicolor, con lo cual me alegro de estar con él en la penumbra de la bodega en lugar de estar afuera a la luz del sol.

—Bueno, lo que me interesa básicamente son los hechos —le digo a Mr. Baine con una sonrisa—. Que en los años veinte los yanquis se quejaban de que se les enturbiaba el whisky y el brandy cuando le añadían hielo, así que le pidieron a sus destiladores que arreglaran lo que ellos consideraban un problema.

Los franceses, siendo tan franceses, les contestaron diciéndoles dónde se podían meter sus cubitos de hielo, mientras que los escoceses, que son tan británicos, dijeron: No hay problema, esto es lo que vamos a hacer...

La pinta de perro pachón herido de Mr. Baine parece adoptar un grado más de infelicidad cuando le digo esto. Sé que no debería haberme tomado esa micro chupada de polvo cuando estábamos haciendo la visita a la destilería, pero no pude resistirlo; sentía una prometedora alegría en la irresistible idea de salirme-con-la-mía metiéndome el dedo en la boca mientras Mr. Baine seguía hablando y yo ponía cara de interés y mi lengua se iba adormeciendo y el sabor químico se iba espesando en mi garganta mientras la explosiva y vigorizante droga ilegal empezaba a hacer efecto al tiempo que paseábamos por esta factoría dedicada a producir otra droga perfectamente legal que contribuye a financiar el gobierno.

Así que de repente me encuentro farfullando, pero me sienta bien.

—Pero Mr. Colley...

—Así que los destiladores introdujeron la filtración en frío, bajando la temperatura del whisky hasta que los aceites que provocan la turbiedad se separan de la solución y colando después el resultado a través de un filtro de asbestos para retirar el aceite; lo único que pasa es que de ese modo desaparece también gran parte del sabor (imposible de recuperar) y el color, que sí puede recuperarse mediante caramelo. ¿No es así?

Mr. Baine parece ahora atemorizado.

—Bueno, así a grandes rasgos... —dice carraspeando para aclararse la garganta y mirando por encima del ordenado mar de barriles que desaparecen en la penumbra—. Pero, ah, entonces esto va a ser, ¿cómo lo llaman ustedes? ¿La revelación de un escándalo, Mr. Colley? Yo pensaba que usted solo quería...

—¿Pensó usted que yo tan solo quería escribir otro artículo más sobre el fabuloso

y precioso país en el que vivimos y lo afortunados que somos de producir esta bebida de fama mundial que nos proporciona tantos dólares y que sienta tan bien tomada con moderación?

—Bueno, bueno... usted escribirá lo que quiera, Mr. Colley —dice Mr. Baine (yo he esbozado una sonrisa)—. Pero, ah, me da la impresión de que estará desinformando a la gente si recalca cosas como, bueno, lo del asbestos por ejemplo; la gente puede llegar a pensar que hay asbestos en el producto.

Miro a Mr. Baine. ¿*Producto*? ¿Ha dicho producto?

—Pero si no voy a insinuar eso para nada, Mr. Baine; será un artículo claro y documentado.

—Ya, ya, pero los datos pueden resultar engañosos si se sacan de contexto.

—No lo creo.

—Mire usted. No estoy seguro del tono que...

—Pero Mr. Baine, yo creía que usted estaba de acuerdo con el tono de este artículo. Por eso estoy aquí hoy; me dijeron que usted está pensando en producir un «auténtico whisky», sin filtración en frío y sin colorante; una marca de calidad superior que utilizaría la turbiedad y los aceites que quedan como un argumento de comercialización, basando la publicidad en ellos, incluso...

—Bueno —dice Mr. Baine con aire incómodo— los encargados de la mercadotecnia todavía están estudiándolo...

—Vamos Mr. Baine, usted y yo sabemos que la demanda existe; los de SMWS hacen unas ventas impresionantes, la tienda de Caddenhead en la Royal Mile...

—¿Quiere usted hablar *off the record*?

—Sí; *off the record*.

—Muy bien —dice, y yo asiento con la cabeza.

Mr. Baine enlaza las manos por debajo de su barriga trajeada y mueve la cabeza de arriba abajo transmitiendo seriedad.

—Mire usted, Cameron —dice bajando la voz—, le voy a ser sincero: ya hemos pensado hacer pruebas de mercado con esta marca de calidad superior de la que usted me habla y en comercializarla utilizando la ausencia de filtrado en frío para venderla en puntos de venta exclusivos... Tenga usted en cuenta, Cameron, que nosotros no podemos subsistir solamente con ese producto aunque funcionara, desde luego no a corto plazo; tenemos que tener en cuenta otros factores. Probablemente tendremos que seguir vendiendo la mayor parte de nuestro producto para hacer *blendings*—, ese es nuestro negocio, así es como nos ganamos la vida, y por eso confiamos en la buena voluntad de las compañías a las que se lo vendemos; compañías mucho, mucho más grandes que la nuestra.

—Me está diciendo que le han hecho saber claramente que no quieren que desestabilice el mercado.

—No, no, no. —Mr. Baine parece ponerse nervioso cuando se le ha comprendido perfectamente—. Pero tiene que ser consciente de que gran parte del éxito del whisky

tiene que ver con su personalidad, con la... la *imagen* que el cliente tiene de un producto único de gran valor. Es casi mítico, Cameron; se trata del *uisgebeatha*, el agua de la vida, como dicen... Es una imagen con mucha fuerza que es además muy importante para la expansión exportadora escocesa y para la economía nacional. Si nosotros —que, francamente, somos personajes secundarios en todo esto— hacemos algo que entre en conflicto con esa imagen...

—Como plantear al público la idea de que todos los otros whiskys que compran están filtrados en frío y/o coloreados con caramelo...

—Pues sí...

—... lo que hacen es desestabilizar el mercado —digo yo—. Así que les han hecho saber que lo mejor que pueden hacer es archivar la nueva marca de calidad superior u olvidarse de volver a vender whisky para *blending*, lo que les llevaría a la ruina.

—No, no, no —vuelve a decir Mr. Baine, pero al mismo tiempo, en aquella helada penumbra de la bodega aromatizada por el alcohol, rodeados de suficiente bebida alcohólica como para que flotara un submarino Trident, puedo notar que la verdadera respuesta incluso *off the record* es sí sí sí, y entonces pienso: ¡Eureka! ¡Una conspiración; un chantaje encubierto retorciéndoles el brazo, una insoportable presión corporativa sobre el más débil! ¡Una noticia mucho más interesante!

Entras por la puerta trasera usando una palanca; la puerta y la cerradura son resistentes, pero con los años el marco se ha podrido por debajo de la pintura. Una vez dentro coges la máscara de Elvis Presley de tu mochila y te la pones, y después sacas los guantes de cirujano del bolsillo y te los enfundas también. La casa conserva el calor de la tarde; da al sur y disfruta de una ininterrumpida vista de los hoyos del campo de golf que dan al estuario, de modo que recibe mucha luz del sol.

No crees que haya nadie todavía pero no estás seguro; no has tenido tiempo de vigilar el lugar durante todo el día. Se siente, y de algún modo hasta se oye, vacía. Vas pasando de una habitación a otra y sientes el sudor debajo de pegajoso látex de la máscara. El último sol de la tarde ha dejado las desvaídas nubes altas sobre el mar de color rosa y la luz inunda todas las habitaciones, llenándolas de tonos rosados y de sombras.

Las escaleras y gran parte del suelo de parqué crujen. Las habitaciones parecen limpias pero el mobiliario es anticuado y dispar; deslavazado. Te sientes satisfecho de que no haya nadie en la casa y acabas en el dormitorio principal.

No estás muy contento con la cama; es un diván. Lo inspeccionas bajo ese resplandor rojizo y a continuación levantas el colchón y lo dejas apoyado contra la pared. Sigue sin gustarte. Te vas al otro dormitorio que hay enfrente, que también da al campo de golf y al mar; huele como si nadie lo hubiera habitado, hasta un poco húmedo. Esta cama está mejor; esta tiene un bastidor metálico. Arrancas las sábanas

y empiezas a cortarlas en tiras.

Miras por la ventana mientras lo haces y ves un par de aviones a reacción que pasan distantes sobre el mar. A la derecha, más allá de los raíles del tren, puedes ver la curva de la playa que acaba en un lugar boscoso, y vislumbres el faro que hay allí, elevado por encima de los árboles.

Entonces ves a Mrs. Jamieson abriendo la cancela que hay frente a la carretera y subiendo por el jardín y entonces te agachas y te vas corriendo hacia la puerta de la habitación y llegas al rellano superior de la escalera. Oyes cómo se abre la puerta principal.

Mrs. Jamieson entra y se va a la cocina. Recuerdas que las escaleras crujen. Dudas un momento y después te pones a bajar normalmente las escaleras con un paso bastante vivo y seguro, silbando. Los escalones crujen.

—¿Murray? —se oye la voz de Mrs. Jamieson desde la cocina—. Murray, no he visto el coche...

Llegas al pie de las escaleras. La cabeza de pelo blanco de Mrs. Murray aparece por encima de la barandilla de las escaleras por tu derecha, volviendo la cara hacia ti.

Tú te das la vuelta al ver que comienza a reaccionar con la boca abierta. Ya sabes lo que vas a hacer, cómo vas a solucionar el asunto, de modo que le das un puñetazo. Se desploma en el suelo emitiendo jadeantes sonidos entrecortados como los de un pájaro. Esperas no haberla golpeado demasiado fuerte. La cargas y le mantienes la boca cerrada con la mano mientras la arrastras al piso de arriba.

La atas a la base del diván y le metes un pañuelo en la boca apretándolo con la empuñadura del cuchillo Stanley y después le enfundas un par de sus propias medias en la cabeza, se las atas alrededor del cuello y de la boca, la arrastras al interior del viejo armario del dormitorio principal, después de sacar la poca ropa que hay colgada en perchas, y la esposas a la barra del armario. Ella gimotea y llora pero la mordaza lo silencia todo. Le bajas las medias que lleva puestas y le atas los tobillos por encima de sus cómodos zapatones marrones, y después cierras las puertas del armario.

Te sientas al pie del diván, te quitas la máscara y te quedas sentado, respirando pesadamente y sudando. Te tranquilizas, vuelves a ponerte la máscara y abres de nuevo la puerta. Mrs. Jamieson está allí, temblando, mirando a través de la malla gris de las medias con los ojos bien abiertos y brillantes. Cierras la puerta, corres las cortinas de esa habitación y de la otra en la que hay una cama con bastidor metálico.

Su marido llega media hora más tarde y aparca el coche en la entrada. Entra por la puerta principal y tú estás esperando detrás de la puerta de la cocina cuando pasa a tu lado; haces un ruido, se vuelve y de un puñetazo lo mandas renqueando contra los armarios de la cocina, provocando una avalancha de platos de la vajilla china. Intenta ponerse en pie, por lo que vuelves a golpearlo. Es muy mayor y te sorprende que para derribarlo necesites dos puñetazos, aunque su complexión no es despreciable.

Le metes un par de medias de su mujer en la boca, le haces el mismo truco de las medias en la cara, por la cabeza y atadas al cuello, y después lo arrastras arriba hasta

el segundo dormitorio. Se puede oler que ha bebido recientemente; probablemente G&T. También huele algo a tabaco. Cuando llegas por fin a la cama con el bastidor metálico ya estás sudando.

Lo atas a la cama, boca abajo. Está empezando a darse la vuelta. Cuando lo tienes bien sujeto sacas el cuchillo Stanley. Llevaba puesto un chubasquero ligero que dejaste en la cocina y ahora lleva un suéter Pringle con un golfista con polainas bordado en el pecho, una camisa de cuadros de Marks & Spencer y una camiseta de canalé. Le cortas la ropa, se la sacas y la arrojas a un rincón. Cuando tiras los pantalones se desparraman por el suelo unos *tees* de golf; sus calcetines son de color rojo chillón; sus calzoncillos, blancos. Sus zapatos de golf son marrones y blancos; tienen muchas púas metálicas, lengüetas recargadas y cordones con borlas.

Te sacas de encima la mochila. Coges las almohadas de la habitación principal y, junto con las de aquella cama, las colocas bajo el torso del anciano, elevando su cuerpo. Hace sonidos como los de un niño tratando de gritar algo a través de la mordaza y se mueve levemente. Con un par de mantas enrolladas consigues elevar aún más sus nalgas y a continuación vuelves a tu mochila para preparar todas las cosas que necesitas. El forcejea, como si luchara con un oponente invisible al que estuviera atado. Por los sonidos que emite pareciera que se está ahogando, pero por el momento no haces nada. Destapas el bote de crema.

Hace ruidos como si escupiera o tosiera y debe haber conseguido quitarse parte de la mordaza de la boca porque entonces se oye: «¡No siga! ¡Le digo que no siga!». No es la voz desagradable de los condados cercanos a Londres que recuerdas de la televisión; el tono es más alto y melodioso, pero eso no te extraña teniendo en cuenta las circunstancias. Sin embargo suena menos atemorizado de lo que esperabas.

—Mire —dice con un tono más parecido a su voz normal; profunda y sin contemplaciones—. No sé lo que está buscando, pero solo tiene que cogerlo y largarse; no hay necesidad de esto; ninguna necesidad.

Pones un poco de crema en el vibrador.

—Creo que está cometiendo una equivocación —dice intentando al mismo tiempo volver la cabeza para verte—. En serio. Nosotros no vivimos aquí. Es una casa de vacaciones. La hemos alquilado; aquí no hay nada de valor.

Vuelve a forcejear. Te arrodillas en la cama detrás de él, bajo la V invertida de sus abultadas piernas varicosas. Tiene vasos venosos rotos en la espalda y en la parte superior de los brazos. Las piernas parecen grisáceas y deterioradas; sus nalgas son muy pálidas, casi amarillentas, y la piel de sus muslos, bajo el nivel por donde le llegarían los pantalones cortos, tiene un aspecto granulado y moteado; le cuelgan los huevos como fruta pasada, rodeados de rizado vello duro y canoso.

Su polla parece levemente congestionada. Interesante.

Nota cómo te subes a la cama y se pone a gritar.

—¡Un momento! Me parece que no se da cuenta de lo que está haciendo. Esto es un delito, un robo a mano armada, jovencito; usted... ¡ah!

Le has colocado la punta del vibrador embadurnada en crema en el ano, gris rosado y fruncido entre sus nalgas separadas. Debe sentir la frialdad de la crema.

—¿Pero qué es esto? —se pone a gritar con la voz apagada por la mordaza—. ¡Deténgase! ¿Qué está intentando hacer?

Comienzas entonces a meterle lentamente el vibrador de plástico, girándolo de lado a lado mientras observas cómo la piel que rodea el ano empieza a distenderse al tiempo que el plástico de color marfil se desliza en su interior; se forma alrededor un delgado círculo de crema blanca.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Deténgase! ¡Está bien! ¡Ya veo lo que quiere! ¡Ya sé de qué se trata! Muy bien. Veo que sabe quién soy; pero esto no es manera de... ¡ah! ¡Ah! ¡Pare ya! ¡Ya está bien! ¡Lo ha dejado claro! Esas mujeres... mire, es posible que haya dicho cosas de las que me he arrepentido después, ¡pero usted no estaba allí! ¡Usted no conoce todas las pruebas! ¡Yo sí! ¡Usted no pudo oír a los hombres que fueron acusados! ¡Usted no pudo hacerse una idea de quiénes eran! ¡Y lo mismo le digo de las mujeres! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Déjelo ya! Por favor. ¡Me está haciendo daño! ¡Me está haciendo daño!

Ya le has metido como un tercio del vibrador, lo cual no es demasiado para el diámetro que tiene al final. Lo aprietas más, encantado con la sujeción que te proporcionan los guantes de cirujano pero deseando poder decir algo, aunque sabes muy bien que no puedes, lo cual es una pena.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Por Dios! Por el amor de Dios, hombre, ¿es que quiere usted matarme? Oiga, tengo dinero; puedo... ¡ah! Ah, hijo de puta...

Se pone a gemir y al mismo tiempo se tira un pedo. Tienes que apartar la cabeza para evitar el olor, pero le metes el vibrador más a fondo. Puedes oír los graznidos de las gaviotas afuera, más allá de las cortinas corridas.

—¡Pare ya, por favor, pare ya! —grita—. ¡Esto no es justo! ¡Usted no sabe toda la verdad sobre esos casos! ¡Algunas de ellas iban vestidas como putas, maldita sea! ¡No les importaría entregarse a cualquier hombre! ¡No son mejores que cualquier puta! ¡Ah! ¡Joder, joder, sinvergüenza cabrón! ¡Jodido maricón de mierda! ¡Ah!

Se flexiona y se encorva sacudiendo la cama y estirando el tejido de punto de la colcha.

—¡Cabrón! —farfulla—. ¡Pagarás por esto! ¡No te saldrás con la tuya! ¡Te agarrarán; te cogerán y yo me encargaré de que te den una puta lección en el calabozo de la que no te *olvidarás* en tu vida! ¿Me oyes? ¿Me oyes?

Le dejas el vibrador metido y lo conectas. De nuevo se contorsiona y se estira, pero no le sirve de nada.

—Ah, por el amor de Dios, hombre —gime—, tengo setenta y seis años; ¿pero qué clase de monstruo eres? —Ahora empieza a llorar—. Y mi esposa —dice tosiendo—. ¿Qué le has hecho a mi *esposa*?

Te levantas de la cama y sacas la cajita de madera del bolsillo con cremallera de tu cazadora, deslizas cuidadosamente la tapa y rebuscas entre el montón de papel

higiénico que protege un minúsculo vial de sangre y una aguja hipodérmica; es la aguja usada de una jeringuilla desechable, un pequeño objeto de apenas un centímetro con un cono de plástico naranja al final que encajaría en la jeringuilla.

Oyes cómo sigue insultándote y amenazándote y no estás seguro de hacerlo. Cuando lo planeabas no estabas seguro de si lo infectarías con sangre VIH positiva o no; no podías acabar de decidir si verdaderamente se lo merecía, de modo que has esperado hasta este momento para tomar la decisión.

El sudor te cae por la frente mientras estás ahí frente a él.

—Te excita hacerme esto, ¿no? ¿Es eso? —Escupe—. Eres un marica que no ha salido del armario, ¿no? —Se pone a toser y después retuerce la cabeza intentando verte—. Sigues ahí, ¿verdad? ¿Qué estás haciendo? ¿Una paja? ¿eh?

Sonrías debajo de la máscara y doblas el papel higiénico por encima del vial y de la aguja, dejándolos en la caja. Vuelves a deslizar la tapa para cerrarla y la metes de nuevo en el bolsillo de la cazadora. Das un par de pasos hacia atrás en dirección a la puerta, en donde puede verte.

—¡Maldito cabrón! —escupe—. ¡Maldito cabrón de mierda! ¡Yo he hecho mi trabajo lo mejor que he podido durante treinta años! ¡No tienes derecho a hacerme esto! Esto no prueba nada, ¿lo entiendes? ¡No prueba nada! ¡Volvería a hacer lo mismo si pudiera! ¡Haría lo mismo! ¡No cambiaría ni una sentencia, maldito hijoputa de mierda!

En el fondo admiras la actitud del viejales. Te vas a la habitación de al lado para asegurarte de que la esposa esté bien. Sigue temblando. La dejas allí colgando, en la oscuridad con olor a bolas de alcanfor del viejo ropero. Bajas al piso de abajo, metes la máscara de Elvis en la mochila con las demás cosas y te largas por la puerta trasera, por la que entraste.

Todavía queda luz y la tarde está empezando a enfriarse cuando te vas andando tranquilamente por el camino de atrás bajo el cielo intensamente azul entreverado de nubes altas y oscuras. Del mar llega un viento frío y te ajustas la chaqueta y te subes las solapas.

Las manos todavía te huelen a goma, de los guantes.

Entrego el artículo sobre el whisky con un párrafo final de suspense en donde anuncio próximas revelaciones acerca del estilo mañoso de los jefazos de las grandes compañías de bebidas para silenciar a los valerosos e indefensos magos del whisky. Mientras tanto trato de enterarme de lo que está pasando con la inacabable historia del topo; la historia de Ares (Ares, el dios de la masacre según el diccionario de mitología que hay en la biblioteca del periódico). Introduzco «Jemmel» en la base de datos pero lo único que me ofrece es una línea en blanco. Hasta Profile levanta sus manos de silicona para reconocer su derrota.

—¡Hombre, Cameron, eres tú! —me informa Frank; quién si no—. De manera

que se te ha ocurrido dejarte caer por aquí; pues muy bien. Oye, ¿a que no sabes lo que el corrector ortográfico del ordenador cree que debería ser Colonsay?

—Ni idea, Frank.

—«Colonic».

—Divertidísimo.

—¿Y Carnoustie?

—¿Humm?

—«¡Carousing!» —y se pone a reír—. «¡Carousing!»^[1]

—Para partirse de risa.

—Por cierto, Eddie quiere verte.

—Ah.

Eddie el Ed es un tipo enclenque y ajado de unos cincuenta y cinco años, con el cabello de color arenoso, que lleva gafas bifocales apoyadas sobre una nariz puntiaguda y que siempre parece que acaba de probar algo muy amargo pero que empieza a encontrarlo muy divertido porque sabe que tú también estás a punto de probarlo, y por más tiempo. En realidad el cargo de Eddie es de editor interino mientras nuestro auténtico Gran Timonel, sir Andrew, está de baja indefinida recuperándose de un ataque al corazón (se supone que provocado por esa enfermedad tan propia de editores que consiste en tener un corazón demasiado grande).

Nuestro cínico particular de la sección de deportes observó que el ataque al corazón de sir Andrew tuvo lugar poco después del asesinato de sir Toby Bisset en agosto, y hasta llegó a pensar que podía tratarse de un crimen de advertencia para retirarlo de la lista de objetivos de un loco, ya que en esos días algunos editores empezaban a sospechar que ellos serían los siguientes objetivos de la lista. Bueno, se puede achacar al hecho de que fuera, como otros, víctima de su mala conciencia, o a la confusión que provocó el anuncio del IRA cuando reclamó aparentemente la responsabilidad del asesinato de Tobe, y después se retractó. Al final ningún otro editor acabó empalado en la verja de su casa (aunque al menos eso demostró que nuestro asesino tenía sentido del humor), y de todos modos Eddie parece no preocuparse de tales amenazas a la provisionalidad de su alto cargo.

El despacho del editor del *Caledonian* disfruta probablemente de una de las mejores vistas del mundo periodístico, ya que desde allí se domina desde los jardines de Princes Street hasta New Town, el río Forth y al fondo los campos y colinas de Fife, a lo que se ha de añadir una vista lateral del mejor perfil posible del castillo, por si el ocupante se aburre alguna vez de la vista principal.

La verdad es que no tengo muy buenos recuerdos de mi paso por este despacho después de un desastroso viaje al extranjero el año pasado, que acabó aquí convocado por sir Andrew. Salí con los tímpanos reventados; si la demostración de la indignación editorial fuera un deporte olímpico no hay duda de que sir Andrew

formaría parte del equipo nacional británico y tendría que soportar la presión de ser considerado una esperanza de medalla. Yo habría dimitido en ese mismo momento si no fuera porque me dio la impresión de que eso era precisamente lo que él esperaba que hiciera.

—Cameron, entra y siéntate —me dice Eddie. Sir Andrew demuestra su política a través del mobiliario; Eddie está sentado (no; mejor dicho, apoltronado) en una silla que parece un trono, toda de madera negra y tapizada en cuero rojo con tachuelas doradas y con aspecto de haber soportado más de un trasero real. Mi asiento es el equivalente social de un honesto artesano, una silla forrada de tela clasificable en un escalafón superior a las sillas de plástico de una terraza de verano. Eddie tuvo la decencia de mostrarse incómodo en la poltrona investida de poder cuando recién ascendió a tal puesto el mes pasado, pero me da la impresión de que ha empezado a gustarle.

Eddie hojea unas páginas que están sobre su mesa. La mesa no es tan impresionante como la silla —tamaño de cama individual en lugar del tamaño de cama de matrimonio que sospechaba preferiría Sir Andrew y quizá el mismo Eddie— pero aún así no resulta despreciable. Sobre la mesa hay un terminal de ordenador pero Eddie tan solo lo utiliza para espiar a la gente pues desde allí controla el sistema informático cuando tomamos notas, pasamos un artículo, enviamos un fax o nos insultamos unos a otros a través del correo electrónico.

Eddie se reclina en su silla, se quita las gafas bifocales y se da golpecitos con ellas en los nudillos de la otra mano.

—No veo claro lo de este artículo sobre el whisky, Cameron —dice con ese tono perpetuamente compungido que emplean los Refinados de Kelvinside/Morningside.

—No me digas. ¿Qué tiene de malo?

—El tono, Cameron, el tono —dice Eddie frunciendo el ceño—. Es un punto demasiado combativo, ¿sabes lo que quiero decir? Demasiado crítico.

—Bueno, yo no he hecho más que ajustarme a...

—Sí, ya, a los hechos —dice Eddie con una sonrisa tolerante, creyendo que se trata de una broma entre nosotros—. Si tenemos en cuenta el hecho de que, al parecer, no compartes las preocupaciones de las grandes destilerías; algo que resulta evidente. —Vuelve a ponerse las gafas y echa otra mirada a las páginas impresas.

—Bueno, yo no diría que esa es la impresión que da —digo despreciándome a mí mismo por parecer que estoy a la defensiva—. Estás sacando a relucir el hecho de que sabes quién lo ha escrito, Eddie. No creo que nadie juzgándolo en frío pudiera...

—Lo que quiero decirte —dice Eddie cortando por la mitad mi protesta como si fuera mantequilla con un cuchillo de carne—, es si todo eso de la ofensiva de la Distillers Company y de la Guinness es verdaderamente necesario. Está muy manido, Cameron.

—Pero sigue siendo relevante —insisto yo—. Lo he puesto ahí para mostrar cómo funcionan las grandes corporaciones; prometen lo que sea para conseguir lo

que quieren y después reniegan de lo que han dicho sin siquiera inmutarse. Son mentirosos profesionales; lo único que les importa es la cuenta de resultados, los beneficios de los accionistas; nada más. Ni la tradición, ni la vida de la comunidad, ni la gente que ha trabajado toda su vida en...

Eddie se recuesta en la silla riéndose.

—Ahí está la cuestión —dice—. Estás escribiendo un artículo sobre whisky...

—Sobre la adulteración del whisky.

—... y a lo que te dedicas fundamentalmente aquí es a decir que Ernest Saunders es un pequeño cabrón mentiroso.

—Un gran cabrón mentiroso; es...

—¡Cameron! —dice Eddie molesto volviendo a quitarse las gafas bifocales y golpeando con ellas las hojas del artículo—. La cuestión es que, aun en el caso de que esto no fuera tachado de libelo...

—¡Pero si no hay nadie que se recupere de una demencia senil!

—¡No importa, Cameron! No hay lugar para esto en un artículo sobre whisky.

—Sobre la adulteración del whisky —añado yo malhumorado.

—¡Ya estamos otra vez! —dice Eddie levantándose y volviéndose a los grandes ventanales que tiene detrás. Se apoya en el marco de madera del ventanal central.

—Por Dios, jovencito, no sé por qué tienes que ser tan especial. Siempre igual.

Dios, odio cuando Eddie me llama «jovencito».

—Bueno, ¿lo vas a publicar o no? —le pregunto.

—Desde luego que no, tal como está. Este artículo se supone que adornará la primera página del suplemento del sábado, Cameron; ese lugar donde la gente resacosa en pijama desparrama las migas del croissant; tendrías suerte si, tal como está escrito ahora mismo, te lo aceptaran en la última página de *Private Eye*.

Me quedo mirándolo.

—Cameron, Cameron —dice Eddie mirando con expresión compungida mi rostro y frotándose la barbilla con una mano. Parece cansado—. Eres un buen periodista; escribes bien, entregas tus artículos a tiempo y sé que has tenido ofertas para irte a Londres con más responsabilidad y mejor sueldo. Tanto Andrew como yo te concedemos un margen de confianza más amplio de lo que alguna gente cree que te mereces. Pero si quieres hacer un artículo especial para el número del sábado sobre el whisky, lo menos que podemos esperar es que trate mínimamente del tema en lugar de parecerse más a un manifiesto de la lucha de clases. Es tan malo como lo que escribiste el año pasado sobre la televisión. —Al menos no ha mencionado los resultados de mi viaje al extranjero. Se inclina hacia adelante y vuelve a hojear el artículo—. Vamos a ver; mira lo que dices: que Ernest Saunders bebe tanto whisky que su cerebro se ha deteriorado hasta el «estado esponjoso bovino en que afirmaba encontrarse al final del juicio sobre el asunto Guinness; eso...».

—¡Era una broma! —protesto yo.

—Pues parece una provocación. ¿Qué estabas tratando de...?

—Pues seguro que dejarías que Muriel Gray lo dijera.

—No del modo en que tú lo expresas. Por supuesto que no.

—Bueno, pues asegúrate de que no habrá problemas legales; los abogados...

—No voy a evitar problemas legales, Cameron, porque no voy a publicarlo. — Eddie sacude la cabeza—. Cameron —suspira mientras se aleja de la ventana para volver a su poltrona—, lo único que tienes que hacer es cultivar el sentido de la medida.

—¿Y ahora qué? —digo yo ignorando lo que acaba de decir y señalando el artículo con la cabeza.

—Reescribirlo —dice con un suspiro—, Cameron. Trata de diluir el vitriolo en lugar de machacar lo del filtro de asbestos.

Me siento y me quedo mirando el artículo.

—Eso significa que pierdo la columna del sábado, ¿no?

—Sí —dice Eddie—. Voy a adelantar la serie de artículos sobre el National Trust una semana. El artículo sobre el whisky tendrá que esperar.

Frunzo lo labios y me encojo de hombros.

—Vale. Concédeme hasta... —digo mirando el reloj—... las seis. Puedo tenerlo corregido a esa hora si me pongo ahora mismo. Aún podemos llegar a...

—No, Cameron —dice Eddie con exasperación—. No quiero una chapuza de última hora que se limite a borrar los insultos; quiero que vuelvas a repensar ese artículo. Enfócalo desde otro punto de vista. Y si quieres, introduce implícitamente tu crítica a la corrupción moral del capitalismo de nuestros días, pero que sea *implícitamente*; de manera sutil. Yo sé que tú sabes... ambos sabemos que puedes hacerlo, y que eres más efectivo cuando utilizas el punzón que con la sierra mecánica. Aprovecha esa ventaja que tienes, hazme el favor.

No es que me haya apaciguado, pero esbozo una medio sonrisa y emito de mala gana un gruñido de asentimiento.

—¿Estamos de acuerdo? —me pregunta Eddie.

—Muy bien —digo asintiendo con la cabeza—. De acuerdo.

—Bueno —dice Eddie recostándose de nuevo sobre el respaldo de su asiento—. Bueno. ¿Cómo va todo lo demás? Me gustó el artículo sobre el submarino; bastante equilibrado; tirando un poco a editorial, pero sin llegar a eso. Muy bueno, muy bueno... Por cierto, he oído rumores de que es posible que nos des una sorpresa muy pronto sobre algo relacionado con un topo en el gobierno, ¿es cierto?

Le dedico a Eddie mi más firme mirada de acero. Parece rebotar.

—¿Qué es lo que te ha dicho Frank? —le pregunto.

—No he dicho que me haya enterado por Frank —dice Eddie con cara inocente y expectante. *Demasiado* inocente y expectante—. Alguna gente me ha mencionado que al parecer te traes algo entre manos, y que no hablas con nadie de ello. No estoy intentando meterme en tus asuntos; todavía no quiero saber nada de eso. Tan solo me preguntaba si esos rumores son ciertos.

—Bueno, pues sí —le digo, sin ningunas ganas de admitirlo.

—Yo... —empieza a decir Eddie, y entonces suena el teléfono. Parece molesto al tener que contestar—. Morag, creía que te había dicho... —dice respondiendo a la llamada. A continuación su expresión se torna en amarga resignación—. Sí, muy bien. Un momento.

Pulsa el botón para quitar el sonido y me mira con cara de disculpa.

—Cameron, lo siento; el maldito asunto del Fettesgate. Hay revuelo en las altas esferas. Voy a tener que salir a comprobar todo esto. Me alegro de que hayamos hablado. Hasta luego.

Abandono el despacho con la sensación de que acabo de ir a ver al director del colegio. Me escapo a los lavabos para toquetearme la nariz con la tía Cristal. Putas gracias por las drogas.

Andy, Clare y yo caminábamos por los campos de Strathspeld pasando por la casa que había frente al césped y la terraza y a través del jardín de arbustos y del bosque hasta llegar al valle, y volvíamos a salir subiendo la colina boscosa que había más allá y el hueco lleno de denso follaje en donde se encontraba el viejo respiradero.

Era uno de los dos respiraderos que había en la colina; la antigua línea férrea pasaba justo por debajo. Hacía treinta años que se había clausurado y la entrada y la salida del túnel se habían tapiado. El viaducto sobre el Speld, una media milla más adelante, había sido demolido y tan solo quedaban visibles los pilares entre las tempestuosas aguas. Hasta los rieles habían sido retirados, dejando un pasillo aplanado que se curvaba bajo los árboles del bosque.

Las dos chimeneas de los respiraderos —unos cilindros rechonchos y oscuros de piedra vista, separados unos metros, y de poco más de un metro de altura, tapados con rejas de hierro forjado— ventilaban el vapor y el humo de los trenes que pasaban por el túnel. Podías subirte encima y sentarte sobre la parrilla de hierro oxidado —con miedo de que cediera, pero con miedo a reconocer ante los demás que tenías miedo— y mirar hacia la absoluta negrura que había abajo, y a veces sorprender ese olor muerto y frío del abandonado túnel que subía por el respiradero como una respiración despiadada. Desde allí también se podían dejar caer piedras a la oscuridad que aterrizaban, con un sonido seco y distante que apenas se podía percibir, en el suelo del túnel, unos treinta o cuarenta metros más abajo. Una vez vinimos aquí con periódicos viejos y una caja de cerillas y tiramos los periódicos arrugados encendidos en el agujero y los vimos caer ardiendo, lentamente, dibujando una espiral silenciosa que se adentraba en la oscuridad hasta que daban en el suelo.

Andy tenía once años, Clare diez y yo nueve. Estábamos allí para celebrar una ceremonia. En aquella época Andy estaba un poco regordete y Clare estaba agradablemente normal. Todo el mundo coincidía en que yo estaba como un palo, pero que seguramente me rellenaría con el tiempo, como mi padre.

—¡Blimey! —exclamó Clare—. Está oscuro ahí, ¿no?

Estaba oscuro. En el cénit del verano los enrevesados matorrales alrededor de las chimeneas crecían con rapidez y dejaban el agujero casi sin luz. Teníamos que abrirnos paso entre la maleza hasta llegar al pequeño oasis de claridad en calma que había alrededor de la chimenea. Cuando conseguíamos llegar, en el interior de aquel hueco rodeado de vegetación, la luz parecía mortecina y coagulada.

Clare se estremeció y se agarró al brazo de Andy poniendo cara de terror.

—¡Ah, ayuda!

Andy sonrió y poniendo su brazo alrededor de ella le dijo:

—No temas, hermanita.

—¡Haz esa cosa horrenda! —exclamó ella sonriéndome.

—Tú primero —dijo Andy pasándome el paquete a mí.

Tomé el paquete, saqué un cigarrillo y me lo puse en la boca. Andy trataba de raspar la cerilla, la encendió y rápidamente la llevó al cigarrillo. Yo aspiré con fuerza, con los ojos entornados.

Inhalé un olor a sulfuro y me puse a toser, me puse verde como ocurre en estos casos y estuve a punto de vomitar.

Andy y su hermana se pusieron a reír escandalosamente mientras yo seguía tosiendo.

También ellos probaron el humo del cigarrillo y declararon que era una completa tontería, muy desagradable, y que no comprendían lo que la gente podía encontrarle. Los adultos estaban locos.

Andy dijo: Pero queda muy bien; ¿habíamos visto *Casablanca* con Humphrey Bogart? Eso sí que era una película. ¿Y quién podía imaginarse a Rick sin un cigarrillo en la mano, por no hablar del que llevaba a veces colgando de los labios? (Clare y yo podíamos imaginarlo mientras nos hacíamos muecas el uno al otro. Vaya, si yo había visto la película hacía dos Navidades, ¿no? Era una película de los Hermanos Marx y, que yo recordara, no salía nadie llamado Humphrey Bogart). Probamos otro cigarrillo y al segundo intento —quizá instintivamente— ya imaginé cómo se hacía.

¡Estaba flipando con aquella cosa! El humo del segundo cigarrillo me lo tragué de verdad. Andy y Clare solo aspiraron un poco, se metieron el humo en la boca pero no en los pulmones, no dentro de ellos, no lo aceptaron en sus ecoesferas personales; tan solo reían como niños, periféricamente.

Pero yo no. Yo aspiré aquel humo hasta el fondo y lo hice parte de mí, me uní místicamente con el universo en ese instante, dije para siempre Sí a las drogas simplemente por aquel inigualable subidón que experimenté con aquel paquete de cigarrillos que Andy le sacó a su padre. Fue una revelación, una epifanía; una inmediata toma de conciencia de que la materia —algo que tenías delante, en la mano, en tus pulmones, en tu bolsillo— podía separarte el cerebro del cuerpo y volver a ensamblarlo de maneras que jamás se te habrían ocurrido.

Aquello era mejor que la religión, ¡a no ser que eso fuera lo que la gente *entendía* por religión! ¡Lo esencial es que aquello *funcionaba*! La gente te decía: Cree en Dios o: Sé bueno o: Saca buenas notas o: Compra esto o: Vota por mí o lo que fuera, pero la verdad es que nada de eso funcionaba del modo en que funcionaban las substancias, nada te daba el *resultado* cojonudo que ellas te daban.

Aquel día casi me convertí en un yonqui, aquella tarde, aquella misma hora, en aquel momento del segundo cigarrillo. En aquel primer subidón virginal de toxinas al cerebro creo que comencé a convertirme en mi yo posterior; por fin tenía los ojos abiertos a mi auténtico yo. Verdad y revelación. ¿Qué es lo que está *realmente* pasando? ¿Cuál es literalmente la cuestión? ¿Qué es lo que *verdaderamente funciona*?

Y ahí está, el Catecismo periodístico, el cuento del contador de verdades, escrito en cualquier maldito documento o historia que prefieras denominar, aceptar o designar. ¡¿QUÉ COÑO FUNCIONA?!

Concluyo mi alegato.

Tiramos las colillas chamuscadas por la chimenea hacia la oscuridad sin más ceremonias. Caminamos de vuelta a casa y Andy, que iba más adelantado que nosotros, anunció de repente una carrera, de modo que chillamos y protestamos y nos pusimos a seguirle los últimos cien metros, haciendo una carrerilla final por el césped de la casa y la gravilla del porche.

En el salón principal de la casa, sin aliento, todos declaramos que el experimento en la vieja chimenea había sido un fracaso... pero en el fondo de mí yo sentía lo contrario.

«DESPOT»

Despot es un juego de creación de mundos de la HeadCrash Brothers, el mismo equipo que sacó *Brits*, *Raj* y *Reich*. Es su última creación, el mejor y más ambicioso de sus juegos, de una complejidad bizantina, de una belleza barroca, espectacularmente inmoral y absolutamente, absolutamente adictivo. Acaba de salir hace dos meses y llevo jugando prácticamente cada día desde que una mañana de bochorno, a finales de agosto, salí de la tienda de juegos Virgin que está en Castle Street con mi ejemplar nuevecito bajo el brazo y me volví andando a la oficina mientras iba leyendo la cubierta de la caja como un niño de diez años que acabara de comprar su último modelo de Airfix en los sesenta.

Estoy sentado en mi piso de Cheyne Street probando el juego en lugar de estar trabajando en un artículo para el periódico. El problema es que el juego y el ordenador se compenetran demasiado bien; el equipo de HeadCrash ha diseñado *Despot* para que aproveche las ventajas de cualquier configuración de sistema que se utilice, siempre y cuando el máximo sea un PC con microprocesador 386SX a una velocidad de 25Mhz y un mínimo de 2Mb de RAM y 8Mb libres en el disco duro, además de tener instalada una tarjeta de gráficos basada en S3. La configuración mínima para que funcione el juego puede llegar hasta un Atari 520ST, en donde seguiría funcionando (aunque la resolución no sea ni de lejos tan buena, ni la velocidad tan rápida, ni su capacidad interactiva sea posible). Pero en todos los demás hasta el mío su resolución será igual de buena, y en uno mejor haría las mismas cosas que en el modelo recomendado. Pero da la casualidad de que las especificaciones señaladas anteriormente *corresponden punto por punto con las de mi ordenador*.

Se trata, claro está, de una mera coincidencia; nada de destino, ni karma sino, simplemente, una casualidad fortuita; pero, joder, ¡es una pasada! ¡El sistema preciso! ¡Sin que le sobre ni le falte nada! Justamente el sistema óptimo con el entorno más elegante —el de tecnología más avanzada que me pude permitir entonces, hace escasamente un año, y aún sigo pagando este puto ordenador que está pasando de moda por momentos— para ejecutar este alucinante juego maquiavélico; uno de esos que se convierten instantáneamente en clásicos, que van adelantados un año a su tiempo y que pueden llegar a ser más divertidos que el sexo.

Estoy jugando a *Despot* pero estoy pensando en sexo. Mañana tengo una cita con Y y no puedo *dejar de pensar* en sexo. Tengo una erección y me encuentro delante del ordenador en la oscuridad, agazapado en mi despachito del piso con la luz apagada y la radio encendida y la pantalla del ordenador inundándolo todo con los armoniosos y seductores gráficos de *Despot*, y su luz —azul, ocre, roja, verde— proyecta la sombra de mi polla en mi barriga y la maldita cosa me estorba

continuamente de manera que tengo que metérmela debajo de la mesa, en donde se me queda apretada, con todo lo tiesa que está, con la barra de metal del caballete hasta que se me pone fría y me llega a molestar y tengo que echarme hacia atrás con la silla y la dejo, con todo su peso pendulante, apoyada contra el borde de la mesa, con su gran cabeza morada y una pequeña rajita-boca-ojo que me mira tontamente, como un cachorrito mudo que alzara suplicante la mirada hacia ti, distrayéndote, y yo sigo pensando que debería hacerme una paja pero no quiero porque quiero guardarlo todo para Y, no porque Y lo desee ni porque afecte mi rendimiento, sino porque simplemente me parece que tiene su importancia conservar parte del ritual previo al coito.

Lo que quizá debiera hacer sería ponerme unos pantalones y controlar la cosa, pero en el fondo me gusta lo de quedarme desnudo sentado aquí en la oscuridad sintiendo la suave brisa de aire caliente que el ventilador del calentador eléctrico me sopla en la piel.

Así que el enorme hombrecillo está nervioso esperando una bienvenida en las colinas, un recibimiento en el valle (aunque esté preparado para la eventualidad de que lo despachen con menos), y mientras tanto el juego sigue allí esperando a que lo jueguen y amenaza con ponerse a jugar consigo mismo si yo hago lo propio. Porque *Despot* es interactivo, *Despot* seguirá construyendo tu mundo en tu lugar aunque lo dejes solo, porque de hecho *te observa*, aprende tu estilo de juego, *te conoce*, hará todo lo que esté en su mano por *llegar a ser tú*. Todos los juegos de construcción de mundos —que imitan la vida, o al menos ciertos aspectos de la vida— se desarrollan y cambian de acuerdo con sus reglas de programación si los dejas que funcionen solos, pero *Despot* es el único que con un poco de entrenamiento intenta verdaderamente llegar a ser como *tú*.

Me enciendo otro Silk Cut y me sirvo un poco de whisky. Por ahora me mantengo apartado del speed, pero cuando llegue al nivel de la siguiente era en el juego —y por el momento estoy a unos cuantos puntos de conseguirlo— me voy a meter un poco. Inhalo unas caladas de Silk Cut que me llenan los pulmones de humo. Ya me he fumado un paquete desde las seis de la tarde, cuando empecé a trabajar y lo dejé enseguida por el juego. También me he pulido media botella de whisky y tengo en el paladar esa sensación áspera y granulosa que siempre experimento cuando he estado bebiendo whisky.

Me entran náuseas con el humo.

Eso también me pasa a veces cuando me he pasado fumando. Estrujo el cigarrillo en el cenicero y toso un poco y me quedo mirando el paquete de cigarrillos. He pasado una temporada pensando en dejarlo por un tiempo. Siempre pienso, ¿qué sentido tiene meterse esta droga? Los únicos cigarrillos que me dejan flipado son los que me fumo a primera hora de la mañana (cuando estoy todavía medio dormido y sin ninguna disposición para disfrutarlos y me duele generalmente el pecho de la tos matinal), y, a veces, el primero que me enciendo después de unas copas. Ah, y

también el que me fumo después de haberlo dejado por unos días. O unas horas.

Agarro el paquete con la mano. Mi puño está a punto de cerrarse. De hecho, me da la impresión de que mi mano se cierra, de que veo cómo el paquete se arruga y se contrae, prácticamente como si lo hubiera hecho. Pero después pienso: Mierda, solo quedan cinco cigarrillos en el paquete. Antes me los tengo que fumar; sería una lástima malgastarlos.

Saco otro cigarrillo, lo enciendo y le doy una calada profunda. De nuevo me dan náuseas, me pongo a carraspear y a toser y siento el whisky y la Export que me tomé antes subiéndome por el esófago, a punto de salir. Se me humedecen los ojos. Qué droga tan estúpida, qué puta droga tan completamente inútil; sin ningún placer después de la primera calada, tremendamente adictiva y letal de muchas maneras, y aunque no te dé cáncer de pulmón o un ataque cardíaco puedes estar casi seguro de que te toca gangrena en las piernas cuando seas mayor, pedazos de tu cuerpo pudriéndose todavía pegados a ti y muriéndose a plazos en tu lugar, pudriéndose y apestando mientras sigues vivo y más tarde tienen que cortártelas y te despiertas después de la operación con silbidos en los pulmones, muriéndote de dolor y suspirando por un cigarrillo. Y mientras, las compañías de tabaco se dedican a promocionar deportes, a luchar contra las limitaciones publicitarias y a buscar nuevos mercados en la Europa del Este y en el Lejano Oriente y cada vez hay más mujeres que le dan a esa hierba para demostrar que también pueden ser unas cabronas descerebradas, y bustos parlantes con el cerebro de serrín salen en la televisión y sueltan: «Bueno, como saben, lo cierto es que hasta ahora nadie ha demostrado que el tabaco provoque cáncer», y te quedas sentadito frente a la pantalla ardiendo de ira y entonces te enteras de que la Thatcher se está llevando limpio medio millón de la Phillip Morris por un contrato de consultora por tres años y juras no volver a comprar ninguno de *sus* productos jamás pero al final del día vuelves a encender otro cigarrillo y chupas el humo como si lo disfrutaras y vuelves a proporcionarles beneficios a esos malvados cabrones.

De acuerdo. Por fin me he convencido. Aplasto el paquete. No acaba de arrugarse satisfactoriamente porque todavía le quedan muchos cigarrillos dentro, pero insisto y empleo las dos manos y llego a dejarlo como a la mitad del tamaño que tenía, y después me lo llevo al lavabo y lo parto por la mitad y vacío los cigarrillos doblados y partidos en la taza del retrete y tiro de la cadena y me quedo viendo cómo la mayoría se queda flotando, dando vueltas en espiral sobre el agua que corre y me cabreo tanto con ellos por no desaparecer de mi vista por el desagüe tal como quiero que me ponga de rodillas y meto las manos en el agua y uno a uno voy metiendo sus cuerpos rotos y los restos de papel y de tabaco por debajo del codo del desagüe de modo que si quieren flotar lo hagan en el otro lado y no tenga que verlos, y a continuación me lavo las manos y me las seco y cuando la cisterna se ha vuelto a llenar por completo tiro otra vez de la cadena y esta vez el agua está limpia y por fin puedo respirar tranquilo.

Abro el tragaluz del cuarto de baño y el que hay en el despacho para que haya una buena corriente de aire y me quedo allí tiritando hasta que me pongo el pijama con una intensa sensación de estar a gusto conmigo mismo. Me siento delante del ordenador y me encuentro con que la puntuación de mi era en *Despot* ha descendido ligeramente mientras ocurría todo esto, pero no me importa; me siento virtuoso.

Inspiro el aire frío de la noche y me pongo a reír mientras voy chasqueando el botón del ratón del ordenador por la superficie de la mesa como si fuera un animal salvaje haciendo que destelle la pequeña mano que aparece en la pantalla mientras agarra iconos del menú y los va esparciendo como rayos por mi imperio, construyendo carreteras, dragando puertos, quemando bosques, horadando minas y —mediante el irónico icono de iconos— levantando más templos en mi honor.

Una horda de bárbaros provenientes de las recónditas estepas del sur intenta una invasión y entonces pierdo una hora manteniendo a raya a los cabrones y tengo que reconstruir la Gran Muralla antes de poder volver a la pantalla de los tribunales en donde continúo con mi estrategia a largo plazo de debilitar el poder de los caciques regionales y de la Iglesia haciendo que mi palacio sea de un lujo tan desorbitante en lo que se refiere a la lujuria carnal que los bárbaros y los obispos no tengan más remedio que convertirse en unos voluptuosos decadentes y, por lo tanto, en fruta madura para corromper, mientras prospera mi clase social de mercaderes y puedo patrocinar un cierto desarrollo tecnológico.

Me pongo otro whisky y un cuenco de Coco Pops con mucha leche. Mi mano sigue desplazándose hacia el lugar en donde solía estar el paquete de cigarrillos, pero resisto las ansias de fumar y hasta ahora lo consigo. La verdad es que me gustaría meterme un poco de speed pero sé de sobras que si lo pruebo querré fumarme un cigarrillo inmediatamente después, de manera que lo dejo correr.

Tengo una corazonada y mando a la policía secreta al bazar para ver si encuentra a algunos camellos: ¡bingo! Los camellos son llevados ante los tribunales y poco después me encuentro con que mucha de la gente que yo estaba tratando de hundir está metida hasta el cuello. Se me ocurre que este método podría ser un modo mejor de controlar las cosas en lugar de ir avasallando a la gente, que es la especialidad de la policía secreta. Cierro el chiringuito a las 4:00 a.m. y cuando me meto en la cama tan solo estoy un poco nervioso. No puedo conciliar el sueño y me quedo pensando en Y; después de media hora dando vueltas entre las sábanas me doy por vencido, me hago una paja y enseguida me quedo plácidamente dormido.

El edificio está caliente y huele a perro. Lo arrastras adentro y cierras la puerta. Los perros ya están ladrando y aullando. Enciendes la luz.

El bloque de las perreras tiene el tamaño de un garaje doble; adentro, los muretes que separan las perreras están sin pintar. Unos fluorescentes cuelgan del techo. Hay un pasillo central entre dos filas de perreras, construidas también con muretes que se

levantan hasta la altura de la cabeza y que están sin techar; en el suelo hay paja encima del cemento y a la entrada de cada una, una cancela hecha de escuadras de hierro ligero y tela metálica de gallinero.

Hasta ahora todo ha salido bien. Has llegado cruzando los campos y a través del bosque a la puesta del sol y observado el lugar con los prismáticos de visión nocturna hasta que encuentras la enorme casa oscura y vacía. La caja de la alarma, situada en un aguilón alto en la pared, resplandecía con su color rojo pálido; ya tenías decidido de antemano no forzar la puerta. Te saliste de la carretera que da a la entrada. La caseta del vigilante también estaba oscura; el vigilante volvería cuando cerraran el pub del pueblo. Te adentraste en la cuneta para cortar un arbolito con la sierra, de manera que no se notara desde la carretera, y te pusiste a esperar. El Range Rover apareció retumbando por el camino dos horas después. Venía solo y aún llevaba puesto el traje y la corbata; lo golpeaste con la cachiporra cuando estaba fuera del coche observando el árbol; el ruido del motor en marcha ocultó cualquier sonido que pudieras hacer y él ni siquiera se volvió. Pasaste con el Land Rover por encima del árbol.

Sus brazos se mueven con lentitud mientras lo cargas arrastrándolo por el suelo de cemento y lo dejas apoyado contra la cancela de una de las perreras vacías. Los ladridos de los perros se transforman cuando ven a su amo. Dejas la mochila en el suelo y sacas unas abrazaderas de plástico y las sujetas con la boca mientras intentas levantarlo para que se ponga en pie, pero pesa demasiado. Mueve los párpados. Lo dejas caer de nuevo y se queda apoyado contra la cancela de tela metálica y cuando comienza a abrir los ojos le coges por el pelo y le golpeas otra vez con la cachiporra. Se cae hacia un lado. Te metes las abrazaderas de plástico en el bolsillo. Te pones a pensar. Los galgos zorreros continúan ladrando y aullando.

Encuentras una manguera enchufada a un grifo entre las cancelas. Desenchufas la manguera del grifo y pasas un extremo por el dintel del murete de la perrera vacía, lo sacas por la tela metálica y se la atas por debajo de las axilas. Cuando la manguera se aprieta alrededor del pecho emite un gemido; empiezas a alzarlo del suelo pero la manguera se rompe y vuelve a caerse al suelo. «Mierda», te dices a ti mismo.

Al final se te ocurre una idea. Sacas la puerta del quicio y la dejas en el suelo junto a él. A continuación le das una vuelta y lo colocas encima de la puerta. Emite un sonido, entre gemido y ronquido.

Le atas las muñecas y los tobillos a la tela metálica con las abrazaderas de plástico, empleando dos en cada miembro. Ya has comprobado tú mismo las ataduras; parecen frágiles pero no pudiste romper una cuando lo intentaste, y en la televisión has visto cómo la policía de los EE. UU. utiliza dispositivos similares en lugar de esposas. De lo que no estás seguro es de que resista la tela metálica y es por eso por lo que te parece una precaución razonable utilizar dos abrazaderas en cada miembro y asegurarlas a diferentes hexágonos de la tela metálica. Los galgos siguen ladrando de vez en cuando, pero arman menos escándalo que antes. Mediante un trozo de

manguera le atas la cintura a la barra de hierro en forma de zeta que sostiene el marco de la puerta. Le desatas el cinturón y le bajas los pantalones; está muy bronceado de unas vacaciones en Antigua el mes pasado pero empieza a perder el color. Cargas la puerta y la arrastras hacia la pared exterior de la perrera vacía y después te acuclillas detrás de la parte superior de la puerta y la levantas, y a él con ella, inspirando hondo y resoplando y levantándola aún más hasta dejar que la parte superior de la puerta se quede apoyada contra la pared de la perrera de donde has sacado la puerta. La puerta se queda apoyada con un ángulo de sesenta grados.

Comienza a despabilarse. Cambias de idea acerca de dejarle hablar y agarras la cinta aislante de la mochila y le tapas la boca dándole unas vueltas que pasan por su nuca, a través de la tela metálica, dejándole al mismo tiempo la cabeza inmóvil. Un poco de sangre le gotea por el abundante cabello; el hilillo va descendiendo hasta la base de la nuca y el cuello de la camisa.

Después, mientras sigue emitiendo gemidos por la nariz, sacas los recortes de periódico de la mochila junto con el bote de pegamento y los pegas en la pared que tiene frente a él, uno a cada lado de la puerta de la perrera. Los perros que hay dentro dan saltos y gruñen mientras lo haces, golpeando la tela metálica.

El titular del primer artículo dice EX MINISTRO ENTRA EN POLÉMICA ACERCA DEL COMERCIO DE ARMAS CON IRÁN, y en letra pequeña más abajo se puede leer: «Siempre mantuve mi opinión de que sería beneficioso para los intereses de Occidente que la guerra entre Irán e Irak se prolongara lo más posible».

El titular del segundo artículo dice PERSIMMON defiende los planes de cierre: «los intereses principales son los DE LOS ACCIONISTAS», y debajo se puede leer lo siguiente: «Después de cinco años desaparecen 1.000 puestos de trabajo al finalizar la subvención estatal».

Esperas a que recobre el conocimiento pero está tardando lo suyo. Te impresionó lo alejada que estaba la casa de las demás casas de la zona y entonces decidiste que en lugar de la Browning con silenciador que habías traído te arriesgarías empleando la escopeta que él llevaba en la parte trasera del Range Rover. Vuelves al coche y te haces con el arma y con una caja de cartuchos. Al volver a entrar cierras la puerta detrás de ti.

Está despierto, aunque tiene los ojos vidriosos y descoordinados. Le saludas con un movimiento de la cabeza al entrar y te quedas frente a él mientras introduces un par de cartuchos rojizos en las recámaras de la escopeta. Sus ojos se mueven de manera extraña al tratar de enfocar tu figura. Tú llevas vaqueros con peto y un pasamontañas de esquiar parecido al que utilizaste en Londres. Te has puesto unos guantes finos de seda térmicos de esquiar. El Muy Honorable Diputado Edwin Persimmon está farfullando algo bajo la cinta aislante y sigue intentando enfocarte. Te preguntas si no le habrás atizado demasiado fuerte con la cachiporra y si no deberías hacerlo ahí mismo de una vez por todas y olvidarte de lo demás porque sería más rápido y menos peligroso para ti, pero decides seguir el plan establecido. Es

importante; demuestra que no eres simplemente un loco y los riesgos adicionales te elevan a un plano superior en que intervienen la casualidad y la suerte.

Te das la vuelta y vas hasta la perrera llena de galgos zorreros; empiezan a ladrar otra vez. Forcejeas con los dos cañones de la escopeta hasta que consigues meterlos en uno de los hexágonos de la tela metálica a la altura de la cintura, entonces inclinas un poco hacia abajo la escopeta de manera que puedas apoyar el hombro firmemente en la culata y descargas las dos recámaras sobre la jauría de perros que te gruñen.

La escopeta te da un culatazo en el hombro. Se oye un estruendo en aquel espacio cerrado. Espirales de humo inundan la perrera en donde yace un perro partido por la mitad, otros dos están echados sobre el cemento, gimiendo, y los demás ladran enloquecidos; algunos se han puesto a correr en círculos muy cerrados, esparciendo la paja. Abres la escopeta, saltan dos cartuchos vacíos y uno de ellos le da a Mr. Persimmon en el pecho. Tiene los ojos muy abiertos y está retorciéndose con todas sus fuerzas sobre la tela metálica a la que está atado. Vuelves a cargar la escopeta sin sacarla de la tela metálica, apuntas con más cuidado y disparas un cartucho detrás de otro matando dos perros más e hiriendo a otros tres o cuatro. El humo es ahora muy espeso por un momento y te deja un sabor acre en la garganta.

Los perros se ponen frenéticos, sus aullidos son intensos y angustiados. Uno de los animales sigue dando vueltas corriendo, pero se resbala con la sangre. Vuelves a cargar, disparas otra vez y matas a otros dos galgos zorreros, dejando a una media docena de ellos pegando saltos por las paredes y ladrando. El que corre en círculos está sangrando por una de sus patas traseras, pero no ha disminuido el ritmo de su carrera.

Te vuelves hacia Mr. Persimmon y te levantas el pasamontañas por encima de la boca, y entre los quejidos, aullidos y ladridos le gritas: «¡No sabe usted lo bien que se lo están pasando!» y le guiñas un ojo. Entonces recargas la escopeta y liquidas otros dos. Dejas tranquilo al que corre en círculos porque has decidido que te cae bien.

El humo te hace toser. Dejas la escopeta y sacas el Martini de la vaina que llevas en el calcetín izquierdo. Te vas hacia Mr. Persimmon, quien sigue sacudiendo la puerta a la que está atado con todas sus fuerzas. Tiene los ojos abiertos como platos. El rostro bañado en sudor. Tú también sientes el sudor en tu cuerpo. Es una tarde calurosa.

Te has dejado la parte inferior del pasamontañas levantada para que pueda verte los labios. Te acercas a él de manera que te vea únicamente por su ojo izquierdo y, alzando la voz por encima de los gemidos y lamentos y de los pocos y débiles ladridos que aún se oyen en la perrera de enfrente, dices:

—En Teherán, en el cementerio principal, tenían una fuente roja; una fuente de sangre dedicada a los mártires que perecieron en la guerra. —Te quedas mirándolo y le oyes tratar de decir o gritar algo; sonidos que llegan hasta su nariz como atascados y distantes. No sabrías decir si te está insultando o pidiendo clemencia—. Los que eran declarados culpables de delitos mayores durante las últimas etapas de la guerra

no eran fusilados ni colgados —continúas diciendo—. Se les pedía que contribuyeran al esfuerzo bélico del país.

Alzas el cuchillo de modo que pueda verlo. Sus ojos no se podrían abrir más de lo que están.

—Los desangraban hasta que morían —le dices.

Te acuclillas frente a él y le haces una profunda incisión descendente en su muslo izquierdo, le seccionas la arteria dejándosela al aire. El grito le sale por la nariz y sacude frenéticamente la tela metálica del marco. Salta un chorro de sangre reluciente que te salpica la mano enguantada y se proyecta hacia arriba en un rocío rosado que empapa sus calzoncillos y le llega hasta la cara, dejándosela moteada de rojo. Cambias la manera de asir la empuñadura del cuchillo para seccionarle la otra pierna. Se sacude en la tela metálica con todas sus fuerzas pero la puerta aguanta y no se puede deslizar hacia adelante porque tú estás ahí agachado frente a él, bloqueándola con tus botas. La sangre le sale a borbotones y brilla bajo las luces del techo. Le cae sangre por ambas piernas y le gotea de sus calzoncillos; se derrama hasta llegar a los pantalones, que los tiene alrededor de los tobillos, y los empapa.

Te quedas de pie viéndolo, te acercas y tomas el limpio pañuelo doblado que lleva en el bolsillo de su chaqueta, lo despliegas y limpias la hoja del Martini con él hasta que el cuchillo queda reluciente. El cuchillo es original de Finlandia; por eso se escribe tan raro. No habías pensado en eso, pero ahora se te ocurre que su nacionalidad parece muy apropiada y hasta divertida, en su lado macabro; es *finés* y lo has utilizado para convertir a Mr. Persimmon en un *finado*.

El flujo de sangre se va apagando. Todavía tiene los ojos muy abiertos pero ahora vuelven a parecer vidriosos. Ha dejado de luchar; su cuerpo cuelga flácido, aunque aún respira con ansiedad. Piensas que puede estar llorando pero quizá se trata solo de sudor en el rostro, que ahora parece muy pálido.

La verdad es que te da pena porque ahora se trata simplemente de otro hombre moribundo, y entonces te encoges de hombros y dices:

—Venga, vamos; podía haber sido peor.

Te das la vuelta y metes tus cosas en la mochila y lo dejas allí, cuando ya solo queda sangre goteando y su piel está muy blanca bajo el bronceado.

Parte de la sangre se ha acumulado en el suelo de cemento frente a él y acaba uniéndose con el charco de sangre que se va extendiendo desde la jaula llena de perros muertos o gimoteando.

Apagas las luces y te llevas la Browning a la altura del hombro mientras abres la puerta y compruebas el exterior con el visor de visión nocturna.

Me dan ganas de ponerme a llorar. Estoy con Y pero se ha traído a su marido con ella. Aparecieron juntos por el periódico pero cuando me llamaron de recepción solo me dijeron que estaba ella, así que bajé saltando los escalones de tres en tres como un

chiquillo enamorado y entonces los vi a los dos en la recepción mirando juntos una vitrina en que se mostraban los últimos esfuerzos de algunos fotógrafos de la casa y se me cayó el alma a los pies. Yvonne: alta y elástica, y de esbeltez muscular, con una falda y una chaqueta negras. Falda de seda. Cabello corto negro, recortado hasta la nuca en un peinado nuevo aún más radical que se proyectaba en mechones sobre su frente. Se volvió hacia mí justo cuando mi cara terminaba de caerse. Esbozó una sonrisa de disculpa.

Y William también se volvió; ancho, con su rostro atractivo y explotando en una enorme sonrisa al verme. William: tan rubio como Yvonne morena, con la complexión de un remero olímpico, dentadura perfecta y ese apretón de manos de un gorila.

—¡Cameron! ¡Qué alegría verte! Ya ha pasado tiempo. ¿Cómo estás? ¿Todo bien?

—Bien, bien —dije yo sonriendo lo más sinceramente que pude, asintiendo con la cabeza. William es tan alto como ancho; me saca una cabeza y soy su sombra bajo su metro ochenta y pico. Yvonne me puso las manos sobre los hombros y me besó en la mejilla; con tacones tiene casi mi misma altura. Tacones; prefiere los zapatos sin tacones y solamente los lleva para que le levanten el trasero a la altura adecuada cuando le estoy dando por detrás. Al rozar sus labios con mi mejilla pude oler su perfume: *Cinnabar*, mi favorito. Intercambiamos cumplidos y yo pensaba: Eso te pasa por tomarte la tarde libre.

—Muy bien —dijo William dando una palmada con sus manos y frotándose las a continuación—. ¿Adónde vamos a ir?

—Bueno, se me ha ocurrido que podríamos dejarnos caer por el Viva México... —dije yo (y por poco añadido «como solemos hacer»), mirando desconsoladamente los labios rojos de Yvonne.

—Puf —dijo William con una mueca—. Me apetecen unas ostras. Vamos al Café Royal. ¿Qué os parece?

—Humm... —dije yo pensando, ostras...

—Te invitamos —dijo Yvonne agarrando del brazo a su marido y sonriendo.

Conocí a William y a Yvonne en la universidad, en la cúspide de aquellos tiempos que pasamos en Stirling, que se inauguraron y clausuraron con la primera y la segunda victoria de la Thatcher.

Ellos estudiaban asignaturas de empresariales. Él era de Birmingham, pero de padres escoceses. Ella era de Bearsden, a las afueras de Glasgow. Se conocieron en la primera semana de clases y cuando me topé con ellos al semestre siguiente en el pabellón de deportes ya eran una pareja inseparable. Fue un sábado por la mañana en el que William se había preparado para jugar a rugby e Yvonne estaba buscando una pareja para jugar a squash. Yo había estado esperando a que apareciera mi oponente —un tipo que estudiaba periodismo— durante más de media hora y estaba a punto de

resignarme y marcharme al bar cuando Yvonne me sugirió que jugáramos juntos. Me pegó una paliza. Desde entonces debemos haber jugado más de doscientos partidos juntos y tan solo he conseguido ganarle exactamente siete veces, por lo general cuando estaba a punto de caer —o recobrándose— de un resfriado o de otra enfermedad. Yo le echo la culpa a las drogas y a que, aparte de las ocasionales sesiones atléticas de sexo con Yvonne, el único deporte que practico consiste en un partido de squash cada quince días.

Yvonne y yo éramos simplemente amigos hasta que ella y William se mudaron a Edimburgo hace tres años y una noche, estando William ausente, quedamos para ir juntos a ver —qué casualidad— *Amistades peligrosas*, pero nunca llegamos al cine porque nos emborrachamos en el pub y no sé cómo empezamos a besarnos, y después, en el taxi, volviendo a Cheyne Street el taxista nos tuvo que llamar la atención para que nos contuviéramos porque prácticamente nos habíamos puesto a follar en el asiento trasero. Fue entrar medio metro en el portal y bragas abajo, pantalones abajo y cogerla por los muslos contra la pared, ella con la cabeza hacia adelante forzada por el contador del gas y yo enfriándome con la corriente que pasaba por el buzón de la puerta.

Hoy en día solemos llegar a la cama pero, en líneas generales, ha sido una relación física interesante y variada e Yvonne me jura y me perjura que conmigo hace cosas que ni siquiera se atrevería a mencionar a William, cuyas preferencias parecen empezar y acabar en la preferencia porque su mujer se ponga un corpiño y unas medias negras. Considerando el aspecto que tiene de tiarrón robusto resulta un poco decepcionante enterarse de que es tan escrupuloso con respecto a las mamadas y de que se horroriza —aun cuando lo haga educadamente y con disculpas— ante la idea de correrse encima de Yvonne. De modo que esas variantes, a las que hay que añadir la lucha libre embadurnados con aceite para niños, comer helado en su vulva, simular violación, y sodomía con *bondage* son, al parecer, algunos de los placeres reservados exclusivamente para mí.

Pues estamos sentados en el Café Royal después de una ligera caminata por North Bridge y William se ha zampado una docena de ostras (Yvonne y yo hemos tomado crema de almejas) y estamos hablando de ordenadores porque yo los uso y estoy interesado en ellos y William trabaja para una empresa que los produce: la fabrica principal en Escocia está en Queensferry pero la sede central de la compañía está en Maryland, en los Estados Unidos. Tenía que volar allí hoy pero justo cuando le iba a dar a Yvonne el beso de despedida y abandonar su maravillosa casa en el campo con garaje triple, salón en dos niveles, sauna, jacuzzi e instalaciones colectivas y televisión por satélite en una urbanización de prestigio amurallada entre árboles centenarios con una casa-club reservada a los residentes, restaurante, piscina, gimnasio Nautilus, squash y pistas de tenis, recibió una llamada en que le

comunicaban que el viaje se posponía unos días.

Estamos sentados en una mesa en la esquina del restaurante; William e Yvonne están sentados uno al lado del otro en un sofá de cuero verde frente a mí, que estoy en una silla corriente delante de Yvonne. Ella juguetea con sus pies bajo la mesa, rozándome la pantorrilla derecha. Yo supongo que el mantel almidonado es lo suficientemente largo como para ocultarlo todo.

Y mientras tanto yo voy hablando de los 486 y de los duplicadores de reloj y de los inminentes microprocesadores P5 y CD ROM y al menos tres cosas me pasan por la cabeza porque parte de mi cerebro se haya ocupado manteniendo esa conversación con William, otra parte se encuentra extasiado con la sensación que desata el pie de su esposa deslizándose hacia arriba por mi rodilla, que está provocándome una erección monstruosa bajo mi servilleta, y una tercera parte se encuentra como relajada escuchándome a mí mismo hablar con este hombre sonrosado y afable a quien le estoy poniendo los cuernos y como pensando qué frío y calculador cabrón puedes llegar a ser y qué palabrero, informado y encantador estás siendo mientras padezco esta deliciosa distracción oculta, pública y empinadora. Estamos hablando de sistemas multitarea y me dan ganas de decirle: «¿Quieres saber de verdad lo que es multitarea? Lo que estoy haciendo ahora mismo, tío».

Yvonne parece un poco aburrida con todo el rollo de los ordenadores, razón por la cual probablemente se puso a toquetear mi pierna. No le gustan nada los ordenadores; ella está metida en gestión de suspensiones de pago. Al salir de la universidad la contrataron en una pequeña compañía especializada en facilitar los estertores finales de negocios fracasados y el año pasado la nombraron directora. Ya no es una compañía pequeña. Un sector en expansión.

Disimula con delicadeza un bostezo y se recuesta en su asiento, y de repente yo hago una profunda inspiración que tengo que disimular como una tos cuando su pie se desliza entre mis piernas. Hago la tontería de coger la servilleta y llevármela a los labios tras la falsa tos y, Dios mío, ahí está su pie apoyado en mi asiento, con sus dedos enfundados en medias flexionándose hacia adelante para frotar mi polla a través de la tela de mis pantalones. Vuelvo a poner la servilleta rápidamente en su sitio y retomo la conversación acerca de la reproducción perfecta de video mediante CD ROM, esperando que nadie haya visto su pie. Podría haber sido embarazoso si hubiera habido un camarero cerca. Sin que nadie me vea levanto el mantel y lo pongo sobre mi regazo y sobre su pie. Ella sigue recostada en su asiento dedicándome una leve sonrisa, doblando y desdoblando los dedos de los pies para frotarme.

Yo alzo mi vaso de champan asintiendo con la cabeza a algo muy sensato que William acaba de decir.

—Bueno, tengo que ir al lavabo un momento —dice levantándose. El pie de Yvonne se tensa contra mi entrepierna, pero no lo retira.

Yvonne y yo vemos cómo se aleja y entonces nos acercamos por encima de la mesa al mismo tiempo.

—Joder, tienes un polvo —le digo.

—Humm —susurra ella. Se encoge de hombros—. Siento mucho todo esto.

—No te preocupes. Joder, tienes un polvo.

—¿Quieres que nos encontremos el día que se vaya?

—Sí —digo tragándome un nudo en la garganta—. Sí, sí, sí.

—Quítate tu zapato y méteme el pie entre las piernas —dice tranquilamente—.

No llevo bragas.

—Hostia.

Una hora más tarde estoy en el lavabo de caballeros del periódico con mi calcetín derecho enfundado en la polla, masturbándome. El olor del calcetín se me queda pegado en la piel alrededor de la nariz; antes de envolvermelo en la polla me quedé sentado oliéndolo, metiéndome su aroma hasta el fondo de los pulmones. Es la segunda paja que me he hecho; la verdad es que estuve a punto de correrme mientras estaba allí comiéndome la langosta con el pie de Yvonne restregándome la entrepierna y con mi pie metido en su falda. Al final les pedí que me disculparan, saqué el pie de allí, me puse el zapato y, con paso extraño, me dirigí a los lavabos de caballeros del Café Royal para meneármela antes de poner la mesa perdida. Solo tuve que tocármela. Esta vez me está costando más trabajo. El calcetín despidе un aroma a mujer salvajemente erótico. Gracias a Dios que estábamos comiendo marisco.

Yvonne... Ah, ya está...

—Cameron, ¿estás bien?

—Muy bien, Frank.

—Pareces un poco pálido.

—Me encuentro estupendamente.

—Me alegro. Carse of Gowrie.

—¿Cómo dices?

—Carse of Gowrie. Ya sabes, el pueblo cerca de Perth. ¿A que no adivinas qué es lo que propone el corrector de ortografía?

—Me rindo.

—«¡Curse of Gorily!».

—Déjalo ya, me vas a hacer llorar.

—Hay uno mejor...

—Mira Frank, la verdad es que tengo que investigar algo —le digo tomando un bloc de notas y dirigiéndome a la biblioteca. Qué coñazo, tener que trabajar con este tío; mejor será hacer una retirada estratégica a tiempo ante esa interminable broma sin gracia del corrector ortográfico que perder los papeles y decirle a Frank en dónde se puede meter su software.

El *Caley* sigue teniendo una biblioteca en donde se conservan los recortes de periódico. Cuando te metes a escribir un artículo lo primero que tienes que hacer generalmente es recolectar recortes de periódico sobre el tema, y aquí es donde los encuentras. Supongo que dentro de unos años absolutamente todo se almacenará en bases de datos y podrás recabar este tipo de información a través de un módem, pero por el momento existe un sitio a donde tienes que ir para consultar los más recónditos libros de referencia, los archivos del periódico anteriores a la era informática y los mismos números del *Caledonian* (aunque estos se almacenan en microfichas en lugar de papel). La biblioteca del *Caley* está situada en una única habitación cavernosa en las profundidades del edificio, dos pisos más abajo de la recepción; no tiene ventanas, no puedes oír ni tráfico ni trenes y la verdad es que es bastante tranquila a no ser que la rotativa esté funcionando. Intercambio unas palabras con Joanie, nuestra librera, dejo mis cosas en una mesa y comienzo a explorar.

Además, de confirmar que Ares es el dios de la matanza cruel, lo cual puede o no ser relevante para cualquier tema, no puedo encontrar nada más. No se hace referencia a nada ni a nadie llamado Jemmel. Al final me veo ojeando el material que ya había descubierto acerca de Wood, Bennet, Harrison, Aramphahal e Isaacs.

Wood e Isaac trabajaban para la British Nuclear Fuels Ltd, Bennet para la Comisión de Inspección Nuclear, Aramphahal era un experto en criptografía en el GCHQ y Harrison era un tío de la DTI del que corrían rumores que tenía lazos con el M16. Aramphahal se fue a la vía férrea que pasaba por debajo de su jardín, cerca de Gloucester, se ató una soga alrededor del cuello, sujetó el otro extremo de la soga a un árbol al otro lado de la vía, se ató él mismo a un tronco en el otro lado, y se puso a esperar a que pasara un expreso. Wood vivía en Egremont, un pequeño pueblo en Cumbria; se metió en la bañera con una taladradora eléctrica, pero no de las que funcionan con batería. Bennet fue encontrado en el pozo negro de una granja cerca de Oxford. Isaac se ató una pesada máquina de escribir antigua a los pies y se arrojó en Derwent Water, y Harrison se sentó en la habitación de un hotel en Windermere y se tragó los dos líquidos que reaccionan al entrar en contacto para formar la espuma de aislamiento térmico de paredes; murió ahogado. Al parecer todos se conocían mutuamente y compartían currículums muy vagos con grandes lagunas pues nadie sabía en dónde habían estado, y ninguno tenía amigos dentro de la profesión; o al menos ningún amigo que admitiera serlo.

Todo tenía un aspecto tremendamente sospechoso y sé de gente en un par de periódicos de Londres que estuvo intentando averiguar si todo eso era algo más que una serie de coincidencias, pero nadie llegó a ninguna parte. Hubo una interpelación parlamentaria y se inició una investigación de la policía, pero pronto se difuminó y tampoco se descubrió nada, o si se descubrió se echó tierra encima.

Según Mr. Archer los cuatro hombres muertos tenían una cosa en común: la marca de una inyección en el brazo y/o una contusión en la nuca en donde habían sido golpeados. Ello implicaba que ninguno de ellos estaba consciente cuando

supuestamente se suicidaron. Mr. Archer afirmaba que había tenido la oportunidad de ver las copias de los informes forenses originales que probaban lo dicho, pero yo — como los demás sabuesos— había hecho comprobaciones con los polis y los forenses locales más relevantes y no descubrí nada al respecto, aunque hay que admitir que el tío en Cumbria que realizó las autopsias de Isaacs, Wood y Harrison falleció poco después de que comenzara la investigación policial de un ataque al corazón, lo cual pudo ser una coincidencia o no, pero de cualquier modo imposible de probar, especialmente porque fue incinerado, como los otros cinco.

Estoy sacudiendo la cabeza ante tal teoría conspiratoria y comienzo a preguntarme si la sensación que tengo detrás de los ojos es o no es el comienzo de un dolor de cabeza cuando suena la extensión de la librería. Joanie me llama; es para mí.

—¿Cameron? —es Frank.

—Sí —digo entre dientes. Espero que no se trate de otra corrección ortográfica del ordenador.

—Tu Mr. Archer al teléfono. ¿Te pongo con él?

Ajá.

—Bueno, ¿por qué no?

Se oyen unos cuantos *clicks* (mientras pienso: Mierda, tampoco voy a poder grabar esta llamada) y entonces se oye la voz estilo Stephen Hawking:

—Mr. Colley.

—Al aparato, Mr. Archer.

—Tengo más.

—¿Cómo?

—El verdadero nombre de Jemmel todavía se me escapa. Pero sé el nombre del agente, el representante comercial para el usuario final.

—Le escucho.

—Su nombre es Smout —y me lo deletrea.

—Muy bien —digo yo pensando que el nombre me suena familiar—. ¿Y...?

—Él es de quien no se habla en Bagdad. Pero...

Pero la línea se corta. Hay un par de *clicks*, una secuencia de sonidos lejanos como pitidos de marcar números y un eco desvaído apenas audible: «... *de quien no se habla en Bagdad. Pero...*».

Cuelgo el teléfono con cierta sensación de mareo; todavía siento las copas de más que me tomé en la comida, me duele la polla después de dos pajas muy frustrantes y mi cabeza le da vueltas a todas las implicaciones de lo que me acaba de decir Mr. Archer, sin mencionar la intensa sospecha de que —aunque yo no pude hacerlo— alguien, en algún lugar, estaba grabándolo todo.

La cosa es que yo sé quién es Smout: escribí un artículo sobre él. El rehén olvidado, el hombre de quien —como dice Mr. Archer— no se habla.

Daniel Smout es —o era— un traficante de armas de medio pelo que se ha pasado los últimos cinco años en prisión en Bagdad, primero acusado de espiar y después

condenado por tráfico de drogas; fue sentenciado a muerte pero se le conmutó por cadena perpetua. El HMG ha mostrado en todo momento una enorme reticencia a mezclarse con él y la última vez que fue visto por un representante diplomático fue hace tres años. Pero siempre ha corrido con persistencia el rumor de que era un agente de una potencia occidental que trabajaba sobre un tema tan delicado que nadie de los que estaban involucrados quería que la prensa ni nadie llegara a saber del asunto, y la razón por la que ha sido abandonado es para que no llegara a hablar después de que el acuerdo en el que estaba trabajando fracasara finalmente.

De manera que estamos hablando de un proyecto denominado en código con el nombre del dios de la masacre, que involucra a Irán, un acuerdo extremadamente secreto y cuatro hombres muertos, de los cuales al menos tres tenían acceso a la inteligencia nuclear y dos a productos nucleares —plutonio— en el preciso lugar en donde se ha perdido más material nuclear para armamento que cualquier dictadorzuelo del tercer mundo soñaría jamás en adquirir.

La British Nuclear Fuels Limited, la sede del departamento de comunicación, el departamento de inspección nuclear, el departamento de industria y comercio, y un agente —un representante comercial para el cliente final según palabras de Mr. Archer— en Bagdad.

La rehostia.

Me dejo caer por la sala de redacción para que me vean la cara y, justo cuando llego a mi escritorio, suena el teléfono y doy un salto y lo descuelgo y es otra vez Mr. Archer. Esta vez me da tiempo a conectar la Pearlcorde.

—Mr. Colley, ahora mismo no puedo seguir hablando, pero si puedo llamarle a casa el viernes por la noche espero tener algo más para usted.

—¿Cómo? —digo yo pasándome la mano por el cabello. A mi casa. Esto cambia las cosas—. Muy bien; mi número es...

—Ya tengo su número. Adiós.

—... Adiós —digo yo ante el silencioso teléfono.

—¿Algún problema? —me pregunta Frank con las cejas arqueadas de preocupación.

—Todo bien —le contesto con una sonrisa forzada y poco convincente—. Sin problemas.

Me escapo de nuevo a los lavabos con la excusa de ingredientes un poco turbios en mi crema de almejas y esnifo un poco de speed, a continuación me doy una vuelta por Salisbury Crags, me siento en una roca y contemplo la ciudad desde arriba fumándome un porro y pienso: Oh, Mr. Archer, ¿en qué lío nos hemos metido?

INYECCIÓN

—7970

—Eh... ¿hola?

—Andy, ¿eres tú?

—Eh... sí. ¿Quién es? —La voz habla lentamente, como adormecida.

—¿Qué es eso de «Quién es»? Me has llamado. Soy Cameron. La persona que te acaba de dejar un mensaje en tu contestador hace exactamente diez minutos.

—Cameron...

—¡Andy! Por el amor de Dios. Soy yo; Cameron, tu amigo de la infancia; tu puñetero amigo del alma. ¿Te acuerdas de mí? ¡Despiértate! —No puedo creer que Andy suene tan dormido. Bueno, admito que es media noche, pero Andy no solía meterse en el catre mucho antes de las dos, como muy pronto.

—... Ah, sí, Cameron. Ya decía yo que me sonaba ese número. ¿Qué tal estás?

—Pues muy bien. ¿Y tú?

—Bueno, ya sabes; sí. Sí, muy bien. Perfectamente.

—Suenas emporrado.

—Bueno, ya sabes.

—Oye, si es muy tarde ya te llamaré en otro momento...

—No, no, está bien.

Estoy sentado en el despacho de mi piso, con la TV en funcionamiento y el sonido apagado, la máquina encendida mostrando la pantalla de estado de *Despot*. Es un viernes por la noche y debería estar fuera pasándolo bien pero estoy esperando a que llame Mr. Archer y además tengo miedo de que si me lo paso demasiado bien me apetecerá un cigarrillo, de modo que tengo otra razón para quedarme en casa y ver televisión y jugar juegos pero entonces empiezo a pensar en Ares y en esos cinco tipos muertos y el otro tipo en la trena en Bagdad y pienso de repente, Cameron, te estás metiendo en algo que corresponde al despacho de Pearl Frotwithe, y entonces me entra miedo y quiero oír otra voz humana y entonces llamo a Andy porque le debo una llamada y porque apenas he hablado con él desde que pasó aquí una semana el verano pasado pero me sale su contestador automático, en ese hotel tenebroso que está tan solo a unos doscientos kilómetros de aquí, aunque así y todo su voz suena apagada y lejana. Pienso que puedo oír el eco de su voz retumbando por los desolados espacios de ese sitio frío y tranquilo.

—Bueno, ¿qué has estado haciendo últimamente?

—No mucho. Pescar un poco. Subir a la montaña. Ya sabes. ¿Y tú?

—Oh, lo de siempre. Dando guerra. Cubriendo noticias. Hey, he dejado el tabaco.

—¿Otra vez?

—No, para siempre.

—Sí, ya. ¿Sigues follándote a la casada?

—Me temo que sí —le contesto (y me alegro de que no pueda ver la mueca que pongo cuando lo digo).

Es una situación extraña porque Andy conoce a Yvonne y a William de nuestros días en Stirling; él era un buen amigo de William y, aunque desde entonces sus vidas han ido por diferentes derroteros, no quiero que Andy sepa lo mío con Yvonne. Siempre me preocupa que acabe dándose cuenta.

—Ya... ¿Cómo se llamaba?

—No creo habértelo dicho —le contesto riéndome y reclinándome en la silla.

—¿Tienes miedo de que se lo diga a alguien? —dice con tono divertido.

—Sí. Vivo en un permanente estado de temor a que nuestro gran círculo de amigos comunes se entere.

—Ya. Pero lo que tienes que hacer es encontrar una mujer propia.

—Sí —digo yo arrastrando las palabras como si estuviera encachiporrado—. Tengo que encontrar mi propia chica, como mamá.

—Bien, ya veo que nunca seguiste mi consejo.

—Sigo intentándolo. Uno de estos días.

—¿Te has pasado a la otra acera últimamente?

—¿Eh?

—Ya sabes, con tíos.

—¿Cómo? Pero qué dices, no. No sé por qué... —me quedo mirando el auricular del teléfono en la mano—. No —digo finalmente.

—Eh, solo era una pregunta.

—¿Por qué? ¿Es que tú sí? —le pregunto y enseguida me arrepiento del tono que he empleado porque suena como mínimo desaprobatorio, si no completamente homofóbico.

—Naa —dice Andy—. Na, yo no... en el fondo... ya sabes, he perdido interés en todo eso. —Está farfullando y vuelvo a imaginarme que puedo oír el sonido que reverbera con el eco por el tenebroso hotel—. Pasa lo de siempre; los viejos hábitos nunca mueren.

—Pues yo creo que sí mueren —le digo—. ¿No lo crees tú?

—Supongo. Es lo que suele ocurrir.

—Mierda —digo inclinándome hacia adelante y abriendo el programa de *Despot* en la pantalla porque necesito hacer algo y normalmente, en este punto, suelo encender un cigarrillo—. Estaba pensando en subir y dejarme caer por ahí un día de estos. No te me irás a poner *raro*, ¿verdad que no, Gould?

—Es la enfermedad del monte. La angustia de las tierras altas. —Se pone a reír de nuevo—. No. Tú sube cuando quieras. Solo tienes que avisarme con antelación, pero sin problemas; estaré encantado de volverte a ver. Te espero desde hoy mismo. Ya llevamos demasiado tiempo sin vernos.

—Bueno, pues pronto estaré por allí. —Con el ratón del ordenador compruebo el último resultado geopolítico del juego—. ¿Has hecho algo con esa jodida mansión?

—¿Eh? Oh; el sitio.

—Sí, el sitio ese.

—No, nada. No ha cambiado nada.

—¿Has arreglado alguna de las goteras?

—No... Oh.

—¿Cómo?

—Di una mentira.

—Has arreglado las goteras.

—No, me olvidé; las cosas han cambiado.

—¿Cómo?

—Bueno, se han caído un par de techos.

—Ajá.

—Bueno, por aquí llueve mucho.

—Pero no hay heridos, ¿no?

—¿Heridos? ¿Cómo va a haber heridos? Vivo solo aquí.

—Claro. De modo que tienes sitio de sobra por si voy pero mejor que me lleve un paraguas, un saco de dormir impermeable, una tienda de campaña o algo así, ¿no?

—No, también hay habitaciones secas aquí. Vente.

—De acuerdo. No sé cuándo subiré, pero bueno, antes de fin de año seguro.

—¿Por qué no vienes, digamos, la semana que viene, por ejemplo?

—Ah —digo yo pensando: Joder, por qué no. Todo depende de las diferentes historias en las que estoy metido, pero teóricamente podría. Necesito descansar un poco; necesito cambiar de escenario—. De acuerdo, tal vez vaya. Solo un par de días probablemente, pero ve reservándome un sitio.

—Fantástico. ¿Cuándo piensas llegar?

—Hum, digamos que el jueves o el viernes. Te lo confirmaré.

—Perfecto.

Hablamos un poco más, recordando viejos tiempos, antes de despedirnos.

Cuelgo el teléfono y me quedo ahí sentado con *Despot* funcionando pero no sin prestarle atención. Me quedo pensando en mi viejo amigo, en el «niño de hielo», nuestro niño prodigio, el arquetipo del apostador fuerte de los ochenta que acaba siendo una víctima.

Siempre tuve celos de él, siempre deseando en cierto modo lo que él tenía aun cuando supiera que no era lo que quería.

Y Andy siempre parecía estar en otra parte y con algo entre manos. Dos años antes de que yo fuera a Stirling él ya había comenzado en St. Andrews a asistir a clases subvencionado por el ejército y cuando empezó la guerra de las Malvinas ya había alcanzado el grado de teniente en el cuerpo de fusileros de Angus. Avanzó arrastrándose desde San Carlos a Tumbledown, fue herido en un ataque fallido a una

posición argentina y condecorado con una medalla al mérito militar. Devolvió la condecoración cuando el oficial que había estado a cargo del ataque fue ascendido en lugar de ser juzgado por un consejo de guerra. Andy abandonó el ejército al año siguiente, fue contratado por una gran agencia publicitaria de Londres, le fue bien ahí (a él se le ocurrió la campaña de IBM «Insiste en la perfección: nosotros lo hacemos» y el eslogan de: «¡Qué buena pinta!» para Guinness) y de un día para otro deja el trabajo para montar The Gadget Shop en el Covent Garden. Ni Andy ni su socio — que también venía de hacer carrera en el mundo de la publicidad— tenían ninguna experiencia en llevar una tienda pero contaban con un montón de ideas y una pizca de suerte, a lo que añadieron sus contactos en el mundo de los medios de comunicación (a mí, para no ir más lejos) para sacarse de la manga una tremenda campaña publicitaria completamente gratis en forma de artículos sobre ellos y su negocio. La tienda y su catálogo de venta por correo fueron un éxito instantáneo. En menos de cinco años Andy y su socio abrieron otras veinte tiendas, hicieron una moderada fortuna y acabaron vendiéndolas por una fortuna desmesurada a una gran cadena de establecimientos comerciales unos meses antes del hundimiento de la bolsa en el 88.

Andy se tomó 6 meses de vacaciones y se dedicó a dar la vuelta al mundo — viajando siempre en primera clase—, recorrió Norteamérica en una Harley y navegó por todo el Caribe en un yate. Se hallaba en mitad de una ruta transahariana cuando su hermana Clare murió. Tras el funeral se pasó unos meses vagueando en la finca familiar en Strathspeld y después un tiempo en Londres haciendo poco más que ver a viejos amigos y dejarse caer por los clubes. Después de eso pareció, en cierto modo, salirse de madre. Se encerró en sí mismo, se convirtió en un tipo solitario, se compró un viejo hotel que empezaba a caerse a pedazos en las tierras altas occidentales y se retiró a vivir allí solo, al parecer prácticamente arruinado, y siguió sin hacer verdaderamente nada provechoso excepto beber demasiado, acabar ciego la mayoría de las noches, volverse un poco hippy —oye, tronco ¿sabes lo que te quiero decir?— y pasarse la mayoría del tiempo tumbado en la cama mientras el hotel —en un oscuro y tranquilo pueblo que en otro tiempo rebosaba de vida antes de que construyeran una nueva carretera y el servicio de ferry fuera suspendido— se va desmoronando a su alrededor.

—¡Cameron! «Kirkton of Bourtie».

—¿Qué me dices Frank?

—Es un pueblecito cerca de Inverurie.

—¿En dónde?

—No importa. ¿A que no te imaginas...?

—Me rindo.

—¡«Kickoff of Blurted»! ¡Ja, ja, ja!

—Déjalo ya, Frank. Me vas a matar de risa.

Este fin de semana me he dedicado a descansar y lo he empleado en desintoxicarme; no he tocado el polvo blanco y lo más nocivo que he bebido ha sido té muy cargado. Este régimen ha tenido la ventaja adicional de ayudarme a mantener bajo control mis impulsos incontrolados hacia el tabaco. He jugado mucho a *Despot* y llegué a avanzar en mi nivel de era histórica hasta llegar a los inicios de una revolución industrial justo antes de que mis nobles se sublevaran, de que al mismo tiempo los bárbaros del sur y del oeste me invadieran y de que tuviera lugar un terremoto que ocasionó una plaga. Cuando por fin pude solucionar todos los problemas había descendido a un nivel de era histórica comparable al de Roma tras la escisión del Imperio Oriental y existía el peligro de que, después de todo, los bárbaros del sur no fueran tan bárbaros; quizá eran hasta más civilizados que mis ciudadanos. Todo parecía augurar una derrota estratégica. Mi imperio se estaba restableciendo de sus heridas y disfruté enormemente ordenando la ejecución ceremonial de varios de mis generales. Entretanto mi tos empeora y me da la impresión de que estoy cogiendo un resfriado y el cabrón de Mr. Archer nunca me llegó a llamar, pero por otra parte la compañía de la tarjeta de crédito me ha escrito para darme buenas noticias por primera vez y anunciarme que me amplían el límite, así que puedo disponer de más dinero para el juego.

—¿Crees que el buenazo de Mr. Major se va a salir con la suya en lo de la votación de Maastricht? —me pregunta Frank asomando su rubicundo rostro por detrás de la pantalla de mi ordenador como si fuera la luna saliendo tras una colina.

—Sin ningún problema —le contesto—. Sus diputados de segunda son un montón de acojonados lameculos y, aunque hubiera algún peligro, los gilipollas de los liberales demócratas, como de costumbre, les salvarán el pellejo a los tories.

—¿Te atreves a hacer una apuesta? —me dice Frank con un guiño.

—¿Sobre el resultado?

—Sobre el tamaño de la mayoría que conseguirá el tío John.

—Veinte a que el margen que saca es de dos cifras.

Frank se queda pensando. Asiente con la cabeza.

—Venga, lo acepto.

Hoy he vuelto a trabajar en un tema naval, entrevistando a gente de los astilleros Rosyth, que podrían cerrar muy pronto poniendo a otros seis mil trabajadores en las colas del paro. La salida depende en gran parte de que consigan o no los contratos de mantenimiento del submarino Trident.

Cuando llevo escritos unos centenares de palabras del artículo suena el teléfono.

—¿Diga? Cameron Colley.

—Cameron, oh Cameron, oh gracias a Dios que estás ahí. Otra vez estaba convencida de que me había equivocado en la diferencia horaria; estaba segura. En serio. Cameron, ya sé que es una tontería; una estupidez. Lo que pasa es que estoy desesperada, de verdad. No se puede hablar con él. Es una persona imposible. No sé por qué me casé con él, no lo comprendo. Está loco. Literalmente loco. La verdad es

que me daría igual, pero me está volviendo loca a mí también. Ojalá hablaras tú con él; ojalá le dijeras algo, de verdad te lo digo. Bueno, estoy segura de que a ti tampoco te escucharía pero, pero, pero... bueno, por lo menos cabría la posibilidad de que te hiciera caso.

—Hola mamá —digo finalmente con tono cansino mientras alcanzo con la mano el bolsillo de la chaqueta en donde debería estar el paquete de tabaco.

—Cameron, ¿qué tengo que hacer? Dímelo, por favor. Dime solamente qué diablos se supone que debe hacer una persona con un hombre tan imposible. Te juro que cada día está peor, de verdad. Ojalá fuera solo mi imaginación, pero no es mi imaginación, te juro que no. Cada día está peor, de verdad. No soy yo. Es él; bueno, si hasta mis amigas me lo dicen. Se va a convertir en el...

—¿Cuál es el problema, mamá? —Cojo un lápiz del escritorio y me pongo a morder el extremo.

—¡Pues el estúpido de mi marido! ¿Es que no te estás enterando?

—Sí, pero ¿qué...?

—¡Que se quiere comprar una granja! ¡Una granja! ¡A su edad!

—¿Qué pasa? ¿Que es una granja de ovejas? —le pregunto pensando que me está llamando desde Nueva Zelanda en donde, según tengo entendido, no es que anden escasos de ovejas.

—¡No! Es una granja de... angoras. De cabras, o conejos o del animal de donde se saque el angora. Cameron, se está haciendo insoportable. Ya sé que él no es tu padre pero tú pareces llevarte muy bien con él y creo que te hará caso. Mira, cariño, ¿por qué no te vienes y lo intentas y le haces entrar en razón, porque...?

—¿Que vaya allí? Mamá, por favor, estás...

—¡Cameron! ¡Me está poniendo de los nervios!

—Oye mamá, tienes que calmarte un poco...

Y así comienza otra de las maratonianas llamadas de mi madre en que se desahoga a placer quejándose de alguna potencial aventura comercial de mi padrastro que está segura los va a dejar a ambos en la ruina. Mi padrastro Bill es un wellingtoniano de salud de hierro y humor flemático que se retiró del negocio de los coches de segunda mano; conoció a mi madre en un crucero por el Caribe hace tres años y ella se mudó a Nueva Zelanda con él un año después. Tienen la vida perfectamente resuelta con sus pensiones y sus inversiones pero, de vez en cuando, Bill expresa su deseo de meterse de nuevo en negocios. Tales planes nunca llegan a ninguna parte y por lo general ni siquiera se llegan a plantear seriamente como propuestas comerciales; Bill suele dejar caer algo tan inocente como: «Anda, mira lo que dice aquí, te puedes hacer con una franquicia de *fast-food* en Auckland por cincuenta mil», y entonces mi madre asume inmediatamente que está planeando hacer precisamente eso y que a continuación perderán su fortuna.

Ella sigue parlotando mientras yo consulto las noticias de agencia que van llegando a la terminal, pasando con indiferencia por las pantallas de Reuter y de PA

para ver lo que ocurre. Se trata en cierto modo de una deformación profesional muy de periodista y absolutamente compatible con los «humm» y «hemm» igualmente programados de hijo devoto que le voy soltando a mi madre de vez en cuando durante su monólogo.

Al cabo de un rato consigo que deje el teléfono asegurándole que Bill no está a punto de despilfarrar todos sus ahorros en una decrepita granja en las montañas y que —como siempre— la solución consiste precisamente en hablar con él de eso. Le prometo hacerle una visita el año que viene, si puedo. Me cuesta varios intentos decirle finalmente adiós —mi madre es una de esas personas que empieza a despedirse, te dice adiós, te da la gracias por llamarla o por estar disponible cuando te ha llamado, te dice adiós *otra vez* y, de repente, encuentra una nueva veta conversacional— pero finalmente me aferró al último «Adiós» que sale de su boca y encajo el teléfono en su consola sin haberla cortado en mitad de una frase. Me recuesto en mi asiento.

—Supongo que era tu *mater amantissima*, ¿no? —me dice Frank asomándose por detrás de mi pantalla.

Antes de poder responderle el teléfono suena de nuevo. Doy un salto y agarro el aparato aterrorizado ante la posibilidad de que sea ella de nuevo con algo que se le ha olvidado decirme.

—¿Sí? —pregunto con temor.

—Hola, llamando desde la civilización —dice una voz de acento inglés con un deje un poco pijo.

—¿Cómo?

—Cameron, soy Neil. Querías hablar conmigo.

—Ah, Neil, ¿qué tal?

Neil es un excompañero de profesión que se fue a Londres a trabajar al centro neurálgico de la prensa londinense, a Fleet Street, cuando Fleet Street no estaba todavía inundado de bancos japoneses. Su padre sirvió en el cuerpo de inteligencia militar durante la guerra de Corea y allí conoció a sir Andrew (nuestro Ed y paciente coronario en recuperación). Neil es el tío más pijo que conozco; fuma opio y cree a pies juntillas en la Familia Real, desdeña el socialismo y a la Thatcher a partes iguales y vota a los liberales porque su familia siempre lo ha hecho desde que se llamaron Whigs. Dispara venados y ensarta salmones. Una vez al año baja las pistas de Cresta Run. Conduce un Bentley S2. La palabra «urbano» se podría haber inventado pensando en él. Últimamente trabaja como *freelance* en asuntos de Inteligencia, ocasionalmente para los periódicos aunque por lo general para empresas.

—¿Cómo estás? —le pregunto frunciendo el ceño en dirección a mi pantalla. Finalmente Frank pesca la indirecta, se levanta y se pone a deambular por la oficina con el bolígrafo entre los dientes.

—Bien, pero muy ocupado —dice Neil—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Pues puedes contarme todo lo que sepas de esos cinco tipos que la palmaron en

circunstancias tan sospechosas entre el 86 y el 88. Ya sabes; aquellos tipos que estaban conectados de un modo u otro con centrales nucleares como Sellascale o Winfield o con Nucleares-No o como sea que se les llame a esos.

Hay una pausa.

—Ah —dice Neil y puedo oír cómo se enciende un cigarrillo. La boca se me hace agua. *Qué suerte tienes, cabrón*—. Esa vieja historia.

—Pues sí —digo yo poniendo los pies encima de la mesa—. Esa vieja historia que se lee como si fuera una novela policiaca y de la que nadie sacó una explicación mínimamente decente.

—No hay nada que explicar, mi querido Watson —dice con un suspiro—. Una desafortunada cadena de coincidencias.

—Suenan como una Explicación Larga y Entretenida. ¿No?

Neil se pone a reír recordando nuestro código privado de siglas que establecimos el año que trabajamos juntos.

—No; es un Indicio Absolutamente Fiable y Completamente... mierda, ¿cuál era la última palabra?

—Sincero —le digo yo torciendo la boca—. Nunca se nos ocurrió otra alternativa mejor.

—Sí, ya me acuerdo. Bueno; pues eso es lo que hay; es la Puta Realidad, Cameron.

—¿Lo dices en serio? —le respondo tratando de no reírme—. ¿Un montón de tíos conectados con la British Nuclear Fuel Limited o con el Group Chief Head Quarters o con la Inteligencia Militar y que, de un día a otro, la palman violentamente en un lapso de veinte meses entre el primero y el último? ¡Venga, hombre! ¿Te lo crees?

—Cameron, comprendo que tu alma menchevique quiera ver detrás de todo esto una conspiración fascista absolutamente irracional, pero la triste verdad es que no existe tal cosa. O, que si existe, es algo *demasiado* bien planeado como para ser obra de ninguno de los servicios de inteligencia que conozco. Nunca ha existido un indicio mínimamente fiable de que fuera alguno de nuestros aliados; el Mossad (supuestamente la única gente capaz de llevar a cabo con éxito una operación como esa sin olvidarse en la escena del crimen sus gabardinas de trabajo con el alias, el grado y su número de serie cosidas en el cuello) no tiene un motivo aparente, y podemos estar aún más seguros de nuestros amigos de Moscú dado que, desde que tuvo lugar la desgraciada caída del Estado de los Trabajadores, los matones de la ex KGB se están pegando codazos en la carrera por ser el primero en darse golpes de pecho y confesar sus pecados del pasado, y a ninguno de ellos se le ha ocurrido mencionar ni de pasada a esos cinco fallecidos hijos de Cumbria y alrededores.

—Seis si cuentas al médico que hizo las autopsias de los tres fiambres de Cumbria.

—Aun así —suspira Neil.

Me pongo a pensar. Lo que voy a decidir ahora es de extrema importancia. ¿Le

hablo a Neil de Mr. Archer y de Daniel Smout? ¿O me lo callo? Joder, esta historia podría ser el bombazo más gordo desde lo del Watergate; una conspiración —si no me fallan los indicios— en la que están involucrados gobiernos occidentales, o al menos el gobierno de su majestad, o como mínimo un montón de gente que servía en puestos de responsabilidad desde los que podían montarlo, para proporcionar armamento nuclear al que en su día fue «aliado contra los diabólicos Mullahs», Saddam Hussein —convertido ahora en el enemigo público número uno— en un tiempo en que las cosas no le iban demasiado bien en la guerra Irán-Irak.

—Bueno —dice Neil suspirando otra vez—, tengo la impresión de que voy a arrepentirme de hacerte esta pregunta, pero ¿qué es lo que te ha llevado a investigar este tema, dejando aparte la simple posibilidad de que la noticia de esos cinco tristes fallecimientos acabe de llegar a Caledonia?

—Pues... —comienzo a responder mientras juego con el cordón del teléfono.

—¿Cómo? —me dice Neil con esa voz de ¿por-qué-me-es-tás-haciendo-perder-mi-valioso-tiempo?

—He recibido una llamada de alguien que afirma saber del tema y que dice que hay otro par de nombres metidos en el asunto.

—¿Y quiénes se supone que son?

—Hasta ahora solo he conseguido uno de los nombres —respiro hondo. Haré como Mr. Archer; le daré la información con cuentagotas—. Smout —le digo a Neil—, Daniel Smout. Nuestro hombre en Bagdad.

Neil se queda en silencio unos segundos. Después lo oigo exhalar el aire.

—Smout. —Una pausa—. Ya veo. —Otra pausa—. Así que —comienza a decir despacio y pensativo— si Irak estuviese involucrado no tendría nada de extraño que el Mossad estuviera interesado. Si no fuera por el hecho de que uno de los tipos que se autoliquidaron era de origen semítico...

—También lo era Vanunu.

—Por supuesto. Humm. Interesante. Te das cuenta, sin embargo, de que tu información es probablemente una patraña.

—Probablemente.

—¿Han sido fiables antes?

—No; es una nueva fuente, hasta donde llego. Y todo lo que me han podido decir es una secuencia de nombres. De modo que fácilmente podría ser una patraña. Muy fácilmente. De hecho es lo más probable. Bueno ¿tú qué dirías? ¿No crees que lo más probable es que lo sea? —Estoy balbuceando. De repente me siento bastante estúpido y un poco nervioso.

—Me has dicho que había un sexto nombre —dice Neil con voz calmada. ¿Alguna pista sobre eso?

—Bueno, lo que tengo, según mi fuente, es un nombre en código para el sexto.

—¿Qué es? —dice Neil con paciencia.

—Bueno, ah...

—Cameron, te juro que no voy a tratar de pisarte tu exclusiva si es eso lo que te preocupa.

—Por supuesto que no —digo yo—. Lo sé de sobras. Lo que pasa es que... podría no significar nada.

—Lo más probable, pero...

—Mira, Neil. Me gustaría hablar con alguien.

—¿A qué te refieres?

—A alguien que esté metido en esto; ya sabes.

—«Metido en esto» —dice Neil repitiendo mis palabras.

Joder, ojalá tuviera un cigarrillo.

—Sí —digo yo—. Alguien que esté metido en esto; en los servicios de inteligencia. Alguien que me mirara directamente a los ojos y me dijera que el M16 o quienquiera que sea no está involucrado en todo esto; alguien a quien pudiera pasarle la información.

—Humm. —Le dejo pensar un poco. Finalmente Neil habla—: Bueno, siempre hay alguien con quien se puede hablar, desde luego. Mira, le sugeriré el asunto a algunos contactos que tengo. Veré cuál es su reacción. Pero de lo que estoy seguro es de que, si lo sugiero a alguien, antes de decidirse a hacer algo querrán saber con quién están tratando; querrán saber tu nombre.

—Ya me lo imaginaba. No hay problema; se lo puedes decir.

—Pues no hay más que hablar. Te informaré de cuál es la reacción, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien. Si quieres que te diga la verdad a mí mismo me interesa bastante el asunto. Suponiendo que no te hayan metido una patraña.

—De acuerdo —digo levantando la vista de mi pantalla y tratando de distinguir a alguien a quien le pueda gorrear un cigarrillo—. Bueno, gracias por interesarte, Neil.

—No hay de qué. Y ahora dime, ¿cuándo piensas dejarte caer por la ciudad, o es que los pictos escoceses tenéis que solicitar un salvoconducto para venir por aquí?

Llegas a la casa de Mr. Oliver en Leyton a las nueve, tal como quedaste cuando lo viste en su tienda del Soho por la tarde. Habrá tenido tiempo de volver de la tienda, de haber cenado, de haber visto uno de sus seriales favoritos de la televisión y de haberse dado una ducha. El piso tiene una terraza de ladrillo construida sobre una fila de tiendas, restaurantes y oficinas. Pulsas el botón del portero automático.

—¿Diga?

—¿Mr. Oliver? Soy Mr. Mellin. Mr. Mellin. ¿Recuerda? ¿De esta tarde?

—Sí. Muy bien. —Suenan las puertas al abrirse.

Una vez dentro, tras la recia puerta con un cierre de alta seguridad, se ve una escalera alfombrada lujosamente y paredes empapeladas con papel pintado estilo Regencia. Pinturas victorianas de paisajes en marcos profusamente ornamentados

miran desde lo alto de las paredes de la escalera. Mr. Oliver aparece en el rellano superior de la escalera.

Es un hombre pequeñito y rechoncho de piel cetrina y con el cabello muy negro y, sospechas, teñido. Lleva un cárdigan de cachemir encima del chaleco y los pantalones. La camisa es de seda cruda. Pañuelo al cuello. Zapatillas. Huele intensamente a *Polo*.

—Buenas noches —le dices.

—Sí, hola.

La segunda palabra suena más como un «ala», pero ya supones lo que quiere decir. Da un paso atrás cuando llegas a lo alto de la escalera y extiende una mano rechoncha mientras te repasa con la mirada de arriba abajo. Desearías que la luz —proveniente de una lámpara de araña en miniatura que hay en el vestíbulo— fuera menos intensas. El bigote te pica bajo la nariz. Os dais la mano. El apretón de Mr. Oliver es húmedo y bastante enérgico. Su mirada se traslada al abultado maletín que sostienes en la mano. Hace un gesto con la mano.

—Pase.

El salón es un poco ostentoso; a Mr. Oliver le gustan las gruesas alfombras de color blanco, los muebles tapizados en cuero negro, las mesas de hierro cromado y cristal, y una TV y un aparato de alta fidelidad que ocupan casi toda una pared.

—Siéntese. ¿Le apetece beber algo? —dice Mr. Oliver. La verdad es que suena algo así como: *Siénese, latese-ber alga*, pero sigues entendiendo lo que quiere decir.

Te sientas en el borde del sofá de piel, con la espalda recta y pinta de estar nervioso, con el maletín sobre las rodillas. Vistes un traje barato y todavía llevas los guantes puestos.

—Humm, bueno, ah, sí, por favor —dices tratando de parecer nervioso e inseguro. Por supuesto que estás nervioso pero no por las razones que aparentas.

Mr. Oliver se dirige a un botellero de metal cromado y cristal ahumado.

—¿Qué le apetece?

—Humm, ¿tiene usted zumo de naranja?

—Zumo de naranja —dice Mr. Oliver observándote, y a continuación se agacha para mirar en la pequeña nevera empotrada en el armario de las bebidas.

Él se prepara un vodka con Coca-cola y se sienta en el sofá a tu izquierda. Te da la impresión de que te está mirando un poco raro y te preocupas porque quizá tu disfraz no le ha engañado. Toses con nerviosismo.

—Bueno, Mr. Merlin —te dice—. ¿Qué es lo que me trae?

—Pues... —comienzas a decir mirando alrededor. Estuviste vigilando el piso durante toda la tarde y estás bastante seguro de que no hay nadie más allí, pero no tienes la certeza absoluta—. Como ya le dije, humm, en la tienda, se trata de algo un poco... un poco especial. Algo por lo que, según tengo entendido, existe actualmente mucha demanda.

—¿De qué tipo de especial estamos hablando?

—Bu-bu-bu-bueno, bueno pues es, digamos, humm, de carácter violento. De carácter bastante violento, de hecho. Y tiene que ver, ah... y tiene que ver, ah, con ni-ni-niños. Me han dicho que usted... que usted... trata con este tipo de mercancía.

Mr. Oliver frunce los labios.

—Bueno, pues usted tiene que ser un poco imbécil para ir por ahí diciéndole eso a la gente, ¿no? Me refiero a que no es normal que usted le confiese eso a un extraño, ¿no cree?

—Oh —le dices con un tono de decepción—. Quiere decir que usted no...

—Naa, yo no estoy diciendo nada. Lo único que digo es que tiene que ir con mucho cuidado. ¿Sabe a lo que me refiero?

—Ah —dices asintiendo con la cabeza—. Sí. Sí, por supuesto. Por supuesto que uno tiene que ir... con mucho cuidado. Ya veo. Ya veo a lo que se refiere.

—¿Por qué no me enseña lo que me ha traído, eh? Le echamos un vistazo y después veremos, ¿eh?

—Sí; sí, de acuerdo. Por supuesto. Ah, muy bien; lo que he traído, humm, bueno, es solo una parte, para que lo vea, pero creo que es una buena muestra de...

—Vídeo, ¿no?

—Sí, así es. En vídeo. —Abres los cierres del maletín, sacas una cinta de VHS60 normal y corriente y dejas el maletín en el suelo a tu lado mientras te levantas y le entregas la cinta.

—Muy bien. —Toma la cinta y se dirige al reproductor de vídeo. Tú te quedas de pie.

La cinta no arranca bien; se puede oír el mecanismo del videocasete chirriando. Mr. Oliver se agacha para ver más de cerca la máquina. Te pones detrás de él.

—Humm, ¿hay algún problema? —le preguntas.

—Sí; parece que no hay...

La cinta no arranca porque tú has pegado la lengüeta protectora a la caja de plástico. Mr. Oliver no llega a terminar la frase; le golpeas con la cachiporra en la nuca. Sin embargo había comenzado a girar la cabeza cuando le ibas a atizar y tan solo pudiste darle un golpe indirecto.

Se cae a un lado tratando con una mano de apoyarse en la estantería de los componentes de alta fidelidad y empujando el reproductor de CD y el amplificador hasta el fondo de sus estantes.

—¿Qué...? —alcanza a decir. Le sacudes fuerte en la cara con la cachiporra, rompiéndole la nariz, y mientras se cae de espaldas le pegas una patada en la entrepierna. Se desploma en el suelo, sobre un costado, resoplando y jadeando.

Te pones a mirar como un loco a todos lados esperando que aparezca un fornido guardaespaldas blandiendo en una mano un bate de béisbol a diestra y siniestra, y con la otra mano en el bolsillo del traje en donde lleva la Browning, pero no aparece nadie. Te agachas de nuevo y vuelves a atizarle en la nuca a Mr. Oliver. Se queda inmóvil.

Le esposas las manos por detrás de la espalda y vas al maletín a buscar las cosas que vas a necesitar.

Una vez que tienes todo a punto y has dispuesto la cámara de vídeo tienes que esperar a que se despierte. Te vas hasta la puerta de la calle y la cierras con el cerrojo y la cadena; después peinas el apartamento para asegurarte de que no haya nadie.

El dormitorio de Mr. Oliver está todo decorado en madera, bronce, pieles y terciopelo rojo. Un armario de cristal encierra una colección de objetos militares especializados en la Waffen SS. En una pequeña librería se encuentran numerosos libros sobre la Alemania nazi y sobre Hitler. Los vídeos privados de Mr. Oliver están almacenados en un armario de teka y nogal. Debajo de la alfombra persa se encuentra una gran caja fuerte empotrada en el suelo.

Te llevas una selección de los vídeos —que te parece representativa— al salón en donde Mr. Oliver sigue inconsciente y ligeramente jadeante, esposado y atado a una silla de metal cromado y piel que te has traído del segundo dormitorio. Lo has amordazado con un calcetín de seda que te has traído de su dormitorio. Su brazo derecho está firmemente atado al brazo de piel de la silla. Le has quitado su cárdigan y le has arremangado una de las mangas de la camisa.

Mientras esperas a que Mr. Oliver recobre la conciencia te pones a ver los vídeos que has traído del dormitorio.

En unos se ven abusos colectivos de niños; la mayoría varones asiáticos o sudamericanos. En otros aparecen mujeres montadas por burros o por otros animales en un lugar que parece una prisión. Los hombres que observan la escena tienen todos bigote y visten ropas militares. Estas cintas deben de ser segundas o terceras grabaciones del original y la definición de la imagen no es lo suficientemente precisa como para estar seguro, pero te parece que son uniformes militares iraquíes. Hay un par de vídeos que tienen toda la pinta de provenir de la misma fuente y que muestran a gente —hombres, mujeres, niños— torturada con barrotes de hierro, secadores de pelo, tenazas y cosas así. En estas cintas no se encuentra auténtico material de *snuff* pero te preguntas lo que contendrá la caja fuerte que descubriste empotrada en el suelo.

Mr. Oliver comienza a gemir tras la mordaza y tú te pones la máscara de gorila que has traído. Esperas a que abra los ojos y entonces enciendes la pequeña cámara de vídeo Sony. Sacas el bote de gas del maletín, te levantas la máscara y aspiras.

—Mr. Oliver —dices con una voz absurda en un tono muy alto, como la de un bebé—, bienvenido otra vez.

Te mira con los ojos como platos y después ve la cámara de vídeo colocada sobre el trípode en miniatura encima de la mesa del salón.

Aspiras otra bocanada de helio.

—Ahora va a protagonizar usted su propio vídeo. ¿No le divierte?

Se revuelve en su asiento, rugiendo tras la mordaza. Te vas al maletín y coges un frasco medicinal de cuello ancho. Está tapado con una lámina de plástico transparente

sujeta por unas gomas. Agitas la botella y a continuación sacas la jeringuilla del maletín.

Mr. Oliver se pone a gritar cuando ve todo eso.

Vuelves a aspirar un poco de helio y después alzas el frasco y le muestras el líquido blanquecino de apariencia espeso.

—¿Se imagina lo que es? —le preguntas con esa voz de bebé maniaco.

La jeringuilla es una pasada de grande; no como esas pequeñas jeringuillas de plástico desechable que usan los médicos y los drogatas. Este dispositivo está fabricado en vidrio y acero inoxidable; tiene dos anillas laterales para meter los dedos y puede contener un quinto de litro. Sostienes el frasco tapado con la lámina de plástico boca abajo e introduces la punta biselada de la aguja de la enorme jeringuilla en el grumoso líquido de color crema que hay dentro de la botella. Mr. Oliver sigue chillando tras la mordaza.

Aspiras de nuevo el gas y le dices lo que piensas hacerle.

El tono de sus gritos apagados se eleva hasta que llegan a sonar como si él también hubiera aspirado helio.

Al día siguiente consigo gorronear un Lambert & Butler off Rose en la sección de Internacional, me lo fumo sentado en mi escritorio y me deja completamente flipado, a continuación me siento asqueado de mí mismo y me juro que es el último que voy a fumar. Esta vez lo digo en serio y decido gratificarme utilizando mi recién ampliado límite de la tarjeta de crédito para comprarme algo. El coche necesita una revisión, me vendría bien un traje nuevo y la alfombra del piso está muy gastada, pero como gastos posibles ninguno de ellos tiene un estatus muy elevado en la escala de lo que es «darse un gustazo»; son mínimos grados en la escala de un «complacerse». La boca se me va secando mientras me quedo pensando en el artículo del whisky —que sigo rescribiendo muy lentamente— y para calcular la pasta extra de que podría disponer abro la calculadora del ordenador. Entonces se me ocurre relacionar «pasta» con «ordenador». Humm.

Saco del cajón de mi escritorio una revista de ordenadores. Quinientas páginas en papel satinado a color más un disquete de software gratis por menos de dos pavos. Es el número de noviembre pero los precios podrían haber cambiado ya; lo normal es que en lo que se refiere a los ordenadores los precios bajen, pero como en estos momentos estamos fuera del mercado de cambio monetario y la libra se está devaluando frente al dólar, el precio de los componentes comprados en el exterior probablemente haya subido.

Le hecho una hojeada buscando los anuncios de portátiles.

Mierda, me puedo permitir uno de estos; por fin me puedo permitir uno a *color*, uno con capacidad para jugar a *Despot*. Especialmente porque puedo descontarlo de los impuestos; después de todo también lo utilizaré para el trabajo. Y más aún ahora

que estoy dejando de fumar; eso significa que me ahorraré unos veinte pavos a la semana, y sin tener que dejar de meterme speed. El precio de los portátiles 386 ha caído en picado últimamente y las pantallas a color ya no son un lujo en el mercado de los portátiles. ¡Yuppi!

Antes de que las zonas más sensibles de mi cerebro puedan comenzar a venirme con razones más convincentes para hacer algo más provechoso con el dinero, llamo a un fabricante en Cumbernauld de quien tengo buenas referencias y hablo con uno de sus vendedores. Hablamos de lo que me interesa y quedamos en que podría adquirir un 486. Eso significa gastarme un poco más de pasta de lo que pensaba pero a la larga valdrá la pena. Pero también necesito un disco duro de un tamaño decente y, cómo no, una batería de repuesto. A lo que hay que añadir los cables necesarios para transferir datos entre el PC, de casa y el portátil. Y no hay ni que decir que gastándome un poco más podría disfrutar de un disco duro removible, lo cual no solo aumentaría la seguridad en el almacenamiento de mis datos sino que me permitiría una fácil actualización de la unidad de disco en caso de que un día se me quedara pequeña. Al fin y al cabo se trata de una máquina de tecnología punta que no necesitaré cambiar en muchos años. Vale la pena gastarse un poco más para hacerla a prueba de futuro. No aceptan tu viejo ordenador como parte del pago pero el vendedor me asegura que no tendré ningún problema en vender un Toshiba, aunque sea antiguo; después de todo es una buena marca.

Establecemos las especificaciones exactas de mi modelo. Tienen uno en el almacén. Lo puedo recoger hoy mismo, mañana, cuando quiera, o pueden enviármelo en un plazo de cuarenta y ocho horas por una módica cantidad adicional.

Decido que iré yo mismo a recogerlo. Les doy el número de mi tarjeta de crédito para el depósito y quedo en pasar por la fábrica en un plazo de dos horas. Voy a tener que comprarme este canalla a crédito; los fabricantes tienen un trato con una compañía financiera que parece razonable. (Estoy a punto de quedarme en números rojos en el banco, pero en cuanto me ingresen la nómina me pondré temporalmente en números negros antes de volver a caer en los cómodos y familiares números rojos durante el resto del mes). Tengo que pagar unas facturas, pero pueden esperar.

Estoy tan entusiasmado que termino el artículo sobre el whisky en media hora.

—Bueno, Frank —le digo poniéndome la chaqueta—. Me voy a Cumberland.

—Querrás decir Cumbered.

—¿Cómo?

—Corrector ortográfico: «Cumbered». Ja, ja.

—Ah, sí; ja, ja.

—¿Nos vemos luego?

—Lo dudo.

Voy dando vueltas a la habitación con la respiración entrecortada. Ella gira sobre sí misma, siguiéndome, sin perderme de vista, con su cuerpo reluciente. Yo también respiro muy hondo; espirando lentamente, con las manos extendidas frente a mí y los

pies rechinando en las baldosas. Soy consciente de que la polla se me balancea entre las piernas. Ella emite un sonido entre gruñido y risa y da un salto en dirección al cuarto de baño. La agarro por el tobillo cuando ese salto se convierte en un amago y entonces se lanza al lado contrario abriendo la puerta de un tirón. Su piel aceitada se me resbala entre los dedos al tiempo que me tambaleo y estoy a punto de caer en el jacuzzi; me golpeo una rodilla en su plataforma de mosaico mientras ella desaparece por la puerta cerrándola de un portazo. Rápidamente me doy un masaje en donde recibí el golpe y abro la puerta de par en par y salgo corriendo por el vestidor hacia la habitación en tinieblas. No hay rastro de ella. Me quedo allí frotándome la rodilla, respirando hondo por la boca para no hacer ruido y así poder oírla. La cama es muy grande, con las sábanas todavía revueltas, y el cabecero y el pie de caoba brillan con la luz atenuada de las mesillas de noche y de los estantes. Voy andando con dificultad hasta el lado de la cama, vuelvo la mirada hacia la puerta del vestidor, y entonces me agacho lentamente, sintiendo cómo la polla se me va metiendo entre las pantorrillas con un delicioso estremecimiento de anticipación. Levanto las sábanas caídas a un lado de la cama y miro rápidamente debajo.

Comienzo a sentir un ruido repentino tras de mí y empiezo a darme la vuelta y levantarme (pensando, *estaba* escondida en el armario del vestidor), pero ya es demasiado tarde. Se abalanza contra *mi* espalda y mi costado, *dejándome sin* respiración y haciéndome caer sobre la cama, y aterrizo con el rostro sobre las arrugadas sábanas de satén negro, atrapándome la polla entre mis muslos con mucho dolor; antes de que haya podido reaccionar se sienta a horcajadas sobre mí y comienza a deslizar sus esbeltas y recias piernas embadurnadas en aceite por mis costados mientras con su duro culito me aprieta en mitad de la espalda poniéndome aún más cachondo. Me agarra el brazo derecho y me lo dobla por detrás hasta que grito —casi sin aliento— de dolor y me lo retuerce hasta casi llegar a la nuca en donde lo deja apretado contra la espalda, un centímetro antes de que el dolor sea insoportable y a pocos centímetros del punto en donde el húmero se rompería.

Me lo tengo merecido por jugar a estos juegucitos con una mujer que acaba de tomar un curso de autodefensa para féminas, que sigue batiéndome con regularidad al squash mediante su técnica o su potencia, dependiendo del humor en que se encuentre, y que además levanta pesas en serio. Doy una palmada en las aceitosas sábanas negras con la otra mano.

—De acuerdo. Tú ganas.

Ella gruñe y a continuación me empuja el brazo ese centímetro extra hasta que doy un aullido de dolor.

—¡Te he dicho que ya vale! —le grito—. ¡Haré lo que quieras!

Me suelta el brazo, se me baja de encima y se queda a mi lado tendida, jadeante, riendo en cada respiración, con sus pechos subiendo y bajando y moviéndose sin ton ni son y con su firme barriga sacudiéndose suavemente. Yo me aúpo con los brazos y me tiro encima de ella pero ella se da la vuelta y me doy contra las sábanas mientras

ella saca la pierna que se le ha quedado debajo y se levanta y se queda de pie junto a la cama con los brazos en jarras mirándome desde lo alto. Tiene los pies separados un metro y yo me quedo mirando esa V negra de vello púbico, gimiendo muy quedo.

—Paciencia —dice ella tras una honda inspiración y se pasa la mano por su cabello corto y brillante. Se vuelve y camina lentamente por la mullida alfombra color crema con las puntas de los pies, como una bailarina. Se alza hasta llegar a un altillo encima del armario y yo vuelvo a gemir desesperadamente viendo cómo se tensan los músculos de sus pantorrillas y de su trasero y cómo los hoyuelos en la parte inferior de su espalda se ahuecan y se alargan y la sombra de sus pechos se va desplazando sobre la superficie lacada de una de las puertas del armario al mismo tiempo que el reflejo de su cuerpo, desnudo y dolorosamente bello, se extiende en los espejos de la otra puerta. Está de puntillas, buscando a ciegas dentro del altillo. El montículo carnoso de su sexo aparece entre sus piernas, un fruto preciado y succulento apenas entrevisto. Me desplomo de nuevo sobre la cama, incapaz de soportarlo.

Diez minutos después estoy de rodillas en la cama y con el cuerpo estirado hacia atrás, las piernas separadas y las muñecas atadas a los tobillos con pañuelos de seda, y tengo la polla tan dura que me duele, proyectándose frente a mí, completamente rampante pero al mismo tiempo insólitamente vulnerable y estoy resoplando y me duelen los músculos y veo que estoy tan a punto de correrme que si pasara una *corriente de aire* por mi polla con eso tendría bastante y ella aprieta el último e innecesario pañuelo y pasa a mi lado, se pone frente a mí, tan voluptuosamente esbelta, con su cuerpo atlético y duro y húmedo y suave al mismo tiempo que tengo que dejar de gemir y solo me queda ponerme a reír levantando la vista hacia el techo y sintiendo cómo el congestionado peso de mi polla se balancea mientras me río y entonces ella salta de la cama, agarra el mando a distancia y anuncia que se dispone a ver *Eldorado* y mientras yo jadeo, ella se pone a reír al tiempo que enciende la Trinitron y sube el volumen para ahogar mis súplicas y me deja tirado con lo que empieza a convertirse en un dolor mientras ella se sienta en postura lotus soltando de vez en cuando unas risitas para que parezca que está siguiendo esa horrible teleserie y yo tengo que tratar con mucho esfuerzo de arrastrarme hasta el cabezal de la cama, reptando dolorosamente sobre mis rodillas y mis tobillos hasta que consigo finalmente cubrir el metro escaso que me separa de las almohadas y el cabezal y puedo apoyar mis doloridos hombros y quitarme algún peso de, bueno, prácticamente todos los músculos de mi cuerpo, que es la impresión que tengo.

Atrapado allí, después de cinco minutos teniendo que tragarme ese rollazo, hasta mi polla empieza a rendirse, comienza a caerse de lado, cuando ella entonces se vuelve hacia mí y le da un rápido y ligero lametón con su lengua y entonces yo le ruego que me la mame pero simplemente se da la vuelta y se pone a ver otra vez la TV en el otro extremo del cuarto, y yo lucho y forcejeo pero me ha atado muy fuerte y ahora de verdad me duelen las rodillas y trato de razonar con ella, y le digo: «Oye, me está empezando a doler de verdad», pero ella no me hace caso excepto por las

comprobaciones que hace del estado de mi polla cada cinco minutos y las increíblemente calientes y frustrantes medio chupadas o medio mamadas que me da de cuando en cuando, o el toquecillo suelto con el índice y el pulgar ensalivados y yo me pongo a rugir de frustración y de deseo y de dolor en proporciones inmensas e iguales y finalmente, finalmente, el rollazo anglo-hispano termina de una puta vez y suena la musiquilla de la serie y aparecen los títulos de crédito y ella aprieta otro botón y aparece MTV y ¡esto no se acaba nunca! La zorra juguetona y tentadora se baja de la cama y sale por la puerta y me quedo tan helado que no puedo ni hablar; me ha dejado allí con la boca abierta y la polla en posición de firmes y estoy tan cabreado que me pongo a mirar de lado a lado a las mesillas de noche para ver qué podría romper tirándome de lado para conseguir un borde cortante con el que liberarme de las ataduras, y cuando estoy casi decidido por la tapa de cristal de su mesilla, en donde todavía quedan manchas oscuras de Rioja ella vuelve con un vaso empañado en una mano y un tazón humeante en la otra y media sonrisa dibujada en el rostro, y ya me estoy temiendo lo que se propone hacer y digo: «No, por favor; suéltame ya; mis piernas, mis brazos, mis rodillas; quizá no pueda volver a andar, por favor, por favor, por favor», pero no sirve de nada; se arrodilla frente a mí, se lleva el vaso a los labios y se mete un cubito de hielo en la boca, mirándome y sonriendo para a continuación descender su boca hasta mi polla.

Después llega el turno del café caliente de la taza, pero muy brevemente; no tiene bastante; otra vez el hielo, ahora el café, ahora el hielo y a estas alturas yo estoy gritando de dolor, de lujuria y de la insoportable frustración que me provoca, y suplicando; pidiéndole que pare hasta que finalmente escupe el último cubito de hielo y deja el vaso y la taza en la mesa, junto a la botella de vino y viene y se me monta encima y en un segundo me deslizo con rapidez dentro de ella y lo siento más caliente que el café, tan caliente como para escaldarse, tan caliente como para salir ardiendo y entonces yo suelto un breve y sorprendido: «¡Ah!» mientras ella se levanta y se deja caer sobre mi pecho y me pone los dedos de una mano en la nuca y los de la otra por debajo de ella en mis huevos y de repente empiezo a correrme, sin dejar de gritar y jadear mientras me convulsiono con espasmos y ella se queda súbitamente muy quieta, susurrándome: «Cariño, cariño» al tiempo que eyaculo y bombeo y con esos movimientos se intensifica y se desvanece al mismo tiempo el dolor de mis piernas, de mis brazos y de mis articulaciones.

Los pañuelos están demasiado apretados para poder deshacer los nudos; tiene que cortarlos con el reluciente cuchillo de caza que guarda debajo del colchón en su lado de la cama por si un violador entre en la casa.

Yo reposo acunado en sus brazos, resollante, molido, exhausto, mientras decrece el ardor de mis músculos, huesos y articulaciones y se van secando las lágrimas en mi rostro, y ella susurra en voz baja:

—¿Qué tal ha ido?

Y yo susurro.

—Acojonante.

A la mañana siguiente llego temprano al periódico, fresco como una rosa, con mi nueva máquina bajo el brazo, feliz después de la carrera que me di para ir a Cumbernauld, ida y vuelta, y después de mi noche con Y (sorprendentemente, a ella no le impresionó nada mi nueva y supersexy máquina, pero comprendo que no todo el mundo esté loco por los ordenadores, y además, que se jodan, porque si tuviera que elegir entre tenerlo a él o a ella encima de mis rodillas no dudaría en elegirla a ella), después de mi noche volví a Cheyne Street; ella siempre me pide que me marche antes de que se haga demasiado tarde, preocupada de que sus vecinos de los apartamentos de lujo se pongan a cotillear. Yo estaba tan cansado que, aunque me moría por poner a funcionar mi nuevo portátil y asegurarme de que podría jugar a *Despot* sin problemas (¡Por fin podría jugar en un portátil! ¡Un verdadero placer orgásmico!), me quedé dormido en el sofá y, no sé cómo, llegué a trasladarme en algún momento de la noche a la cama y por una vez pasé una noche entera durmiendo a pierna suelta. Me levanto al amanecer, o muy poco después, llego a la oficina temprano, sin que sirva de precedente, y me encuentro a Frank en la recepción y estoy a punto de enseñarle mi nueva máquina cuando veo que me mira con cara de preocupación, me aparta del mostrador de recepción y de la mesa en donde hay pequeños anuncios y números atrasados hasta que llegamos a un rincón y me dice:

—Cameron, Eddie quiere verte. Está con una pareja de policías.

—¿De qué se trata? —le pregunto con una mueca—. ¿Otra vez estamos con el Fettesgate? —El Fettesgate es un pequeño escándalo local en el que está involucrada la policía de Lothian; un tipo gay que se sentía victimizado por la policía entró en la comisaría de Fettes (con increíble facilidad) y encontró y copió una gran cantidad de documentos reservados.

—No —dice Frank—. Al parecer no tiene nada que ver con eso. Quieren verte a ti.

—¿A mí?

—Sí; a ti, precisamente a ti.

—¿Sabes sus nombres?

—No.

—Humm. —Conozco a bastantes policías, algunos en puestos bastante altos, como conozco abogados, letrados, doctores, políticos, funcionarios y gente que trabaja en diferentes departamentos gubernamentales. No pasa nada—. No se me ocurre por qué querrán verme. —Me encojo de hombros—. ¿De qué se trata? ¿Tienes idea?

Frank parece incómodo. Mira al portero uniformado tras su mostrador, allí al lado, y se da la vuelta. Acerca su cabeza a la mía y me dice en voz muy baja:

—Bueno, Morag cazó algo por el intercomunicador...

Me llevo la mano a la boca y fuerzo una risita tonta. Ya *pensaba* yo que el secretario de Eddie escuchaba sus conversaciones. No estaba seguro hasta que ahora se lo confesó a Frank.

—Cameron —dice Frank bajando la voz aún más—. Al parecer están investigando unos *asesinatos*.

LLAMA DESNUDA

El Mercedes llega con toda su potencia retumbando por el camino de entrada, abriéndose paso sobre los oscuros charcos que hay bajo los chorreantes árboles. El coche asoma junto al extremo del aguilón liso de la casa de campo a oscuras. Como lleva las luces apagadas enciendes los prismáticos de visión nocturna. El sale del coche con una bolsa de viaje de piel en la mano y camina hacia el frente de la casa. Está quedándose calvo y es de complexión mediana, aunque tiene barriga y el rostro regordete. Observas cómo abre la puerta principal de la casa. Entra, enciende las luces del recibidor y cierra la puerta. Oyes el breve sonido de espera de la alarma antes de que él la desconecte. La lluvia chapotea delante de ti y por todas partes caen goterones de las ramas de los árboles. Se enciende una luz en la parte trasera de la casa de campo, en la cocina.

Le concedes un par de minutos mientras guardas el visor nocturno y sacas unas gafas de grueso marco de metal, después te diriges al porche de la entrada, te pones las gafas y golpeas con apremio la sólida puerta de madera.

Sacas el frasco y la compresa del bolsillo, agarras los extremos de la compresa entre los dedos y la empapas con el líquido del frasco, después vuelves a guardar el frasco y conservas la compresa chorreante dentro del puño cerrado.

Vuelves a golpear la puerta.

—¡Sir Rufus! —gritas cuando oyes ruido tras la puerta—. ¡Sir Rufus! ¡Soy Ivor Owen, de la casa de abajo! —Te sientes modestamente orgulloso de tu áspero acento galés—. ¡Vamos, rápido sir Rufus; es su coche!

Oyes una voz de acento inglés diciendo: «¿Cómo?» y entonces se abre un pestillo. Dejas que se abra la puerta. Mr. Carter sostiene una escopeta, pero está apuntando al suelo. No puedes estar seguro de si tiene el dedo metido en el gatillo o no pero no te queda elección; te abalanzas y le golpeas fuerte en el estómago. El suelta un: «¡Uf!» y empieza a doblarse por la cintura y las rodillas. Se le cae la escopeta de las manos al tiempo que saltas a su lado y le aprietas la compresa contra la boca, después te pones detrás de él y lo agarras con el brazo por el cuello. Consigue desplazarte contra una pared y se te caen las gafas pero continuas sujetándolo. Todavía tiene fuerzas, lucha por respirar, y el éter funciona con rapidez. Se tambalea y se derrumba. Caes al suelo con él y mantienes la compresa apretada fuertemente contra su cara. Vuelve a moverse, débilmente, y después se queda quieto.

Las llaves de la casa las tiene en el bolsillo del pantalón. Lo dejas apoyado contra la pared para que se vaya recuperando y te vas hacia la puerta. Apagas la luz del recibidor, sacas el visor nocturno de tu mochila y miras a tu alrededor. Todo parece bastante tranquilo. Cierras la puerta y corres el pestillo pero dejas el sistema de

alarma desconectado. Te quitas el bigote y la peluca, recoges los cristales rotos del suelo y lo metes todo en la mochila. De allí sacas tú pasamontañas negro y te lo pones.

Le echas un vistazo a la cocina pero el suelo es de pizarra. Lo arrastras hasta la sala de estar, viertes más éter en la compresa, se la dejas sobre la cara y después enrollas la alfombra. Sacas la pistola de clavos y la empleas para clavarlo al suelo a través de sus ropas, fijando cada pernera de sus pantalones y cada manga de su camisa a los gruesos tablones del suelo en cinco o seis sitios. Resulta muy ruidoso. Le quitas la compresa de la cara y le abres bien la boca con la pistola de clavos para asegurarte de que no se ha tragado la lengua. Le echas la cara a un lado.

Sir Rufus Caius St. Leger Carter, para concederle su completo y deslumbrante nombre inglés, espurrea saliva sobre los polvorientos tablones del parque.

Le quitas uno de los zapatos y el calcetín y le metes este último hecho una bola en la boca y después le sellas los labios con cinta aislante. Dudas un momento y a continuación le pones el cañón de la pistola de clavos en el puño derecho de su chaqueta, sobre el punto en el que se une la parte superior de la muñeca con los huesos del brazo; el lugar justo para clavar un clavo que no se pueda sacar. No estás seguro si hacerlo o no; los clavos que sujetan su ropa son más que suficientes para retenerlo atrapado como a un Gulliver vestido de Armani; no necesitas atravesarle los brazos con clavos y parece más elegante emplear la pistola de clavos como lo has hecho y, al mismo tiempo, no hacer lo más obvio. Sacudes la cabeza y dejas a un lado la pistola de clavos.

Empieza a gemir y después abre los ojos lentamente y te ve y trata de moverse pero no puede. Se pone a gritar por la nariz. Ya te estás acostumbrando a oír a hombres haciendo ese ruido.

Lo dejas sacudiéndose y chillando y a través de la cocina te diriges a la despensa en donde hay un par de bombonas de gas junto a la puerta trasera. Una bombona está vacía, a la espera de que la recojan tras haber dado gas a la cocina y a la calefacción central. La otra bombona parece llena. Llevas aquel frío depósito rodando hasta donde sigue sir Rufus montando un alboroto en el suelo de la sala de estar. Está sudando a pesar del frío. Se ha despegado una esquina de la cinta aislante que sella su boca. Está intentando gritarme algo pero no sabría decir qué.

Arrastras un butacón hasta un lugar en que él lo pueda ver, cerca de la fría y oscura chimenea de piedra. Haces rodar la bombona de gas hasta el butacón y después la levantas y la pones encima dejándola apoyada contra el respaldo. El butacón amenaza con desequilibrarse y caer y entonces lo arrastras hasta dejarlo apoyado contra las piedras de la chimenea de manera que no se mueva. Sir Rufus sigue tratando de quitarse la mordaza. Buscas en tu mochila y sacas la válvula de gas con un trozo de tubo de goma y la boquilla de bronce al final del tubo. Instalas la válvula en la bombona de gas.

Oyes ruidos como de tos y de escupitajos detrás tuyo.

—¡Oiga! ¡Por el amor de Dios! ¿Qué es esto? ¡Deténgase! ¡Soy rico! Puedo...
Te vas hacia él, le plantas un pie en la cabeza y vuelves a empapar la compresa.
—¡Ah! ¡Escuche, puedo conseguir dinero! ¡Por Dios santo! ¡No...!

Le sujetas la compresa contra la cara otra vez. Forcejea un momento antes de quedarse relajado. Le pones otro pedazo de cinta aislante más grande sobre la boca.

Te pasas un rato colocando la boquilla en el asiento de la poltrona. A continuación, mientras compruebas el flujo de gas oyes un sonido sibilante como de nauseas y te vuelves a tiempo para ver cómo por los agujeros de la nariz de sir Rufus manan dos hilos de vómito que se esparcen por el suelo.

—Mierda —dices y te vas rápidamente a donde está y le arrancas la cinta aislante de la boca.

El jadea y farfulla algo, a punto de ahogarse. Por la boca le sigue brotando más vómito, que acaba en el suelo. Hueles a ajo. Tose un poco más y después comienza a respirar más fácilmente.

Cuando estás seguro de que no se va a ahogar en su propio vómito y comienza a emitir sonidos medio comprensibles lo sostienes por el ralo cabello de su nuca y le pasas la cinta aislante alrededor de la cabeza un par de veces para volver a sellarle la boca.

Dejas tus cosas en la mochila mientras él yace allí, moviéndose primero débilmente y después con más intensidad, emitiendo sonidos que al principio son apagados y después más fuertes; gemidos tras los cuales vendrían gritos si tuviese la boca abierta.

Te agachas a un lado del butacón, en donde el tubo de goma de la bombona de gas da una vuelta para alzarse después en el extremo con la boquilla de bronce. Sobre el cojín del butacón, un poco incongruente, se encuentra la parrilla de la chimenea de la sala de estar. Has atado la boquilla de bronce a la parrilla mediante alambre, apuntándola hacia arriba, en dirección a la rayada superficie roja de la bombona de gas que está unos quince centímetros más arriba.

La cabeza de sir Rufus se encuentra a un metro y medio del butacón. Disfruta de una buena vista.

—Bueno, sir Rufus —le dices haciendo como que te arrancas un mechón de pelo de la frente y continuando con la imitación del monótono acento Galés. Das un golpecito a la bombona—. Supongo que tiene idea de lo que es una deflagración, ¿no es así?

Sus ojos parecen salirse de las órbitas. Su voz, surgiendo por la nariz, suena estrangulada.

—Pues claro que lo sabe —le dices sonriendo bajo la máscara y asintiendo con la cabeza—. Ese barco; su buque cisterna de gas líquido (bueno, de su compañía) provocó precisamente eso en los muelles de Bombay, ¿no es así? —Vuelves a asentir con la cabeza; como una especie de monótono y lento movimiento de arriba abajo que, de algún modo, relacionas con los galeses—. Mil muertos, si no me equivoco.

Pero bueno, no eran más que hindúes, ¿eh? Sigue batallando en los tribunales, ¿verdad? Qué pena que esas cosas tarden tanto en resolverse, ¿no? Claro que alterar la estructura de su sociedad y convertir el barco en la única propiedad tangible de la compañía le pone las cosas más fáciles a usted, ¿no es cierto? Supongo que no tendrá que desembolsar, ni de lejos, la indemnización que le corresponde.

Tose por la nariz y después estornuda y parece intentar comunicarme algo.

—Terribles sucesos las deflagraciones, según cuentan —le dices sacudiendo la cabeza—. ¿Alguna vez se ha parado a pensar cómo serán vistas de cerca? —Vuelves a asentir con la cabeza—. Pues yo sí que me he parado a pensarlo —te vuelves y le das una palmadita a la fría superficie de la bombona de gas—, y aquí tengo una que he preparado hace un ratito.

Giras la estriada rueda de la válvula. El gas sisea quedamente. Sacas un encendedor del bolsillo y lo pones junto a la pequeña boquilla de bronce sujeta a la parrilla. Chasqueas el encendedor y se enciende el gas, una pequeña llama vacilante amarilla y azul que flamea hacia la bombona de gas.

—Vaya —dices de repente—. Esto parece un poco provisional, ¿no le parece, sir Rufus? ¡Así podría pasarse toda la noche esperando!—Entonces vuelves a girar la rueda de la válvula lentamente hasta que sale un rugiente chorro de fuego y la llamarada azul amarillenta lame los costados de la bombona—. Así está mejor. —Sir Rufus se ha puesto a chillar ahora con bastante fuerza y tiene la cara muy roja. Esperas que no le dé un ataque al corazón antes de que ocurra la deflagración. Eso sería algo... bueno, lo típico que podría ocurrirle a un hombre como sir Rufus: salirse con la suya con alguna artimaña. La pena es que no puedes quedarte para comprobarlo.

Te diriges a la puerta, la abres y echas un vistazo con los prismáticos de visión nocturna, y las manos te tiemblan mientras oyes el distante rugido de las llamas que proviene de la sala de estar (aunque sabes que todavía tardará un rato), y los apagados chillidos casi infantiles.

Sigue lloviendo. Cierras la puerta, le das la vuelta a la llave y sales a la oscuridad de la noche.

Cinco minutos más tarde, cuando estás a punto de encender la moto y comienzas a preocuparte de que no haya funcionado, de que se haya librado de algún modo o de que el chorro de gas se haya apagado, o de que su amante haya llegado antes de tiempo y que tuviera una llave o cualquier otra cosa haya salido mal, se produce inesperadamente la explosión como algo inconcebible en aquella noche, iluminando por completo el valle empapado por la lluvia y las nubes en lo alto y provocando una pequeña nube en forma de hongo de gas incandescente que se eleva sin tregua en la oscuridad. Enciendes el motor con aquel ruido aún retumbando entre las colinas de Gales.

—Muy bien, Mr. Colley, será mejor que le diga lo que está pasando.

—Me parece perfecto —respondo yo con un poco más de chulería de la que siento.

El inspector detective McDunn y el sargento detective Flavell están sentados frente a mí al otro lado de la sala de juntas. La sala de juntas del *Caley* está justamente encima de la oficina del director, instalada en la vertiente del tejado almenado del edificio. Es una habitación con un impresionante artesanado de madera en el techo dominada por una enorme mesa de apariencia muy honorable y sillas que parecen versiones en pequeño de las que hay en la oficina de Eddie. Las paredes están forradas de paneles de roble; de ellas cuelgan retratos insulsos y formales de anteriores editores que con cara de palo miran hacia abajo para recordarte que este es uno de los periódicos más antiguos del mundo. Al estar un piso por encima de la oficina de Eddie la vista es aún mejor pero, a pesar de que nunca había estado antes aquí, no pierdo mucho tiempo contemplando la vista.

El inspector es un hombre sombrío de complexión robusta con un acento que suena medio de Glasgow y medio inglés. Viste un traje oscuro y lleva un abrigo negro en el brazo. El joven sargento Flavell, quien parece estar al cargo de un maletín de aspecto barato, tiene un aire a Richard Gere con un bigotito fino, pero echa a perder esa primera impresión con el anorak azul que lleva puesto sobre el traje. Pero al menos parece amable. Yo me dejé la chaqueta colgada sobre el respaldo de mi asiento en la sala de redacción y aquí hace frío. Eddie sugirió que viniéramos a la sala de juntas después de que pasáramos por su oficina, me presentara a los dos polis y ellos dijeran que querían hablar conmigo.

El inspector echa un vistazo a su alrededor.

—Supongo que no habrá problema si fumo aquí, ¿no? —me pregunta.

—Supongo que no.

El sargento Flavell localiza un cenicero en la repisa de una ventana y se va por él. El inspector enciende un B&H.

—¿Fuma? —me pregunta al notar que lo observo.

—No gracias —le respondo sacudiendo la cabeza.

—Bien, Mr. Colley —dice el Inspector McDunn con un tono de ir directamente al grano—. Estamos llevando a cabo una investigación sobre varios asaltos y asesinatos muy graves, entre otros delitos. Pensamos que quizá usted podría ayudarnos y nos gustaría hacerle algunas preguntas, si no le importa.

—En absoluto —digo yo inspirando profundamente al tiempo que la bocanada de humo del cigarrillo de McDunn se va desenrollando en espirales hacia mí. Huele bien.

—Sargento, ¿le importaría...? —dice McDunn. El sargento extrae del maletín una carpeta de tamaño dina4 y se la pasa al inspector, quien saca de allí una hoja de papel.

Me la pasa—. Supongo que reconocerá esto.

Es una fotocopia de una crítica de TV que escribí para el periódico hace unos quince meses. No es que sea mi especialidad, pero el tipo que lo hace llegó un día con una infección del ojo y yo aproveché la oportunidad para pontificar un poco escribiendo una especie de editorial.

—Sí, lo escribí yo —digo con una mueca en los labios. Joder, ¿mi nombre está en el encabezamiento del artículo, junto al titular IGUALADOR RADICAL?

El inspector McDunn esboza una fina sonrisa. Yo leo el artículo mientras los muchachos de azul —bueno, de azul y negro— me observan.

Mientras voy leyendo, y recordando, siento cómo se me eriza el vello de la nuca. No me había pasado algo así desde hace unos veinte años.

Se lo devuelvo.

—¿Y...? —le pregunto.

El inspector echa un breve vistazo a la página de papel.

—«Quizá» —empieza, citando mis palabras— «alguien debería producir una serie de televisión para gente como yo que está harta de ver cómo los sospechosos habituales siempre consiguen la suya (arrendatarios corruptos, jóvenes drogadictos y, por supuesto, los inevitables traficantes de drogas; todos ellos despreciables rufianes, sin duda, pero demasiado predecibles, demasiado *seguros*) y presentarnos un Auténtico Vengador, un Igualador Radical que se tomara la revancha contra algunos personajes odiosos alternativos. Alguien que le diera a gente como James Anderton, el juez Jamieson y sir Toby Bisset, una cucharada de su propia medicina, alguien que atacara a los que hacen levantamiento de bienes para salvar su fortuna, a los traficantes de armas (ministros del gobierno de su majestad incluidos —¿me oye, Mr. Persimmon?—); alguien que hiciera frente a los magnates que anteponen sus beneficios a la seguridad de los demás, como sir Rufus Carter; alguien que castigara a los gerifaltes de la industria que repiten la cantinela tan manida de que los intereses de los accionistas están por encima de todo mientras se dedican a cerrar *fábricas* productivas y echan a la calle a miles de trabajadores para que sus ya de por sí acomodados inversores instalados en los paraísos fiscales de las Islas o en Marbella puedan sacar el beneficio extra que siempre viene tan bien cariño cuando estás pensando en cambiarte el coche por un BMW de la serie 7 o trasladar el bar flotante a un amarre más caro». —El inspector detective me sonrío brevemente, sin ningún asomo de que le haya hecho gracia—. ¿Usted escribió esto, Mr. Colley?

—Culpable —contesto yo soltando una risita. Ninguno de ellos se pone a reír a carcajadas, ni se pegan palmadas en los muslos ni tienen que enjugarse las lágrimas de los ojos. Yo carraspeo—. ¿Qué tal *está* el buenazo de Mr. Anderton? ¿Disfrutando de su jubilación? —Me reclino en mi asiento y siento la madera tallada contra la espalda. Tengo frío.

—Bien, Mr. Colley —dice el inspector detective deslizando la fotocopia del artículo en la carpeta y pasándosela al sargento—, pues está muy bien, según creo. —

McDunn enlaza sus manos sobre la mesa—. Pero el juez Jamieson y su mujer fueron asaltados mientras pasaban las vacaciones en Carnoustie durante el verano; sir Toby Bisset fue asesinado a la puerta de su casa de Londres en agosto, como supongo que usted ya sabrá; y Mr. Persimmon fue asesinado el mes pasado en su casa de Sussex.

Me doy cuenta de que los ojos se me salen de las órbitas.

—¿Cómo? ¡Pero si no tenía idea...! No ha salido nada de lo de Persimmon... ¡Se decía que había fallecido tranquilamente en su casa!

—Existían razones de seguridad relativas al asesinato de Mr. Persimmon, como estoy seguro que usted comprenderá, Mr. Colley.

—Pero ¿lo mantienen en secreto durante *un mes*?

—Un periódico de Londres consiguió la noticia y fue necesaria una notificación del fiscal general —dice el sargento con una risita disimulada—. Pero cooperaron con nosotros.

Y nunca llegó a los mentideros y corrillos del mundo periodístico. Mierda. Debió de ser el *Telegraph*.

—Y el pasado viernes por la noche, alguien hizo volar por los aires a sir Rufus Carter en su casa de campo en Gales. Quedó calcinado como una pavesa; acaban de identificarlo.

Me quedo un momento sin saber qué decir. Dios mío.

—¿Cómo ha dicho? Perdona...

Me lo vuelve a repetir y a continuación me pregunta:

—¿Le importa si le preguntamos en dónde se encontraba usted el viernes por la noche, Mr. Colley?

—¿Cómo?... Ah, me quedé en casa.

El sargento Flavell mira con intención al inspector, que no le devuelve la mirada. Me está observando. Hace un extraño sonido de succión con sus dientes, como si tamizara algo a través de ellos. No creo que sea consciente de lo que está haciendo.

—¿Toda la noche? —me pregunta.

—¿Cómo dice? —Estoy un poco distraído—. Sí, toda la noche, estuve... trabajando. —Me doy cuenta de que ha percibido mi vacilación—. Y jugando a juegos en mi ordenador. —Desplazo la vista del inspector detective al sargento detective—. ¿Hay alguna ley que prohíba jugar a juegos de ordenador?

Por Dios santo, esto está saliendo horrible, me siento como si fuera otra vez un niño, como si estuviera en el despacho del director del colegio, como si estuviera otra vez soportando la reprimenda de sir Andrew por lo del desastroso viaje al Golfo. Aquello ya fue desagradable, pero esto es espantoso. No puedo creer que me estén haciendo esta clase de preguntas. No es posible que piensen que soy un asesino. ¿O sí? Soy un periodista; cínico y tenaz y todo ese rollo, y me meto drogas y conduzco demasiado rápido y odio a los tories y a todos sus cómplices, pero no soy un jodido asesino, por el amor de Dios. El sargento saca una libreta y empieza a tomar notas.

—¿No vio usted a nadie esa noche? —me pregunta McDunn.

—Mire, yo estaba aquí, en Edimburgo; no estaba *en* Gales. ¿Cómo quiere que me traslade de aquí a Gales?

—No le estamos acusando de nada, Mr. Colley —dice el inspector con un cierto tono de disculpa—. ¿Vio usted a alguien aquella noche?

—No; me quedé en casa.

—¿Vive usted solo, Mr. Colley?

—Sí. Trabajé un rato y después me puse a jugar a un juego llamado *Despot*.

—¿No le llamó nadie, no le vio nadie?

—No, nadie. —Estaba tratando de recordar lo que pasó aquella noche—. Recibí una llamada.

—¿Sobre qué hora sería?

—A medianoche.

—¿Y de quién fue la llamada?

—Oiga —le digo tras vacilar un momento—, ¿me están acusando de algo? Porque comprenderán que si estoy acusado de algo, aunque esto suene ridículo, quiero un abogado...

—No se le acusa de nada, Mr. Colley —dice el inspector con un tono razonable y ligeramente ofendido—. Se trata de simples pesquisas. No está bajo arresto ni *tiene* que decirnos nada y, por supuesto, puede tener un abogado presente.

Sí hombre, y si no coopero con ellos me pueden arrestar o conseguir un mandamiento judicial para entrar en mi piso. (*Glup*. Allí tengo un par de dosis de estupefacientes, un poco de speed y por lo menos un antiguo sello de ácido).

—Bueno, lo digo porque yo soy periodista, ¿saben? Tengo que proteger mis fuentes de información si...

—Oh. ¿Es que aquella llamada a medianoche fue de carácter profesional, Mr. Colley? —me pregunta el inspector.

—Ah... —Mierda. Hay que tomar una decisión. ¿Y ahora qué? ¿Qué hago? A la mierda; a Andy no le importará. Me respaldará—. No —le digo al inspector—. No, era un amigo. Un amigo. Se llama Andy Gould. —Tengo que deletrearle el apellido al sargento y después le doy el número de teléfono del decrepito hotel de Andy.

—¿Y él le llamó a usted? —dice el inspector.

—Sí. Bueno, no; yo lo llamé, le dejé un mensaje en su contestador automático y después él me devolvió la llamada unos minutos más tarde.

—Ya veo —dice el inspector—. Y la llamada tuvo lugar en el teléfono de su casa, ¿correcto?

—Sí.

—El teléfono instalado en su piso.

—Sí. No en mi móvil si es eso lo que quiere saber.

—Humm —dice el inspector. Aplasta cuidadosamente los tres últimos centímetros de su cigarrillo en el cenicero, saca una libretita y la abre por una página sujeta con una goma elástica. Levanta la vista de la libretita y me mira—. ¿Y qué hay

del veinticinco de octubre, y del cuatro de septiembre, y del seis de agosto, y del quince de julio?

Casi me pongo a reír.

—¿Está hablando en serio? ¿Está usted preguntándome si tengo coartadas?

—Tan solo nos gustaría saber qué es lo que estaba haciendo en esas fechas.

—Bueno, pues estaba aquí. Me refiero a que no he salido de Escocia, que no he estado ni remotamente cerca de Londres, o... No he viajado al sur desde hace casi un año.

El inspector esboza una fría sonrisa.

—Muy bien, vamos a ver —le digo—. Tendría que revisar mi agenda.

—¿Podría usted traer su agenda, Mr. Colley?

—Bueno, he dicho mi agenda pero está en mi portátil. En mi ordenador.

—Ah, así que tiene uno de esos. ¿Y lo tiene en el edificio?

—Sí, lo tengo abajo. Acabo de comprarme uno nuevo pero he transferido todos los archivos. Iré...

Hago el gesto de levantarme pero el inspector alza una mano.

—Deje que el sargento Flavell se lo traiga, ¿le parece?

—Muy bien. —Vuelvo a sentarme y asiento con la cabeza—. Está en mi escritorio —le digo al sargento mientras se dirige a la puerta.

El inspector vuelve a tomar asiento y saca su paquete de B&H. Ve cómo vuelvo a observarlo y me ofrece el paquete.

—¿No querrá usted...? —me pregunta.

—Humm, pues sí, se lo aceptaré. Gracias —le digo extendiendo la mano para coger el cigarrillo y odiándome al mismo tiempo que lo hago pero pensando también, joder, esta es una ocasión excepcional; necesito toda la ayuda posible; cualquier cosa vale.

El inspector me enciende el cigarrillo y a continuación se pone en pie y camina hacia la ventana que da a Princes Street. Yo giro mi asiento para mirarlo. Es un día ventoso; por el rostro de la ciudad se van deslizando sombras nubosas y retazos de dorada luz del sol que van dejando el edificio alternativamente oscuro y gris brillante.

—Preciosa vista desde aquí, ¿no cree? —dice el inspector.

—Sí, fabulosa —le digo. El cigarrillo me está dando un subidón bastante decente. Debería dejar de fumar con más frecuencia.

—Me da la impresión de que no utilizan esta sala muy a menudo.

—No. No, me parece que no.

—Pues la verdad es que es una pena.

—Sí.

—¿Sabe una cosa curiosa? —dice el inspector contemplando la ciudad desde lo alto, los lejanos campos de Fife, gris verdosos bajo los nubarrones que hay sobre el extremo más lejano del río—. La noche que asesinaron a sir Toby, y la mañana después de que encontraran a Mr. Persimmon, alguien llamó al *The Times* y

reivindicó los ataques en nombre del IRA.

El inspector se vuelve para mirarme con el rostro envuelto en humo.

—Sí, ya... —le digo—. Oí que el IRA reivindicó el asesinato de sir Toby pero que después se retractaron.

—Sí —dice el inspector poniendo cara de extrañeza mientras observa su cigarrillo—. Quienquiera que fuera utilizó la misma contraseña del IRA en las dos ocasiones.

—¿Cómo?

—Sí; eso es lo curioso, ya ve, Mr. Colley. Tanto usted como yo sabemos que existen contraseñas que el IRA utiliza cuando llaman para dar un aviso de bomba o para reivindicar un asesinato o cualquier otro crimen. Usted tiene que saber esas contraseñas si no quiere que cualquier Fulano o Mengano le llame haciéndose pasar por el IRA; podrían colapsar Londres, como ocurrió la primera vez. Pero nuestro asesino... conocía una de nuestras contraseñas. Una muy reciente.

—Vaya, vaya. —Vuelvo a sentir frío. Ya veo por dónde quiere ir. Le echaremos caradura—. Así que sospecha que se trata de un expolicía, ¿no?

El inspector me regala de nuevo una de sus finas sonrisitas. Hace ese extraño ruido de succión con la saliva y se dirige hacia mí de manera que tengo que apartarme de su camino. Me sobrepasa y alcanza un cenicero en donde descarga la ceniza de su cigarrillo para volver de nuevo a su sitio.

—Exactamente, Mr. Colley. Pensamos que podría ser un policía, en activo o retirado. —El inspector parece ponerse a pensar—. Un telefonista, supongo —dice con cara de sorprenderse a sí mismo.

—¿O un periodista? —le sugiero elevando las cejas.

—O un periodista —acuerda conmigo sin convicción, apoyándose contra el marco de la ventana, con su perfil recortado por el brillante destello de una nube fugaz que pasa—. ¿Por casualidad no sabrá usted esos códigos, Mr. Colley?

—Ahora no los recuerdo, no —le contesto—. Se guardan en el sistema informático del periódico, protegidos por una contraseña. Pero como también escribo sobre cuestiones de defensa y seguridad, entre otras cosas, tengo acceso a los códigos. No puedo probar que los desconozco, si es ahí a donde quiere ir a parar.

—No quiero ir a parar a ninguna parte, Mr. Colley. Simplemente me parece... interesante.

—Oiga, inspector —le digo suspirando y apagando el cigarrillo— soy un hombre soltero, vivo solo y gran parte de mi trabajo lo hago en casa o... por toda Escocia; tan solo tengo que llamar al periódico por teléfono. Le seré sincero; la verdad es que no tengo ni idea de si tengo o no tengo coartadas para todas esas fechas que me ha mencionado. Lo más probable es que las tenga; tengo muchas comidas, cenas y simples reuniones por razones profesionales para mantenerme en contacto con la gente; gente cuya palabra supongo que usted aceptará, como altos cargos de la policía y abogados y letrados. —Nunca está de más recordarle a un poli preguntón que uno conoce a esa gente—. Pero, vamos —digo con una leve risa mientras alzo los brazos

—. Me refiero a que... para qué vamos a engañarnos, ¿tengo yo *pinta* de ser un asesino?

El inspector también se ríe.

—No, claro que no, Mr. Colley. —Le da una chupada al cigarrillo—. No —vuelve a decir. Se trae los cigarrillos a la mesa, se dobla por detrás de mí para aplastar la colilla en el cenicero y dice—: Yo asistí al interrogatorio de Denis Nilsen; ¿lo recuerda, Mr. Colley? El tipo que asesinó a todos aquellos fulanos.

Asiento mientras el inspector vuelve a la ventana. No me gusta el terreno en que nos estamos metiendo.

—Jovencitos, un montón de jovencitos; bajo del suelo de su casa, enterrados en el jardín... un jodido equipo de fútbol de fiambres era lo que tenía allí. —Vuelve a mirar por la ventana apartando la vista de mí. Sacude la cabeza—. Él tampoco tenía *pinta* de asesino.

Se abre la puerta y entra el sargento Flavell con mi portátil. De repente todo aquello me da mala espina.

Me encuentro en el bar del Café Royal, junto a la mampara que lo separa del restaurante en donde comí con Y y su marido la semana pasada. Por encima del rumor de las conversaciones de los clientes puedo oír el ruido metálico de la cubertería y el tintineo de la vajilla y copas de cristal que llegan a través del alto tabique y que resuenan en el alto y adornado techo del lugar. Estoy mirando la barra central del bar mientras mi amigo Al hace pis en el baño y me da la impresión de estar sufriendo una ilusión óptica o algo así porque *las cosas no están como deberían estar*, Puedo ver las botellas en los estantes de la barra, delante de mí, y puedo ver su reflejo detrás de ellas, *¡pero no puedo verme en el espejo! ¡No puedo ver mi propio reflejo!*

Al vuelve entre la multitud y aparta educadamente a un par de tipos, recoge su abrigo del taburete, se reclina sobre la barra junto a mí y se pone a beber su *pinta*.

—Ayúdame, Al —le digo—. O me estoy volviendo loco o me he convertido en un jodido vampiro o algo así.

Al me mira. Es mayor que yo —cuarenta y dos, según creo— con el cabello grisáceo, una calva del tamaño de una taza de té y un par de atractivas cicatrices por encima de la nariz que dan la impresión de que siempre anda con el ceño fruncido, aunque la verdad es que casi siempre está riendo. Un poco más pequeño que yo. Asesor de ingeniería; lo conocí en una de esas estúpidas reuniones de tíos metidos en un bosque que se ponen a disparar bolas de pintura porque los gerentes de recursos humanos tienden a pensar que son reuniones fabulosas para crear espíritu de equipo.

—¿De qué me hablas, Colley, pedazo de cretino?

Señalo con la cabeza la estantería de bebidas del bar. Puedo ver gente por allí, tras las botellas, igual que puedo ver gente detrás de mí. Juraría que se trata de las mismas

personas y yo debería estar *entre* ellos y el espejo que hay detrás de las botellas, pero sigo sin poder verme. Vuelvo a señalar con la cabeza esperando que ese movimiento aparezca reflejado en el espejo, pero no es así.

—¡Mira! —le digo—. ¡Mira el espejo!

Es un espejo, ¿no? Me quedo mirándolo. Estantes de cristal. Escuadras de bronce. Botella de Stolý roja frente a mí con su parte posterior visible en el espejo; igualmente botella azul de Smirnoff con la etiqueta mirándome y la parte posterior de la etiqueta, blanca y lisa, visible a través de la botella y del vodka que hay dentro. Lo mismo con una botella de Bacardi al lado. Puedo ver la pequeña etiqueta que hay en la parte posterior de la botella desde delante. ¡Por supuesto que es un espejo!

Al mueve la cabeza hasta dejarla encima de mi hombro. Mira hacia adelante. Se saca las gafas del bolsillo de la chaqueta, que sé que no le gusta usar demasiado, y se las pone.

—¿Cómo? —exclama con tono exasperado. Un camarero se interpone para tirar una pinta de barril y se vuelve hacia donde estoy mirando y tengo que mover la cabeza para tratar de ver, pero no puedo hasta que se quita de en medio.

—Cameron, ¿qué farfullas? —dice Al.

Se vuelve para mirarme. Miro de nuevo al espejo.

¡Joder! Tampoco puedo verlo a él.

Quizá sean todos esos Southern Comforts que nos hemos tomado para celebrar la derrota de Bush a manos de Clinton. Joder, menos mal que no tomamos Buds como sugirió Al; ¿cómo le pudo siquiera pasar por la cabeza la idea de contaminar nuestros cuerpos con una copia elaborada en GB de una cerveza que básicamente es pipí de gato incluso en su encarnación original? (¡y tienen redañones para anunciarla aquí como «El producto original»! Otra de esas Grandes Mentiras de la Publicidad dirigidas a los descerebrados de Essex con su materia gris irrevocablemente jodida tras años de leer el *Sun* y beber Skol, los cabrones).

Señalo al espejo y un camarero al que estoy a punto de meterle el dedo en el ojo me mira con mala cara.

—¡Soy invisible! —exclamo.

—¡Estás jodido! —dice Al volviendo a su pinta.

Una de las personas que se ven en el espejo me está mirando. Me doy cuenta de que aún sigo señalando con el dedo. Me vuelvo y miro detrás de mí pero tan solo hallo un montón de espaldas y de cuerpos; nadie me está mirando. Me doy la vuelta y miro al espejo en el mismo instante en que el camarero al que estuve a punto de meterle en dedo en el ojo extiende el brazo y agarra una botella de Bacardi del estante. Me quedo mirando. ¡Su reflejo sigue allí! ¡Todavía más increíble!

El hombre que me estaba mirando sigue observándome. Entonces reparo en que puedo ver un pedazo del mural de mosaico que hay encima de su cabeza. Me doy la vuelta y miro por encima de la gente que hay detrás de mí; la luz todavía traspasa un poco los altos ventanales esmerilados. Pero no hay mural por ninguna parte. Me doy

la vuelta otra vez al tiempo que el camarero está poniendo la botella de Bacardi en su sitio. No ha quedado derecha y está ligeramente fuera de su posición. Otro empleado del bar, mayor, alarga el brazo y coloca la botella exactamente en la posición correcta para que se mantenga la ilusión de que hay un espejo antes de ir a tirar cerveza del barril y llenar un par de pintas. Le observo mientras se acerca a mí. Entonces me aparto de la barra al ver que viene directamente y pone los dos vasos frente a Al y a mí. Bajo la vista y veo mi propio vaso vacío en el instante en que el camarero me lo retira y acepta el dinero que le entrega Al, que vierte los últimos milímetros de su vaso casi vacío en el vaso nuevo.

Sacudo la cabeza.

—No, tío —digo con un suspiro y mirando al techo—. No puede ser.

—¿Qué? —dice Al frunciendo el ceño.

—No puede ser que me pase esto a mí. Precisamente hoy ha sido...

—Tienes pinta de estar hecho polvo, Cameron —me dice Al. Señala con la cabeza por detrás de mí—. Mira, allí hay un par de asientos vacíos. Vamos a sentarnos.

—Vale. Compremos unos cigarrillos, ¿te parece?

—¡No! ¿Ya no te acuerdas que lo estás dejando?

—Sí, pero ha sido un día muy difícil, Al...

—Venga, vamos a sentarnos, ¿vale?

Me olvidaba mi abrigo, un Drizabone, pero Al se da cuenta a tiempo. Nos sentamos al final de uno de los sofás semicirculares de piel negra con acanaladuras y dejamos las pintas en la mesa oval.

—¿Por qué tengo que soportar esta mierda?

—Cam, parece que te haya caído un rayo encima.

—Vete a la mierda, pedazo de cabrón.

—Solo estoy llamando a las cosas por su nombre.

—He tenido un día muy jodido —le digo poniéndome el Drizabone por encima de los hombros—. La pasma me ha sometido a un tercer grado.

—Pues la verdad es que suena como una patada en los huevos.

—Gracias por venir a tomar una copa, Al —le digo mirándole a los ojos con ebria sinceridad y golpeándole cariñosamente en el brazo.

—¡Joder! Olvídate de eso ¿quieres? —Al se frota el hombro como si le hubiera hecho daño—. Porque la verdad es que no tiene ningún mérito.

—Al, ¿no tendrás por casualidad un cigarrillo?

—No, sigo sin tener cigarrillos.

—Ah. Ah, bueno. Oye, de verdad te agradezco que hayas aceptado tomarte una copa conmigo, de verdad, Al. Eres el único amigo que tengo que no es también otro jodido periodista... Bueno, aparte de Andy. Y también... bueno, no importa; de verdad te agradezco que me dejes contarte todo este rollo.

—Y compartirlo con el resto del bar si no te digo constantemente que te calles.

—Sí, pero no te puedes ni imaginar adónde quieren ir a parar. En serio, no te creerías lo que esa gente está tratando de endosarme.

—Quizá una placa que ponga: «Por la boca muere el pez».

Yo desestimo su broma con un gesto de la mano y me acerco más a él.

—En serio. ¡Creen que voy por ahí asesinando a gente!

Al suspira muy hondo.

—Qué don tienes para la hipérbole dramática, Cameron.

—¡Es verdad!

—No... —dice Al con calma—. Lo que creo es que si fuera verdad no estarías aquí conmigo, Cameron. Estarías en una celda; estarías viendo barrotes y no tratando de beberte todo lo que hay detrás de una barra.

—¡Pero no tengo una coartada! —le susurro indignado—. ¡No tengo ni *una* puta coartada! ¡Algún cabrón está intentando jugármela! Me llaman por teléfono y me mandan a un sitio solitario en el quinto pino y tengo que esperar una llamada en un teléfono público o me hacen quedarme toda la noche en vela en casa, ¡y mientras se dedican a liquidar a algún mamón! En serio, por lo que parece todos esos cabrones merecían morir... aunque la verdad es que no los ha matado a todos, a algunos los ha asaltado violentamente, y sea lo que sea lo que estén tratando de hacer no me han dicho nada... pero ¡yo *no lo he hecho*! ¡Y los policías están chalados, tío! Creen que tuve tiempo suficiente para llegar al puto aeropuerto, volar al sur o a donde fuera y matar a esos capullos tories. Joder, si hasta se han llevado mi ordenador! ¡Mi portátil! ¡Cabrones de mierda! Me han llegado a decir que les mantenga informados de mis movimientos, ¿te lo puedes creer? ¡Tengo que informar a la policía local si voy a cualquier parte! ¡Tiene cojones! Intenté llamar a algunos polis que conozco, peces gordos, para averiguar qué era lo que sabían de esto, pero todos estaban siempre reunidos. Es sospechoso de cojones. —Miro el reloj—. Tengo que irme a casa, Al; tengo que echar al váter un montón de cosas y tirar de la cadena, o comérmelas, o hacer algo... —Le doy un trago a mi pinta y se me derrama un poco por la barbilla—. Pero me están tendiendo una trampa, en serio; hay un cabrón que se dedica a llamarme diciendo que es...

—... Mr. Archer —dice Al suspirando.

Me quedo mirándolo. No puedo creerlo.

—¿Cómo lo sabes? —exclamo a voz en grito.

—Porque debe de ser la quinta vez que me cuentas lo mismo.

—Mierda. —Me pongo a pensar en ello—. ¿Crees que estoy borracho?

—Vamos, calla y bébete la cerveza.

—Buena idea... ¿Oye Al, no tendrás por casualidad un cigarrillo?

Una hora más tarde Al me ha hecho devolver un paquete de cigarrillos que he comprado y me ha sacado un purito delgado de los labios cuando iba a encendérmelo

en el bar y me ha llevado al Burger King de al lado y me ha hecho comerme una hamburguesa con queso y beberme un vaso grande de leche y parece que estoy un poco más sobrio aunque he perdido el equilibrio y tengo problemas para mantenerme en pie. Al tiene que ayudarme e insiste en que tomemos un taxi y se niega a conducir o a dejar que yo conduzca y yo le acuso de estar acojonado por los antecedentes que tiene.

—Me voy a las montañas, en serio —le digo mientras salimos por la puerta hacia el aire libre.

—Una idea muy sensata —me dice Al—. A mí siempre me ha sentado bien.

—Sí —le contesto asintiendo enfáticamente con la cabeza y poniéndome a mirar el cielo. Es la puesta de sol y el aire es frío. Nos dirigimos al oeste por Princes Street—. Me voy a las montañas, me largo de la ciudad —le digo—. Primero me voy al piso a meter mis cosas en la maleta, pero así soy yo; me largo. Creo que les diré a los muchachos de azul en dónde voy a estar exactamente para que no piensen que soy el jodido asesino en serie o asaltante o lo que sea, pero estoy hecho polvo, en serio te lo digo, no me importa admitirlo. Me largo a las tierras altas, me largo a Stromefirry-nofirry.

—¿Adónde? —Al se abotona su abrigo al girar en Andrew Street y el viento sopla racheado desde St. Andrew Square.

—Stromefirry-nofirry.

—¡Ja! —rie Al—. Hombre, claro; Stromefirry-nofirry. Yo también he visto la señal en la carretera.

Al me deja apoyado contra una pared mientras se mete en una tienda y compra unas flores.

—¡Consigue un paquete de Rothmans, Al! —le grito pero no creo que me haya oído. Me quedo allí suspirando intensamente y sonriendo con orgullo a los viandantes.

Al reaparece con un ramo de flores.

Yo abro los brazos de par en par.

—Al, no tenías por qué...

—Perfecto, porque no son para ti. —Me agarra del brazo y me lleva hasta la acera mientras busca un taxi con la mirada. Huele las flores—. Son para Andy.

—¿Andy? —digo yo sorprendido—. Muy bien; me las quedo. —Trato de alcanzar las flores pero no llego.

Al me da un suave codazo en las costillas.

—No para *ese* Andy —dice mientras hace señales a un taxi que lleva la luz encendida. Pasa de largo con el motor rugiendo—. Son para mi *mujer*, so payaso, no para ese medio hippy de vida disoluta que se pasa el día fregando su brillante mansión.

—Hotel —le corrijo mientras le ayudo a llamar al siguiente taxi. No sé cómo me tropiezo en el bordillo y estoy a punto de caerme en la calle, pero Al me salva. El taxi

(que estaba parando y girando hacia nosotros) se da la vuelta de repente y acelera. Yo le echo una mirada furibunda—. ¡Cabrón!

—Imbécil —oigo decir a Al, de acuerdo conmigo. Me agarra del brazo y empieza a guiarme para cruzar la calle—. Venga, Mr. Sobriedad; conseguiremos uno en la parada de Hanover Street.

—¡Pero mi coche!

—Olvídalo. Lo recoges mañana.

—Sí, por supuesto, y después me voy directo a las montañas, como te lo digo.

—Buena idea.

—Directo a las montañas, como te lo digo, joder...

—Sí, pues claro que te vas ¿no?

—... a las jodidas montañas, tío...

Llego a casa y Al me acompaña hasta la puerta y le digo que estoy bien y se va y yo echo en el váter toda la mierda que tengo en casa y tiro de la cadena, a excepción de un poco de *speed* que esnifo, y el resto lo chupo. Después me voy a la cama y suena el teléfono y lo contesto.

—Cameron; Neil.

—Ah, guau, vaya; hola, Neil.

—Sí... te llamaba únicamente para decirte que lo siento, pero que no puedo ayudarte.

—Sí, ya... ¿cómo?

—¿Te suenan las palabras «buscar», «aguja», y «pajar»?

—Ah, perdona, no te entiendo.

—No importa. Como te decía no puedo ayudarte, colega. Es un callejón sin salida, ¿entiendes? No hay conexión; nada que encontrar ahí. Es tu historia, pero si yo fuera tú la olvidaría.

—Ah, sí, humm...

—¿Estás bien?

—¡Sí! Sí, estoy...

—Suenas como estuvieras colgado.

—Sí... ¡No!

—Bueno, me alegro de que hayamos aclarado eso. Te lo repetiré; No puedo ayudarte. Estás buscando una aguja en un pajar, de modo que será mejor que lo olvides.

—Muy bien, de acuerdo...

—Sí, bueno, pues te dejo que sigas abusando de la combinación de sustancias que mejor te parezca. Buenas noches, Cameron.

—Sí; ...noches.

Cuelgo el teléfono, me siento en el borde de la cama y me pongo a pensar. ¿A qué

coño viene eso? ¿Así que todos esos tíos murieron por casualidad? ¿No hay ninguna conexión con mi Mr. Archer ni con Daniel Smout? La verdad es que no me gusta nada todo esto.

Vuelvo a acostarme y trato de dormir pero no puedo y tampoco puedo dejar de pensar en esos tipos atados a árboles con una soga al cuello esperando que pase el tren, o moviéndose de un lado a otro en un baño mientras un taladro chisporrotea y burbujea bajo el agua, o ahogándose en el pozo negro de una granja; intento dejar de pensar en ese tipo de historias escabrosas y sangrientas y entonces me pongo a pensar en Y un rato y me hago una paja y aún sigo sin dormirme y finalmente después de mucho no dormir me muero por un cigarrillo y me levanto y salgo pero debo haber dormido después de todo porque de repente son las dos y media de la madrugada y no hay nada abierto y ahora me duele la cabeza pero necesito de verdad algo de tabaco de modo que me voy andando cuesta arriba por Royal Circus y subo por Howe Street hasta que al final para un taxi y consigo que me lleve por las calles desiertas a Cowgate en donde el Kasbar está aún abierto, que Dios bendiga ese verdadero antro, y por fin puedo comprar unos cigarrillos —Regal porque es lo único que les queda detrás del mostrador y la máquina no funciona pero no importa—; tengo un cigarrillo en los labios y una pinta en la mano (medicinal, y de todos modos no creo que sirvan Perrier en el Kasbar e incluso si lo sirvieran llegaría un motorista de dos metros y te rompería un vaso en la cara tan solo por una cuestión de principios y después te arrastraría gritando hasta el lavabo y te metería la cabeza en la taza del water sin tirar de la cadena pero eh que no me estoy quejando, que todo eso es parte del encanto del lugar) y vuelvo a ser feliz.

Salgo a las cuatro y me voy caminando desde Cowgate, subiendo por Hunter Square en donde los techos de bloques de vidrio de los lavabos subterráneos, que llegan hasta la cintura, brillan con cientos de pequeñas canicas azules; es una de las exposiciones de Lux Europae. Me dirijo a Fleshmarket Close olvidándome de que la estación está todavía cerrada a esta hora de la madrugada, de modo que doy la vuelta, subo por el puente de Waverley y me paseo por Princes Street pasando debajo de más esculturas abstractas de luz mientras observo una máquina de limpieza municipal que va retumbando por la calle, cepillando y aspirando los desagües.

Llego a casa a las cinco y estoy en pie otra vez a las once cuando suena el teléfono y recibo una llamada mucho más interesante de lo normal que me hace cambiar de planes de modo que me voy al trabajo y tengo que pagarle a Frank (¿«Milltown of Towie? ¿te rindes? ¡*Molten of Toil!*») sus veinte pavos porque los tories arañaron la votación sobre Maastricht con un margen menor del que yo pronosticaba y trato de llamar a Neil para asegurarme de que no soñé su llamada anoche, pero ha salido.

PUENTE EXOCET

Conduzco el coche por la carretera de un solo carril que lleva a las colinas; las luces del coche crean un profundo túnel iluminado entre los arcones. Llevo unos vaqueros negros, botas negras y un jersey de polo azul marino encima de una camisa y dos camisetas. También llevo puestos unos guantes de piel fina. Encuentro una senda que se sale de la carretera y que lleva a un montículo con árboles; subo con el coche tan arriba como es posible y después apago las luces. El reloj del salpicadero marca las 03:10. Espero un minuto; no pasa ningún coche, así que imagino que nadie me ha visto. El corazón ya ha empezado a retumbarme.

Noto el frío nocturno al salir del coche. Hay media luna pero está oscurecida un noventa por ciento del tiempo por muchas nubes bajas que se desplazan rápidamente y que, de vez en cuando, provocan pequeños chaparrones de lluvia helada. El viento resuena entre las desnudas ramas de los árboles en lo alto. Bajo por el sendero hasta la carretera y vuelvo a mirar hacia el coche; está casi totalmente oculto. Cruzo la superficie asfaltada y salto una valla, después saco el pasamontañas del bolsillo del pantalón y me lo deslizo por la cabeza. Sigo por el borde de la cuneta, y a veces tengo que agacharme cuando pasa un coche por la carretera barriando con las luces la valla que me cubre. El coche se pierde en la noche. Comienzo a respirar de nuevo.

Llego a la valla que va colina abajo y la sigo, tropezando de vez en cuando en las rocas y piedras dejadas en la cuneta; mis ojos están aún adaptándose a la oscuridad. El suelo que piso está bastante firme, no demasiado embarrado.

Cuando llego al seto que marca el lindero de la parte baja de la urbanización tengo que ponerme a buscar un hueco por donde poderme colar. Finalmente tengo que pasar a gatas por debajo del seto, enganchándome el jersey. Árboles que se oyen pero que apenas se ven en la oscuridad forman con el viento un gran estruendo en lo alto.

Sigo gateando por una ribera embarrada y llena de hojas caídas hasta descender a un riachuelo helado; el agua se me cuele por una de las botas y susurro: «Mierda», y entonces subo por la otra ribera chapoteando, aferrándome a las frías ramas de los arbustos y a las raíces embarradas y resbaladizas de los árboles. Me abro camino a través de unos arbustos que hay en lo alto. Por fin tengo frente a mí las farolas de una calle y las formas geométricas de las oscuras casas. Me quedo agachado y sigo gateando protegido por los setos bajos, dirigiéndome en diagonal a través del bosque hacia la urbanización. Me tropiezo con un tronco y me caigo, pero no me hago daño. Llego al muro de ladrillo de dos metros que rodea la urbanización y lo sigo a tientas tropezándome de vez en cuando con montones de tierra y de escombros hasta que llego a la esquina.

Mido sesenta pasos pegado al muro y en ese punto me separo hasta llegar al árbol más próximo. Unos rayos de luz de la luna hacen que me tenga que esperar casi cinco minutos hasta que pasen unas nubes y la oculten y pueda subir al árbol. Trepo lo suficiente como para ver la casa e identificarla por el sitio y por los muebles del jardín, entonces me bajo del árbol, voy hacia el muro y de un salto me agarro a los ladrillos de cemento del borde y me encaramo en lo alto. Me quedo arriba del muro con las manos temblando y el corazón palpitante. Observo la casa entre tinieblas frente a mí y la valla de arbustos altos y árboles jóvenes que tiene a ambos lados y que la oculta de las dos casas colindantes.

La luna amenaza con salir de nuevo de entre las nubes y tengo que tirarme al suelo sobre las losas de piedra del patio.

Hay un pequeño tabique junto al invernadero que se va elevando hasta llegar a un metro del muro de la urbanización. Esa será mi ruta de escape. En las paredes de la casa hay alarmas luminosas conectadas a los sensores infrarrojos de seguridad y si se disparan todo aquello empieza a sonar; si ocurre me levanto, salto el muro, me meto en el bosque y me largo.

Camino despacio por el patio, cruzo el césped y me dirijo a la casa esperando de un momento a otro el destello de las luces de las alarmas de seguridad. No ocurre. Llego al patio superior de la casa en donde están los muebles de terraza junto a una piscina cubierta por una lona y me agacho al lado de un banco de hierro forjado. Voy palpando a tientas por debajo del saliente del banco en el punto en que se une con el brazo, pero los guantes se me enganchan en muescas metálicas. No puedo distinguir nada con los guantes. Me quito el guante y vuelvo a intentarlo sintiendo el frío del metal y los bordes cortantes en mi piel. Entonces palpo la plastelina, la llave hundida en ella y el *corto cordón que* cuelga de la llave. Agarro el cordón y tiro suavemente. La llave se suelta y tintinea levemente. Me vuelvo a poner el guante.

Camino con cuidado pasando frente al porche hasta llegar a la parte trasera de la casa, deslizo la llave en la cerradura y doy una vuelta. La puerta se abre silenciosamente. La casa está cálida y huele a jabón de lavadora. Cierro la puerta con llave; cuando me alejo de la puerta comienzo a distinguir una desvaída luz roja que se enciende con un casi imperceptible chasquido en lo alto de una esquina de la habitación. El sensor no ha disparado la alarma; el sistema no está activado.

Me muevo lentamente por el cuarto de plancha y llego a la cocina (otra luz roja se enciende). Mis botas chapotean y rechinan sobre las baldosas. Tras dudar un segundo me arrodillo, me quito rápidamente las botas y las dejo junto al lavavajillas. Al levantarme veo sobre el mármol el bloque de madera lleno de cuchillos, apenas visible a la luz de la luna junto al reluciente acero inoxidable del fregadero. Saco el cuchillo más grande, doy la vuelta, salgo de la cocina y voy por el pasillo hasta las escaleras pasando por el comedor y el salón. Más allá, junto a las escaleras, se encuentra el vestíbulo en dos niveles; un rayo de luz anaranjada que se cuele entre los árboles del jardín desvela sofás, butacas, estanterías llenas de vídeos, discos

compactos y libros, un par de mesitas de salón y una gran campana de metal sobre la chimenea central elevada. El piloto rojo de otro sensor en lo alto de una esquina se enciende cuando me dirijo hacia el pie de las escaleras.

La alfombra de las escaleras es espesa y mullida y no hago ningún ruido al subir hasta el rellano y caminar muy despacio hacia el dormitorio principal activando otro sensor. La puerta del dormitorio se abre con un chirrido casi inaudible.

En la cabecera de la ancha cama doble hay un débil reflejo de luz verde. Al darme la vuelta veo que se trata de los números de un reloj digital. La luz de color verde lima se esparce difuminada por las sábanas blancas y por un solitario rostro dormido. La observo respirar. Uno de sus brazos está fuera de las sábanas, colgando, pálido y desnudo, en el borde de la cama. Su cabello es corto y oscuro y su rostro es esbelto y tiene aires de muchacho; cejas oscuras y finas, nariz delgada, labios pálidos que parecen apretados en un puchero y una angulosa barbilla triangular que hace juego con sus altas mejillas.

Me acerco muy lentamente. Ella se remueve. Extiendo los brazos con el cuchillo en una mano, y con la otra mano enguantada voy tocando, y después recogiendo y haciendo una bola, las sábanas de seda para arrancarlas repentinamente de un tirón y lanzarlas detrás de mí al tiempo que doy un salto hacia adelante y veo su pálida desnudez en el mismo instante en que le planto la mano sobre la boca; sus ojos se abren como platos y empieza a tratar de levantarse; la fuerza a echarse otra vez en la cama con la mano todavía tapándole la boca. Levanto el cuchillo de manera que pueda verlo. Intenta luchar y sus ojos se agrandan aún más, pero la aprieto contra las sábanas con mi peso y mantengo el guante oprimiéndole la boca a pesar de que ya no está haciendo ningún ruido. Poso la hoja del cuchillo sobre su cuello y se queda quieta.

—Haz un ruido y estás muerta ¿entendido? —le digo. Se queda mirándome fijamente, como si no me hubiera oído—. ¿Entendido? —Se lo vuelvo a decir y esta vez ella asiente rápidamente con la cabeza—. Te lo advierto —le digo mientras retiro lentamente la mano de su boca. No se pone a gritar.

Me yergo en la cama y mantengo el cuchillo cerca de su garganta. Me bajo la cremallera de los vaqueros. No llevo calzoncillos y mi polla sale, dura como una piedra. Ella me está mirando a los ojos. Veo cómo traga saliva. Se aprecia la palpitación de su pulso al final de su largo y blanco cuello, bajo su barbilla. Su mano avanza lentamente hacia el borde de la cama. La veo y entonces se detiene. Ahora sus ojos parecen aterrorizados. Pongo la hoja del cuchillo contra su cuello otra vez y miro hacia el borde del colchón. Está temblando. Empiezo a tantear bajo el borde del colchón, por encima del marco de madera de la enorme cama. Palpo un mango de madera; saco un cuchillo de caza de unos veinte centímetros con una hoja aserrada. Silbo suavemente y después lo tiro a la alfombra, junto a la ventana. Ella está observándome.

—Boca abajo —le digo—. De rodillas, como un perro. Venga.

Ella comienza a resoplar, con la boca abierta. Le tiembla todo el cuerpo.

—¡Venga, hazlo! —le ordeno musitando.

Se da la vuelta hasta quedar boca abajo y después se aúpa sobre sus rodillas soportando el peso de su tronco con las manos sobre la cama.

—La cara contra las sábanas —le digo—. Las manos aquí arriba.

Ella posa la cara sobre las sábanas y se lleva las manos a la espalda. Saco las esposas de mi bolsillo y se las coloco en las muñecas por detrás. Me detengo para ponerme un condón y a continuación me subo a la cama por detrás de ella, dejo el cuchillo sobre las sábanas a mi alcance, la agarro por las caderas con ambas manos y de un tirón le meto la polla.

Grita cuando entro en ella. Está empapada de sudor, y después de empujar un rato estoy a punto de correrme y ella se pone a gemir, a jadear y al final grita: «¡Ahh, joder, sí!» y entonces se acaba todo y me desplomo sobre ella y después me dejo caer sobre la cama y por poco me corto la oreja con la hoja del cuchillo de cocina que está sobre las sábanas.

Ella se queda echada sobre un costado, mirándome, observándome, todavía jadeando, con las manos aún esposadas a su espalda, con una extraña expresión tensa en su rostro, y al cabo de un rato dice:

—¿Eso es todo?

—No —respondo yo casi sin aliento.

La levanto violentamente hasta ponerla otra vez de rodillas con la cara pegada a las sábanas y le separo las nalgas y le meto el dedo índice en el ano, deslizándolo rápidamente hasta la mitad. Ella da un bufido de sorpresa. Coloco mi cabeza sobre su trasero y dejo caer un hilillo de saliva en el lugar en donde tengo el nudillo atrapado por el músculo del esfínter y entonces le meto el dedo hasta el fondo. Vuelve a resoplar; empiezo a sacar y meter el dedo frotando su clítoris con mi otra mano. Al cabo de un rato utilizo dos dedos y entonces se me vuelve a poner dura; me quito el primer condón y me pongo otro y entonces escupo sobre mi polla forrada de goma y, guiándola con los dedos, la deslizo suavemente en su recto.

Ella se corre a gritos; yo creo que no me voy a correr pero finalmente lo hago.

Nos desplomamos juntos en la cama, respirando acompasadamente. Salgo de ella. Hay un leve olor a mierda. Le quito las esposas y me quedo echado en la cama, abrazándola. Ella me quita el pasamontañas.

—¿Dónde están los zapatos? —susurra ella al poco tiempo.

—En la cocina —le digo—. Estaban llenos de barro. No quería ponerlo todo perdido.

Ella se ríe calladamente en la oscuridad.

—Pero si yo tenía controlada la situación —dice ella alzando la voz sobre el ruido del agua mientras me enjabona los hombros y la espalda—. Lo único que tenía que

hacer era decir tu nombre y se acababa todo. Quedamos en eso, ¿no?; yo confío en ti.

—Pero ¿cuál es la diferencia? —le pregunto tratando de verla por encima de mi hombro—. Cualquiera que hubiera visto la escena habría dicho que yo era un violador y que estabas siendo violada.

—Pero nosotros sabíamos que no era así.

—¿Y esa es la gracia? ¿Tener eso en cuenta? ¿Y qué habría ocurrido si hubiera sido un violador de verdad?

—¿Y si te hubieras equivocado de casa?

—Me fijé en los muebles.

—Y además tú eras como eres tú; te movías como únicamente lo haces tú, hablabas como tú; olías como tú.

—Pero...

—Mira; yo he disfrutado —me dice enjabonándome la parte inferior de la espalda y el trasero—. No creo que quiera repetirlo, pero ha sido interesante llegar a hacerlo. Y a ti, ¿qué? ¿Qué te ha parecido?

—Pues nervioso de cojones —estaba seguro de que no llegaría a empalmarme, pero seguro, especialmente porque todavía estoy afectado por el cabreo que cogí ayer — y después, bueno... pues excitado, supongo, cuando... cuando me di cuenta de que tú también lo estabas.

—Vaya, vaya. Pero no antes.

—¡No!

—No.

—Porque durante un buen rato me sentí fatal; me sentía como si fuera un violador.

—Pero no lo eras. —Desliza su mano entre mis nalgas y después me enjabona los muslos y las piernas—. Estabas haciendo algo sobre lo que yo siempre había fantaseado.

—Pues qué bien, de modo que ese viejo cabrón de Jamieson tenía razón cuando decía que todas las mujeres desean secretamente ser violadas.

Yvonne me da una palmada en las pantorrillas.

—No seas imbécil. Nadie quiere ser violada, pero algunas fantasean con ello. Lo de controlar la situación no es un detalle sin importancia, Cameron... saber que es alguien en quien confías no es una nimiedad; es lo más importante.

—Humm —digo yo sin convencerme.

—Los hombres como Jamieson odian a las mujeres, Cameron. O quizá odian solamente a las mujeres que no se sienten deslumbradas por los hombres, que no están bajo su control. —Vuelve a recorrer mis piernas con las manos hasta llegar a mis nalgas y desliza sus dedos entre ellas tocando mi ano y haciendo que dé un respingo y me ponga de puntillas para a continuación volver a mis piernas—. Quizá hombres como él tendrían que experimentar lo que es eso —añade—. Ser violado; ser asaltado. Veríamos si les gustaba.

—Sí —le digo, sintiendo (a pesar de lo caliente que estoy) un estremecimiento inesperado por el espinoso tema en que se está metiendo—. Todos esos jueces tan solemnes y serios con esas togas tan raras; se lo están buscando ¿no? ¿Sabes lo que quiero decir? —El vapor me llega a la garganta y me pongo a toser.

Me pregunto si debería decirle algo sobre lo de la policía y sobre el «asalto» que sufrió el juez jubilado Jamieson. Tras mi borrachera nocturna con Al ya no siento la misma necesidad de descargarme que antes, y no sé si debería mezclar a Yvonne en esto o no.

—O quizá —me dice mientras me lava los pies— gente como Greer y Dworkin tienen razón, y gente como Pickle y Jamieson también tienen razón, y todos los hombres son unos violadores y todas las mujeres desean ser violadas.

—Eso es una estupidez.

—Humm...

—Pues aún así sigue sin gustarme que me hagan sentir como un violador.

—Vale, no volveremos a hacerlo.

—Y la idea de que a ti te gustara que lo hiciera me sigue pareciendo... perturbadora.

Se queda en silencio un rato y después dice:

—El otro día —ahora me enjabona las piernas por delante situada detrás de mí—, cuando tuviste que soportar la serie *Eldorado* sentado en aquella posición tan incómoda, disfrutaste, ¿no?

Sigue deslizando sus manos enjabonadas a lo largo de mis muslos.

—Bueno... al final sí —reconozco.

—Pero si te lo hubiera hecho otra persona... —dice en voz baja para que apenas pueda oírla bajo el estruendo de la ducha. Ahora me está enjabonando los huevos, palpándolos delicadamente, masajeándolos... Alguien que no conocieras de nada (hombre o mujer) que te atara dejándote indefenso en un lugar en donde gritar no te sirviera de nada y hubiera un enorme cuchillo afilado bajo la cama... entonces ¿cómo te sentirías?

Se pone en pie y restriega su cuerpo contra el mío frotándome la polla, que sigue flácida. Aparto la vista y miro a través del vapor y de los riachuelos de agua que corren por la mampara de cristal de la ducha. Me quedo mirando el cuarto de baño iluminado con luz tenue y me pregunto qué es lo que haría si de repente viera aparecer a William con las maletas en la mano y en la cara una expresión de: *Sorpresa, cariño, ¡estoy de vuelta!*

—Petrificado —admito—. Me quedaría tieso de miedo. Bueno, flácido de miedo.

Está tirándome suavemente de la polla, que parece no querer reaccionar y a mí me cuesta creerlo y no estoy seguro de querer yo tampoco porque me siento tan exhausto y dolorido, pero la cosa empieza a responder, a engordarse y a endurecerse y a levantarse entre sus amasadoras manos llenas de espuma.

Coloca la barbilla en mi hombro y una uña afilada contra mi yugular.

—Vuélvete, chulo —me susurra al oído.

—Oh, ah... joder... ah.

Yvonne me despierta tras una hora de sueño y me dice que tengo que irme. Me doy la vuelta y hago como que sigo dormido pero ella me arranca las sábanas de seda y enciende las luces. Tengo que meterme de nuevo en mis ropas sudadas y sucias y volver a la cocina mascullando mientras ella prepara café, y me quejo de que las botas están todavía empapadas y ella me trae un par de calcetines de William y me los pongo y me bebo el café y me quejo de que nunca puedo pasar la noche con ella y le digo que aunque solo fuera por una vez me gustaría despertarme aquí una mañana y disfrutar de un desayuno como Dios manda junto a ella, sentados en el soleado balcón fuera del dormitorio, pero ella hace que me siente y me ata los cordones de las botas, después me quita la taza de café de la mano y me hace salir por la puerta trasera y dice que tengo dos minutos antes de que conecte la alarma y se activen las luces infrarrojas de manera que tengo que volverme por donde vine, saltando el muro de la urbanización y atravesando el bosque y el riachuelo en donde se me quedan los pies empapados y fríos y me caigo subiendo la ribera y me lleno de barro y al final consigo arrastrarme hasta arriba y atravieso el seto, arañándome la mejilla y rasgándome el jersey y después caminando a duras penas por el campo a través de la espesa lluvia y más barro y llegando finalmente al coche y entrando en pánico cuando no encuentro las llaves del coche antes de recordar que me las metí en el bolsillo trasero de los vaqueros por seguridad en lugar de ponerlas en el delantero como hago siempre, y después teniendo que colocar ramas secas delante de las ruedas delanteras porque el jodido coche se ha quedado encallado en el barro y saliendo por fin de allí y llegando hasta la puerta de casa en donde, bajo la débil luz de la farola puedo ver cómo he puesto la tapicería del coche con la ropa llena de barro.

Estoy demasiado cansado para dormir y me pongo a jugar a *Despot* al llegar a casa pero no tengo los cinco sentidos en ello y el Imperio está en un estado bastante lamentable después de tantos desastres y hasta se me pasa por la cabeza volver a empezar pero eso significaría tener que comenzar desde los albores de la puta civilización y en *Despot* siempre existe la tentación de cambiar el PoV, que la gente que no conoce el juego siempre piensa que suena bastante inocuo, como un detalle más, pero que no lo es; no solo cambias el Punto de Vista, cambias todo el Nivel de Poder Despótico actual por algo de menos categoría, aunque solo sea un noble regional u otro rey o un general emparentado con el trono, y no se trata de algo sin consecuencias porque tan pronto como renuncias al PoV actual el ordenador toma el mando y es un software acojonantemente inteligente. Si intentas cambiar el Punto de Vista demasiado tarde, si esperas demasiado tiempo, terminas asesinado y se acaba

todo; de vuelta a las cavernas con otros veinte enanos llenos de pulgas y a empezar otra vez con la gran idea de *¡meter el fuego dentro de la caverna!* Si cambias demasiado rápido y el programa toma el mando y hace algún milagro que le saca las castañas del fuego al Déspota que acabas de abandonar en las peores condiciones posibles entonces prepárate porque a continuación tienes a la policía secreta llamando a la puerta y arrastrándote a ti y a tu familia en la oscuridad de la noche para haceros desaparecer; a continuación la máquina se declara vencedora y estás de vuelta en la puta cueva.

Después de una hora de andar civilizadamente con pies de plomo, pulso Guardar y me dejo caer en la cama. Me he fumado cuatro cigarrillos sin tener verdaderamente intención de ello.

Sigo con la idea de marcharme a las montañas. Me levanto tarde y descansado. Telefono a Andy para confirmar que le sigue pareciendo bien que lo visite, después llamo a Eddie y consigo los próximos tres días libres, llamo a los polis —ahora están en Fettes pero aunque el inspector ha vuelto a Londres, siguen sin querer devolverme mi nuevo portátil— y (tras limpiar un poco el coche) salgo de la ciudad en un día de tempestuoso aguacero que hace que hayan puesto las señales de velocidad del puente a 40 millas por hora, que los vehículos altos tengan prohibido circular por allí y que tiene a mi 205 con los Dunlop derrapando a un lado cada vez que sopla una racha de viento.

Después cojo la M90, rodeo Perth y me dirijo hacia el norte por la A90 con su frustrante combinación de uno y dos carriles y sus señales de advertencia sobre coches de policía camuflados, poco antes de que empiece la diversión en Dalwhinnie. La banda sonora corre a cargo de Nirvana, Michelle Shocked, Crowded House y Carter USM. Deja de llover con intensidad cuando me desvío hacia el Oeste; contemplo el final de una inmensa y sangrienta puesta de sol sobre Skye y las Kyles y las luces antiniebla hacen que las grises piedras de Donan se vean verdes; me planto en Strome en cuatro horas y veinte minutos desde casa, llegando en el momento en que las estrellas comienzan a salir por encima de los tonos rojizos que separan los oscuros nubarrones.

—¡Qué cabrón! ¡Qué pedazo de cabronazo estás hecho! ¡De modo que así es como se hace! ¡Cabrón!

Compensación y redención; incluso educación. Me encuentro en el tenebroso hotel junto al negro estuario y ya es cerca de medianoche y estoy borracho pero no colgado y Andy también y también su amigo Howie y estoy sentado en el antiguo salón de baile en la planta baja, mirando más allá de las aguas en donde se alzan grises montañas iluminadas por la luna con sus picos relucientes, cubiertos de nieve, y estoy jugando a *Xerium*, lo que hay que ver, y que me jodan vivo si no acabo de averiguar, por fin, cómo atravesar las Montañas de Zound de una maldita vez.

Es fácil pero tiene su truco; transportas a la base un depósito de combustible, un escudo protector, una bomba nuclear y un misil, llenas el depósito de combustible y cargas una bomba nuclear, despegas y vuelas alto hasta ocho clics, dejas caer la bomba nuclear al pie de las montañas, vuelves en picado hasta la base, cargas el escudo protector, llenas el depósito de combustible hasta arriba con un solo misil a bordo (mientras tanto la bomba nuclear ha explotado sacudiendo la tierra; será mejor que en este momento no estés repostando combustible), a continuación te elevas a toda hostia, llegas a la altura máxima y entonces... *¡te quedas flotando en el aire por encima de la nube del hongo nuclear!* La nube asciende por debajo de ti y te transporta con ella por encima de tu altura máxima habitual. El escudo te protege — aunque aun así tienes que hacer algunas virguerías con los mandos para mantenerte estable dentro de las temperaturas nucleares— y entonces, cuando la nube se disipa sales follado para abajo y atraviesas las montañas —¡se ven pequeñas!— y caes en picado sobre el cerrado valle, sueltas el misil cuando el radar defensivo de la base te reconoce y utilizas el último combustible que te queda para escapar por el extremo del valle mientras el misil acaba con la base. ¡Simple!

—Cabrón —le digo dirigiendo la nave hacia un depósito de combustible y aterrizando suavemente. Meneo la cabeza—. De modo que había que montarse sobre la nube nuclear; jamás en la vida se me pasó por la cabeza.

—No eres demasiado agresivo —me dice Andy rellenándome el vaso de whisky.

—Ya; tienes que ser un hombre de verdad para jugar a este juego —dice Howie guiñando un ojo y agarrando su vaso. Es un fornido muchachote de las tierras altas, de uno de los pueblos cercanos, uno de los amiguetes de parranda de Andy. Un poco bruto y directo y con una actitud bastante incorrecta, aunque divertida, hacia las mujeres, en su estilo de bruto de pueblo; un hombre de pelo en pecho.

—Tienes que estar un poco loco para jugar a *Xerium* —dice Andy recostándose en su asiento—. Tienes que estar... bastante... loco.

—Sí —dice Howie acabándose el whisky—. No, no, gracias, Drew —le dice a Andy cuando le va a rellenar el vaso también—. Será mejor que me vaya —dice poniéndose en pie—. No puedo llegar tarde a mi último día con los Forestales. Encantado de conocerte —me dice a mí—. Quizá nos veamos otro día. —Me estrecha la mano; un apretón de verdad.

—Muy bien —dice Andy levantándose también—. Te acompaño afuera, Howie. Gracias por pasarte.

—De nada. Me alegro de verte.

—¿Hacemos la fiesta de despedida mañana por la noche?

—Sí, ¿por qué no?

Ambos atraviesan la sala de baile con un suelo de brillo monótono dirigiéndose hacia el pie de las escaleras.

Yo sacudo la cabeza ante la pantalla del Amiga. «Con que montado sobre el puto hongo nuclear», me digo a mí mismo. Después me levanto del chirriante asiento y

estiro las piernas, y me voy con mi vaso hacia los ventanales que van del suelo hasta el techo y que forman una de las paredes del salón de baile y observo los jardines que se extienden hasta las vías del tren y la orilla del estuario. Las nubes se han encogido hasta convertirse en jirones y la luna flota por encima inundando la escena de un tono plateado. Al final del estuario, a la derecha, destellan unas luces, pero el macizo de montañas que se eleva en el extremo del estuario aparece oscuro bajo el cielo estrellado, como de un gris que se transforma en blanco en sus picos nevados.

El salón de baile huele a humedad. Tan solo está iluminado por la luz que proviene de la escalera y por la lámpara de la mesa sobre caballetes en donde descansa el ordenador. Cortinas ajadas con aspecto de estar descoloridas cuelgan a los lados de los vanos de las ventanas. Mi aliento surge como vaho y empaña el frío cristal de la ventana. Todas las cristaleras están sucias y algunas están resquebrajadas. Un par de ellas han sido reemplazadas por paneles de madera. Debajo de un par de vanos hay unos cubos para recoger el agua que cae de las goteras pero uno de ellos ha rebosado y formado un charco en el suelo haciendo que el parqué, que parece quemado en otros lugares, pierda su color y se abombe. El papel pintado, que se ve descolorido y rajado, se ha despegado enrollándose sobre sí mismo en algunos lugares hasta el punto de asemejarse a enormes virutas de una plancha de madera.

Por todo el salón de baile se encuentran esparcidas sillas de madera barata, viejas alfombras enrolladas que huelen a moho, un par de motocicletas viejas y un montón de piezas de repuesto colocadas en el suelo o sobre sábanas manchadas de aceite, y algo que tiene toda la pinta y que huele como una freidora industrial con sus campanas, filtros y tubos de refrigeración.

El hotel se encuentra enclavado al final de un camino muy empinado que baja desde la carretera principal atravesando el bosque. Entre la colina y las oscuras masas de árboles que tiene detrás, hacia el sur, en invierno el sol no da directamente en el hotel, y en verano no recibe mucha más luz. La carretera principal solía llegar hasta aquí y el ferry te transportaba al lado norte del estuario. Pero después transformaron el sendero que rodeaba el estuario en una carretera y el ferry dejó de funcionar. El ferrocarril Inverness-Kyle sigue en funcionamiento y solo se para si alguien lo solicita, pero sin ferry y con el tráfico de carretera desviado el lugar se ha echado a perder; hay algunas casas, un taller de artesanía, la estación de tren, un muelle, un grupo residencial propiedad de Marconi, y el hotel.

Eso es todo. En lo alto de la carretera hay un cartel que ha estado ahí desde hace mucho tiempo, desde que inauguraron la nueva carretera, que dice «Strome Ferry-no Ferry», y con eso está todo dicho.

Se cierra una puerta en la distancia, por arriba. Me bebo el whisky y contemplo el estuario negro como la tinta. Creo que Andy nunca planeó hacer nada con este sitio. Al igual que el resto de sus amigos, siempre asumí que se pondría a llevar el hotel, que invertiría dinero; que lo mejoraría. Nos imaginábamos que había concebido una nueva máquina de hacer dinero, que muy pronto nos asombraríamos de la

transformación que llevaría a cabo en este lugar y que vendríamos para maravillarnos de las multitudes que habría conseguido atraer... pero la verdad es que no pienso que estuviera buscando un lugar para montar un negocio viable; creo que lo que buscaba era algún lugar acorde con su estado de ánimo: quemado, harto, cabreado.

—Muy bien —se oye a Andy decir al fondo del salón. Llega por las escaleras y cierra las puertas de doble hoja—. ¿Te apetecen unos narcóticos?

—¡Ah! ¿Tienes?

—Sí, bueno —dice Andy llegando hasta donde estoy y poniéndose también a mirar el agua del estuario. Tiene aproximadamente mi altura pero ha engordado un poco desde que vino aquí, y mantiene una postura que le hace parecer más pequeño y mayor de lo que es. Lleva unos viejos pantalones de pana gruesa gastados por el trasero y las rodillas pero que se ve que fueron de buena calidad, y lo que da la impresión de ser un montón de camisas, camisetas y cárdigans. Tiene barba de una semana que parece ser permanente a juzgar por las veces que lo he visto antes—. Howie es como muchos de por aquí —dice—. Les gusta tomar una copa pero son raros con cualquier otra cosa. —Se encoge de hombros y saca una pitillera de plata del bolsillo de uno de sus cárdigans—. Hay algunos excursionistas por esta zona; son simpáticos.

—Hey —le digo recordando de repente—. ¿Te llamó la policía?

—Sí —me dice abriendo la pitillera en la que aparecen una docena o más de porros perfectamente liados—. Alguien llamado Flavell; me preguntó sobre qué hora te devolví la llamada la otra noche. Se lo dije.

—Bueno. Me parece que tengo que ir mañana a la *polizei* local para informarles.

—Ya, ya, esto es un puto estado policiaco —dice con voz cansada mientras me ofrece la pitillera abierta—. Bueno; al menos te apetecerá una calada, ¿no?

—Bueno —le digo encogiéndome de hombros—, no tengo costumbre, ya sabes. —Tomo uno de los porros—. Gracias. —Estoy tiritando de frío. Llevo puesta mi chaqueta y el Drizabone encima, pero aun así estoy helado—. Oye, ¿podemos ir a algún sitio que esté más caliente?

Andy, el «niño de hielo», sonrío.

Nos sentamos en la vestíbulo de su dormitorio, en el último piso del hotel, fumando porros y bebiendo whisky. Sé que mañana el cuerpo me va a pasar factura —hoy mismo solo que un poco más tarde— pero no me importa. Le cuento lo del artículo del whisky y lo de la filtración en frío y lo de los colorantes pero él parece que ya está al tanto de todo eso. El vestíbulo es moderadamente grande, entre desastrado y acogedor: cortinas de terciopelo recogidas a los lados, macizos muebles antiguos de madera, montones de mullidos cojines bordados, y —sobre una pesada mesa en una esquina— un viejo PC IBM; tiene una unidad externa de disco y un módem conectado, y el chasis está mal apoyado, medio inclinado. Al lado hay una impresora

Epson.

Estamos sentados alrededor de un auténtico fuego con troncos en la chimenea, y el ventilador de un calentador de aire sopla desde el centro de la raída alfombra oscura de la habitación. Andy está sentado en una vieja y abultada butaca cuya falsa piel marrón está gastada en algunos lugares revelando la trama del tejido que hay debajo y en otros, como en los brazos, tiene un intenso brillo negro; arropa con sus manos el vaso de whisky y mira constantemente el fuego. Su única concesión al calor de la habitación ha consistido en quitarse el cárdigan más exterior de los que llevaba.

—Sí —prosigue—, nosotros formábamos parte de la generación del cheque en blanco. Recuerdo que en el 79 pensaba que ya era hora de que hiciéramos algo, de que por fin intentáramos algo diferente; ser radicales. Parecía que desde los sesenta tan solo había existido una misma marca de gobierno con dos envoltorios distintos y que nada había llegado a cambiar; existía esa sensación de que tras la explosión de energía al principio de la segunda mitad de los sesenta todo se había ido al carajo en este país; el país entero estaba estreñado, afectado por reglamentos y regulaciones y prácticas restringidas y, en general, por aburrimiento endémico. Nunca era capaz de decidir quién tenía razón, si los socialistas —incluso los revolucionarios— o los archicapitalistas, y parecía que nunca llegaríamos a averiguarlo en Gran Bretaña porque fuera cual fuera el resultado del voto popular nunca acarrearía un verdadero cambio de dirección. Heath no era particularmente bueno para los negocios y Callaghan no era particularmente bueno para la clase trabajadora.

—Nunca se me pasó por la cabeza que llegaras a pensar en revoluciones —le digo tras darle un sorbo al whisky—. Siempre creí que eras un capitalista convencido.

—Lo único que quería era un cambio —dice Andy encogiéndose de hombros—. Parecía que era lo que necesitábamos. No importaba demasiado de dónde viniera. Nunca hablé demasiado de eso porque quería estar abierto a todas las opciones. Ya había decidido que quería meterme en el ejército y que no sería bueno que en mis informes apareciera un apoyo a un grupo de izquierdas. Pero se me pasó por la cabeza que si un día llegara a haber una... bueno, no sé, una revuelta armada, un levantamiento popular... —Esboza una sonrisa—. Me acuerdo que en esa época aquello no parecía algo tan improbable, y yo pensaba, bueno, si algo así llega a ocurrir, y ellos tienen razón y el gobierno no la tiene, entonces no sería malo que haya gente como yo en el ejército que en el fondo está al lado del... movimiento, el que sea. —Sacude la cabeza sin apartar la vista del fuego—. Aunque imagino que eso debe sonar ahora como una tontería, ¿no?

—No me preguntes a mí —le digo alzando los hombros—; estás hablando con alguien que pensó que podía mejorar el mundo convirtiéndose en periodista. Eso *me* desautoriza como gran pensador estratégico, no te quepa la menor duda.

—La idea no está mal —dice Andy—. Pero si ahora estás desilusionado es también en parte por lo que he mencionado antes; el radicalismo de la Thatcher, que parecía tan novedoso. Aquella promesa, aquella nueva fortaleza y esbeltez a la que

todos aspirábamos; ahí teníamos la oportunidad de seguir un plan dinámico impulsado por alguien que no se iba a acobardar a mitad de camino. Desmantelando todas las cosas ineficientes, los chollos de por vida, los colchones de plumas y todos los peores vicios del estado niñera; era una bocanada de aire fresco, una cruzada; algo en lo que todos podíamos participar y formar parte.

—Si para empezar eras rico o estabas dispuesto a ser más cabrón que tus amigos.

—Siempre has odiado demasiado a los tories —dice Andy sacudiendo la cabeza— como para ver todo eso con claridad. Pero la cuestión es que no importa quién tuviera razón, y menos aún quién habría tenido la razón; lo único que importa es lo que la gente sentía, porque de ahí nació el nuevo carácter de la época; el consenso había conducido al callejón sin salida, a la compasión y a la esterilidad, así que: conmociona el sistema, corre con el país el tipo de riesgo radical que tienes que correr con una empresa al menos una vez en su historia si quieres que acabe triunfando; apuesta por el crecimiento, acepta el chelín del monetarista. —Suspira, saca otra vez la pitillera y me la alarga. Cojo un porro.

»Y yo soy uno de los que la siguieron —dice encendiendo el porro con su Zippo—. Yo era un leal soldado de tropa en la cruzada infantil por recuperar la ciudadela perdida del poder económico británico.

Sigue contemplando el fuego mientras yo me fumo el porro.

—Aunque, por descontado, desde el principio yo ya había cumplido mi parte: fui uno de Nuestros Muchachos, fui un Expedicionario, parte de la Fuerza de Choque que recapturó la derrotada popularidad de Maggie.

Me quedo sin saber qué decir y, siguiendo una iniciativa recién adoptada en mi trato con la gente que he llegado a aceptar con los años, no digo nada.

—Bueno, pues aquí estamos —dice Andy adelantándose en su asiento y palmeando sus rodillas con las manos y cogiendo después el porro cuando le doy un toque en el codo—. Gracias. —Le da una calada—. Aquí estamos después de haber pasado nuestro experimento; ha habido un partido, una idea dominante, un plan seguido a rajatabla, un líder fuerte —y su sombra gris— y todo se ha ido a la mierda y solo quedan cenizas. La base industrial cercenada tan cerca del hueso que casi se le sale el tuétano, las viejas ineficiencias socialistas reemplazadas con otras capitalistas más furibundas, el poder centralizado, la corrupción institucionalizada y una nueva generación que crece sin tener más aptitudes que abrir un coche con una percha y saber qué disolvente te deja un mejor cuelgue con una bolsa de plástico en la cabeza antes de vomitar o de desmayarte. —Da una calada a fondo al porro antes de pasármelo.

—Ya —le digo agarrándolo—. Pero no es que sea tu culpa. Tú hiciste tu parte pero... te lo paso.

—Ya, no parecía una mala idea en aquellos tiempos...

—Joder, tío, yo no estaba de acuerdo con que os fuerais allí, pero no creo que yo pudiera haber hecho lo que hiciste, en la Malvinas. Quiero decir que, aunque hubiera

sido una guerra en la que creyera que merecía la pena luchar, si me hubieran llamado o eso, que soy un cobarde, no soy capaz físicamente. Tú sí que lo eras. Lo hiciste; a la puta mierda los pros y contras de la guerra, cuando estás allí, bajo el fuego, y tus amigos están volando por los aires a tu alrededor, entonces tienes que ser capaz de actuar. Al menos lo hiciste; yo no estoy seguro de haberlo podido hacer.

—¿Y qué? —me dice mirándome—. ¿De modo que soy más hombre porque aprendí a matar gente y lo hice?

—No, lo que quería decir...

—Sea como sea... —dice mirándome de nuevo—. Algo de bueno tendría todo aquello cuando nos tocó un capitán que no tenía cojones, que no tenía putos redaños para admitirlo y tuvo que mandar a jóvenes ingenuos a una matanza para demostrar lo puto valiente que era. —Andy recoge un tronco de al lado de la chimenea y lo pone en el fuego, golpeando los otros leños y haciendo que salten chispas y llamaradas.

—Ya —le digo—. Bueno, la verdad es que yo no puedo...

—Y estás equivocado —dice levantándose de su asiento y dirigiéndose a la esquina de la habitación. Allí hay una trampilla medio abierta que parece dar a lo que parece un aparador empotrado en forma cúbica; es un pequeño montacargas para platos. Tira de la tapa de metal hacia arriba y la mitad inferior se hunde al mismo tiempo; mete los brazos, saca una brazada de troncos y los trae hasta la chimenea—. Todos tenemos responsabilidades, Cameron. Tú no te escapas.

—Por Dios, Gould, si eliges el camino más difícil tienes que aceptar la muerte —digo yo tratando de suavizar la situación con una cita cinéfila pero sonándome hasta a mí mismo bastante patético.

Andy se sienta, acepta el porro que le ofrezco y dispone ordenadamente los troncos alrededor de la chimenea para que se vayan secando.

—Sí —dice mirándome de nuevo— y un recuerdo perdurable en la memoria de la gente; todavía no te he perdonado por no intentar rescatarme bajo el hielo aquel día. —Le da una honda calada al porro mientras yo me quedo pensando, Oh, mierda, y después me vuelve a pasar el porro con una gran sonrisa en los labios—. Estoy bromeando —dice—. Hace veinte años que he estado haciéndome el macho y ligándome tías con esa historia.

Andy me acompaña a mi habitación, que está un piso más abajo, alrededor de las cuatro de la madrugada. Hay un calentador de aire y una manta eléctrica sobre la cama individual. Antes de dormirme pienso si le debería haber hablado de las llamadas de Mr. Archer y de Ares. Vine hasta aquí con la intención de hacerlo; estaba seguro de que necesitaba desahogarme con alguien, pero no sé por qué no he encontrado el momento propicio para hablar del tema.

No importa. Me ha sentado bien conversar con él.

Cuando comienzo a adormilarme me parece adentrarme en el sueño recurrente en el que voy corriendo por el bosque pero me escapo y ya no recuerdo nada más.

Al día siguiente, mientras Andy sigue durmiendo, hago dos cosas: a) me tomo unos analgésicos y b) me voy con el coche hasta Kyle of Lochalsh para informar a la policía local de que me encuentro aquí.

De camino al pueblo diviso un Escort con una luz azul en el techo y aparco detrás. Aparece un sargento por una puerta junto a la que hay una placa anunciando un dentista y me acerco a él y le digo mi nombre y que el inspector McDunn me ha dicho que dé cuenta de mis movimientos. El enjuto sargento de pelo cano me examina detenidamente con mirada de sospecha y toma nota de mi nombre y de la hora. Me da la impresión de que piensa que soy un chiflado inofensivo. De todos modos no dice mucho más; quizá todavía le duele la boca tras su visita al dentista. No puedo seguir esperando a que tengamos una conversación porque mis tripas deciden de repente que también quieren despertarse y tengo que salir corriendo hacia el bar más cercano para ir al baño.

Dios mío, no *soporto* cuando la mierda me huele a whisky.

Andy ha organizado una fiesta esta noche, en parte en mi honor y en parte porque su amigo Howie se marcha a trabajar a una plataforma petrolífera al día siguiente. Por la tarde nos vamos a dar un paseo por las montañas; yo voy resoplando, jadeando y tosiendo tras Andy, que camina con paso vivo y sin problemas mientras sube por los senderos marcados del bosque. De vuelta en el hotel le ayudo a limpiar el bar del vestíbulo en donde siguen amontonados los restos de la última fiesta que montó Andy hace unos meses. El bar sigue provisionado, aunque no hay cerveza de barril, tan solo latas. Andy parece dar por sentado que correrá a cargo de toda la bebida de la fiesta de modo que supongo que no está tan tieso de dinero como dicen.

Llegan a la fiesta un par de docenas de invitados; prácticamente la mitad son vecinos de la zona —casi todos hombres, aunque hay una pareja casada y un par de chicas solteras— y los demás son forasteros, hippies a lo *New Age* procedentes de varios autobuses y furgonetas aparcadas en áreas de descanso y en lo que sería el equivalente a los meandros en una autopista en donde las curvas o los trechos sinuosos de las antiguas carreteras han sido reemplazados por tramos más directos.

En lo que se refiere a la mezcla de gente, se trata de una fiesta que como mucho consigue una emulsión más que una combinación; se aprecia cierta hostilidad entre algunos de los muchachos de las tierras altas (bien afeitados y de pelo corto) y los forasteros (lo opuesto) que empeora a medida que la gente se va emborrachando. Tengo la impresión de que los naturales del lugar se dan cuenta de que los forasteros desaparecen de vez en cuando para meterse algo y no les gusta. Andy parece no darse

cuenta y habla con todo el mundo sin restricciones.

Yo hago lo que puedo por mezclarme. Al principio parece irme mejor con los mocetones de las tierras altas pues les sigo el ritmo al que beben copa tras copa, aceptando sus cigarrillos y sufriendo comentarios del estilo: «No, yo todavía fumo» cuando les ofrezco uno de mis Silk Cut, pero gradualmente a medida que nos emborrachamos empiezo a sentirme más y más incómodo con su actitud hacia los forasteros y, peor aún, hacia las mujeres, y Howie, el tipo que conocí anoche, se pone a hablar de cómo él solía darle unos guantazos a su esposa y cómo la muy zorra ha buscado refugio en uno de esos hogares de mujeres maltratadas y que si da con ella le va a dar de hostias hasta en el cielo de la boca. Los otros sugieren que no es una buena idea pero me da la impresión de que lo piensan más que nada porque lo único que conseguiría sería acabar en la cárcel.

Inconscientemente voy gravitando hacia los forasteros.

En un momento dado me encuentro con Andy que está frente al ventanal del vestíbulo mirando el oscuro estuario con los ojos muy abiertos.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto.

Tarda un tiempo en contestarme.

—Aquí estamos a diez metros por encima del nivel medio del mar —me dice señalando con la cabeza hacia la orilla.

—¿No me digas? —Enciendo un cigarrillo.

—En el *Queen Elizabeth II*, el puente que había a ese nivel se llamaba el Puente Exocet porque era precisamente la altura a la que vuelan esos misiles.

Ah, batallitas de las Malvinas.

—Bueno —le digo esforzándome en mirar a través de la oscuridad hacia el extremo más lejano del estuario—, pues a menos que tengas un vecino furibundo con contactos especialmente buenos en el mundillo del tráfico de armas...

—Es lo único que de vez en cuando me provoca pesadillas —dice Andy con la mirada perdida en el imperceptible estuario, con los ojos aún abiertos como platos—. ¿No es una estupidez? Tener sueños sobre la posibilidad de saltar por los aires por el puto bombazo de un misil, hace diez años. Yo ni siquiera estaba en esa cubierta; estábamos destinados dos cubiertas más arriba... —Se encoge de hombros, bebe y se vuelve hacia mí, sonriendo—. ¿Ves a menudo a tu madre?

—¿Eh? —digo confundido por un cambio de tema tan inesperado—. No, no recientemente. Sigue en Nueva Zelanda. ¿Y qué hay de la tuya? ¿Ha vuelto a Strathspeld?

Sacude la cabeza y me entra un escalofrío al recordar ese mismo gesto suyo, repetido tantas veces que al cabo de un tiempo llegó a convertirse en un tic nervioso, en aquellos tiempos en Strathspeld, tras el funeral por Clare en el 89; un gesto de incredulidad, de repudio, de incapacidad de aceptarlo.

—Deberías ir. Deberías ir a verlos. Te lo agradecerían.

—Veremos —le digo yo—. Una racha de viento lanza la lluvia contra el cristal y

sacude el marco de la ventana; es muy sonoro e inesperado y yo cierro instintivamente los ojos pero él se da la vuelta tranquilamente y dirige la vista hacia la oscuridad con una cierta actitud de desprecio antes de ponerse a reír y de pasarme el brazo por encima del hombro y sugerirme que nos tomemos otra copa.

Más tarde comienza a caer una tormenta sobre el hotel; los relámpagos refulgen sobre las montañas que rodean el estuario y las ventanas traquetean al estallar los rayos. Hay un apagón; las luces se van y encendemos velas y lámparas de gas y terminamos —un grupito reducido de gente: Andy, yo, Howie, otros dos vecinos de la zona y un par de muchachos forasteros— en la sala del sótano, en donde hay una mesa de billar ruso que parece abandonada y una gotera en el techo que transforma toda aquella superficie verdosa y llena de manchas en una ciénaga de un milímetro de profundidad, con el agua goteando por los agujeros de las bolas y por las macizas patas de madera hasta la empapada alfombra, y nos ponemos a jugar al billar a la luz de las siseantes lámparas de gas, teniendo que golpear muy fuerte la bola blanca hasta para golpes muy delicados por la resistencia a rodar añadida que provoca el agua, y las bolas hacen un ruido siseante, como un leve traqueteo, cuando ruedan por la mesa y a veces puedes ver el agua que levantan por detrás y me siento un poco borracho y un poco colgado de un par de porros bastante cargados que me fumé antes en el jardín con los forasteros pero pienso que este juego de billar ruso en la penumbra y con la desventaja del agua es divertidísimo y me pongo a reír como un loco y en un momento dado le paso el brazo a Andy alrededor del cuello y le digo: Sabes que te quiero, viejo amigo, ¿y no es la amistad y el amor lo más importante del mundo? ¿Y por qué la gente no se da cuenta de eso y es *amable* con los demás?, aunque la verdad es que en este mundo hay *tantos* cabrones, pero se limita a levantarme, a apoyarme contra la pared y a apuntalarme con un palo de billar contra el pecho y no sé por qué me parece gracioso y me pongo a reír tan desafortunadamente que me caigo al suelo y tengo problemas para ponerme en pie y me llevan a mi habitación entre Andy y uno de los forasteros y me tiran en la cama y me quedo instantáneamente dormido.

Sueño con Strathspeld y los largos veranos de mi infancia pasados bajo el placentero trance de la pereza, veranos que terminaron aquel día, corriendo por los bosques (pero me alejo de ese recuerdo, algo que he aprendido a hacer con el paso de los años); me veo vagando de nuevo por los bosques y los pequeños valles perdidos, por las orillas de la ensenada artificial y por el río y su lago y estoy junto al embarcadero bajo aquel sol demoledor, la luz danzando en el agua, y veo dos figuras, desnudas y delgadas y blancas sobre la hierba, más allá de los cañaverales, y mientras las observo las luces se han ido mudando del dorado al plateado y después al blanco, y los árboles parecen encogerse en sí mismos, desapareciendo las hojas en aquel helado resplandor de envolvente destello blanco mientras todo a mi alrededor se vuelve al mismo tiempo más brillante y más oscuro para acabar reducido al negro y al blanco;

los árboles están desnudos y negros, el suelo sofocado en reluciente blanco y las dos jóvenes figuras han desaparecido, mientras otra figura aún más pequeña —con botas, guantes, y los faldones de un frac volando al viento— corre riendo por la blanca lisura del lago helado.

Alguien grita.

«LUX EUROPEAE»

Doce horas más tarde me encuentro en las jodidas Islas del Canal tratando de que se me pase la resaca y pensando: ¿Qué coño hago yo aquí?

—¿Eh? ¿Qué?

—Despiértate Cameron; tienes una llamada.

—Ah. Voy. —Intento enfocar la mirada en Andy. Me parece que no puedo abrir mi ojo izquierdo—. ¿Es importante?

—Ni idea.

De modo que me levanto, me pongo la bata y bajo al frío y polvoriento vestíbulo en donde se encuentra el teléfono.

—Cameron. Soy Frank.

—Ah. Hola.

—Bueno, ¿te lo estás pasando bien en tu remoto escondrijo en las tierras altas?

—Ah, sí —le digo tratando de convencer a mi ojo izquierdo de que se abra—. ¿Qué pasa, Frank?

—Bueno, tu Mr. Archer volvió a llamar.

—Ah, ¿sí? —digo con preocupación.

—Sí. Dijo que seguramente te gustaría saber —le oigo pasar unas páginas— que el auténtico nombre de Mr. Jemmel es J. Azul. La inicial es una J, y después A-Z-U-L. Y que el tal Azul estaba al corriente de toda la historia pero que se iba de viaje al extranjero... bueno, esta tarde. Eso es todo lo que dijo. Intenté preguntarle de qué me estaba hablando pero...

—Un momento, un momento —le digo abriendo finalmente mi ojo izquierdo, que me duele y me empieza a llorar. Inspiro hondo intentando despertarme completamente—. Vuelve a repetírmelo.

—Mis-ter —comienza a decir lentamente Frank— Ar-cher... lla-mó...

Frank me repite el mensaje. Mientras tanto yo estoy pensando. Sale de viaje esta tarde... ¿Desde dónde sale?

—De acuerdo —le digo a Frank cuando ha terminado de hablarme como si yo fuera un lector del *Sun*—. Frank, ¿podrías hacerme un gran favor y tratar de averiguar quién es ese tal Azul?

—Bueno, ya sabes que estoy bastante ocupado, Cameron. No todos por aquí nos pasamos el cierre de la edición por...

—Frank, *por favor*. El nombre me suena; me parece haberlo visto... Dios, no puedo acordarme, la cabeza no me funciona ahora mismo. Pero por favor, compruébalo Frank, ¿lo harás? ¿por favor? Te debo una. Por favor.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Gracias; si encuentras algo llámame enseguida, ¿de acuerdo? ¿Lo harás?

—Sí, sí, muy bien.

—Fantástico. Fabuloso. Gracias.

—Pero la próxima vez que te llame espero que reacciones antes.

—¿Cómo?

—Tu Mr. Archer llamó ayer.

—¿Ayer? —digo sintiendo un retortijón en el estómago.

—Sí; a la hora de comer. Ruby cogió el mensaje. Yo estaba fuera y al volver traté de llamarte pero no contestó nadie. Intenté llamarte al móvil aun sabiendo que estarías fuera de cobertura ahí en las montañas, y así fue porque salió el mensaje grabado diciendo que volviera a intentarlo más tarde.

—¡Vaya...!

—Bueno, otra cosa...

Ahora va a salirme de nuevo con otra de sus ridículas bromitas del corrector gramatical; joder, no me lo puedo creer.

Y mientras tanto la cabeza se me acelera, o al menos intenta echarse a correr; ahora mismo la siento como si la tuviera tirada en la cuneta intentando sacar las piernas por los extremos del chándal y dando saltitos y cayéndose mientras la carrera sigue sin ella.

—... ¿Y qué pasaría si fuese un nombre de lo más común? —pregunta Frank—. ¿Si la mitad de los habitantes de Beirut se llamaran Azul? Quiero decir que suena como un...

—Frank, escúchame —le digo repentinamente inspirado y sonando mucho más sobrio y tranquilo de lo que estoy—. Creo que ya recuerdo de qué me suena ese nombre. Lo vi en la contraportada de la revista *Private Eye*. Tenía algo que ver con... no sé; el tipo de cosas que sacan en la contraportada del *Eye*. Por favor, Frank. Puede que esté relacionado con defensa, con la industria aeroespacial, con los servicios de inteligencia o con el tráfico de armas. Prueba en *Profile*; solo tienes que teclear «Buscar Azul» y...

—Ya sé, ya sé.

—Gracias Frank. Ahora mismo voy a vestirme. Si no sé nada de ti en una media hora te llamo yo mismo. Adiós.

Dios...; esos cinco tíos muertos, sin contar todos los McDunn que investigan el caso, y el tío se larga esta misma tarde. Llamó ayer. Dios... ¡odio las fechas tope! Me está entrando el pánico; lo noto. El corazón me late a toda hostia. Estoy intentando reflexionar, pero no sé qué hacer. ¡Decídetes!

Me decido; siempre que estés en un dilema es de vital importancia seguir moviéndote. La velocidad es importante. La energía cinética libera el cerebro y confunde al enemigo.

Voy bebiendo sorbitos de café mientras me pongo el abrigo; mis maletas están en el mostrador de conserjería a la entrada del hotel y Andy está allí, caído de hombros, pestañeando, y con los ojos nublados contemplando cómo me zampo una tostada y me bebo el café en una taza sin asa. Andy observa mis maletas. Uno de mis calcetines sobresale en el lugar en donde se encuentran las dos cremalleras, como una flácida hernia de color blanco. Andy abre una de las cremalleras, mete el calcetín y vuelve a cerrar la bolsa.

—A veces nos quedamos sin línea de teléfono —dice disculpándose—. Probablemente la tormenta de anoche.

—No importa. —Miro mi reloj. Ya es hora de llamar a Frank.

—Oye —me dice Andy rascándose la barbilla y bostezando—. Quizá la policía quiera hablar contigo...

—Ya lo sé; les diré en dónde estoy, no...

—No, me refiero a la policía local.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Oh —dice suspirando—. Hubo una pequeña trifulca ayer noche cuando se fueron los muchachos. Por lo visto Howie y sus amigos atizaron a los dos forasteros en la carretera; al parecer acabaron en el hospital. Los polis están buscando a Howie. De todos modos tú estabas dormido cuando ocurrió todo pero, bueno, quizá quieran hablar contigo, así que...

—Dios mío, yo... —comienzo a decir. Entonces suena el teléfono. Lo descuelgo y grito—: ¿Si?

—Cameron; Frank.

—Ah, hola. ¿Has encontrado algo?

—Creo que sí. Podría ser un Mr. Jemmel Azul —dice. Me deletrea el nombre y me pongo a pensar Jemayl/Jemmel, ¡ajá!—. Ciudadano británico —continúa Frank—, Madre inglesa, padre turco. Nacido el diecisiete de marzo de mil novecientos cuarenta y nueve, educado en Harrow, Oxford y Yale.

—¿Pero está metido en defensa o...?

—Tiene su propia empresa de armamento. Está conectado con los saudís pero le ha vendido armas a casi todo el mundo, incluyendo Libia, Irán e Irak. En los últimos tiempos ha ido comprando un montón de pequeñas empresas de armamento británicas, normalmente para cerrarlas; dio motivo a una interpelación parlamentaria. Los israelíes le acusan de vender información nuclear a los iraquíes en 1985. Tenías razón acerca de la mención en el *Eye*; apareció un par de veces y ya tengo los recortes... —Más ruido de papeles—. Según el informe, uno de los nombres supuestos que utilizaba en sus negociaciones y en cuentas bancarias era Mr. Jemmel. ¿Qué te parece? —Frank suena encantado consigo mismo.

—Fabuloso, Frank, fabuloso —le digo—. ¿Y dónde está?

—Tiene domicilios en Londres, en Ginebra, una oficina en Nueva York... pero su base de operaciones está en Jersey, en las Islas del Canal.

—¿Número de teléfono?

—Lo busqué: no sale en la guía. Y en la dirección de su empresa solo hay un contestador automático. Pero he llamado a un amiguete en St. Helier que trabaja en el periodicucho local y me ha dicho que cree que está en su casa.

—Muy bien, muy bien... —le digo. Me pongo a pensar—. ¿Y tienes alguna dirección?

—Aspen, Hill Street, Gorey, Jersey.

—De acuerdo. Perfecto —y sigo pensando—. Frank, has estado brillante, una ayuda inestimable. ¿Puedes ponerme con Eddie?

—¿Cómo? —dice Eddie cuando se lo comento.

—De Inverness a Jersey. Venga, Eddie; estoy detrás de algo muy gordo. Lo pagaría con mi tarjeta pero la tengo al límite.

—Espero por tu bien que sea algo bueno, Cameron.

—Eddie, esto puede ser un bombazo de la hostia. Te lo digo en serio.

—Bueno, si tú lo dices, Cameron, pero tus antecedentes en lo que se refiere a viajes trasatlánticos no son demasiado alentadores...

—Vamos, Eddie, eso es un golpe bajo. Además, viajar a Jersey no se puede considerar un viaje trasatlántico y estoy utilizando un día de mis vacaciones.

—Bueno, de acuerdo, pero vas a viajar en turista.

—Vaya vida —dice Andy poniendo la maleta en la parte trasera de mi 205.

—Ya ves —le digo metiéndome en el coche. Siento cómo el dolor de cabeza trata de volver con más fuerza—. A veces parece muy exótica desde afuera; pero no tiene nada de eso.

Cierro la puerta y bajo la ventanilla. No estoy muy seguro de estar en forma para conducir pero tengo que hacerlo si quiero llegar a Inverness a tiempo para el vuelo de conexión.

Andy dice con rostro indeciso:

—¿Estás seguro de lo que haces?

—Cubrir la noticia —digo con un mohín—. Nos vemos pronto.

Llego a Inverness en noventa minutos atravesando chaparrones de granizo arrastrados por nubes altas y grises. La banda sonora corre a cargo de Count Bassie y de la respuesta del Islam a Pavarotti en la forma aún más inmensa de Nusrat Fateh Ali Khan; la voz de un ángel alucinado en un sueño aunque ignoro por completo de qué canta y siempre tengo la ligera sospecha de que debe de ser algo así como: «Hey, colguemos a Salman Rushdi, yé-yé».

El billete me está esperando en el mostrador. Sigo oficialmente de vacaciones, así que hago un esfuerzo por no leer los periódicos. Se me pasa por la cabeza comprarme unos cigarrillos y tengo la impresión de que si me fumo uno me voy a poner a vomitar. Está claro que lo que necesito es algo químico y cristalino pero no me queda nada y no sabría por dónde empezar a buscar en Inverness. Siento la necesidad de hacer algo y me compro uno de esos estúpidos juegos en miniatura y me siento a jugar mientras espero. El vuelo lleva algo de retraso; hago transbordo en Gatwick bajo una soleada brisa y el 146 aterriza en Jersey con un tiempo relativamente bueno. Hasta consigo alquilar un coche con la tarjeta de crédito, lo que parece una bendición.

El Nova viene con un mapa en la guantera; conduzco por las pequeñas carreteras perfectamente cuidadas y por algunas autovías más rápidas con la sensación de que, hasta en esas pocas millas que he recorrido todo me da la impresión de estar demasiado limpio, podado y cuidado, especialmente viniendo de las tierras altas occidentales de Escocia. Gorey no es difícil de encontrar; se halla en la costa este asomado a las arenas de la playa y alrededor del lugar en donde se levanta realmente el castillo que yo siempre había situado en St. Helier. Llegar a Hill Street resulta un poco más complicado, pero una vez allí la casa llamada Aspen no puede pasar desapercibida; un extenso chalet blanco situado justo bajo la cima de una colina arbolada y rodeado de paredes blancas con decorativas barandillas negras y pequeños setos recortados en forma esférica y plantados en grandes macetones. El techo es de losas de terracota. Tiene un aspecto colosal. Me imagino que su precio es igualmente colosal.

Hay unas altas cancelas de hierro negro pero están abiertas de par en par así que entro con el coche y sigo subiendo por el camino de entrada adoquinado con ladrillos rosados que llega hasta la puerta.

Llamo al timbre y espero. No hay coches aparcados en la entrada pero la casa tiene un garaje doble adosado. El sol se cuele entre las ramas de los árboles y se levanta una brisa que mueve las hojas de los setos decorativos y que hace que se me meta un grano de arena en el ojo izquierdo provocando que me vuelva a llorar. Llamo al timbre otra vez. Miro por la ranura del correo pero no puedo ver nada; meto la mano y puedo palpar una caja al otro lado de la maciza puerta.

Tras esperar unos minutos me decido a dar una vuelta alrededor de la casa caminando bajo arcadas moriscas y por encima de pequeños muretes blancos hasta llegar a una pista de tenis y a una piscina que tiene casi el mismo tamaño que la pista, descubierta e inmóvil. Me arrodillo y compruebo la temperatura de la piscina con una mano. Templada.

Intento mirar por las ventanas de la casa pero o están cubiertas con esas persianas exteriores de plástico que se suelen ver en Francia o cerradas por dentro con celosías.

Vuelvo al coche pensando que quizá Mr. Azul solo ha salido un momento. Por supuesto que también es posible que no vaya a poder verlo porque en este preciso momento se encuentre embarcado en ese viaje del que Mr. Archer parecía saber algo.

Le concederé media hora, o tal vez hasta una hora, después llamaré al periódico local para tratar de hablar con el contacto de Frank. Se me ocurre que podría jugar al jueguito portátil que compré en Inverness pero o todavía no me he enganchado a esos juegos o mi agotado paladar ya está aburrido de los juegos.

Cuando empiezo a cerrar los ojos (tan solo para darles un descanso) pienso que quizá no sea tan buena idea lo de esperar allí, pero al empezar a bostezar y cruzarme de brazos se me ocurre que un breve descanso no puede ser una mala idea mientras no me quede dormido.

Andy corre por la superficie helada. Yo tengo cinco años y él siete. Strathspeld está completamente inundado de blanco; el cielo está en calma y resplandece; una sorprendente y brillante neblina lo oculta y su luz parece muy lejana por la interposición de altas nubes que dominan sobre un helado yermo de nieve. Las cimas de las montañas están difuminadas, negros peñascos como trazos esparcidos con violencia contra ese fondo blanco; las colinas y los bosques también están cubiertos, los árboles helados y el lago es duro y suave al mismo tiempo, congelado completamente y nevado por encima. Aquí, más allá de los jardines de las casas y de los bosques y de las lagunas ornamentales, el lago se estrecha y se convierte en un río que se dobla de nuevo, encauzándose y apresurándose en su camino hacia las rocas, las cascadas y el pequeño desfiladero que hay al final. Normalmente se puede oír desde aquí el estruendo de las cascadas en la distancia pero hoy solo hay silencio.

Observo cómo corre Andy. Le grito pero no corro tras él. La orilla del lago en este lado no es muy profunda, tan solo medio metro por encima del río cubierto de nieve. Las hierbas y matorrales que me rodean están ahora aplastados bajo la inesperada nevada de anoche. En el otro lado, hacia donde se dirige Andy, la orilla aparece más alta y empinada por donde la erosión causada por el agua ha ido arrancando tierra y grava y piedras, dejando un saliente de tierra y raíces de árboles colgando; el oscuro espacio de cantos rodados bajo ese gastado saliente es el único lugar en donde no veo nieve.

Andy va gritando mientras corre con los faldones del abrigo revoloteando tras él, con las manos enguantadas extendidas, la cabeza echada hacia atrás y las orejas de su gorro abriéndose y cerrándose como alas. Ya ha cruzado casi la mitad del lago y yo comienzo a seguirlo, aterrorizado e incómodo con una sensación exultante y embriagadora; eufórico. Nos habían advertido que no lo hiciéramos, que no viniéramos aquí, que fuéramos en trineo, que tiráramos bolas y que hiciéramos todos los muñecos de nieve que quisiéramos, pero que ni se nos ocurriera acercarnos al lago ni al río por si se rompía el hielo; pero Andy se vino aquí después de pasar un rato lanzándonos con el trineo por una bajada que hay cerca de la granja y de caminar hasta aquí atravesando el bosque, a pesar de mis protestas, y cuando por fin llegamos a la ribera del río yo dije bueno, mientras solo miremos, pero justo en ese momento

Andy dijo, vamos, y bajó corriendo el talud blanco lleno de piedras de la orilla y se puso a correr por la nieve lisa hacia la orilla opuesta. Al principio estaba enfadado con él, preocupado por él, pero de repente me entra este ataque de júbilo al verlo correr por el frío espacio plano del río inmóvil, libre y cálido y vivaz en aquel suave silencio helado.

Estoy seguro de que lo ha conseguido, pienso que ya ha cruzado el río y que está a salvo y siento vicariamente como un fervoroso rumor que comienza a crecer dentro de mí por esa hazaña, pero entonces oigo un crujido y cae; estoy seguro de que se ha tropezado y que ha caído de frente pero no lo veo tirado sobre la nieve, se ha hundido hasta la cintura y un charco oscuro se va extendiendo en la blancura que lo rodea mientras él lucha tratando de apoyarse para salir de allí y no puedo creer lo que ven mis ojos, no puedo creer que Andy no vaya a salir indemne del intento; ahora empiezo a gritar de miedo, grito su nombre, se lo grito a él.

El sigue luchando, dando vueltas mientras se hunde más y más, levantando en el aire trozos y lascas de hielo con su chapaleo, salpicando agua y nieve en su intento por subirse. Ahora me está llamando a mí pero apenas puedo oírlo porque estoy desgañitándome, meándome en los pantalones cada vez que fuerzo el final de un grito. Tiene la mano extendida hacia mí, chillándome, pero yo me he quedado petrificado, aterrorizado, vociferando, y sin saber qué hacer, incapaz de pensar qué puedo hacer incluso cuando él me grita que lo ayude, que vaya a sacarlo de allí, *agarra una rama*, pero me he quedado paralizado ante la idea de poner los pies en aquella superficie blanca y traicionera, y no se me ocurre en dónde puedo encontrar una rama, no tengo idea de qué puedo hacer y al mismo tiempo llevo la vista hacia los enormes árboles que asoman por el oculto desfiladero y hacia los que hay a lo largo de la orilla del lago junto al embarcadero pero en donde no veo ninguna rama, tan solo nieve por todas partes, y entonces Andy deja de luchar y se desliza bajo la blancura.

Me quedo quieto, inmovilizado y aturdido. Espero que vuelva a aparecer pero no lo hace. Retrocedo un paso, después me doy la vuelta y empiezo a correr, con aquella humedad pegada a mis muslos que va pasando de caliente a frío mientras corro bajo los árboles cubiertos de nieve hacia la casa.

Corro a los brazos de los padres de Andy rodeado de los perros junto a las lagunas ornamentales y me parece una eternidad hasta que por fin consigo contarles lo que ha pasado porque no me sale la voz y puedo ver el temor en sus ojos y me preguntan: «¿Dónde está Andrew?», y finalmente se lo digo y Mrs. Gould emite un gritito de estremecimiento y Mr. Gould le dice que vaya a avisar a los de la casa y que llame a una ambulancia y se pone a correr sendero abajo hacia el río con los cuatro labradores ladrando nerviosos tras de él.

Yo me voy corriendo a la casa con Mrs. Gould y recogemos a todo el mundo — mi madre y mi padre y los demás invitados— y nos vamos todos juntos hacia el río. Mi padre me lleva en brazos. En la ribera vemos a Mr. Gould apoyado en la barriga

sobresaliendo de un agujero en el que se ha caído; la gente grita y corre por todos lados; nos dirigimos río abajo hacia los estrechos y el desfiladero y mi padre resbala y está a punto de dejarme caer y el aliento le huele a whisky y a comida. Entonces alguien grita que ha encontrado a Andy en un recodo del río, justo en el lugar en donde el agua reaparece bajo una capa de hielo y nieve y remolinos de agua, aplacada y menos profunda, envolviendo rocas y troncos quebrados, cuyo sonido mudo y distante aún hoy día sigo oyendo, como si estuviera a mi lado.

Allí está Andy, atrapado entre unos troncos nevados y una roca cubierta de hielo, su rostro blanco-azulado e inmóvil. Su padre se mete en el agua chapoteando y lo saca de allí.

Yo empiezo a llorar y escondo la cara bajo el hombro de mi padre.

El médico del pueblo era uno de los invitados; él y el padre de Andy lo sostienen boca abajo y dejan que le salga el agua por la boca, y después lo colocan en el suelo sobre un abrigo que han tirado en la nieve. El médico presiona el pecho de Andy mientras su esposa sopla en la boca del muchacho. Parecen más sorprendidos que nadie cuando de repente su corazón comienza a latir y a continuación Andy emite un sonido como de gárgaras en la garganta. Lo arrojan con el abrigo y se lo llevan corriendo a casa, lo sumergen hasta el cuello en un baño de agua caliente y le dan oxígeno cuando llega la ambulancia.

Ha estado bajo el hielo, bajo el agua, al menos unos diez minutos. El doctor sabía de casos de niños, generalmente menores que Andy, que sobrevivían sin aire en agua fría, pero jamás había visto algo así.

Andy se recuperó con rapidez después de pasar un rato aspirando oxígeno, tosiendo y espurreando saliva en el baño caliente, y de que lo secaran y lo metieran en una cama caliente bajo la vigilancia de sus padres. El doctor temía que se hubiera podido producir una lesión cerebral pero después de aquello Andy parecía tan brillante e inteligente como siempre, recordaba detalles de su infancia y pasó sin problemas el test de memoria que le hizo el doctor y hasta sacó buenas notas en el colegio cuando volvimos después de las vacaciones de Navidad.

Fue un milagro, declaró la madre, y el periódico local coincidió. Andy y yo nunca nos llegamos a exigir explicaciones por lo ocurrido, y él no volvió a mencionarme lo ocurrido aquel día a menos que se viera obligado. Tampoco a su padre le gustaba demasiado hablar de aquello y, por lo general, quitaba hierro al asunto y hasta hacía alguna broma. Mrs. Gould fue olvidándose gradualmente de todo.

Con el tiempo parecía que yo era el único que seguía pensando en aquella fría y tranquila mañana, el único que recordaba en sueños aquel grito y aquella mano que se alzaba pidiéndome una ayuda que no podía y no iba a ofrecer, y el silencio que siguió a la desaparición de Andy bajo el hielo.

Y a veces me daba la impresión de que era diferente y que había cambiado,

aunque sabía que la gente cambia constantemente y que nuestra generación cambió más rápido que otras.

Aún así, a veces pensaba que había sufrido algún perjuicio; nada derivado necesariamente de la privación de oxígeno sino más bien como resultado de la experiencia, de la conmoción de aquella fría jornada en que acabó deslizándose bajo la gris capa de hielo (y quizá, me dije años más tarde, lo que salió perjudicado fue su ignorancia o a su insensatez, lo que no era tan malo). Lo cierto es que ya nunca pude volver a imaginármelo haciendo algo con una imprudencia tan espontánea, desafiando al destino con un desapego tan agresivo y de manera tan *desaforada*, como ponerse a cruzar corriendo el lago helado, con los brazos abiertos, riendo.

Ya te has puesto el bigote postizo y la peluca y las gafas con otros cristales oscuros encajados encima porque hace mucho sol. Llamas al timbre de la puerta, observas el camino de entrada por si aparece algún coche y te vas poniendo los guantes de piel. Estás sudando y con los nervios a flor de piel y sabes que te la estás jugando, que ahora mismo estás corriendo unos riesgos tremendos y que juegas con la suerte, ese *flujo* que te inunda con la sensación de estar cargado de razón y que asumes lo que haces sin dar nada por sentado, sin despreciar ni faltarle el respeto al destino; ahora has puesto todo eso en peligro porque estás tentando la suerte, confías en que demasiadas cosas encajen perfectamente. Incluso haber conseguido que tus planes te hayan llevado tan lejos podría poner a prueba tu buena fortuna y todavía queda mucho por hacer. Pero si vas a acabar cayendo mejor será hacerlo a cara descubierta, sin pestañear, sin una queja. Has llegado más lejos de lo que pensabas y, por lo tanto, lo que consigas a partir de ahora es todo beneficios; de hecho llevas ya un tiempo agotando la cuenta de beneficios así que no puedes quejarte y no piensas hacerlo aunque te abandone ahora el destino.

Abre la puerta tal cual; sin criados, sin usar un teléfono de seguridad, y esa misma actitud te da la luz verde; no tienes tiempo para andarte con contemplaciones de modo que le das una patada en los huevos y entras al tiempo que él se retuerce y se desploma en el suelo en posición fetal. Cierras la puerta, te quitas las gafas porque te distorsionan demasiado la vista y le propinas una patada en la cabeza; demasiado suave, y otra que tampoco es demasiado fuerte, y él se arrastra por el suelo con una mano en la entrepierna y otra en la cabeza emitiendo un sonido como de respiración asmática y de expectoración. Vuelves a sacudirle.

Por fin se queda inmóvil. No crees haberlo matado ni haberle roto la columna ni nada parecido pero, si lo has hecho, ya no se puede hacer nada. Te aseguras de que no se le pueda ver desde la ranura del buzón, que está cubierta por una caja sellada, y te pones a mirar por el recibidor. Paraguas de golf. Lo coges. Sigue sin aparecer nadie. Sales disparado, ves la cocina y te metes allí y bajas las celosías. Encuentras un cuchillo de pan pero conservas el paraguas por si acaso. Encuentras cinta adhesiva en

un cajón y vuelves al recibidor y le das la vuelta de manera que te quedas entre él y la puerta de entrada. Le atas las manos y las muñecas. Lleva puestos unos pantalones caros y una camisa de seda. Zapatillas de piel de cocodrilo y calcetines con sus iniciales. Manicura y un perfume que no reconoces. El pelo parece un poco húmedo.

Le quitas las zapatillas y le metes ambos calcetines en la boca; también son de seda así que la bola se queda en nada. Le lapas la boca con la cinta adhesiva, te metes el rollo de cinta en un bolsillo y después lo dejas allí para poder explorar el resto de la casa mientras vas cerrando las celosías al pasar por cada habitación. En el primer piso oyes música y el sonido del agua.

Te deslizas lentamente hasta el vano de una puerta abierta.

Dormitorio; probablemente la habitación principal. Cama de tubos de bronce; enorme, quizá hasta sea forrada de oro. Sábanas revueltas, detrás de las ventanas y de unas celosías verticales de color rosa un amplio balcón inundado por el sol. Los sonidos provienen del baño de la habitación. Entrás en el dormitorio y compruebas la posición de los espejos; ninguno de ellos debería reflejarte ante alguien que estuviera en el cuarto de baño. Pones atención con el oído mientras te acercas a la puerta del baño. La música está alta. Es una canción de Eurithmics que se titula «*Sweet Dreams Are Made of This*». Un cable de corriente se extiende desde un enchufe de la pared hacia el interior del cuarto de baño. Interesante.

La voz canta al compás de la canción que suena y después tan solo tararea. Estás decepcionado. Esperabas que estuviera solo en la casa. Miras por la rendija de la puerta junto a las bisagras. El baño es inmenso. En una esquina hay un jacuzzi empotrado en el suelo con alguien joven dentro de él moviéndose sinuosamente en el agua burbujeante. Blanco, con el cabello corto. No sabrías decir si la persona es un hombre o una mujer. La investigación que hiciste de Mr. Azul no cubría su sexualidad.

El radiocasete está a menos de un metro del borde del jacuzzi. En el suelo reposan un par de metros de sobra de cable enrollado.

El joven o la joven vuelve a cantar al compás de la canción y al hacerlo echa la cabeza hacia atrás. Probablemente una mujer; el cuello suave, sin trazas de nuez.

Vuelves a mirar el cable.

Tienes la boca seca. ¿Qué hacer? Podría ser tan fácil y tan rápido que simplificaría mucho las cosas. Es como si el destino estuviera diciendo: Mira, te lo he puesto fácil; no lo dudes, hazlo. Quienquiera o lo que quiera que sea se ha asociado con este tipo y si no sabe lo que hace debería saberlo.

Pero no estás seguro. Esto va contra las reglas, contra los parámetros operacionales que te marcaste originalmente. Tienen que existir reglas, leyes, para todas las cosas; después de todo hasta la guerra se rige por reglas. Quizá es que el destino te está poniendo a prueba, te está ofreciendo una prueba tornasol, una solución aparentemente sencilla ante un problema que te pondrá a prueba para descubrirte. Si tomas el camino más fácil entonces habrás fracasado y ya nada podrá

salvarte, ni tu habilidad, ni tu determinación ni tu sentido de la justicia, y tampoco tu suerte, porque entonces se habrá vuelto en contra tuya.

Por el momento la persona joven que está en el baño parece disfrutar. Te vas a la cama, dejas el paraguas y empiezas a mirar en los cajones y armaritos empotrados en la pared que rodean el cabezal de la cama. No quitas el ojo de la puerta del baño. Los cajones se abren y se cierran suavemente, sin un ruido: una de las ventajas de elegir a los ricos en lugar de las clases que gastan muebles de conglomerado.

Encuentras un revolver. Smith & Wesson calibre 38. Cargado. Caja de cincuenta balas. Te permites un suspiro casi inaudible y te sonríes.

Dejas el cuchillo sobre la cama junto al paraguas, sostienes el revólver y lo metes bajo las sábanas para quitarle el seguro. Vuelves a rebuscar en el cajón. No hay silenciador; eso sería mucho pedir.

Pero entonces encuentras en otro cajón algo que podría resultarte aún más útil. Echas un vistazo a los útiles que hay en el cajón y un estremecimiento que comienza en la barriga te recorre todo el cuerpo. Has hecho la elección correcta y has sido recompensado. Observas los gruesos tubos de bronce del cabezal de la cama estilo emperador y sonríes.

Sacas del cajón la capucha de *bondage*. Se cierra con una cremallera por detrás y lo único que tiene es una protuberancia con forma de nariz y un par de agujerillos en la base para respirar. Sacas tu navajita y le haces un par de agujeros para los ojos sin apartar la vista de la puerta del cuarto de baño.

Te pruebas la capucha y después te la quitas y le agrandas los agujeros para los ojos. Vuelves a ponértela y subes la cremallera hasta la mitad. Huele a sudor y al perfume favorito de Mr. Azul. Sacas del cajón un par de esposas y te vas al baño apuntando con el revólver a la persona que está en el jacuzzi.

—Jem —dice ella—, ¿qué estás...?

Decides emplear tu voz de Michael Caine. No se parece mucho a la de Michael Caine pero tampoco suena demasiado como tu propia voz y eso es lo único que importa.

—Venga, que no soy tu jodido amante querida, de modo que ya puedes ir saliendo de la puta bañera y hacer lo que digo y no te pasará nada. —No está nada mal; la capucha también ayuda a enmascarar la voz.

Ella se te queda mirando con la boca abierta. No es el mejor momento para que suene el timbre de la puerta pero eso es lo que ocurre. Ella mira detrás de ti.

—Como se te ocurra hacer un ruido, cariño —le dices tranquilamente— pasas a la puta historia, ¿entendido?

Vuelve a sonar el timbre. Finalmente termina la canción de los Eurithmics y pones un pie sobre el cable del radiocasete y lo vas arrastrando por las losetas del baño hasta desenchufarlo de la parte posterior del aparato. Te quedas medio esperando que suene la siguiente canción porque quizá también tenga pilas, pero no ocurre: silencio.

La chica sigue mirándote.

Tú la observas. Todo tiene un aire extrañamente académico, como si no te importara lo que vaya a ocurrir a continuación. Si ella hace un ruido probablemente no le dispararás, y de todos modos es posible que aunque hiciera un ruido no llegara a traspasar la puerta principal; es una casa bastante grande y aunque hay muchas superficies planas que reflejarían el sonido no estás convencido de que un grito llegue a los oídos de quienquiera que esté afuera, ya sea a través de las escaleras o de los ventanales del balcón. Además, por supuesto, te daría tiempo para llegar a ella y golpearla, de dejarla inconsciente antes de que pudiera coger aliento suficiente, pero es peligroso, sería jugársela demasiado y preferirías no tener que pensar en eso.

El timbre no vuelve a sonar una tercera vez.

Descuelgas un albornoz de detrás de la puerta y se lo lanzas. Ella lo agarra a medias al caer al lado del jacuzzi.

—Muy bien. Póntelo ya, venga.

Esperas que ella se doble y que intente ponerse el albornoz antes de salir completamente del agua, o que se vuelva de espaldas a ti, pero en lugar de eso percibes como una sonrisa de desprecio en sus labios mientras se levanta de frente y se envuelve en el albornoz con un cierto desdén. Tiene un buen cuerpo y esa franja vertical de vello púbico que se necesita si eres modelo o acostumbras a usar tanga.

Mueve la cabeza hacia atrás con un suspiro de resignación y nerviosismo cuando le colocas el cañón del revólver en la cabeza, pero no intenta nada cuando le esposas las muñecas por la espalda. Le tapas la boca con cinta adhesiva y la llevas hasta la cocina y después al sótano. Al pasar por el recibidor notas que Mr. Azul sigue donde lo dejaste.

En el sótano hay cantidad de cuerdas. Le pones los dedos frente a frente y después la atas —sentada en el suelo— a una pesada mesa de taller. Retiras todos los útiles afilados de la mesa de taller y te aseguras de que no quede nada al alcance de sus manos ni de sus pies. Te llevas un pedazo de cuerda contigo.

Vuelves a donde está Mr. Azul y ha desaparecido.

Te quedas completamente pasmado por un momento, considerando cómo la suerte se tambalea y amenaza con desvanecerse y abandonarte; te quedas mirando como un idiota el lugar en donde estaba tirado en el suelo, enroscado en sí mismo, atado, frente a la puerta principal; te quedas embobado mirando la alfombra vacía, como si mirar sirviera para algo.

Te das la vuelta y corres hacia el salón principal. Allí está, todavía enroscado en sí mismo y atado con la cinta adhesiva, pero debe de haber llegado hasta allí arrastrándose mientras tú estabas en el sótano; ha tirado al suelo una mesa con el teléfono y está liándole la vuelta al aparato cuando entras en el salón y lo ves.

Se arrastra y consigue poner la cara encima de los botones del teléfono. Golpea los botones tres veces y se desplaza hasta el auricular y emite gritos apagados a través de la mordaza hasta que amartillas el percutor del revólver y él lo oye y se vuelve

para mirar donde tú estás, junto a la pared, balanceando en la mano el cable del teléfono arrancado.

Te lo cargas encima y lo subes al piso superior y lo dejas caer en la cama; él forcejea e intenta gritar. Está oscureciendo así que bajas las celosías y corres las cortinas antes de encender la luz. Mr. Azul grita a través de sus calcetines de seda y de la cinta aislante. Lo golpeas. Solo está aturdido, no inconsciente, pero así puedes atarlo a la cama con el otro juego de esposas y las correas de cuero que hay en el mismo cajón de donde sacaste la capucha. Estás satisfecho de lo apretadas que han quedado las ataduras; la cama es resistente y las correas son suaves pero bastante anchas. Le encajan perfectamente en las muñecas. Forcejea un poco.

A continuación sacas la cuerda que trajiste del sótano y mides cuatro pedazos que vas cortando con la navaja.

Atas un trozo a la parte superior del brazo de Mr. Azul, lo más cerca posible de la axila, por encima de su camisa de seda; te arrodillas en la cama y aprietas con todas tus fuerzas hasta que la cuerda se hunde profundamente en el brillo de la pálida camisa de seda; Mr. Azul suplica a través de su mordaza; un alarido estrangulado, angustiado.

Haces lo mismo con el otro brazo.

Le atas también las piernas, encajando la cuerda hasta su ingle y apretándola fuerte hasta arrugar la tela de los pantalones. Mr. Azul comienza a dar botes con la pelvis en la cama como en una extraña parodia de demostración de energía sexual. Se le salen los ojos de las órbitas y el sudor cubre su cuerpo. Se le enrojece la cara al tiempo que su corazón lucha por bombear sangre hacia las arterias bloqueadas por las ligaduras.

Entonces sacas la pequeña caja de plástico de tu chaqueta y le muestras la aguja de la jeringuilla. Él sigue dando botes y sacudiendo la cabeza de un lado a otro y no estás seguro de que entienda lo que está pasando, pero no importa demasiado. Le pinchas en brazos y piernas. Se trata de un refinamiento que se te acaba de ocurrir hace poco y del que estás moderadamente orgulloso. Significa que incluso si lo descubren a tiempo, antes de que se le necrosen las extremidades, ya se habrá convertido en un VIH positivo.

Lo dejas allí y vas abajo a comprobar que la chica esté bien. Los gritos de Mr. Azul suenan ásperos, desgarrados y lejanos.

El sol se está poniendo cuando por fin te marchas cerrando la silenciosa casa tras de ti. El sol flamea con tonos anaranjados y rosados por detrás de los árboles que hay por encima de la casa, sopla una brisa más templada que fría, llevando el aroma de flores y del mar, y piensas que este sería un lugar agradable, aunque insulso, para retirarte.

De un respingo me despierto con mal sabor de boca y con mi pestaña izquierda

pegada de nuevo. Ya casi ha oscurecido. Miro el reloj. ¿Dónde coño está este tío? Vuelvo a echar un vistazo alrededor de la casa; no hay luces. De vuelta en el coche intento utilizar el móvil pero las baterías están agotadas y el Nova no parece llevar un conector para el encendedor. Me encamino hacia St. Helier.

—Mierda —acabo de contactar con el periódico local pero el amigo de Frank ha salido y no me quieren dar un número de teléfono en donde localizarlo.

Estoy metido en una cabina telefónica junto al puerto. Contemplo cómo un Lamborghini Countach pasa rugiendo por la calle y sacudo la cabeza con incredulidad. Un Lambo. Más de dos metros de ancho y apenas uno de alto. El coche ideal para una isla llena de callejuelas estrechas, de caminos sinuosos repletos de socavones y con un límite de velocidad de 60 millas por hora. Me pregunto si el tío llega alguna vez a meterle la tercera a esa bestia.

Quizá debería llamar a la policía: Hola, hola acabo de ver a un cretino haciendo un uso absolutamente irresponsable de una cantidad obscena de dinero, ¿hay recompensa? (Tentador).

Todos los cabrones han salido. Frank no está en su casa. El número de Azul no figura en la guía. Intento conseguirlo en el periódico local pero no pueden o no quieren ayudarme y la compañía aérea se niega a proporcionar información sobre los pasajeros. Cuelgo el teléfono y grito: «¡Mierda!». Mi voz resuena en el interior de la cabina. Llamo a la casa de Yvonne y William pero solo encuentro la voz de William en el contestador diciendo algo sobre que estará de viaje por razones de trabajo durante los próximos dos días. Pienso en llamarla a su móvil pero ella odia que lo haga de modo que no lo hago.

Bueno, a la mierda con todo. Si fuera un jodido detective o algo así volvería directo a la mansión de Mr. Azul y forzaría una ventana para entrar y encontraría algo verdaderamente interesante o un cadáver o una mujer guapísima (o simplemente me atizarían un golpe en la nuca y me despertaría diciendo cosas graciosas). Pero estoy cansado, me sigue doliendo la cabeza, me siento huérfano de ideas y completamente *avergonzado*, joder. ¿Qué coño estoy haciendo aquí? ¿En qué estaría pensando? Joder, y me pareció una idea tan buena esta mañana.

Todavía estoy a tiempo para coger un vuelo a Blighty que me podría conectar con el último avión a Inverness. Olvídate de cubrir la noticia. A veces una retirada a tiempo es una victoria. Hasta San Hunter estaría de acuerdo. Si siento la necesidad de hacer algo siempre puedo ejercitar mis habilidades creativas para inventarme una historia con que apaciguar a Eddie. Muy probable. Me voy en el Nova de vuelta al aeropuerto.

Tengo que matar el tiempo durante una hora. Ha llegado el momento de acercarse

al bar. Comienzo con un Bloody Mary ya que, en cierto modo, es como si fuera un desayuno y después me aclaro el paladar con una botella de Pilsen. Me compro un paquete de Silk Cut, me fumo un cigarrillo tranquilamente —asegurándome de disfrutarlo, no solo por cuestión de hábito— y consigo llegar a tomarme un par de enormes y refrescantes gintonics antes de que anuncien la salida del vuelo y cuando ya no me queda tiempo más que para meterme al colete un chupito de whisky y así colaborar, aunque sea nominalmente, al impulso exportador de Escocia.

Embarco en el avión sin sentir ningún dolor, me como la cena que sirven y prosigo con el tema de los gintonics, aterrizamos en Gatwick y hago la conexión pasando por la sección de fumadores del bar y por otro Gordon's, entonces paso de la cena que me ofrecen pero no de la bebida consiguiente y me quedo frito cuando sobrevolamos los West Midlands para ser despertado poco después por una rubia buenísima de sonrisa impúdica con hoyuelos incluidos y ya estamos aquí, hemos aterrizado, hemos llegado, estamos parados y a punto de bajar y me encantaría preguntarle qué planes tiene para después porque estoy lo bastante bebido como para que no me importe cuando me diga: «No» como probablemente hará, pero sé que estoy demasiado cansado y además mi párpado izquierdo se me ha quedado pegado otra vez y me da la impresión de que debo tener una pinta parecida a Quasimodo, de modo que no digo nada excepto un: «Ah, gracias», que suena un poco chulo o un poco triste, no estoy seguro de cuál de las dos cosas.

Camino por la terminal pensando: Bueno, por lo menos no tengo que soportar ese olor a cloacas que te rodea a veces al llegar al querido y viejo Edimburgo; no estoy seguro de que ahora lo pudiera soportar. Camino por los pasillos con la impresión de que hay algo que no va bien, entonces me detengo y me quedo parado en el umbral entre el pasillo y el edificio de la terminal principal, sintiéndome repentinamente inundado de horror y de confusión; ¡todo parece más pequeño de lo normal y deformado! ¡Esto no es Edimburgo! ¡Esos amables pero absolutamente incompetentes bufones me han traído al puto aeropuerto equivocado! ¡Gilipollas! ¿Es que ni siquiera pueden leer un mapa, hostia puta? Joder, estoy seguro de que ni siquiera hay un vuelo de vuelta desde... ¿Pero dónde coño estoy?

Diviso un letrero que pone: «Bienvenido a Inverness» y en ese instante recuerdo en dónde dejé el coche y de dónde partí esta mañana, un segundo antes de salir disparado al mostrador más cercano y exigir con mi peor mala leche que me lleven a Edimburgo aunque tengan que fletar un Lear o que me transporten inmediatamente en limusina al hotel con más estrellas que haya en un radio razonable y que me provean gratuitamente de una cena a estas horas, de una cama y del consiguiente desayuno, sin mencionar la barra libre en el bar.

Me escapo por pelos de la Vergüenza Terminal.

La gente pasa a mi lado mirándome con extrañeza. Sacudo la cabeza y me encamino hacia el aparcamiento.

Ya es un poco tarde y no me encuentro en condiciones de conducir así que cuando

cojo mi 205 tan solo consigo llegar hasta las afueras de Inverness en donde me paro en el primer hostel que veo iluminado y hablo educadamente con la pareja ile viejos de Glasgow que lo llevan y después les doy las buenas noches, cierro la puerta de mi habitación y caigo dormido en un momento sin siquiera quitarme la chaqueta.

FUEGO AMIGO

Me encamino al sur después de lo que se puede considerar un desayuno abundante y de una tos aún más abundante. Me paro a repostar gasolina en una solitaria estación de servicio antes de llegar a la A9 y telefono a Fettes mientras me llenan el depósito.

El sargento Flavell suena un poco extraño cuando hablo con él y le digo que he estado en Jersey todo el día pero que ya voy de camino a Edimburgo. Le pregunto si me devolverán mi portátil y me contesta que no está seguro. Me sugiere que vaya directamente a Fettes; quieren hablar conmigo. Les digo que muy bien.

Hacia el sur por la A9, banda sonora a cargo de Michelle Shocked, The Pixies, Carter and the Shakespear's Sister. Escucho un poco de radio mientras estoy cambiando casetes justo al norte de Perth y oigo algo titulado «Ya dormiré cuando me muera» de Bon Jovi que no es un remedo de la canción del mismo título del tío Warren y me cabrea más de lo normal. Entro en Edimburgo a la hora de comer, paso ante los carteles que anuncian triunfantes la inminente Eurocumbre. No sé cómo lo han conseguido pero la tipografía de los carteles *me* incita a pronunciar la palabra Edimburgo, sin tono despectivo, y hasta me dan ganas de *vivir* en este sitio, por el amor de Dios.

Armar un Cristo; sistema autónomo de disuasión de su puta madre, El Artículo Genuino de Mierda, filtrado en frío de los cojones, Edimburgo, Edinborow, Ya dormiré cuando sea un melencólico de piel blanca descerebrado con voz de pito subgrunge de mediana edad, un clon Zep de metal ligero. ¡Vaya montón de mierda es todo esto!

En Ferry Road, con la ridícula escalera en espiral de la Escuela de Fettes a la vista y a unos minutos de la comisaría de policía me enciendo el primer cigarrillo del día, no porque me apetezca de verdad sino para sentirme mal (el tío Warren sabe algo de eso).

Al final resulta que ha sido una idea muy apropiada porque cuando llego a la comisaría central me arrestan de inmediato.

El hotel está oscuro y muy silencioso. Los sótanos están llenos de cachivaches que algún día debieron tener su utilidad pero que ahora reposan cubiertos de agua, de barro o de verdín. Parte del maderamen sobre el que se sostiene el suelo está blanquecino de moho con pelusas. En el piso inferior atraviesas la sala del billar ruso, la sala de baile y el cuarto trastero. La mesa de la sala de billar está anegada de agua, con el tapete manchado y los laterales de madera resquebrajados. Las viejas motocicletas, las mesas, sillas y alfombras que hay en la sala de baile parecen todas juguetes abandonados en una ajada casita de muñecas. La lluvia golpea suavemente los cristales; es el único sonido. Afuera queda la negra oscuridad.

Los escalones que llevan desde aquí al último piso suben extendiéndose alrededor de la dilapidada grandiosidad de la caja de escalera. En el piso superior el área de la recepción se encuentra desolada y polvorienta, el bar huele a alcohol amargo y a humo rancio de cigarrillos y el olor del comedor vacío está impregnado, de humedad y podredumbre. La cocina está fría y el eco resuena en el espacio hueco. Hay una vieja cocina doméstica que funciona con gas butano y un fregadero. Un delantal colgando de un clavo.

Coges el delantal y te lo pones.

En los dos pisos siguientes hay habitaciones. También rezuman humedad y en algunas de las habitaciones se ha caído el techo, y el yeso y el entablillado de madera cubren los macizos muebles antiguos como un torpe travestí de los lienzos guardapolvo. La lluvia golpea ahora los cristales con más fuerza y el viento comienza a levantarse y a silbar por las grietas de las ventanas y los marcos.

En el piso superior parece haber menos humedad, un poco más de calor, a pesar de que el viento y la lluvia siguen resonando afuera y arriba.

En un extremo del oscuro pasillo, pasada la puerta de incendios abierta con cuñas, hay una puerta entornada. El saloncito en su interior aparece iluminado por los restos de un fuego en la chimenea que se va convirtiendo en cenizas. Sobre el hogar hay un par de troncos que se están secando y en el aire queda el aroma a pinos y a humo de cigarrillo. En una vieja bolsa de piel colocada junto a la chimenea hay una lata de parafina casi llena.

En la esquina de la habitación hay un montacargas para platos lleno de troncos de varios tamaños, la mayoría aún húmedos. Agarras el mayor de los troncos, aproximadamente del tamaño del brazo de un hombre, y caminas lentamente por la habitación hacia la puerta del dormitorio. Entrás y te quedas escuchando la lluvia y el viento y —apenas audible— el sonido de la respiración de un hombre que respira lenta y cadenciosamente en la cama. Sostienes el tronco frente a ti mientras te acercas a la cama.

El hombre se mueve en la oscuridad, algo que aprecias más con el oído que con la vista. Te detienes y te quedas inmóvil. Entonces el hombre que está en la cama empieza a roncar.

La lluvia tamborilea en la ventana. Hueles a whisky y a humo de tabaco rancio.

Te acercas a la cabecera de la cama y alzas el tronco por encima de tu cabeza.

Lo mantienes allí.

Esto es diferente en cierto modo. Es alguien a quien conoces. Pero no puedes ponerte a pensar eso porque esa no es la cuestión; aunque sabes que eso importa no puedes dejar que te importe, no puedes permitir que algo así te detenga. Descargas el peso del tronco con toda tu fuerza. Golpea su cabeza y no oyes el ruido que hace porque gritas al mismo tiempo como si tú estuvieras en la cama, como si te atacaran a ti, como si te mataran a ti. Se oye un terrorífico sonido como de aspiración, de gorgoteo, que proviene de la figura que yace en la cama. Levantas el tronco y lo dejas

caer de nuevo mientras gritas otra vez.

El hombre de la cama no se mueve ni hace ningún ruido.

Enciendes la linterna. Hay mucha sangre; se ve roja en donde se desparrama por las sábanas blancas y negra en donde se va acumulando. Te quitas el delantal y le cubres la cabeza y los hombros. Después bajas a la cocina para sacar la bombona de butano de la vieja cocina de gas.

Las sábanas doblemente empapadas prenden con rapidez pues la parafina puede con la sangre. Dejas la bombona de gas en el suelo al pie de la cama y te vas corriendo por la zona más corta del pasillo y sales por la puerta de emergencia a la estruendosa oscuridad de la noche. Bajas corriendo por la escalera metálica de incendios que recorre el contrafuerte final del edificio.

Te detienes en lo alto de la cuesta y miras atrás para contemplar cómo las llamas comienzan a hacerse visibles tras la cornisa del tejado del hotel, saltando y agitándose anaranjadas en la oscuridad de la noche.

Estoy seguro de que han pasado tres días aunque podría estar equivocado porque no he dormido demasiado bien y tengo pesadillas sobre un hombre y piensan que soy yo pero no soy yo ¿o sí? ¿O sí?, comienzo a preguntarme. Lleva puesta una máscara de gorila y habla con esa vocecilla de bebé y sostiene una enorme jeringuilla y yo estoy *atado a la silla gritando*. Puedo soportarlo. No paran de interrogarme, siempre preguntándome en dónde estuve qué hice por qué lo hice, que si me los cargué a todos en dónde estaba con quién estaba a quién estoy tratando de engañar por qué no admito de una vez que lo hice bueno si yo no hice todas esas cosas, ¿quién lo hizo? Estoy en Londres estoy en la trena por el amor de Dios estoy en la puta comisaría de Paddington Green, la de alta seguridad que utilizan para los terroristas y piensan que soy tan peligroso un riesgo tan grande para la seguridad que me tienen aquí y hasta me mantienen detenido apelando al decreto de prevención del terrorismo por el Amor de Dios porque algunos de ellos siguen convencidos de estar asistiendo a una malvada alianza del IRA, de los nacionalistas galeses y de intrigantes de alta sociedad. Me trajeron aquel día desde Edimburgo, me metieron a empujones en una furgoneta con asientos pero sin ventanillas, esposado a un tipo enorme y tranquilo de Londres que no quería hablar palabra alguna conmigo y ni siquiera habló mucho más con los otros dos polis que iban en la parte trasera de la furgoneta sentados mirando al frente y al parecer transitamos toda la noche parando tan solo una vez en una gasolinera en la MI, se tomaron un respiro para poner un poco de orden y me vinieron con una selección de latas de refrescos y sándwiches y pastas y pastelitos de carne y chocolate y nos sentamos todos allí picoteando un poco de todo y después me preguntaron si quería ir al baño y dije que sí y abrieron la puerta y fuimos directos por el césped hasta el lavabo de caballeros, con dos polis haciendo guardia en la puerta y unos tíos, que parecían camioneros, esperando allí de pie a que yo terminara

mi visita privada; lo único que quería era mear pero me resultó imposible porque aunque la verdad es que aquel tío tan enorme no me miraba tan solo con tenerlo a mi lado esposado era suficiente de manera que revisaron todo y después me retiró la esposa y tuve que dejar la puerta entreabierta mientras lo hacía, y después otra vez afuera y veo los otros coches llenos de polis joder un Range Rover y también un Senator estoy hecho un VIP de la hostia, después me vuelven a meter en la furgoneta y seguimos el viaje hasta Londres en donde comienza el interrogatorio; por el momento se concentran en el asesinato de sir Rufus porque encontraron una tarjeta una puta tarjeta de visita en el bosque junto al chalet quemado; no es que fuera mía que habría sido demasiado obvio pero una tarjeta de un tío que conozco del *Jane's Defence Weekly* con unas anotaciones garabateadas en el dorso:

Ctrl + Alt 0 = camb. PoV

Shft + Alt = Camb. de Cmndo zoom (rebota)

Leche Queso Pan Espuma de afeitarse

Me preguntan ¿es tu letra? y lo es desde luego que lo es son códigos de control de *Despot* de cuando el ratón del ordenador no me funcionaba bien y esa es mi forma de apuntar cuando hago la lista de la compra. Recuerdo vagamente haber escrito los códigos hace varios meses y haber perdido el papelito en donde lo escribí. Me quedo mirando la sucia y arrugada tarjetita dentro de la bolsa de plástico sellada y reconozco mi propia letra y siento que la boca se me seca por momentos más de lo que está y tan solo soy capaz de farfullar algo como: Bueno, parece mi letra pero, vamos, de todas formas, alguien, cualquiera podría haberme quitado eso, ya saben... pero ellos parecen estar tranquilos y encantados y las preguntas siguen.

Y lo único que se me pasa por la cabeza es: *No confieses, no confieses, no confieses*. Hay detectives y subinspectores y superinspectores y comandantes por todos lados; más técnicos y tíos de la CID y de la brigada antiterrorista y de la brigada regional de los que uno puede imaginar, todos haciendo preguntas, todos haciendo las mismas putas preguntas y yo intentando darles las mismas putas respuestas; ver allí al inspector detective McDunn sorbiendo saliva con los dientes y compartiendo conmigo sus B&H es como encontrarse con un viejo amigo aunque él también lleva preparadas sus preguntas. Es un alivio comprobar que los muchachos de la brigada antiterrorista pierden interés en el asunto pero los demás siguen allí y yo sin poder pensar sin poder pensar como Dios manda sin poder dormir.

Ya resulta duro al principio pero después la cosa se pone peor cuando me encierran porque siguen encontrando más cosas, han encontrado dos cosas más y eso mientras yo estaba aquí por el amor de Dios mientras me tenían aquí encerrado cuando todo esto me pasaba siguen llegando cosas mientras me estaban interrogando y me miraban con incredulidad horror asco y yo digo: ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Y ahora qué? ¿Qué se supone que he hecho ahora? Y me empiezan a hablar de Azul, en

Jersey, y antes de eso creo que fue antes de eso me enseñaron fotografías de las autopsias de todos ellos: Bisset empalado en la verja, grotesco y desparramado y flácido; el vibrador lleno de sangre empleado con Jamieson, el juez jubilado; el cuerpo exangüe de Mr. Persimmon atado a su tela metálica sobre un charco de sangre, después no se ve nada en donde debiera verse algo; es lo que quedó de sir Rufus Carter, huesos renegridos, distorsionados y doblados, el hueso mandibular unido al cráneo inclinado hacia abajo en un grito ciego pero toda la carne evaporada sin dejar más que una labor de reconstrucción a través de la dentadura y todo negro, los clavos, la madera y los huesos también pero son sus bocas sus mandíbulas lo que recuerdo, gritando en silencio, colgando sin fuerza o abiertas con esfuerzo y la cosa empeora por momentos cuando me pasan el puto vídeo me muestran el vídeo que creen que yo filmé o que yo creo que piensan que filmé pero que no hice; me obligan a verlo y es horroroso; se ve a un hombre y está vestido de negro y lleva puesta una máscara de gorila y no para de aspirar de un pequeño frasco que lleva en la mano y que debe ser helio porque transforma su voz en la de un bebé enmascarando su propia voz y tiene a ese tipo bajito y rechoncho atado a una silla cromada, con la boca tapada con cinta aislante, un brazo atado al reposabrazos de la silla, manga de la camisa arremangada y el tío regordete está chillando con todas sus fuerzas pero suena plácido porque el sonido tiene que salir por la nariz mientras el hombre con la máscara de gorila contempla al tío de la silla a través de la cámara y sostiene frente a él una jodida jeringuilla de la hostia como algo recién salido de una pesadilla de una vieja película de terror y puedo sentir cómo el corazón me late desbocado porque *eso es exactamente lo que es*. Es una película de terror una jodida película de terror este lunático está haciendo su propia película de terror y ni siquiera puedes convencerte a ti mismo diciéndote: Qué coño si es solo una historia y qué buenos los efectos especiales pero si no es real porque eso es exactamente lo que es y el hombre gorila está explicando con esa horripilante voz aguda de un bebé qué es lo que tiene en ese frasco y lo que contiene la jeringuilla y a mitad del vídeo me pongo a vomitar pero ellos lo ponen en pausa hasta que me mejoro.

Cuando acaba pasamos a otro vídeo en el que se ve a alguien que podría otra vez ser el tipo pequeño y *sigue* atado a una silla pero esta vez es una silla alta de hospital con ruedas y una pequeña mesita abatible frente a él y las correas que le sujetan el torso serían fáciles de quitar pero parece tener las manos inmóviles. Detrás suyo hay una especie de panel y una toalla o algo alrededor de su frente que le sostiene la cabeza derecha pero sus ojos Dios mío los ojos no hay vida en ellos y McDunn dice estado vegetativo permanente lo llaman al parecer; estado vegetativo permanente y lo parece tío lo parece.

Y después por supuesto me enseñan a los otros dos. Primero le toca a Azul y a su novia. Ella parece traumatizada y deshidratada pero por lo demás ilesa pero él tiene las extremidades de un negro en donde tendrían que estar las suyas; necrosis como por congelación, gangrena de las extremidades pero las extremidades comienzan en

los hombros y en la ingle; está vivo pero si estuvieras en su lugar preferirías no estarlo. Vendedor de armas; de acuerdo el Vengador el Igualador el Completo Demente Hijo de Puta se fue también por piernas pero aún podría pasar, y el editor empalado, y el juez benévolo con violadores violado y el pornógrafo envenenado y *paralizado* y el hombre que era tan insensible con respecto al derramamiento de sangre en la guerra de Irán-Irak forzado a contemplar cómo sus animales en la perrera van muriendo como reses como soldados como reses y después es desangrado hasta la muerte en sus propias y privadas fuentes de sangre y el hombre de negocios que ponía los beneficios por delante de la seguridad y no solo contribuyó a matar a miles de personas sino que después intentó rehuir el pago de cualquier compensación a los supervivientes y a sus familiares experimenta su propia explosión de gas — deflagración es al parecer el término técnico— y que me jodan si sé quién es el asesino (suponiendo que *sea* un él), pero quienquiera que sea tiene sentido del humor o al menos cierta ironía al producir lo que es casi un vídeo *snuff* o efectivamente un vídeo *snuff con* todas las de la ley si también incluyen muerte cerebral y es lo más parecido a uno de esos vídeos que admitirían haber visto o encontrado hasta los de la Brigada de Pubs Obscenos que han estado detrás de ellos durante años y que aunque todo el mundo reconoce que existen nadie ha visto uno de verdad hasta que aparece el viejo hombre gorila y se monta el suyo propio, ¡con el propósito específico de advertir a cualquier otro comerciante de porno que esté pensando en traficar con material *snuff*! Es para troncharse, la verdad es que es irónico, y así se lo explicas a McDunn y te pones a reír porque la verdad es que no es culpa de la policía que tú no puedas dormir es por las pesadillas en que te acosa un gorila con voz de bebé y una enorme jeringuilla y quiere joderte con ella, ¿no es para mondarse de risa? No puedes dormir te estás provocando tu propia privación de sueño y le dices ¡eh la próxima vez que me vea me estaré cayendo por las escaleras! pero no parece pescar el chiste y entonces me llevan otra vez a la celda y después a la sala de interrogatorios con esas ventanas enrejadas y opacas para que no puedas ver el exterior y ponen en marcha la grabadora y lo graban todo como siempre y cada vez hacen cosas más raras; ¡me obligan a imitar la voz de Michael Caine! Me piden que imite al jodido Michael Caine, ¿te lo puedes creer? Y después aparece un técnico o algo parecido y me piden que aspire helio de una mascarilla y me hacen repetir algunas de las cosas que decía el hombre gorila en el vídeo así que empiezo a sentir que me estoy convirtiendo en él que están intentando que yo sea él; me parece que mi voz no suena como la del tipo del vídeo de *snuff* cerebral pero quién coño sabe lo que se traen entre manos hay demasiada gente como para averiguar qué coño les pasa por la cabeza; un montón de gente, agentes de todos los putos sitios con acentos diferentes, Londres, Midlands, Gales, escoceses, de todas partes, Dios sabe de dónde, no se trata tan solo de Favell y McDunn aunque sigo viéndolos de vez en cuando especialmente a McDunn que me mira raro casi todo el tiempo como si no pudiera creerse que yo fuera el que hizo todas esas cosas y tengo una extraña sensación de que piensa que soy bastante

patético y lo digo con resentimiento y con ganas de reventar-al-cabrón porque la verdad es que le tiene más respeto al hombre gorila que a mí porque yo me he venido completamente abajo con el interrogatorio y con todas esas imágenes que me han metido en la cabeza con esas fotografías y ese vídeo (ja, lo que significa que el hombre gorila ha conseguido meterme algo en la cabeza, me ha jodido el cerebro llenándome la cabeza con la idea de eso, con la visión, con el recuerdo de eso) y yo que pensaba que era un tipo duro pero estaba equivocado tan solo soy un niño de teta un blandengue que me derribo y me desintegro y es por eso por lo que a menos que sea el mejor actor que ha tenido delante McDunn no puede aceptar que yo fuera capaz de hacer las cosas que hizo el hombre gorila, y sin embargo gran parte de las evidencias, especialmente las fechas y las lloras y todas esas cosas, apuntan directamente a mí sin mencionar aquel artículo de crítica televisiva que ahora se puede leer como la lista de un asesino.

Y todo sigue así y no cambia de una noche a otra y de una pesadilla a otra y después de vuelta a la sala de interrogatorio y otra vez a la grabadora y más preguntas sobre Strome-firry-no-firry y sobre Jersey y sobre vuelos y entonces es cuando me hablan del otro entonces es cuando dicen ah por cierto su mejor amigo Andy ha saltado por los aires en el hotel y ha quedado hecho cenizas; probablemente murió apaleado con la cabeza rota en mil pedazos pero claro usted seguramente ya sabe todo eso porque usted también lo hizo, ¿no?

Mentí acerca de algo. Antes. Lo conté tal como lo sentía, no tal como fue. O del modo en que siento que ocurrió en realidad. Lo que sea.

—Andy; Yvonne.

—Hola —dice ella estrechando su mano.

—Y aquí está William —le digo a Andy—. El del sable.

Andy se vuelve y observa a William. William, con la máscara puesta, con su impecable traje de esgrima blanco, blandiendo su sable y de repente yéndose a fondo, lanzando una pierna flexionada hacia adelante. Su oponente salta hacia atrás y trata de cubrirse de las estocadas con su propio sable pero ha perdido el equilibrio y William se tira a fondo blandiendo el sable con movimientos de estocada, encajando el borde de la pesada hoja curvada en el costado del torso de su oponente.

—Ay, canallas —dice el otro tipo mientras Williams se retira y se relaja. Ambos se sacan las máscaras protectoras y William se acerca a nosotros con la máscara bajo el brazo y el sable colgando de su mano, con el rostro enrojecido y brillando de sudor, reluciente bajo las brillantes luces del gimnasio. Le presento a Andy.

Andy va con el pelo corto y su blazer y sus vaqueros con la raya planchada, el rostro atractivo aunque un poco irregular, con una expresión ligeramente arrogante y precavida. Tiene veintiún años; dos años más que nosotros, aunque William parece más seguro de sí mismo.

—Hola —dice William echándose para atrás un mechón de pelo rubio que le cae sobre la frente—. De modo que tú eres el soldadito amigo de Cam.

—Tú debes ser... —responde Andy esbozando una leve sonrisa— Willy, ¿no? Suspiro. Esperaba que estos dos se llevaran bien.

Yvonne golpea a William en el hombro con su máscara. Ella también ha estado practicando esgrima y su larga cabellera negra recogida en una tirante cola, separada de ese rostro reluciente de sudor. Me da la impresión de que parece una princesa italiana, heredera de una casa real menor sin pretensiones pero que conservan una cierta opulencia desenfadada: enormes villas descoloridas en Roma y en el Gran Canal y en las colinas de Toscana.

—A la ducha —le dice ella a él—. Tenemos que preparar todo para esta noche. —Ella me sonrío—. Bebemos algo rápido en el bar. ¿Diez minutos?

—Perfecto —le digo. Andy está en silencio; Yvonne se vuelve hacia él.

—¿Vienes a la fiesta?

—Sí —dice él—. Si os parece bien.

—Por supuesto. —Sonrío.

—¡Ah! ¡Picante, picante, picante!

—¿Cómo?

—Que me he comido la guindilla picante... que acabo de morder una jodida guindilla verde entera... ah... —dice Yvonne abanicándose la boca y agarrándose del brazo—. Uf; gracias. —Toma mi vaso de vodka y limonada y saca un cubito de hielo—. Ahí tienes —me dice con la boca pastosa al pasarme un porro mientras le da vueltas al cubito de hielo en la boca y trata de respirar a través de él al mismo tiempo. Yo la miro con una mueca de sorpresa; ella me frunce el ceño con expresión herida. Andy está a mi lado pero se levanta y se pierde entre la multitud. La música está muy alta, el pisito de estudiante lleno a rebosar de gente. Es una cálida noche de mayo y han terminado los exámenes y todo el mundo está celebrándolo. Las ventanas están abiertas a la noche esparciendo el sonido del primer álbum de los Pretenders por la pradera de hierba que llega al lago y las luces de la biblioteca y de los edificios de la administración que se ven a lo lejos.

—¡Ah, mi boca! —dice Yvonne. Me da una palmada en el hombro—. Podrías ser un poco más simpático, cerdo —me dice. Te lloran los ojos.

—Lo siento.

Andy vuelve con un vaso de leche.

—Aquí tienes —le dice ofreciéndoselo a Yvonne. Ella lo mira. Él le señala la boca con un gesto de comprensión—. El hielo no sirve para nada —le dice—. Lo... lo que provoca el picor en la guindilla —y yo sonrío porque, por su modo de hablar, sé muy bien que él conoce perfectamente el término científico pero no quiere pasar por un sabelotodo— no es soluble en el agua, pero sí en la grasa. Pruébalo;

funcionará.

Yvonne mira a su alrededor. Le ofrezco mi mano y ella expulsa delicadamente lo que le queda del cubito de hielo en la palma y a continuación se bebe el vaso de leche. Yo me encojo de hombros y vuelvo a poner lo que queda del hielo dentro de mi vaso.

Yvonne se acaba la leche. Asiente con la cabeza.

—Mucho mejor. Gracias.

Andy sonrío levemente, le agarra el vaso de leche y se vuelve a perder entre la multitud en dirección a la cocina.

—Vaya, vaya —dice Yvonne limpiándose las mejillas con una servilleta de papel. Echa un vistazo hacia donde ha ido Andy—. Así que lo de los *boy scouts* sirve verdaderamente para algo.

—Pídele después que te enseñe su navaja Swiss Army —le digo riendo y sintiéndome un poco traicionero.

Yvonne lleva una camiseta negra escotada y una simple falda negra hasta los tobillos liada como un pareo. Tiene el pelo apartado del rostro mediante una cinta blanca pero por detrás le cae suelto. Los brazos se le ven firmes y musculosos y sus bronceados pechos están duros y alzados, con los pezones marcando unos leves bultitos en el algodón negro de la camiseta. El efecto final que produce es de un exotismo perverso y noto el latigazo de celos que siento siempre que estoy junto a ella.

Miro mi vaso y le vuelvo a pasar el porro; ella cierra los ojos al aspirar el humo y yo me llevo los labios al vaso y deslizo esa lasca de hielo chupado en mi boca y empiezo a darle vueltas por dentro, como si fuera su lengua.

—Pero era cierto, la política laborista *no funcionaba*.

—Querrás decir que no producía los beneficios que desean ver los capitalistas. Las implicaciones del anuncio publicitario eran que la política laborista había provocado un aumento masivo del paro y que los tories lo arreglarían. No solo lo han empeorado sino que sabían que empeoraría; aunque verdaderamente creyeran que su política resultaría beneficiosa para Gran Bretaña en conjunto, también sabían perfectamente bien que dejarían sin trabajo a cientos de miles de personas, y los de Saatchi & Saatchi debían saberlo también, si se hubieran parado a pensar un momento. Era una mentira.

—Era una elección —dice William con cara de cansado.

—¿Y qué tiene eso que ver? —exclamo yo—. ¡No dejaba de ser mentira!

—No importa, y de todos modos es algo que afecta a corto plazo; con el tiempo *llegarán* a crear más empleo. Tan solo se están deshaciendo de la madera podrida por el momento; habrá nuevos empleos en las nuevas industrias de crecimiento.

—¡Es una *puta* mentira! ¡Ni tú te lo crees!

William se pone a reír.

—Tú no tienes idea de lo que yo creo. Pero si ese dichoso anuncio publicitario ayudó a Maggie a ganar las elecciones, me parece muy bien. Ah, venga, vamos; todo vale en el amor y en la guerra, Cameron. Deberías dejar de lloriquear y empezar a hacer que las cosas funcionen.

—¡No todo vale en el amor y en la guerra! ¡Es que no has oído hablar de la Convención de Ginebra! Si Yvonne se enamorara de otro, ¿los matarías a los dos?

—Ni lo dudes —afirma William con rotundidad al tiempo que Andy aparece a nuestro lado con una lata de cerveza. Alguien le pasa un porro pero él simplemente me lo pasa a mí. William sacude la cabeza—. ¿Tienes que soportar esto todos los días?

—¿El qué?

—Pues esta continua comedura de coco sobre los tories y cuán inmundas bestias embaucadoras son.

—Constantemente —dice Andy sonriendo.

—Mintieron para conseguir el gobierno —digo yo—. Y seguirán mintiendo para mantenerse en el poder. ¿Cómo se puede confiar en ellos?

—Confío en que consigan poner a prueba y desenmascaren a los sindicatos —dice William.

—Era hora de un cambio —dice Andy.

—La patria necesita que le den una patada en el culo —concuerta William desafiante.

Estoy horrorizado.

—Me veo rodeado de cabrones egoístas que pensaba que eran mis amigos —digo dándome una palmada en la frente con la mano en la que sostengo el porro y casi prendiéndome fuego en el pelo—. Esto es insoportable.

Andy asiente con la cabeza. Bebe cerveza de la lata y me mira por encima de la lata mientras bebe.

—Yo voté torie —dice tranquilamente.

—¡Andy! —suelto escandalizado, casi desesperado.

—Terapia de choque —dice con una mueca cómplice dirigida más a William que a mí.

—¿Cómo pudiste hacer eso? —sacudo la cabeza y le paso el porro a William.

Andy parece exageradamente pensativo.

—Todo fue a causa de aquella valla publicitaria, creo yo. No sé si conocéis aquella que decía: «El laborismo no funciona». Un gran eslogan político: sucinto, memorable, efectivo, y hasta un punto ingenioso. Tengo una copia en póster en mi habitación, en St. Andrew. ¿Llegaste a ver alguna vez aquel anuncio, William?

William asiente observándome y esbozando una sonrisa. Yo trato de no reaccionar ante la provocación pero me resulta difícil.

—Eres un gracioso de la hostia, Andy —digo yo.

—Oh, Cameron —dice Andy mirándome—, vamos, hombre. —Su voz con un tono elevado entre la simpatía y la exasperación—. Pasó lo que tenía que pasar. Acéptalo. Puede que todo termine mucho mejor de lo que crees.

—Cuéntale eso a los jodidos parados —digo yo mientras me voy hacia la cocina. Vacilo un instante—. ¿Alguno de mis queridos cabrones tories quiere algo de beber?

Estoy tirado en la cama del piso de estudiante que comparto con otros, un piso más abajo del de William e Yvonne. Me he metido un poco de speed que había conseguido un amigo de modo que no me puedo dormir. El estómago también lo tengo un poco chungo; seguramente demasiados vodkas y limonadas, y el ponche de la fiesta era puro veneno. El piso que comparto da al lado opuesto al de ellos, frente a las carreteras de acceso y a los jardines que llevan al muro de la vieja propiedad y a los altos árboles centenarios que se alzan en la colina cercana. La ventana está abierta y se oye el sonido del viento entre las ramas. Pronto amanecerá. Oigo cómo se abre y se cierra la puerta principal del piso, y unos segundos más tarde se abre la puerta de mi habitación. El corazón empieza a latirme enardecido. Una silueta oscura se arrodilla al pie de mi cama y entonces huelo a perfume.

—¿Cameron? —dice ella en voz baja.

—¿Yvonne? —susurro yo.

Me pone la mano en la nuca y después sus labios en los míos. Cuando estoy en mitad del beso se me ocurre que quizá estoy soñando, pero enseguida me doy cuenta de que no es así. Pongo una mano en su nuca y después en su hombro. Ella se quita el camisón por la cabeza y se desliza a mi lado en mi estrecha cama, cálida y desnuda y ya húmeda.

Hace el amor con premura, con fuerza, casi en silencio. Yo también intento no hacer ruido, y —como ya me hice antes una paja rápida y silenciosa— no me corro demasiado pronto. Al correrse emite un breve gritito entrecortado, como el gorjeo de un pájaro, y hunde los dientes en mi hombro. Resulta bastante doloroso. Se queda encima de mí, sofocada, con la cabeza reposando en mi hombro unos minutos, después se agita, se desplaza haciendo que me salga de ella y sus duros pezoncillos me rozan el pecho. Me pone los labios en la oreja.

—Me he aprovechado de ti, Cameron —dice en un murmullo apenas audible.

—Oye —le susurro—, que soy un hombre de virtud fácil.

—William bebió demasiado; se quedó dormido en un momento verdaderamente frustrante.

—Ajá, pues muy bien; a tu disposición cuando quieras.

—Humm. Esto no ha ocurrido, ¿de acuerdo?

—Entre estas cuatro paredes.

Me besa y después sale de la cama, se pone el camisón y se va despacito cerrando la puerta detrás de ella.

Puedo oír un suave ronquido que proviene de la habitación contigua; uno de mis compañeros de piso. El único material aislante que llevan estas paredes de papel entre su cuarto y el mío son un par de capas de pintura, razón por la cual Yvonne se mantuvo en silencio.

Levanto la cabeza y miro al suelo, al pie de la cama, en donde Andy descansa enroscado en su saco de dormir, invisible entre las sombras, razón por la cual yo guardaba silencio.

—¿Andy? —susurro muy bajito pensando que quizá estaba dormido durante todo el episodio.

—Suertudo cabrón de mierda —dice con voz normal.

Yo vuelvo a recostarme en la cama riendo silenciosamente.

Entonces siento la sangre en el hombro, en donde sus dientes me rasgaron la piel.

Otra mañana, otra sesión de preguntas y respuestas, otro interrogatorio, una pequeña charla...

Me siento en la silla de plástico gris en la desolada habitación con McDunn y otro hombre de la brigada de Gales; un tipo rubio con mechas, enfundado en un traje apretado; tiene el cuello de jugador de rugby y ojos acerados y manos enormes que mantiene enlazadas sobre la mesa, desparramadas como un montón de carne y huesos. McDunn entorna los ojos. Hace ese sonido al sorber entre dientes.

—¿Qué le ha pasado a sus ojos, Cameron?

Yo trago, suspiro hondo y lo miro.

—He estado llorando —le digo. Parece sorprendido. El muchachote galés desvía la mirada.

—¿Llorando, Cameron? —dice McDunn frunciendo su impresionante y oscuro rostro.

Inspiro hondo y trato de controlar las cosas.

—Usted me dijo que Andy había muerto. Andy Gould. Era mi mejor amigo. Era mi mejor amigo y yo no... joder... no lo maté, ¿vale?

McDunn me mira un poco sorprendido. El tipo de Gales me tiene clavada la mirada como si estuviera pensando en usar mi cabeza como balón de rugby.

Otro suspiro hondo.

—He estado llorando por él. —Y otro—. ¿Le parece bien?

McDunn asiente muy despacio, levemente, con una mirada distante en sus ojos como si no estuviera asintiendo a lo que acabo de decirle; de hecho no ha estado escuchando ni una palabra de lo que he dicho.

El galés se aclara la garganta y recoge su maletín. Lo abre y saca unos papeles y otra cinta. Me pasa una hoja DINA4.

—Solo tiene que leer las palabras que aparecen en la hoja, ¿de acuerdo, Colley?

Leo las palabras que aparecen escritas en la hoja; parece que es el comunicado que nuestro hombre dictó por teléfono después de que sir Rufus fuera asado a la parrilla; nacionalistas radicales galeses reclamando aparentemente la autoría.

—¿Quiere que ponga alguna voz en especial? —le pregunto—, Michael Caine, John Wayne, Tom Jones.

—Empecemos con su propia voz, ¿eh? —dice el de los ojos de acero—. Después probaremos con un acento galés. —Sonríe como imagino que sonreiría un defensa de rugby antes de arrancarte la oreja de un mordisco.

—¿Un cigarrillo?

—Bueno.

Sesión de tarde. De nuevo con McDunn; McDunn parece destacarse entre todos como el especialista en Colley. Enciende un cigarrillo para mí poniéndoselo entre los labios. Las manos no me tiemblan tanto como antes por lo que su método no me parece estrictamente necesario, pero no me importa. Me pasa el cigarrillo. Lo tomo y sabe bien. Toso un poco pero me sigue sabiendo bien. McDunn me mira con simpatía. Me doy cuenta de que en el fondo aprecio su gesto. Sé muy bien cómo suelen hacer su trabajo, sé de lo importante que resulta establecer una relación de mutua confianza y todo ese rollo (me siento casi halagado de que no hayan montado la típica comedia del poli bueno y el malo, aunque es posible que ya no lo hagan desde que todo el mundo lo ha visto montones de veces en tv), pero la verdad es que McDunn me cae bien; es como mi línea de comunicación con la realidad, mi rayo de cordura en toda esta pesadilla. Estoy tratando de no depender demasiado de él pero no resulta fácil.

—¿Y...? —le digo recostándome en la silla de plástico gris. Llevo puesta una camisa azul de interno de prisión (de cuello abierto, por supuesto) y los pantalones vaqueros que vestía el día que me detuvieron. No se me ajustan demasiado bien sin el cinturón; La verdad es que el trasero me queda un poco caído, pero estos días vestir con estilo no es una de mis prioridades.

—Bien —dice McDunn hojeando su libreta de notas—, hemos encontrado gente que cree recordar haberlo visto a usted en el hotel Broughton Arms la noche del domingo veinticinco de octubre, cuando sir Rufus fue asesinado.

—Bien, bien —y asiento con la cabeza.

—Y respecto a los lapsos de tiempo para poder venir a Londres y asaltar a Oliver, si tenemos en cuenta la hora exacta en que usted (o quien sea) fue visto en los lavabos de Tottenham Court Road, parecen demasiado justos; aquel día hubo retrasos en casi todos los vuelos de Edimburgo a Heathrow... la verdad es que es prácticamente imposible.

—Sensacional —digo balanceándome de adelante atrás en mi asiento—. Un trabajo estupendo.

—A menos —continúa— que usted tuviera un doble en Edimburgo o haya un montón de gente mintiendo; significa que usted tendría que tener un cómplice en Londres, alguien a quien usted habría contratado para... eh, efectuar el cobro. —

McDunn me mira directamente a los ojos, pero aun así no consigo averiguar si piensa que algo así sería posible o no, si piensa que podría ser una prueba de que no soy el hombre que busca o si sigue pensando que lo soy pero con la ayuda de alguien.

—Bueno, vamos a ver —le digo—, sométame a una rueda de reconocimiento...

—Vamos, vamos, Cameron —dice McDunn con aire tolerante.

Ya lo he sugerido antes, y sigo insistiendo en ello porque es lo único que se me ocurre. ¿Me reconocería el amputado Mr. Azul como el hombre al que le abrió la puerta? ¿Y los chaperos de los lavabos de la estación de Tottenham Court Road? Los polis piensan que mi complexión encaja con la del asesino y sospechan que el hombre gorila lleva a veces peluquín y un bigote falso, y quizá también dentadura falsa. Me han tomado unas cuantas fotos muy bien encuadradas con una cámara acojonante y me da la impresión —por unos comentarios que hicieron creyendo que no los oía— de que piensan manipularlas mediante ordenador para ver qué tal encajo en el perfil del asesino. De todos modos, la cuestión principal es que McDunn no cree todavía conveniente someterme a una ronda de reconocimiento. Se pone serio y paternal y me dice:

—¿Para qué vamos a molestarnos ahora con eso?

—Vamos, McDunn, deme una oportunidad; haré lo que sea para salir de aquí.

McDunn golpea un par de veces el paquete de cigarrillos contra la mesa.

—Bueno, de usted depende, ¿no, Cameron?

—¿Cómo? ¿A qué se refiere?

Vaya, ya me ha metido en el bote; estoy interesado en cualquier oferta y lo demuestro avanzando mi cuerpo sobre la mesa y alzando el rostro hacia él. En otras palabras: me ha pescado. Estoy dispuesto a comprar lo que esté dispuesto a venderme.

—Cameron —dice como si acabara de tomar una importante decisión, sorbiendo aire entre sus dientes—, sabe muy bien que yo no creo que sea usted.

—Bueno, ¡fantástico! —digo yo poniéndome a reír y recostándome de nuevo en la silla mientras observo tranquilamente la habitación con aquellas paredes desnudas y el celador junto a la puerta—. Y entonces, ¿qué coño estoy haciendo...?

—No depende solamente de mí, Cameron —dice indulgente—, y usted lo sabe muy bien.

—¿Y entonces...?

—Voy a serle franco, Cameron.

—Sea tan franco como le parezca, inspector.

—No creo que sea usted, Cameron, pero creo que usted sabe quién es.

Me llevo una mano a la frente y bajo la cabeza moviéndola de un lado a otro; a continuación suspiro teatralmente y lo miro a la cara mientras dejo caer los hombros.

—Bueno, pues no sé quién es, McDunn; si lo supiera se lo diría.

—No, no puede decírmelo —dice McDunn bajando la voz, con un tono razonable—. Usted sabe quién es, pero... no sabe que lo sabe.

Me quedo mirándolo fijamente. A McDunn le ha dado por ponerse metafísico. Joder, qué coñazo.

—¿Quiere decir que es alguien que conozco?

McDunn extiende una mano y esboza una pequeña sonrisa. Prefiere volver a golpear una y otra vez su paquete de cigarrillos en lugar de decirme algo, de modo que soy yo el que digo:

—Bueno, de eso no estoy seguro, pero de lo que sí estoy seguro es de que es alguien que me conoce a mí; bueno, creo que aquella tarjeta con mis notas lo demuestra claramente. A menos que tenga algo que ver con esos tipo del...

—... del distrito Lake —dice McDunn suspirando—. Sí... —El inspector cree que mi teoría sobre las fuerzas de seguridad tratando de implicarme es pura paranoia—. No —dice sacudiendo la cabeza—. Creo que es alguien que usted conoce, Cameron; creo que es alguien a quien usted conoce muy bien. ¿Sabe qué?, creo que usted los conoce tan bien... bueno, casi tan bien... como ellos lo conocen a usted. Creo que usted podría decirme quién es, estoy convencido. Solo tiene que pensar un poco —sonríe—. Eso es lo único que le pido. Que piense.

—Que piense —repito yo. Asiento con la cabeza al inspector. Él asiente a su vez con la cabeza—. Que piense —vuelvo a decir. McDunn sigue moviendo la cabeza de arriba abajo.

Verano en Strathspeld: el primer día verdaderamente caluroso de aquel año, el aire cálido e impregnado del olor a coco de las aulagas —esparcidas con su amarillo intenso por las colinas— y la penetrante dulzura de la resina de los pinos que se derrama a goterones por los recios troncos como transparentes burbujas. Los insectos zumban y las mariposas llenan los claros del bosque con silenciosos relampagueos de color; en los maizales, el rey de codornices se agacha y sale volando, atravesando con su entrecortado canto el aire cargado de aromas.

Andy y yo llegamos hasta el río y el lago, escalando por las rocas corriente arriba y después bajando de nuevo, viendo a los peces saltar tranquilamente hasta el lago en calma o atacar a los insectos que se posan sobre la superficie lisa del agua, cerrando las mandíbulas por debajo del agua; poniendo a buen recaudo, tragando, dejando el agua rizada. Subimos a algunos árboles en busca de nidos pero no encontramos ninguno.

Nos quitamos los zapatos y los calcetines y nos metemos en el lago por donde están las caídas de agua que rodean la oculta bahía escalonada hasta donde llega el riachuelo que drena el lago ornamental que hay junto a la casa, unos cien metros más arriba desde el viejo embarcadero. Por entonces ya nos permitían sacar el barco solos, siempre que nos pusiéramos chalecos salvavidas, y precisamente pensábamos hacerlo un poco más tarde; ponernos a pescar o simplemente darnos una vuelta por el lago.

Ascendimos por las suaves pendientes al noroeste del lago y nos tendimos sobre

la hierba crecida que hay bajo los pinos y los abedules, mirando más allá del pequeño lago hacia las colinas llenas de árboles por donde estaba el viejo túnel del ferrocarril. Aún más allá, detrás de una cresta boscosa, oculta a la vista y al oído excepto cuando el viento soplaba desde aquella dirección, se encontraba la carretera principal hacia el norte. Y detrás de ella se erguían contra el cielo azul las cumbres más meridionales, verdes y doradas, de los montes Grampianos.

Aquella tarde teníamos planeado ir al teatro, en Pitlochry. La verdad es que no me interesaba demasiado —prefería ir al cine— pero a Andy le parecía bien, de modo que a mí también.

Andy tenía catorce años, yo acababa de cumplir trece y estaba orgulloso de mi nueva condición de adolescente (y, como siempre ocurría, de tener la oportunidad de ser solo un año menor que Andy durante los próximos dos meses). Estábamos tendidos sobre la hierba mirando el cielo y las alborotadas hojas de los abedules dorados, chupando unos tallos de juncos y hablando de chicas.

Estábamos en colegios diferentes; Andy estaba en un internado de chicos en Edimburgo y solo volvía a su casa los fines de semana. Yo estaba en el instituto del pueblo. Les había pedido a mis padres que me llevaran a un internado —por ejemplo al que iba Andy en Edimburgo— pero me dijeron que no me gustaría y que, además, costaba mucho dinero. También tenía que pensar que no encontraría chicas allí. ¿No me preocupaba eso? Yo me sentí un poco avergonzado por la pregunta.

El comentario sobre el coste del colegio me dejó confuso; yo creía que éramos una familia pudiente. Papá tenía un taller mecánico y una gasolinera en la calle principal de Strathspeld y mamá una minúscula tienda de regalos en donde también se podía tomar café; papá estuvo muy preocupado cuando a raíz de la guerra de los seis días decretaron el límite de velocidad a sesenta millas por hora y hasta llegaron a establecer cartillas de racionamiento de combustible, pero aquello no duró mucho tiempo y, aunque la gasolina es ahora mucho más cara, la gente seguía viajando y utilizando los coches.

Sabía que nuestro moderno chalet en las afueras del pueblo con vistas al Carse no se podía comparar con la casa de los padres de Andy, que era prácticamente un castillo levantado en su propia finca, con lagos, arroyos, estatuas, ríos, colinas, bosques y hasta una vieja vía del ferrocarril que cruzaba por una esquina de su terreno; de hecho era un inmenso jardín comparado con nuestro único acre de terreno ajardinado con césped y setos. Pero nunca tuve la impresión de que tuviéramos problemas de dinero; lo cierto es que estaba acostumbrado a que me dieran más o menos lo que pedía y había llegado a pensar que tenía derecho a ello, como les ocurre a los hijos únicos cuando sus padres no les demuestran demasiado cariño.

Nunca se me pasó por la cabeza que los demás niños no estuvieran tan mimados como yo, y pasarían años —tras la muerte de mi padre— hasta que llegara a comprender que lo del dispendio económico para no enviarme al internado fue solo una excusa, y que la única y sentimental verdad era que estaban convencidos de que

me echarían de menos.

—Que te digo que no.

—¿Cuánto te apuestas a que sí?

—Me estás tomando el pelo.

—Pues no te lo creas.

—¿Y quién era?

—No te lo pienso decir.

—Anda, te lo estás inventando, mentiroso; no lo hiciste.

—Era Jean McDuhrie.

—¿Cómo? ¿Me estás tomando el pelo?

—Estábamos en la vieja estación. Ella se lo había visto a su hermano y quería ver el mío para ver si yo lo tenía igual, y me lo pidió y entonces le enseñé el mío, pero solo con la condición de que ella me enseñara el suyo y entonces me lo enseñó.

—Sucio canalla. ¿Te dejó que se lo tocaras?

—¿Tocárselo? —exclamé yo sorprendido—. ¡No!

—¡Ah, bueno! Entonces...

—¿Qué?

—Pues que tienes que tocárselo.

—No, no tienes que tocarlo si solo quieres *mirar*.

—Pues claro que sí.

—¡Tonterías!

—Bueno, pero ¿cómo era? ¿Tenía pelos?

—¿Pelos? Ahgg. No.

—¿No? Cuando pasó eso.

—No hace mucho. Quizá el verano pasado. Quizá antes. No hace tanto tiempo. De verdad que no me lo estoy inventando.

—Bueno...

Yo estaba encantado de hablar de chicas porque sentía que era un tema para el que no importaba la diferencia de dos años que me sacaba Andy; era como si yo tuviera la misma edad, y hasta era posible que yo supiera más cosas que él porque yo me pasaba todo el día entre chicas y él tan solo conocía a su hermana Clare. Aquel día ella estaba con su madre haciendo compras en Perth.

—¿Se lo has visto alguna vez a Clare?

—No seas asqueroso.

—¿Qué tiene de asqueroso? ¡Es tu hermana!

—Pues por eso mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Me apuesto a que no tienes idea de nada. ¿A que no?

—Te apuesto a que sé más cosas que tú.

—Bocazas.

Aspiré por la cañita que tenía en la boca durante un rato, mirando al cielo.

—¿Tienes pelo en la tuya? —le pregunté.

—Sí.

—No tienes.

—¿Quieres verla?

—¿Eh?

—Te la enseñaré. Y además ahora está grande porque hemos estado hablando de chicas. Eso es lo que pasa siempre.

—Oh, sí; ¡mírate los pantalones! ¡Lo puedo ver! ¡Vaya bulto!

—Mira...

—¡Ahgg! ¡Guau!

—Esto se llama una erección.

—¡Guau! Dios mío, la mía nunca se pone *tan* grande.

—Bueno, no tiene porqué. Todavía eres pequeño.

—Con esas me vienes... ¿Con que soy pequeño?

Contemplé la polla de Andy, enorme y dorada y púrpura y sobresaliendo por su cremallera como una planta levemente curvada, como algún fruto exótico creciendo bajo la luz del sol. Miré alrededor esperando que no hubiera nadie por allí observando. Tan solo se nos podía ver desde lo alto de la colina en donde estaba el túnel del ferrocarril y normalmente no solía ir nadie por allí.

—Si quieres puedes tocarla.

—No sé...

—Algunos chicos del colegio se la tocan unos a otros. No es lo mismo que estar con una chica, por supuesto, pero la gente lo hace. Mejor que nada.

Andy se chupó los dedos y empezó a pasarlos de arriba a abajo por el rojo capullo de su polla.

—Es un gustazo. ¿Lo has hecho alguna vez?

Yo negué con la cabeza viendo cómo la saliva brillaba con el sol en aquel refulgente capullo. Tenía la garganta pastosa y un nudo en el estómago; podía sentir cómo me palpitaba mi propia polla.

—Vamos, no te quedes ahí —dijo Andy con aplomo, soltando su polla y echándose de nuevo sobre la hierba, pasándose un brazo bajo la cabeza y quedándose con la mirada fija en el cielo—. Haz algo.

—Bueno, bueno, vale... —dije yo con la voz entrecortada y suspirando, pero en realidad me temblaba la mano. Empecé a menearle la polla de arriba abajo.

—¡Suavemente!

—¡Vale!

—Usa tu saliva.

—Jolines, no sé... —Escupí en mis dedos y seguí con la tarea, y entonces me di cuenta de que la piel que le cubría la polla era flexible y se podía bajar por debajo del

capullo y seguí haciéndolo así durante un rato. Andy respiraba hondo y con la mano que le quedaba libre comenzó a tocarme la cabeza y a acariciarme el pelo.

—Podrías utilizar la boca —dijo con voz temblorosa—. Bueno, si quieres.

—Humm. Bueno, no sé. Qué hay de malo en... ¡ah!

—Ah, ah, ah...

—Ahgg. Qué asco.

Andy inspiró hondo y me acarició la cabeza y soltó una risita ahogada.

—No ha estado mal —me dijo—, para ser un principiante.

Yo me limpié la mano en sus pantalones.

—¡Eh, tú!

Puse mi cara delante de la suya.

—Se lo he visto a Clare —le dije.

—¡Cómo! ¡Tú...!

De un salto me puse a correr riendo por la hierba y los matorrales en dirección al lago. Él también se levantó, me insultó y se puso a correr a trompicones tratando de subirse la cremallera antes de intentar alcanzarme.

TUMOR

Lo recuerdo muy bien, recuerdo la sensación de su cálido jugo enfriándose en mi mano, brillante bajo el sol, derramándose y al mismo tiempo poniéndose pegajoso, pero ya no puedo volver a pensar en eso sin pensar en el hombre gorila y el pequeño tipo atado a la silla. Creo que se sorprendieron cuando me puse a vomitar; espero que se sorprendieran de verdad y que se interesaran en lo que me pasaba y que pensarán: Vaya, vaya, vaya, ¿a que va a ser verdad que no era él? Así que no era él el malvado asesino; así que le han preparado una encerrona, pero ¿qué hemos hecho?... Oh Dios mío, espero que —pongámoslo así— mi estómago haya sido más elocuente que mi jodido cerebro.

Inocente, no lo hice y por eso sentí náuseas al ver lo que había hecho el hombre gorila; sin sangre, casi sin sangre, literalmente una gota, una gotita, un jodido pixel de color rojo en la pantalla y lo único que atravesaba la carne era una aguja, fina y delicada, no una sierra mecánica, ni un hacha, ni un cuchillo, ni nada por el estilo, pero es precisamente esa imagen, esa idea, esa vieja cualidad de lo diabólico en la que sigo soñando, con la que sigo teniendo pesadillas, y yo soy el que está atrapado, yo soy el hombre sentado en la silla de cuero y acero cromado y él está allí con su cara de gorila y su voz rechinante de criatura, explicándole a la cámara que lo que contiene el frasco y la jeringa es esperma; ese loco de mierda la ha llenado con lefa y tío eso parece una jodida botella de leche medio llena de esa cosa y se la va a inyectar en las venas al tipo pequeño y le ata algo en la parte superior del brazo desnudo del tipo pequeñito atado a la silla y se lo aprieta y espera a que resalte la vena mientras el tipo pequeñito aúlla y grita como un niño y se pone a sacudir la silla intentando desmontarla o hacerla pedazos pero está muy bien atado a ella sin posibilidad remota de liberarse y entonces el hombre con la máscara de gorila va y lo hace; hunde la aguja en la piel del tipo pequeñito, saca un poco de sangre y le vacía la jeringa entera. Yo vomito en el suelo y tienen que parar el vídeo por mi culpa y alguien va a buscar una fregona.

Cuando dejo de atragantarme y de toser vuelven a poner en marcha el vídeo y pasamos a la otra escena en que el tipo pequeño está en una silla alta de hospital con la mirada inane y McDunn habla entonces del estado vegetativo permanente.

Bueno, pues sí. Le hicieron la prueba de huellas genéticas del ADN y encontraron que le habían metido un montón de gente, todos ellos relacionados con un tipo que estaba en los lavabos bajo Centre Point el día antes contratando a chaperos a los que no les pedía un servicio completo sino solamente que se hicieran una paja y se corrieran en un bote y gracias por su contribución cualquier ayuda será de utilidad para mejorar un buen hogar gracias tenga cuidado en donde...

Me quedo pensando.

—Esto es el efecto dominó en acción ¿no le parece?

—Yo le llamaría fanfarronería —me dice Clare alzando la voz entre el griterío de la fiesta. Todo el mundo parece brindar por algo. Andy y William están de pie en sus sillas; Andy se inclina sobre una mesa llena de vasos con una botella de champán en una mano y sostenido en la otra mano por William, que se inclina hacia el otro lado para hacer contrapeso.

La mesa sobre la que se inclina Andy está llena de cientos de copas de champán colocadas unas sobre otras formando una reluciente pirámide que se eleva un par de metros desde la superficie de la mesa. Andy vierte champán en la única copa que hay en la cúspide de la pirámide; cuando rebosa comienza a llenar las tres copas que la sostienen; cuando estas se llenan comienzan a rebosar y llenan a su vez las copas del nivel inferior, que se llenan y siguen provocando el mismo efecto hasta llegar casi hasta el final; Andy lleva ya ocho botellas tamaño magnum. Echa un vistazo al último piso de copas de champán.

—¿Cómo va eso? —dice gritando.

—¡Más! ¡Más! —exclama todo el mundo.

—¡William! —grita alguien de entre la multitud—. ¡Cincuenta libras si lo sueltas de la mano!

—¡No seas cabrón, Sorrell! —grita Andy entre risas mientras inclina la botella sobre la copa que hay en lo alto hasta vaciarla.

—Por esa ridícula cantidad ni lo sueñes —dice William entre risas al tiempo que él y Andy se acercan haciendo fuerza con los brazos y acaban tambaleándose sobre la misma silla. Andy le tira la botella a alguien y su socio en The Gadget Shop, el tipo que había trabajado antes en publicidad y que es unos años mayor que Andy, le pasa otra botella magnum llena. Se me ocurre que el símbolo de este negocio compartido a medias sería más evidente si fueran él y Andy los que estuvieran contrapesándose mutuamente sobre la silla, pero me da la impresión de que al socio de Andy no le va tanto la ostentación.

—¡Acércame hasta allí, Will! —vocifera Andy.

—Dios mío, está difícil pero lo intentaré —dice William dejándose caer hacia el lado contrario y permitiendo así que Andy, moviéndose como una grúa, llegue hasta la cima de la pirámide.

—Esto es muy infantil —dice Clare meneando la cabeza.

—¿Que es qué? —le pregunta Yvonne que llega hasta nosotros entre la multitud. Lleva una botella de champán agarrada por el cuello.

—Esto; que es infantil —dice Clare señalando con la cabeza a la pirámide de

copas. Ve entonces la botella que lleva Yvonne en la mano—. Bueno, lo que digo es que esta chica ha tenido una gran idea —y alza su copa vacía. Yvonne le rellena el vaso.

—¿Cameron?

—¿Sí?

Ella vuelve a servirse champán y se queda junto a Clare y a mí observando cómo Andy sigue vertiendo champán sobre la cima de la pirámide. Yvonne lleva un breve vestido negro que para mis ineducados ojos igual podría valer diez como mil libras; Clare está más atrevida con un modelito corto y brillante de color carmesí que parece desear convertirse en un vestido largo de fiesta cuando sea mayor. Andy y William van monocromáticos: de blanco y negro y sin chaquetas para poder realizar su numerito de la burbujeante cascada.

Yvonne hace un mohín de disgusto.

—Son como niños —dice con el tono de una madre acostumbrada a sufrir por sus hijos.

Echo un vistazo alrededor. Cuando Andy me invitó a la inauguración de The Gadget Shop creí ingenuamente que sería en la tienda, en Covent Garden. Pero aquello no estaba a la altura del espectáculo que quería ofrecer Andy; no tenía *glamour*, ni impresionaba y ni siquiera era lo suficientemente grande. En lugar de montar allí la presentación de la tienda alquiló el museo de la ciencia. Bueno, parte del museo. Eso ha captado la atención de la gente. Una tienda no es más que una tienda, y hasta una tienda dedicada a vender juguetitos carísimos para ejecutivos sigue siendo simplemente una tienda, pero un museo tiene, bueno, *glamour*. La gente considera que el museo de historia natural es el sitio con más *glamour* —disfrutar de un cóctel junto a los dinosaurios en aquel inmenso espacio no es moco de pavo— pero el museo de la ciencia, en la misma calle, es el escaparate ideal para The Gadget Shop, y más barato. Además, cualquiera que se precie ha ido ya a alguna celebración en el museo de historia natural; esto es algo nuevo.

Hay un hovercraft entero colgado de unos cables encima justamente de nosotros; una cosa prácticamente circular con una pequeña cabina y una inmensa turbina de aire. Recuerdo vagamente haber construido una maqueta de aquel aparato cuando era niño. Flota por encima de nosotros, reluciente en la oscuridad como si se sostuviera en una nube de conversaciones y bebidas mientras la gente que está abajo hormiguea y charla y vocifera alrededor de Andy; el champán —que a estas alturas ya se está derramando por el borde de la mesa sobre la alfombra provisional que han colocado — casi rebosa el segundo piso de copas.

—¡Más! ¡Más! —grita la gente.

—Oh, menos, menos —musita Clare suspirando.

—¿Estamos llegando? —grita Andy.

—¡Más! ¡Más! —vocifera todo el mundo.

Entonces contemplo a aquella gente. Son gente como yo. Joder. Gente de medios

de comunicación, del mundo de la publicidad que Andy acaba de dejar, algunos políticos —fundamentalmente tories o socialdemócratas, aunque hay un par de laboristas— banqueros, abogados, consultores de empresas, corredores de bolsa, actores, gente de televisión —al menos hay un equipo de filmación, aunque por el momento tienen las luces apagadas—, variados tipos urbanos, unos pocos que son, bueno, simplemente famosos profesionales, y el resto de los invitados parecen formar parte de una especie de metafiesta flotante o contratados como extras por alguna agencia para representar a gente que tiene demasiado tiempo libre; «Alquiler de comparsas», o algo parecido. Estoy un poco sorprendido de que no haya aparecido alguien trayendo un telegrama cantado de felicitación, pero quizá es un servicio demasiado barato para Andy. Clare me contó una vez que Andy se decidió a montar el numerito del champán y que a ella le costó *bastante* convencerlo de que no lo hiciera con las copas de flauta sino con las copas anchas que todo el mundo usa para eso; las otras resultarían demasiado altas e inestables.

—Estás muy callado, Cameron —me dice Yvonne con una sonrisa.

—Ya ves —le contesto amablemente.

—Me da la impresión —dice Clare suspirando— de que a Cameron no le parece bien todo esto.

Clare es una chica alta y morena con un llamativo rostro anguloso similar al de su hermano, pero mientras su hermano es —por el momento— de complexión fornida y bronceado, Clare es muy delgada y de una palidez luminosa. Me da la impresión de que le da a la coca con liberalidad y que se pasa demasiado tiempo en los clubes, pero quizá no son más que celos por mi parte; mi trabajo de periodista en el *Caledonian* y el sueldo consiguiente —un triunfo más de la miniaturización en nuestros días— hace que placeres tan caros como ella queden fuera de mi alcance. Clare siempre ha tenido más pretensiones aristocráticas que Andy, quien tiene ese aura descuidada de muchacho desclasado que solo pueden exhibir de forma convincente los que son congénitamente ricos.

Clare trabaja con un agente inmobiliario de propiedades de tan alto *standing* que la mayor parte de la cartera que lleva son fincas —nada de humildes casas— de cualquier tamaño imaginable; si las propiedades no incluyen de entrada un par de ríos salmoneros, unos cientos de hectáreas de bosques y unas cuantas colinas, lagos o lagunas, entonces no les interesa.

—Cameron —prosigue Clare— se contenta con quedarse por los alrededores irradiando farisaica desaprobación socialista e imaginándonos a todos tirando de un arado tras la revolución, comiendo rábanos crudos y participando en interminables sesiones de autocritica a la luz de las velas hasta muy entrada la noche en la granja colectivizada, ¿no, Cameron?

—No se tira de un arado —le contesto—, se empuja un arado.

—Ya lo sé, querido. Tenemos una granja al lado de la casa de campo y papá a menudo se describe a sí mismo como un granjero, pero me refería a que nosotros, los

parásitos capitalistas, sustituiríamos a los bueyes, no a los gárrulos de manos callosas que restallan el látigo por encima de ellos.

—Bueno, pues siento mucho decepcionarte —le digo—, pero me temo que la revolución que describes es mucho más suave que la que yo tenía pensada. La verdad es que cuando llegue el día pensaba dedicarte a harina de huesos. Lo siento.

Me encojo de hombros mientras observo a Andy sirviendo la que todo el mundo piensa será la última botella de champán necesaria para que la pirámide de copas esté finalmente llena.

Clare mira a Yvonne.

—Cameron siempre ha sido un extremista en estas cosas —le dice—. Bueno, pues será mejor que disfrutemos de la vida antes de que lleguen los comisarios con su sangrienta venganza. Voy al lavabo a empolverarme la nariz, ¿te apetece un poco...?

—No gracias —le responde Yvonne meneando la cabeza.

—Bueno, te dejo entonces con la reencarnación de Trotsky —dice Clare dándole una palmadita en el hombro a Yvonne y guiñándome un ojo mientras se escabulle entre la animada multitud. La pirámide sigue sin estar completamente llena de champán.

—¡Otra botella! ¡Otra botella! —grita la gente.

—Bueno, cuéntame —digo volviéndome hacia Yvonne—, ¿cómo va estos días el negocio del capital de riesgo?

—Arriesgado —dice Yvonne apartándose su media melena negra con un movimiento de la cabeza—. ¿Y cómo van los periódicos?

—Doblados.

—Ah; ja, ja.

—No —digo encogiéndome de hombros—, la verdad es que disfruto mucho. El sueldo no es ninguna maravilla pero puedo ver mi nombre en primera página y por un instante me siento un hombre de éxito, hasta que se me ocurre venir a un sitio como este. —Señalo con la cabeza hacia Andy, que está abriendo otra botella tamaño magnum y dejándose inclinar sobre la mesa llena de copas. Su labor está a punto de terminar; la pirámide está casi llena.

Yvonne observa la pirámide con un cierto desprecio.

—Oh, vamos, no dejes que toda esta mierda te trastorne —me dice.

Me sorprende el tono de su voz.

—Creía que te encantaba todo esto —le digo.

Ella echa un vistazo a su alrededor, a las cosas y a la gente.

—Humm —dice, acumulando en ese simple sonido una desconcertante cantidad de fría ambigüedad. Me clava la mirada—. ¿No te entran ganas a veces de tener a mano una bomba de neutrones?

—Constantemente —le digo tras una pausa.

Ella asiente con la cabeza, los ojos entornados momentáneamente, después se encoge de hombros volviéndose hacia mí y hace un mohín con la boca.

—¿Trotsky reencarnado? —me pregunta observando a Clare que sigue tratando de abrirse paso entre la gente, con su delgadez majestuosa, hacia el lavabo de mujeres.

—Una vez cometí el error de intentar acostarme con Clare —le confieso.

—¡Cameron! ¿*De verdad?* —Yvonne está maravillada—. ¿Y qué pasó?

—Simplemente se rio.

Yvonne emite una exclamación. Mira a su alrededor.

—Yo ya te había puesto el listón muy alto, Cameron —dice tranquilamente.

Yo sonrío y bebo un poco de champán recordando cuándo Andy vino a Stirling para la fiesta de Yvonne y William, hace cinco años. Parece que ha pasado mucho más tiempo.

—¿Le contaste algo a William de lo que pasó? —le pregunto.

Yvonne niega moviendo la cabeza.

—No —responde. Se encoge de hombros—. Quizá cuando seamos mayores.

Quiero contarle que Andy estuvo allí, metido en su saco de dormir, escuchándolo todo, pero cuando estoy considerando si contárselo o no ocurre algo inesperado; una de las copas debía estar defectuosa o quizá era demasiado peso, pero la cuestión es que se oye un crujido y todo un lado de la pirámide comienza a desplomarse, descargando una avalancha de copas y burbujeante champán que se estrella sobre la mesa y que deja las alfombras y el suelo empapados y llenos de cristales.

—Oooh... —suelta Andy sin bajar el brazo todavía extendido.

La gente lo anima.

Sigo dándole vueltas a la cabeza.

Cuatro años después Clare y su último novio estaban pasando un fin de semana en Strathspeld cuando falleció de un ataque al corazón. Me enteré por un tío que conocía y que todavía vivía en el pueblo. No podía creerlo. Un ataque al corazón. Gordos ejecutivos que tenían que apretarse tras el volante de sus Mercedes; esos eran los que morían de ataques al corazón. Proletarios artríticos criados a base de pescado frito con patatas y cigarrillos; *esa gente* era la que se moría de ataques al corazón. No una joven veinteañera. Por Dios, si Clare estaba en plena forma por aquel entonces; había dejado la coca y se había puesto a hacer esas saludables gilipolleces de correr o nadar. No *podía* ser un ataque al corazón.

Y eso fue precisamente lo que pensó el médico; eso fue precisamente lo que la llevó a la muerte. El médico local —el tipo que había contribuido a salvar la vida de Andy cuando estuvo a punto de morir bajo el hielo unos años antes— estaba de vacaciones en esos días y había un suplente, un médico sustituto que se hacía cargo de la consulta, aunque al decir de la gente del pueblo, más bien parecía estar de

vacaciones pues se pasaba más tiempo en la orilla del río con una caña en la mano que en la cabecera de las camas con el estetoscopio. La familia lo llamó cuando Clare comenzó a quejarse de dolor en el pecho por la tarde pero no fue por la casa; les dijo que seguramente se trataría de un tirón muscular; descanso y analgésicos. Volvieron a llamarlo por segunda vez y al final apareció aquella noche después de que le explicaran que la familia no estaba acostumbrada a ese trato (y después de que él se diera cuenta de que el mejor río para la pesca de salmones cruzaba por su hacienda). Aun así siguió sin encontrarle nada alarmante y se fue.

Llamaron a una ambulancia cuando Clare se quedó inconsciente y se le pusieron los labios azules, pero para entonces ya era demasiado tarde.

Andy y su socio habían vendido la cadena de tiendas The Gadget Shop el año anterior; Andy seguía dándole vueltas a lo que pensaba hacer a continuación —ahora que era rico— y se encontraba en mitad de un desierto en una expedición transahariana cuando Clare murió. El funeral fue privado; solo la familia; Andy volvió justo a tiempo. Yo llamé a su casa una semana más tarde y hablé con Mrs. Gould, quien me contó que Andy seguía allí. Creía que a Andy le gustaría verme.

Un día gris del frío abril, uno de esos días de final de invierno en que la tierra se ve agotada y gastada y en que parece que han desaparecido todos los colores de la tierra. Era una nube cargada y baja que se movía lentamente por un aire húmedo y helado, una inmensa tapadera que ocultaba el cielo y la nieve de las lejanas montañas. Los árboles, arbustos y campos caían bajo una sombra parduzca, como si una fina capa de suciedad lo cubriera todo; y dondequiera que miraras todo parecía barro u hojas podridas o ramas desnudas o muertas. Pensé que si acabara de llegar del Sahara me volvería allí sin pensarlo un minuto, a pesar de las obligaciones familiares.

Pasé por la casa para darles el pésame a Mr. y a Mrs. Gould. Mrs. Gould estaba espolvoreada de harina y olía ligeramente a ginebra. Era una mujer alta y nerviosa que había encanecido prematuramente; siempre llevaba unas enormes gafas bifocales y solía vestir trajes de *tweed*. Nunca la vi sin su collar de perlas, con las que solía jugar entre los dedos. Se disculpó por el desorden y, tras limpiarse las manos con el delantal, me dio la mano al tiempo que yo le decía cuánto lo sentía. Echó un vistazo distraído por el recibidor, como pensando qué hacer a continuación, y entonces se abrió la puerta de la biblioteca y Mr. Gould asomó la cabeza.

Era aproximadamente de la misma estatura que su mujer, pero ahora parecía encorvado y llevaba puesto un batín; normalmente aquel hombre representaba el epítome del elegante caballero rural, un arquetípico terrateniente vestido siempre con su traje de tres piezas, zapatones de cordones, camisa de cuadros y sombrero; solía echar mano de un gastado Barbour cuando el tiempo se ponía demasiado difícil. Pero jamás lo había visto con algo de aspecto tan *humano* como aquellos pantalones gastados, la camisa con el cuello abierto y el batín que vestía aquel día. Su rostro

duro y anguloso parecía haber sido vaciado y su escaso pelo castaño estaba sin peinar. Salió de la biblioteca cuando vio que era yo, me estrechó la mano y repitió varias veces: «Terrible, terrible» mientras a través de la puerta abierta de la biblioteca sonaba Beethoven a todo volumen y su esposa trataba de componerse el pelo despeinado. Sus ojos seguían evitando mi mirada por encima de uno u otro de mis hombros, y me dio la impresión de que, al igual que su mujer, estaba constantemente a la espera de que algo importante ocurriera, a punto de recibir a alguien en cualquier momento, como si no pudieran creer lo que había ocurrido y todo se tratara de un sueño o de una broma pesada y esperasen que de un momento a otro Clare entrara tranquilamente por la puerta principal y se limpiara las suelas de los zapatos en la esterilla de la entrada mientras pedía en voz alta una taza de té.

Andy había salido a cazar. Se podía oír el estruendo de la escopeta y salí a buscarlo a través del bosque recién llovido que está junto a la casa, tratando de mantenerme apartado del camino enlodado y caminando por la hierba que hay junto al sendero para evitar que se me llenaran los zapatos de barro.

El campo estaba rodeado de árboles y daba al río que fluía desde el lago. El lago no podía verse, pero aquella semana había llovido mucho y una esquina del campo se había inundado dejando un pequeño lago temporal poco profundo que reflejaba el color de plata sucia de las nubes; la superficie del agua estaba lisa y calmada.

Hacia el final de aquel campo abierto había un tramo curvo de grava delimitado por placas de madera; seis postes colocados a lo largo de aquel tramo sostenían cada uno de ellos una pequeña pieza plana de madera del tamaño de una bandeja. A veinte yardas del sendero de grava había un pequeño montículo en donde estaba el mecanismo para lanzar platos. Había otros dos montículos a una cierta distancia, equidistantes del primero. A medida que fui saliendo de entre los árboles y acercándome a aquel claro del bosque empecé a oír el sonido del generador eléctrico ronroneando en el montículo central y pude ver a Andy al otro lado, junto a los postes. Me quedé allí observando un momento.

Andy llevaba unos pantalones de pana, camisa y chaleco de caza; había una gorra colgada en uno de los postes. Andy estaba muy bronceado. En el poste que tenía frente a él había una caja de cartuchos abierta; mediante un interruptor de pedal conectado a un largo y serpenteante cable accionaba la catapulta del lanzador de platos. Metió seis cartuchos en la escopeta de repetición y se preparó para apuntar.

Golpeó el pedal con el pie y un plato salió disparado hacia el cielo gris con un rastro de color naranja. La escopeta emitió un rugido y el plato se desintegró en lo alto del campo. Tras mirar detenidamente pude distinguir múltiples pedazos de color naranja esparcidos por la hierba empapada y por la reluciente tierra marrón del campo.

El generador se aceleraba y se desaceleraba proporcionando alimentación

eléctrica al lanzador automático; tenía unas variaciones establecidas incorporadas a la dirección en que se lanzaban los platos, pues estos salían catapultados con diferentes ángulos. Andy le dio a todos con el primer disparo, excepto al último. Incluso intentó recargar con suficiente rapidez como para tener otra oportunidad con el mismo plato, pero antes de que pudiera meter el cartucho en la escopeta el plato se estampó contra la húmeda maleza junto al río.

Se encogió de hombros, dejó el cartucho en la caja, abrió el cierre de la escopeta y se volvió hacia mí.

—¿Qué tal, Cameron? —me dijo, y yo sabía que todo aquel tiempo había sabido que yo estaba allí. Depositó la escopeta encima de la bolsa engrasada, sobre la grava.

—Hola —le dije caminando hacia él. Parecía cansado. Nos estrechamos las manos con cierta extrañeza y nos fundimos en un abrazo. Olía a pólvora.

La puta cultura de escuadrón militar; adoración de la puta Maggie y que si somos bulldogs, que si devolver el guante que nos han tirado a la cara y vamos a beber cerveza hasta mearnos y enseñemos todos el culo por las ventanas del autobús y con chupas de camuflaje caminando por la calle mayor y bueno... al fin y al cabo estoy interesado en las artes marciales, ¿no? No soy un nazi hijo de puta, tan solo colecciono efectos militares no soy un puto racista pero odio a los negros y seguro que prefieren las revistas de armas a las revistas de culos para hacerse una paja encima de fotos brillantes de Lugers cromadas; la mitad de ellos piensan que Elvis sigue vivo, ¡vaya partida de descerebrados hijos de puta! Esos cabrones de mierda se merecen que los irlandeses los vuelen por los aires y después bajen rodando a pedazos por una montaña; una vez echamos un vistazo al interior de un vehículo acorazado que había quedado hecho pedazos; salió despedido por el aire a más de treinta metros de altura y después bajó rodando por una colina; hicimos turnos para mirar en el interior tan solo para demostrarnos a nosotros mismos lo machotes que éramos; aquello parecía un puto matadero...

Yo estaba sentado junto a Andy mientras él seguía despotricando. Bebíamos whisky. En la casa de Strathspeld tenía una gran habitación para él solo en el segundo piso; allí jugábamos cuando niños, construyendo maquetas, organizando batallas con soldados de juguete, con el tren eléctrico, los carros de combate montados por nosotros y los fuertes contruidos con piezas de Lego; hacíamos experimentos con nuestro juego de química, hacíamos carreras con los coches de Scalextric, desde aquella misma ventana habíamos echado a volar planeadores, disparamos a blancos que veíamos en el jardín con la escopeta de aire comprimido, matamos un par de pájaros y allí mismo nos habíamos fumado un par de paquetes de prohibidos cigarrillos. También nos fumamos allí innumerables porros mientras escuchábamos discos con otros amigos del pueblo, y con Clare.

—¿Por qué la gente tiene que ser tan jodidamente *incompetente*? —exclamó

inesperadamente Andy, lanzando su vaso de whisky al otro lado de la habitación. El vaso se estrelló contra la pared, junto a la ventana. Me acordé de la construcción de copas de champán que se desintegró en el museo de la ciencia, tan solo cuatro años antes. El whisky que le quedaba en el vaso dejó una pálida mancha en la pared. Concentré la mirada en aquel líquido que iba derramándose en goterones por la pared.

—Lo siento —susurró Andy sin que sonara a disculpa.

Se levantó tambaleándose de su silla y se fue adonde estaban los fragmentos de cristal rotos sobre la alfombra. Se agachó y comenzó a recogerlos, después los dejó caer otra vez, inclinó la cabeza, se llevó las manos a la cara y acto seguido comenzó a llorar.

Dejé que llorara un rato y después me dirigí hacia él, me agaché a su lado y le pasé el brazo por los hombros.

—¿Por qué la gente tiene que ser tan jodidamente *inútil*? —dijo sollozante—. ¿Por qué coño tienen que dejarte tirado? ¿Por qué coño no pueden hacer bien su puto *trabajo*? El cabrón de Halziel; el puto capitán de mierda Michael Lingary con medalla al valor incluida. ¡Hijos de puta!

Se apartó de mí, se puso de pie y tropezó con una cómoda de madera de donde arrancó de golpe uno de los cajones que cayó al suelo enmoquetado desparramando un montón de camisetas. Se arrodilló detrás del cajón y oí cómo rompía una cinta adhesiva.

Se levantó sosteniendo en la mano una pistola y se puso a intentar introducir un cargador en la culata.

—Ahora va usted a saber lo que es una extirpación cerebral, doctor Halziel de los cojones —dijo sin dejar de llorar, tratando de meter el cargador en la pistola.

Halziel, pensé, Halziel. Reconocí el nombre de Lingary de los tiempos en que Andy hablaba de lo que le pasó en las Malvinas; fue el oficial al mando de la compañía de Andy, a quien Andy culpaba de las muertes de algunos de sus hombres. Pero Halziel... Oh, sí, por supuesto; el nombre del suplente que dejó que muriera Clare. El tipo que, según la gente del pueblo, estaba más interesado en pescar que en ejercer como médico.

—¡Maldito cargador, hostia! —le gritó Andy a la pistola.

De repente comencé a sentir frío. No sentí lo mismo cuando lo vi disparando su escopeta. Entonces no sentí miedo de él. Ahora sí lo sentía. No estaba seguro del todo de hacer lo correcto, pero aun así me levanté y me fui directamente hacia él cuando por fin logró encajar el cargador en la culata.

—Oye, Andy... —le dije—. Venga, tío...

Me echó una mirada que parecía que me viera por vez primera. Tenía el rostro enrojecido y abotargado por las lágrimas.

—No empecemos otra vez Colley, cabrón; ya me dejaste tirado una vez ¿no te acuerdas?

—Eh, eh, cuidado —le dije levantando las manos y retrocediendo.

Andy se lanzó hacia la puerta, la abrió, y con el impulso por poco se cae en el rellano. Le seguí escaleras abajo oyendo cómo seguía insultando y soltando improperios; en el recibidor principal intentó ponerse una chaqueta pero no consiguió meter el brazo por la manga sin soltar la pistola. Abrió la puerta principal con tal violencia que cuando golpeó el tope que hay junto a la pared la pequeña ventana de vidrios de colores saltó en pedazos. Yo me puse a buscar a Mr. y Mrs. Gould medio aturdido pero no había ni rastro de ellos. A la salida, Andy abrió de un palmetazo la hoja de la contrapuerta que no estaba abierta y salió a la oscuridad de la noche.

Yo me fui detrás de él; estaba intentando meterse en el Land Rover. Me puse a su lado mientras él insultaba a sus llaves y le daba un puñetazo al cristal de la ventanilla del conductor. Se puso la pistola de lado en la boca y la sostuvo con los dientes para tener las dos manos libres y se me pasó por la cabeza intentar quitársela pero pensé que probablemente acabaría matándonos a uno de los dos e incluso si lo conseguía él era mucho más fuerte que yo y me la arrebataría de las manos.

—Andy, tío —dije tratando que parecer tranquilo—, venga; esto es una locura. Vamos. No te comportes como un demente, tío. Matar a ese capullo de Halziel no te va a devolver a Clare...

—¡Cállate! —me gritó Andy tirando las llaves al suelo. Me agarró de las solapas y comenzó a golpearme contra el lateral del Land Rover—. ¡Cállate de una puta vez cabrón de mierda! ¡Ya sé perfectamente que no hay nada en este puto mundo que pueda devolvérmela! ¡Ya lo sé! —Me golpeó varias veces la cabeza contra la ventanilla lateral del Land Rover—. ¡Solo quiero asegurarme de dejar un puto incompetente *menos* en este mundo!

—Pero... —dije yo.

—¡Venga, quítate de en medio!

Me golpeó en la cara con la pistola; un ineficaz golpe lateral con más rabia caótica que maldad premeditada; así las cosas, me caí al suelo más porque sentí que era mi obligación que porque me hubiera dejado sin sentido. Pero aun así, dolía. Me quedé tirado sobre la grava del camino de entrada, boca arriba. Solo entonces me di cuenta de que estaba lloviendo.

Mi preocupación porque me disparara y me matara era remota. Entonces Andy golpeó el Land Rover con el costado de la pistola y le pegó una patada a la puerta.

—¡Dios mío! —bramó. Volvió a golpear la puerta—. ¡Dios mío!

Me estaba empapando. Comenzaba a sentir cómo el agua traspasaba mi camiseta y me chorreaba hasta la espalda.

Andy se inclinó y me miró. Los ojos se le salían de las órbitas.

—¿Estás bien?

—Sí —le dije exhausto.

Apretó algo en la pistola, se la metió en la parte trasera de los pantalones de pana y me tendió la mano. Yo extendí mi mano hacia la suya. Recordé a William y a Andy

balanceándose sobre la silla en el museo bajo el hovercraft.

Me levanto.

—Siento haberte golpeado —dijo.

—Siento haberte dado la monserga.

—Oh, tío, joder... —me puso la cabeza sobre el hombro, con la respiración alterada pero ya sin llorar. Yo le acaricié la cabeza.

Sigo dándole vueltas a la cabeza.

Yvonne y yo en South Queensferry hace un par de veranos, enfrente del hotel Hawes Inn, en el pasadizo bajo los enormes pilares de piedra del puente del ferrocarril, con el brillante río de una milla de ancho ante nosotros y la gente paseando por la calzada de la ribera y por el propio puente, de vez en cuando el olor a cebolla frita que viene del bar que está junto a la caseta del bote salvavidas. Estábamos allí para presenciar el estreno de la recién comprada moto de agua de William; tal proceso consistía mayormente en subirse, darle caña, intentar dar una curva demasiado rápido y caer al agua con un chapuzón sensacional. Su enorme cabeza rubia salía del agua, la sacudía una vez y después iba balanceándose arriba y abajo mientras nadaba en busca de aquella máquina. Había otras motos de agua zumbando en aquella parte del río y otra gente haciendo esquí acuático con sus potentes motoras, todos como una pandilla bien avenida, pero aun así podíamos oír la risa de William; el tío estaba convencido de que comprarse una máquina exorbitantemente cara como aquella y pasarse el tiempo cayéndose al agua era la mejor manera de pasárselo bomba.

—¿Para qué sirven esas cosas? —le pregunté.

—¿El qué? ¿Las motos de agua? —dijo Yvonne apoyándose en el muro de la ribera y moviendo los hielos de su vaso de zumo de frutas—. Para divertirse. —Siguió observando cómo William intentaba girar de nuevo, esquivaba por poco a otra moto de agua y se metía en la estela de una motora que hacía esquí acuático lanzándolo (en una nueva variación de su repertorio de saltos) en un salto mortal por encima del manillar de la moto de agua y cayendo de espaldas sobre el agua salpicando agua por todas partes. Su risa volvió a surgir entre los rugientes motores. Movié la mano para mostrarnos que estaba bien y volvió a nadar hacia la máquina flotante sin dejar de reír. Yvonne se puso las gafas de sol—. Son para divertirse; ni más ni menos.

—Para divertirse —dije yo asintiendo con la cabeza. William no dejaba de reír. Yo observaba a Yvonne mientras ella contemplaba a William. Volvió a saludar con la mano al subirse de nuevo en la moto de agua. Ella le devolvió el saludo. Me pareció que lo hacía con desgana.

Con pantalones cortos y camiseta Yvonne se veía delgada y musculosa. Tenía los

pechos alzados por el muro contra el que se había apoyado. Llevábamos más o menos un año siendo amantes. Sacudió levemente la cabeza cuando William volvió a darle gas al motor. Yo me apoyé en el muro junto a ella.

—¿Has pensado alguna vez en dejarle? —le pregunté tranquilamente.

Ella no contestó inmediatamente. Se volvió hacia mí, se bajó las gafas de sol hacia la punta de la nariz y me miró por encima de ellas.

—Humm —dijo ella.

Y había una interrogación en su voz; me preguntaba por qué le preguntaba algo así.

—Se me ha pasado por la cabeza —dije encogiendo los hombros.

Esperó a que pasara una familia que iba comiendo helados, y dijo a continuación:

—Cameron, no tengo intención de dejar a William.

Yo volví a encogerme de hombros como pidiendo perdón por preguntar.

—Como he dicho, se me había pasado por la cabeza.

—Pues ya puedes ir sacándotelo. —Dirigió la mirada hacia donde estaba un entusiasmado William dando botes entre las olas, milagrosamente de pie. Sacó una mano y me tocó levemente el brazo—. Cameron —dijo, y su voz sonaba llena de ternura—, tú eres el que pones la emoción en mi vida; haces conmigo cosas que William ni siquiera soñaría. Pero es mi marido y aunque de vez en cuando nos alejemos siempre seremos una pareja. —Entonces entornó la mirada y añadió—: Probablemente. —Volvió a desplazar la mirada hacia donde él estaba ahora girando lentamente, balanceándose pero en pie—. Bueno, me refiero a que si alguna me contagiara el SIDA le haría un lazo de corbata a la colombiana...

—Ahgg —exclamé yo. Había visto la foto de uno que acabó así; te cortan el cuello y te sacan la lengua por allí. La lengua humana es sorprendentemente larga—. ¿Le has dicho eso?

Ella se echó a reír.

—Sí. Me dijo que si algún día le dejaba exigiría la custodia del Mercedes.

Me di la vuelta, eché un vistazo al Mercedes 300 —ya un poco pasado de moda y demasiado usado— que estaba aparcado en la acera y a continuación me puse a mirar a Yvonne como si la estuviera tasando.

—Me parece bastante justo —dije encogiendo los hombros. Después volví la mirada hacia el agua y seguí bebiendo mi pinta de cerveza. Ella me dio una patada en la rodilla.

Más tarde, cuando estábamos ayudando a William a sacar la moto de agua, llegó por la rampa un grupo de gente bastante escandalosa —todos vestidos con chaquetas de cuero negras con el logotipo de BMW— con un reluciente Range Rover negro y una enorme motora para hacer esquí acuático. Exigieron que todo el mundo despejara la rampa para poder meter en el agua su embarcación, justo en el momento en que la gente que había estado aprovechando la mejor marea para navegar estaba saliendo del río. Su embarcación de tres motores había bloqueado la salida a la carretera y cuando

la gente les pidió que la apartaran el grupo BMW comenzó a discutir. Llegué a oír a uno de ellos asegurar que habían alquilado la rampa del embarcadero.

Durante unos minutos hubo un toma y daca. Conseguimos llevar la moto hasta el remolque pero el Mercedes de William era uno de los coches atrapados en la rampa; trató de razonar con el grupo BMW y finalmente se sentó malhumorado en el coche. Yvonne parecía llevar su furia en silencio hasta que anunció que se iba a la caseta de los salvavidas a comprar algún tipo de recuerdo o algo así.

—Cuando no sepas qué hacer, compra —nos dijo dando un portazo en el coche.

William se quedó sentado con los labios apretados, mirando por el espejo retrovisor cómo la discusión continuaba en la parte más alta de la rampa.

—Cabrones —dijo—. La gente no tiene ni una puta pizca de consideración.

—Es para meterles un tiro —dije yo pensando que sería una buena oportunidad para salir y fumarse un cigarrillo (prohibido fumar en el Mercedes tapizado de cuero color champán).

—Pues sí —dijo William pasando nerviosamente las manos por el volante—. La gente sería un poco más atenta si todo el mundo llevara armas.

Lo miré.

Al final todo se arregló después de mucha confusión y una estela de rencores; el grupo BMW desplazó su embarcación hacia adelante de manera que los coches pudieran acceder a la carretera. Recogimos a Yvonne en lo alto de la rampa, junto a la caseta de los salvavidas de la armada real donde vendían recuerdos para ayudar a financiar los gastos del bote salvavidas.

No parecía haber hecho una gran compra; me tiró una caja de fósforos al entrar en el coche.

—Ahí tienes —me dijo.

Yo me puse a mirar detenidamente la caja de fósforos.

—Guau. ¿De verdad que es para mí?

Miré hacia atrás mientras subíamos a toda velocidad la colina entre los árboles camino a Edimburgo. Volvía a haber jaleo en la rampa; la gente BMW gesticulaba frenéticamente y señalaba los neumáticos de un lado del remolque sobre el que estaba la embarcación de esquí, que ahora parecía inclinada hacia ese lado. Al parecer la cosa se estaba calentando por momentos allí abajo; entonces las hojas de los árboles me taparon la vista y no pude ver nada más. Estoy seguro de que vi cómo alguien lanzaba un puñetazo.

Me di la vuelta y me encontré con el rostro de Yvonne mirando con una sonrisa en dirección al embarcadero. De repente su gesto cambió a una expresión de completa inocencia y volvió a sentarse mirando hacia adelante, tarareando.

Me acordé de cuando Andy y yo vaciamos de aire todas las ruedas del coche de su padre doblando fósforos por la mitad y metiéndolos después en las válvulas de aire. Abrí la caja de fósforos que me había regalado Yvonne, pero no podría jurar si faltaban un par o no.

—Parece que les ha surgido algún problema con su remolque allá abajo —dije yo.

—Me alegro —dijo William.

—Probablemente un pinchazo —dijo Yvonne tras un suspiro. Miró a William—. Nosotros tenemos válvulas de aire de seguridad en este cacharro, ¿no?

William en el bosque, a las afueras de Edimburgo, casi a un tiro de piedra de los terrenos en donde él e Yvonne se han comprado su nueva casa, empuñando una pistola de pintura en otro de esos estúpidos juegos con balas de pintura para adolescentes de todas las edades (los chicos y chicas de su empresa de ordenadores contra la redacción del *Caledonian*). Se me encasquilló mi pistola y William me reconoció y se me acercó riendo y disparándome un tiro detrás de otro mientras yo agitaba los brazos y trataba de agacharme y aquellas bolas amarillas iban haciendo *plaf, plaf*, aplastándose contra mi traje militar de camuflaje alquilado y estrellándose contra la visera del casco que llevaba puesto mientras yo seguía haciéndole señas con los brazos e intentando hacer que funcionara la maldita pistola y él seguía avanzando lentamente sin dejar de dispararme; el cabrón se había comprado su propia pistola de balas de pintura y debía tenerla afinada y a punto; conociendo a William no podía ser de otra forma. ¡*Plaf!* ¡*Plaf!* ¡*Plaf!* Se iba acercando y yo iba pensando: Dios mío, ¿se habrá enterado de lo mío con Yvonne? ¿Lo habrá adivinado? ¿Se lo habrá contado alguien? ¿Lo estará haciendo por eso?

Aunque no era por eso, me jodió bastante que lo hiciera; la verdad es que estaba deseando vengarme de aquel cabrón porque antes de empezar el juego tuvimos una estúpida discusión sobre hasta qué punto *era* positiva la ambición, y William aducía que no era necesario darle muchas vueltas morales al asunto.

—Por supuesto que es positiva —protestaba William blandiendo su pistola de balas de pintura—. Así es como se mide hoy en día la aptitud para la supervivencia. —Nos estaban mostrando el escenario en donde se llevaría a cabo la batalla con banderines señalizadores y barricadas para los jueces y todo ese tipo de cosas—. Es algo *natural* —insistía William—. Es producto de la evolución; cuando vivíamos en cavernas solíamos salir de las cuevas a cazar y el que se traía un mamut o lo que fuera comía la mejor carne y se follaba a las mujeres, y todo eso fue positivo para la raza humana. Ahora se ha vuelto todo un poco más abstracto y el dinero ha sustituido a los animales, pero el principio básico es el mismo.

—Pero la cuestión principal es que no se trataba de individuos solitarios que cazaban —le dije—. Lo principal era la cooperación; la gente trabajaba conjuntamente y obtenía resultados y compartía los despojos.

—De acuerdo —me dijo William—. La cooperación es algo estupendo. Si la gente no cooperara no sería fácil dirigirla.

—Pero...

—Y siempre es necesario que haya dirigentes.

—Pero la ambición y el egoísmo...

—... son los artífices de todo lo que ves a tu alrededor —dijo William volviendo a blandir a su alrededor la pistola.

—¡Exactamente! —exclamé yo extendiendo los brazos—. Capitalismo puro y duro.

—¡Pues sí! ¡Exactamente! —repitió William gesticulando de manera parecida con sus manos. Y nos quedamos allí parados, yo con el ceño fruncido, sin poder creer que William no se diera cuenta de adonde quería llegar yo... y William sonriente pero igualmente sorprendido de que yo no fuera capaz de entender lo que *él* quería decir.

Sacudí la cabeza, lleno de exasperación y alcé mi pistola de balas de pintura.

—Luchemos de una vez —dije yo.

William esbozó una sonrisa.

—Mantengo lo dicho.

De modo que tenía unas ganas enormes de cargarme a aquel cabrón —preferiblemente con la ayuda y cooperación de mis compañeros de equipo para así probar mi argumento—, pero la tecnología de los cojones me dejó tirado y se me encasquilló la pistola y él me tenía a su antojo tirándome balas de pintura, y al final desistí de intentar desencasquillar la pistola e hice un gesto como de tirarle la pistola aunque apenas podía ver porque tenía las gafas protectoras llenas de pintura amarilla, pero él se agachó y se tropezó y acabó sentado sobre un tronco, con las manos en la barriga, muriéndose de risa porque decía que yo parecía un enorme plátano rezumante, justo en el momento en que me di cuenta de que no era que la pistola estuviera encasquillada sino que el seguro estaba puesto. Debí darle un golpe a la pistola o algo así pero me quedaban un par de disparos y hubiera tenido que dispararle a aquel cerdo pero me fue imposible, al menos mientras estuviera allí sentado muriéndose de risa.

—¡Cabrón! —le grité.

Él giró la pistola de pintura alrededor de uno de sus dedos enguantados.

—¡Evolución! —me gritó—. Aprendes un montón de cosas cuando tienes que pasar por una suspensión de pagos. —Y siguió riéndose.

Después, durante el bufé libre que se sirvió bajo unas carpas, se colocó directamente al inicio de la cola diciendo: «¡Vamos, yo no creo en esto de hacer cola!», y cuando una chica que estaba más atrás protestó la convenció con toda clase de artimañas y excusas de que padecía de diabetes, ya ve usted, y necesito comer *en este mismo instante*. Yo me di la vuelta, avergonzado, y miré hacia otra parte.

Seguía dándole vueltas a la cabeza; pensando en todas aquellas veces que había visto a gente que conocía actuar por venganza, o hacer algo vengativo o a escondidas o por resentimiento, o incluso amenazar con hacerlo. Demonios, toda la gente que conozco ha hecho alguna vez algo así pero eso no los convierte en asesinos; creo que McDunn

está loco pero no puedo decírselo tal cual porque si su teoría es equivocada y yo también estoy equivocado al pensar que es algo que tiene que ver con los cinco tipos asesinados en el Lake District hace unos años, entonces solo queda un sospechoso posible, y ese soy yo. El problema es que mi teoría parece cada día más endeble porque McDunn me ha convencido de que se trataba únicamente de una cortina de humo: no existe el tal proyecto Ares, nunca existió, y Smout, que sigue en su celda de Bagdad, no está conectado con los tipos que murieron; se trata de algo que me han ido alimentando como una inteligente teoría conspiratoria, tan solo un modo de hacer que me trasladara a lugares remotos para esperar llamadas y despojarme de cualquier coartada mientras el hombre gorila se dedicaba a hacer cosas horribles con alguien en otro sitio. McDunn deja claro que puedo seguir siendo el asesino; todo esto podría ser una historia que me he inventado. Podría haber grabado yo mismo la voz del misterioso Mr. Archer y redirigir la llamada hasta el despacho cuando yo me encontraba allí. Precisamente encontraron todo el equipo necesario para hacerlo cuando hicieron el registro minucioso de mi piso; un contestador automático, mi PC con su módem incluido; si uno supiera hacerlo no sería difícil montarlo todo, o simplemente seguir intentándolo hasta que saliera.

McDunn parece sincero al querer ayudarme, lo puedo ver, pero él también se encuentra bajo presión; las pruebas circunstanciales contra mí son tan sólidas que la gente que no conoce los detalles del caso se está impacientando por la falta de avance en la investigación. Dejando aparte la jodida tarjeta de visita no existe ninguna prueba forense; ni armas, ni ropas manchadas de sangre y ni siquiera pequeños detalles como pelos o fibras que me involucren con ninguno de los asaltos. Sospecho que tampoco creen que pueda ser identificado por ninguno de los testigos porque si no ya me habrían hecho pasar por una rueda de reconocimiento; pero todo les parece tan obvio: tengo que ser yo. Un periodista de izquierdas se vuelve majareta y empieza a cargarse a derechistas. Al parecer me he perdido algunos titulares mientras he estado aquí. De hecho, ya me perdí un par de titulares interesantes durante los dos días de vacaciones que me tomé; si me hubiera molestado en pasarme por un quiosco después de salir de Strome ferry hubiera visto cómo saltaba a primera página la historia sobre ese tipo —los tabloides decidieron llamarle finalmente «El pantera roja»— que estaba asesinando a unos cuantos pilares fundamentales de la comunidad.

McDunn no quiere acusarme de ningún otro asesinato pero van a tener que tomar una decisión dentro de poco porque se está acabando el tiempo máximo de mi detención preventiva y el ministro del Interior no va a concederles una prórroga; dentro de poco tendré que estar ante un tribunal. Bueno, por fin es posible que consiga un abogado.

Pero sigo aterrorizado, aunque McDunn esté de mi lado, porque puedo ver que ya no alberga muchas esperanzas y porque si lo apartan del caso me tocarán los polis malos, los que tan solo quieren una confesión y que Dios me ayude porque estoy en Inglaterra, no en Escocia, y a pesar de lo de «los siete de McGuire» y lo de «los cinco

de Guildford» siguen sin haber cambiado la ley: aquí todavía pueden condenarte basándose en una confesión no corroborada aunque después te retractes.

Me estoy volviendo paranoico con eso y estoy decidido a firmar lo que sea, pero la verdad es que tengo miedo de haberlo firmado ya cuando llegué aquí el primer día y me pusieron delante un recibo por los efectos personales o una solicitud de ayuda legal o algo así; y me preocupa que me hagan firmar algo cuando esté cansado después de haberme interrogado durante horas en varios turnos y yo esté deseando meterme en la cama y dormir y ellos me digan ah por qué no nos hace un favor a todos y nos firma esto y se va a dormir, venga hombre; no es más que una formalidad que siempre puede negar en el futuro y cambiar de idea, pero está claro que no puedes hacerlo, te están mintiendo y tú no puedes hacerlo; hasta me preocupa la posibilidad de firmar algo cuando estoy dormido o de que me hipnoticen y que lo consigan de ese modo; joder, no tengo ni idea de lo que están tramando.

—Cameron —dice McDunn. Es el quinto día; por la mañana—. Quieren acusarle de todos los asesinatos y asaltos y llevarlo ante el tribunal pasado mañana.

—Oh, por Dios. —Le acepto un cigarrillo; McDunn me lo enciende.

—¿Está seguro de que no se le ocurre nada? —me pregunta McDunn—. ¿Nada de nada? —y vuelve a hacer ese sonido al sorber entre los dientes. Está comenzando a molestarme.

Sacudo la cabeza y me froto la cara con las manos sin importarme que el humo del cigarrillo se me meta en los ojos y en el pelo. Toso un poco.

—Lo siento. No. No, no puedo. La verdad es que he pensado en montones de cosas posibles, pero nada...

—Con que no quiere contármelo, ¿verdad, Cameron? —dice el inspector con tono pesaroso—. Se lo quiere guardar todo dentro; no piensa compartirlo conmigo. —Menea la cabeza—. Cameron, por el amor de Dios, yo soy la única persona que puede ayudarle. Si tiene alguna sospecha, alguna duda, tiene que decírmelo; tiene que darme algunos nombres.

Vuelvo a toser bajando la mirada hacia las losetas del suelo.

—Puede que sea su última oportunidad, Cameron —me dice McDunn en voz baja.

Yo inspiro muy hondo.

—Si se le ocurre alguien, Cameron, quiero que me dé su nombre —dice McDunn—. No será difícil descartarlos como sospechosos enseguida que investiguemos; no vamos a incriminar falsamente a nadie ni a acosar a nadie ni salir con pruebas fabricadas.

Me quedo mirándolo fijamente, todavía inseguro. Todavía tengo la cabeza sostenida entre las manos. Le doy otra chupada al cigarrillo. Me empiezan a temblar los dedos otra vez. McDunn continúa:

—En este caso trabaja gente que son, o eran, agentes muy buenos, muy entregados y entusiastas, pero ahora su único entusiasmo consiste en lograr una acusación formal contra usted por el resto de los asaltos y meterlo en chirona lo antes posible. He logrado convencer a los que mandan de verdad de que soy el hombre indicado para trabajar con usted para tratar de aclarar todo esto, pero soy como el entrenador de un equipo de fútbol, me pueden cambiar en cualquier momento sin aviso previo y valgo lo que valen mis resultados. Por el momento no he conseguido ningún resultado y podrían echarme en cualquier momento. Y créame, Cameron, soy el único amigo que tiene aquí.

Sacudo la cabeza, temeroso de hablar ante la posibilidad de que me dé un ataque de nervios.

—Nombres; un nombre; cualquier cosa que pueda salvarle, Cameron —dice McDunn con paciencia—. ¿Ha pensado en alguien?

Me siento como un trabajador en la Rusia estalinista denunciando a sus camaradas pero digo:

—Bueno, he pensado en un par de amigos míos... —Miro a McDunn para ver cómo lo estoy haciendo. En su ceño fruncido se aprecia cierta preocupación.

—¿Sí?

—William Sorrell, y... bueno, parece una tontería, pero... su mujer, humm, Yvo...

—Yvonne —dice McDunn al tiempo que asiente moviendo la cabeza de arriba a abajo y reclinándose en su silla. Parece triste. Golpea el paquete de cigarrillos una y otra vez sobre la mesa.

No sé qué pensar ni qué sentir. Sí, lo sé: siento náuseas.

—¿Tiene usted una relación con Yvonne Sorrell? —me pregunta McDunn.

Me quedo mirándolo. Ahora sí que *no* sé qué responder.

Él descarta la pregunta con un ademán.

—Bueno, quizá no importe demasiado. Pero hemos estado siguiendo los pasos de Mr. y Mrs. Sorrell. Con discreción, después de saber que eran amigos suyos. —Sonríe—. Uno siempre tiene que dejar abierta la posibilidad de que sea más de una persona, Cameron, especialmente cuando se trata de crímenes dispersos en un territorio tan amplio, y algunos de ellos de tan complicada ejecución.

Yo asiento con la cabeza. Siguiéndolos. Siguiendo sus pasos. Me pregunto qué significará para ellos la discreción. Ahora me entran ganas de llorar de verdad porque acabo de darme cuenta de que, no importa cómo acabe todo esto, la vida ya nunca será igual.

—Al parecer —dice McDunn mientras el paquete de cigarrillos sigue haciendo *tap, tap*—, aunque ambos pasan mucho tiempo fuera de casa, sus movimientos están bastante bien documentados; sabemos con bastante certeza lo que estaban haciendo cuando tuvieron lugar los asaltos.

Vuelvo a asentir con la cabeza con la sensación de que me han desgarrado las

entrañas. Así que los he denunciado y ni siquiera había motivo para ello.

—También pensé en Andy —digo sin apartar la mirada del suelo, evitando los ojos de McDunn—. Andy Gould —especifico, porque aparte de cualquier consideración, Andy pasó conmigo el verano, por la época en que debí perder la tarjeta de visita con mis notas—. Se me ocurrió que podría ser él, pero está muerto.

—Mañana es el funeral —dice McDunn descargando la ceniza en el cenicero y contemplando a continuación el extremo de su cigarrillo. Lo arrastra por la superficie metálica del cenicero hasta que la punta del cigarrillo queda convertida en un cono perfecto, y después fuma lentamente. Mi ceniza se cae al suelo. La hago desaparecer con el pie, sintiéndome culpable.

Dios mío, qué bien me vendría un poco de droga; necesito tranquilizarme, calmarme. Casi me dan ganas de estar ya en la cárcel; al menos allí hay droga por un tubo, si es que me dejan mezclarme con otros internos. Joder, ya me está pasando. Estoy aceptándolo, estoy reconciliándome con la idea. Joder.

—¿Mañana? —digo yo tragándome un nudo en la garganta. Estoy haciendo esfuerzos por no ponerme a llorar y también por no ponerme a toser, porque eso igual me haría llorar.

—Sí —dice McDunn golpeando cuidadosamente el cigarrillo para quitar la ceniza—. Se le incinera mañana, en la propiedad familiar. ¿Cómo se llama el sitio?

—Strathspeld —le digo. Lo miro pero no sabría decir si realmente había olvidado el nombre o no.

—Strathspeld. —Asiente con la cabeza—. Strathspeld. —Le da vueltas a la palabra en su boca como si saboreara un buen whisky de malta—. *Strathspeld on the Carse of Speld*. —Vuelve a sorber aire entre los dientes. Me entran ganas de decirle que vaya a ver a un dentista; ¿hay dentistas especiales para la policía o tienen que ir a los que va todo el mundo con la esperanza de que el dentista no tenga... ningún rencor... ningún rencor oculto contra...?

Un momento.

Espere un jodido momento...

Y entonces caigo.

Es como una mota de polvo que va descendiendo lentamente por el aire y de repente se posa en mi ojo y miro para ver de dónde viene y entonces me cae encima una tonelada de ladrillos; y no hay ninguna duda. Me quedo sentado allí un momento, pensando: No, no puede ser... Pero sí que lo es; no se me va de la cabeza, y no me cabe ninguna duda, y sé perfectamente que estoy en lo cierto.

Lo sé y me entran ganas de vomitar, pero es algo normal ante la certeza de volver por fin a estar seguro de algo. No tengo ninguna prueba y ni siquiera lo entiendo todo, pero lo sé, y sé que tengo que estar allí, que tengo que ir a Strathspeld. Podría pedirles que fueran ellos, que pusieran vigilancia allí, porque estoy convencido de que estará allí, de entre todos los lugares del mundo estará allí. Pero no puedo dejar que se salga con la suya y, lo agarren o no —y no dudo que lo harán—, tengo que

estar allí.

De modo que carraspeo para aclarar la garganta y miro a McDunn directamente a los ojos y digo:

—Muy bien. Tengo otros dos nombres. —Pausa. Me trago un nudo pastoso que tengo en la garganta, Dios mío, ¿voy a ser capaz de decirlo? Sí, sí que soy capaz—: Y además tengo otra información para usted.

McDunn ladea la cabeza. Con el movimiento de sus cejas dice: «¿Ah sí?».

Yo inspiro profundamente.

—Pero quiero que usted me conceda algo.

McDunn frunce el ceño.

—¿Y qué es lo que quiere que le conceda?

—Quiero estar mañana presente en el funeral.

McDunn acentúa su entrecejo fruncido. Echa un vistazo al paquete de cigarrillos y empieza otra vez a darle golpecitos contra la mesa. Sacude la cabeza.

—Creo que no voy a poder concederle eso, Cameron.

—Sí, sí que puede —le digo—. Podrá perfectamente después de que yo le proporcione lo que tengo para usted. —Hago una pausa, vuelvo a inspirar hondo y el aire se me queda prendido de la garganta—. Además, está allí.

McDunn me mira desconcertado.

—¿Y qué es lo que voy a encontrar allí, Cameron?

El corazón se me sale del pecho, tengo las manos apretadas en puños. Trago, con la garganta seca, y al final me brotan lágrimas de los ojos cuando por fin consigo escupir las palabras:

—Un cadáver.

CARSE OF SPELD

Voy corriendo colina abajo, hacia el soleado valle y después subo por el extremo más alejado, y Andy va detrás de mí aplastando matorrales, brezos y helechos. Yo me sacudo las manos para desprenderme de su semen y las voy dejando que rocen contra los arbustos y hojas entre los que paso, quitándomelo así del todo. Andy también va riendo, pero al mismo tiempo me amenaza e insulta.

Corro colina arriba sintiendo algún movimiento por allí y pensando que se trata de algún pajarillo o un conejo o algo así, y casi me doy de bruces con un hombre.

Me detengo. Aún puedo oír a Andy trotando por la colina detrás de mí, abriéndose paso entre los arbustos y lanzándome insultos.

El hombre va vestido con botas de montaña, pantalones de pana marrón y una camisa y cazadora verdes. Lleva una mochila a la espalda. Tiene el pelo rojo y parece furioso.

—¿Qué estabais haciendo ahí abajo, muchachos?

—¿Cómo? ¿Eh? ¿Ah...? —digo yo, y miro hacia atrás y veo a Andy subiendo la colina detrás de mí, deteniendo su paso de repente, y poniendo cara de preocupación al ver al hombre.

—¡Tú! —le grita el hombre a Andy. Su voz me hace pegar un salto. Escondo mi mano pegajosa detrás de mí pues las manchas brillan bajo el sol—. ¿Qué es lo que estabas haciendo ahí abajo con este chico, eh? ¿Qué estabais haciendo? —vocifera mirando a su alrededor. Se pasa los pulgares por las bandas de su mochila y saca el pecho y alza la barbilla—. ¡Vamos! ¿Qué era lo que estabais haciendo, eh? ¡Contéstame, jovencito!

—A usted no le importa —dice Andy, pero su voz es temblorosa. Empiezo a oler algo extraño. Me preocupa que pueda provenir de mi mano pegajosa y temo que el hombre pueda olerlo.

—¡A mí ni se te ocurra hablarme así, jovencito! —le grita el hombre volviendo a mirar a su alrededor. Al hablar escupe.

—Usted no tiene derecho a estar aquí —dice Andy con tono asustado—. Esto es propiedad privada.

—Vaya... no me digas —dice el hombre—. ¿Conque propiedad privada? Y eso te da derecho a hacer marranadas y perversiones, ¿no es así?

—Nosotros...

—Cállate, jovencito. —El hombre da un paso hacia adelante mirando por encima de mi cabeza hacia Andy. Está tan cerca que casi podría tocarlo. Siento el olor cada vez más intenso. Oh, Dios mío, seguro que va a olerlo. Siento ganas de que me trague la tierra, acobardado. El hombre se da en el pecho con el pulgar—. Bueno, te voy a

decir una cosa hijito —le dice a Andy—. Soy policía. —Asiente con la cabeza y da un paso atrás para volver a levantar la barbilla—. Sí señor —dice entornando los ojos—. No me extraña que estés asustado, muchacho, porque te has metido en un lío muy gordo.

Baja la vista hacia mí.

—Vamos, ¡ven aquí!

Da un paso. Yo estoy temblando, clavado en aquel lugar sin poder moverme. Echo un vistazo hacia atrás y veo que Andy duda. El hombre me agarra del brazo y tira de mí.

—¡Te he dicho que vengas aquí!

Me arrastra tras él por el bosque. Empiezo a llorar y trato de librarme forcejeando débilmente.

—¡Por favor, señor, no estábamos haciendo nada malo! —aúllo yo—. ¡De verdad que no estábamos haciendo nada! ¡No estábamos haciendo nada, de verdad que no, por favor! ¡Por favor, déjenos marchar; por favor déjenos marchar, no volveremos a hacerlo, de verdad; por favor, por favor, por favor...!

Vuelvo la mirada entre lágrimas hacia Andy, que nos sigue desesperado entre los matorrales y sin saber qué hacer, mordiéndose un nudillo.

Estamos cerca de la cima de la colina, rodeados de maleza y bajo la liviana protección de unos árboles; el olor es ahora muy intenso y casi no me siento las rodillas. Si no fuera porque el hombre me tiene agarrado por la mano y me arrastra tras él, estoy seguro de que me caería.

—¡Suéltelo! —grita Andy, y me da la impresión de que va a ponerse a llorar como yo. Hace unos minutos parecía tan mayor y ahora parece de nuevo un niño pequeño.

El hombre se detiene, me da la vuelta y me aprieta contra su pecho. Siento su cuerpo caliente detrás de mí y el olor es ahora más fuerte que nunca.

Andy se acerca a unos dos metros de nosotros.

—¡Ven aquí! —vocifera el hombre. Andy da un par de pasos—. ¡Quítate los pantalones! —le dice siseando a Andy—. Vamos; ¡te he visto! ¡He visto lo que estabais haciendo! ¡Quítate los pantalones!

Andy se niega sacudiendo la cabeza y da unos pasos hacia atrás.

Yo empiezo a sollozar.

El hombre me sacude entre sus manos.

—¡Muy bien! —dice. Se inclina hacia mí, lleva sus dedos hacia la cremallera de mis pantalones vaqueros y empieza a intentar bajármela. Yo me resisto y me pongo a aullar pero no consigo soltarme. El olor me rodea; es él, es su sudor, su olor.

—¡Suéltelo, cabrón! —le grita Andy—. ¡Usted no es policía! —No puedo ver lo que está haciendo Andy porque el cuerpo del hombre se interpone, pero entonces Andy le golpea haciendo que se eche para atrás y grita y yo consigo escabullirme y salir corriendo; me voy gateando entre los helechos a cuatro patas y al cabo me

detengo para mirar atrás y veo que el hombre ha agarrado a Andy, está forcejeando con él, obligándole a agacharse, y Andy respira intensamente, gruñe e intenta escaparse—. ¡Cabrón! ¡Déjeme en paz! ¡Usted no es un policía! ¡No es un policía!

El hombre no dice nada; empuja a Andy contra el suelo, aplastado contra los helechos, suelta una mano y golpea a Andy en la cara. Andy se queda inmóvil pero al momento comienza a moverse levemente; el hombre respira frenéticamente y cuando me mira tiene los ojos muy abiertos y fijos en mí.

—¡Tú! —dice a duras penas—. ¡Tú! ¡Quédate ahí! ¡No te muevas de ahí! ¿Me oyes?

El hombre le baja los pantalones a Andy; puedo ver a Andy mirando a su alrededor aturdido. Su mirada se me queda grabada.

—Ayuda —dice con la voz rota—. Cameron... ayuda...

—Con que te llamas Cameron ¿no? —dice el hombre mirándome a la cara y bajándose los pantalones—. Bueno Cameron, pues quédate en donde estás, ¿de acuerdo?

Yo sacudo la cabeza y retrocedo.

—¡Cameron! —aúlla Andy; el hombre sigue forcejeando para bajarle los calzoncillos y Andy intenta escabullirse de debajo de él. Yo tropiezo caminando hacia atrás y casi me caigo; tengo que darme la vuelta para evitar tropezarme y esa vuelta se convierte en una huida y no puedo evitarlo, tengo que escapar; me voy corriendo por el bosque con lágrimas que me queman el rostro, sollozando histéricamente, con la respiración llena de silbidos e hipidos saliendo y entrando, acalorado y desesperado y la garganta amoratada; los helechos me fustigan las piernas y las ramas de los árboles me latigan la cara.

Anoche le di a McDunn los dos nombres, le informé de las respectivas profesiones de ambas personas y después cerré el pico, simplemente me negué a decir nada más sobre ellos o sobre el cadáver. Tuve que soportar mucho sorber entre dientes durante un rato mientras intentaba sonsacarme algo más y aquello llegó a ser hasta divertido dado que fue precisamente ese sorber aire entre los dientes lo que me hizo pensar en eso, lo que hizo que de repente se me ocurriera. ¡El dentista! Me acordé de cuando fui a Kyle, estando en Stromefirry-nofirry, y recordé aquella visión de pesadilla del hombre negro abrasado tras la deflagración —sir Rufus con sus huesos negros, las uñas negras, la madera negra y la mandíbula negra caída y mostrando claramente su historia dental— y entonces pensé: *¿Cómo han identificado a Andy?*

Los nombres que les di funcionaron mejor de lo que esperaba. Ahora puedo empezar a ver una salida. Me siento como Judas, pero al menos hay una salida; quizá no sea una salida muy honorable, pero estos últimos días me he echado un buen vistazo a mí mismo y he acabado reconociendo que no soy un tipo tan maravilloso como me gustaba pensar que era.

A veces me he imaginado en situaciones como esta, he pronunciado discursos mentales, discursos sobre la verdad y la libertad y sobre la protección de las fuentes informativas, discursos que imaginaba proclamar ante los miembros del jurado justo antes de que el juez me sentenciara a una condena de entre noventa días y seis meses o lo que fuera por desacato al tribunal, pero no hacía más que engañarme a mí mismo. Aunque fuera verdad que habría ido a prisión por proteger a otra persona e hiciera hincapié sobre algún punto dudoso de la libertad de expresión, sé que tan solo lo he hecho para tener una buena imagen de mí mismo. Pero soy como cualquier otra persona: egoísta. Si vislumbro un modo de escaparme me escapo, y aunque eso implique una traición no me importa nada.

Además, ya estoy pagando por la traición contándoles lo del cadáver. No prueba nada en sí mismo pero es el modo en que voy a conseguir que me lleven a Strathspeld para asistir al funeral; no tengo más que mirar a McDunn a los ojos y decirle que es la verdad y él sabe perfectamente que es la verdad y me llevará. Creo yo.

Y hasta es posible que mediante este acto de traición pueda librarme finalmente de la carga de horror enterrado en el pasado que me liga a Andy desde hace veinte años, de manera que —habiéndome desprendido de tal ofensa— quede libre para volver a traicionarlo, ahora.

McDunn llega muy pronto esta mañana; estamos en la misma sala de interrogatorios de siempre. El lugar me resulta muy familiar, como una segunda casa, hasta con un punto de confort casero. McDunn está de pie detrás de la mesa, fumando. Me hace una señal con la mano para que me siente, y yo me siento bostezando. La verdad es que por fin he podido dormir bastante bien esta noche; la primera vez desde que llegué aquí.

—Han desaparecido los dos —dice McDunn. Tiene la mirada clavada en la mesa. Le da una calada al B&H.

Me encantaría fumarme ahora un cigarrillo, aunque es temprano y acabo de pasar por la fase de tos matutina, pero McDunn parece haber olvidado sus modales.

—Halziel y Lingary —dice él mirándome a los ojos, y parece verdaderamente alarmado, preocupado y cansado por primera vez; sí, todo ha cambiado aquí en Paddington Green—. Han desaparecido ambos —me dice el inspector con voz temblorosa—. Lingary desapareció ayer y el doctor Halziel hace tres días.

Aparta la silla de la mesa y se sienta.

—Cameron —me dice—. *¿A qué cadáver se refiere?*

Yo sacudo la cabeza.

—Lléveme allí.

Y me quedo sentado como si nada. Por fin siento que tengo la sartén por el mango. Supongo que, en teoría, podría estar mintiendo como un bellaco y tener otra razón para ir a Strathspeld —quizá es que añoro Escocia— pero estoy seguro de que

él sabe perfectamente que no estoy mintiendo y que hay un cadáver; creo que puede verlo en mis ojos.

McDunn respira con excitación y se queda mirándome.

—Usted lo sabe, ¿verdad? Usted sabe quién es. —Sorbe aire entre los dientes—. ¿Es quien me imagino que es?

Yo asiento con la cabeza.

—Sí, es Andy.

McDunn asiente también, apesadumbrado. Frunce el ceño.

—Entonces, ¿quién fue el que encontramos en el hotel? No se ha denunciado ninguna desaparición por la zona.

—Ya llegará —le digo—. Un tipo llamado Howie... no puedo acordarme de su apellido; empieza con una G. Se suponía que tenía que viajar a Aberdeen el mismo día que yo me marché; iba a trabajar en una plataforma petrolífera. Bueno, la cuestión es que algunos de los de la fiesta nos quedamos a tomar una copa en el hotel aquella noche y, al parecer, hubo una pelea; ocurrió después de que yo acabara borracho y me tuvieran que llevar a la cama. Andy me contó que Howie y otros dos tíos del pueblo se abalanzaron contra unos forasteros que estaban de paso y que habían asistido a la fiesta. El poli del pueblo vino y estuvo buscando a Howie. —Extiendo las manos en el aire—. Bueno... y eso es todo lo que me contó Andy, de modo que podría ser todo mentira, pero me apostaría lo que fuera a que hasta ahí todo es verdad. Me imagino que Andy le ofreció refugio a Howie para que se escondiera mientras le buscaba la policía, y todo el mundo piensa que Howie está ahora trabajando en mitad del mar. —Me pongo a tamborilear con mis dedos sobre la mesa mirando el paquete de cigarrillos de McDunn, esperando que pesque la indirecta—. Grissom —le digo a McDunn recordando el nombre de repente. No he podido recordarlo en toda la noche y ahora se me viene a la cabeza simplemente hablando de él—. Ese era su nombre. Howie Grissom; su apellido era Grissom.

Siento un vacío aterrador en mis entrañas. Me tiemblan las manos otra vez y las pongo entre las piernas. Suelto una pequeña risita.

—Hasta llegué a ver al policía del pueblo a la puerta del dentista, el día de la fiesta. En ese momento supuse que el poli estaba allí para que le hicieran un empaste o algo así, pero seguramente era porque Andy debió entrar por la noche y cambiar sus registros dentales.

—En este momento estamos comparando los registros dentales del cadáver que encontramos en el hotel con los registros que se conservan en el ejército —dice McDunn asintiendo con la cabeza—. Sabremos algo esta misma mañana. —Sacude la cabeza—. ¿Y por qué esos dos? ¿Por qué Lingary y el doctor Halziel?

Le explico al inspector las razones; le cuento aquellas otras dos traiciones que padeció en vida; la del oficial al mando que dejó morir a hombres suyos para ocultar su propia incompetencia (o al menos la que le atribuía Andy, que para el caso es lo mismo) y la del doctor suplente que no quería que lo importunaran para visitar a los

pacientes y que, cuando finalmente hizo la visita, estimó que el dolor de su hermana no era nada importante.

Finalmente McDunn me ofrece un cigarrillo. Ah, qué delicia. Lo acepto y le doy una calada hasta el fondo, tosiendo un poco a continuación.

—Me imagino —le digo— que ahora está convirtiendo todo esto en algo más personal porque sus objetivos habituales están en guardia después de los otros asesinatos. —Me encojo de hombros—. Y quizá haya adivinado que yo seré quien le ponga a usted tras su pista, o que a lo mejor lo adivinan ustedes por sí mismos, de manera que se va a dedicar a ajustar las cuentas que le quedan antes de que se acabe todo y antes de que avisen a los que quedan.

McDunn está mirando al suelo y dándole vueltas al paquete dorado de B&H una y otra vez sobre la mesa. Menea la cabeza. Tengo la impresión de que está completamente de acuerdo con lo que acabo de decir pero que sacude la cabeza al considerar hasta dónde pueden llegar la maldad y el rencor humanos. En cierto modo siento una extraña compasión por McDunn.

Hay una pausa durante la cual un guardia nos trae una taza de té a McDunn, a mí y al hombre que está en la puerta.

—Bueno, inspector detective —digo arrellanándome en mi silla. Joder, ahora estoy empezando a disfrutar esto, a pesar de la desagradable sensación que me recorre el cuerpo—. ¿Vamos a ir allí o no?

McDunn se mete los labios en la boca y pone cara de no saber qué hacer. Asiente con la cabeza.

Me tropiezo con algo entre los helechos y doy una vuelta en el aire al perder pie, cayendo finalmente de espaldas en el suelo. Me quedo allí tirado, jadeante, aterrorizado de que el hombre venga por mí mientras estoy en el suelo indefenso; entonces oigo un grito.

Me pongo en pie.

Busco lo que me ha hecho tropezar; una rama caída, del tamaño aproximado del brazo de un hombre. Me quedo mirándola, dejándome caer mentalmente a través de los años hasta aquel día helado junto al río.

Trae una rama.

De nuevo se oye el grito.

Trae una rama.

Sigo mirando la rama; es como si mi cerebro me chillara dentro de mi propia cabeza y no sé qué otra cosa estará oyendo pero la cuestión es que no lo escucha; mi cerebro está gritándome: ¡Corre! ¡Corre! pero el mensaje no llega a su destinatario, hay alguna interferencia en el camino, otra cosa que atrae mi atención, que me atrae hacia Andy y hacia aquel río helado; oigo a Andy pidiendo ayuda y sigo viéndolo alargando el brazo hacia mí, a punto de desaparecer bajo el agua y no puedo hacer

nada... pero sí que puedo, esta vez sí puedo; puedo hacer algo y lo haré.

Agarro la rama y la arranco del suelo, metida entre tierra y helechos. Me pongo a correr por donde he venido sosteniendo la rama delante de mí con ambas manos. Puedo oír los sonidos apagados de Andy; por un momento pienso que tal vez los he perdido o los he pasado de largo; entonces los veo, casi delante de mí. El hombre se mueve arriba y abajo encima de Andy con su trasero que se ve enorme y blanco contra el verde de los helechos; aún lleva encima la mochila y da una impresión extraña, terrorífica y cómica al mismo tiempo. Tiene una mano aferrada fuertemente a la cara de Andy; no puede verme desde donde está, con un mechón de cabello pelirrojo cayéndole sobre una oreja. Alzo la rama con ambas manos sobre mi hombro al tiempo que corro hacia ellos, salto sobre un pequeño matorral y entonces, al aterrizar a su lado descargo la rama con todas mis fuerzas. El tremendo golpe cae sobre la cabeza del hombre con un sonido apagado, hueco, desplazando su cabeza hacia un lado; él emite un gruñido y comienza a levantarse, entonces se desploma y se queda inmóvil. Yo lo miro desde arriba.

Andy está resollando, sin aliento; sale de debajo de aquel hombre; tiene sangre por detrás. Aparta al hombre de una patada; el hombre se queda de lado y, a continuación, vuelve a caer sobre su rostro emitiendo un gemido.

Andy resopla tratando de que llegue aire a sus pulmones mientras me mira fijamente; se sube los pantalones, levanta la mano y me quita la rama. La levanta sobre su cabeza y la deja caer asestando un golpe en la cabeza del hombre; una, dos, tres veces.

—¡Andy! —le grito. Él vuelve a levantar la rama y la deja caer. Se queda allí, tiritando, y a continuación se abraza a sí mismo, la barbilla contra el pecho, la mirada clavada en el hombre y la cabeza y todo su cuerpo temblando.

La sangre brota de la nuca de aquel hombre, entre su cabello rojo.

—¿Andy? —le pregunto. Acerco mi mano hacia él pero se aparta.

Ambos nos quedamos en silencio mirando a aquel hombre y la sangre que se derrama por su cabello pelirrojo.

—Creo que está muerto —musita Andy.

Alargo mi mano temblorosa y doy la vuelta al hombre. Tiene los ojos medio abiertos. No parece que respire. Sostengo una de sus muñecas un rato para ver si tiene pulso.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunto mientras dejo caer al hombre sobre su rostro de nuevo. La luz del sol gotea la hierba y los helechos que nos rodean. Los pájaros pían en las copas de los árboles y puedo oír a lo lejos el ruido del tráfico de la carretera principal, atravesando el bosque.

Andy está en silencio.

—Será mejor que se lo digamos a alguien, ¿no crees? ¿Andy? Mejor que se lo contemos a alguien ¿no? Mejor que se lo digamos... que se lo digamos a tu madre y a tu padre. Tendremos que contárselo a la policía; aunque él sea... aunque él fuera...

bueno, ha sido en defensa propia, así lo llaman, ha sido en defensa propia. Él, él, él, él intentó matarnos, matarnos; fue en defensa propia, podemos decir eso, la gente nos creerá, fue en defensa propia; defensa propia.

Andy se vuelve hacia mí con la cara rígida y pálida.

—¡Cállate de una puta vez!

Yo me callo. No puedo parar de temblar.

—Bueno, ¿y qué vamos a *hacer* entonces? —me quejo yo.

—Yo sé lo que tenemos que hacer —dice Andy.

Un Ford Granada de incógnito me lleva hasta Heathrow. Londres en una luminosa mañana de noviembre. Gente y coches y edificios y tiendas. Veo pasar la vida real por el exterior, como si se tratara de una película de ciencia ficción; no puedo creer cuán ajeno me resulta todo, cuán extraño y extranjero. Tengo una extraña sensación de pérdida y de añoranza. Veo a los hombres y mujeres cruzando las calles o sentarse en sus coches y camionetas y autobuses y camiones, y su libertad me parece de un valor inestimable, exótica y, vicariamente, embriagadora. Poder caminar, o conducir adonde quieras; Dios mío, he estado apartado de esto durante más de una semana y ya me siento como alguien que saliera a la calle después de treinta años.

Y también sé que toda esa gente no se siente libre, sé que todos andan con prisas de acá para allá preocupados por sus trabajos o sus hipotecas o porque llegan tarde o por una bomba del IRA en el cubo de basura más próximo, pero los observo y tengo una enorme sensación de pérdida porque creo que he renunciado a todo esto; a la cotidianidad de la vida, a la posibilidad de ser parte de ella y de tomar parte en ella. Conservo la esperanza de que, a pesar de que ahora todo lo veo como un drama, al final todo volverá a su cauce, y será como antes de toda esta atrocidad, pero lo dudo. Tengo la sensación de que, aunque todo salga lo mejor posible para mí, mi vida ha cambiado completamente y para siempre.

Pero bueno, a tomar por culo; por lo menos he vuelto al mundo real y con un mínimo de control.

Me han esposado discretamente al sargento Flavell —McDunn guarda la llave— y contamos con un par de fornidos policías de paisano que sospecho que nos acompañan simplemente para cubrir las apariencias, pero parece que ya no recae la presión sobre mí. No creo ser ya el sospechoso número uno; me parece que McDunn me cree por fin y me conformo con eso. El desafortunado capitán —ascendido posteriormente a comandante (retirado)— Lingary y el doctor Halziel me han hecho un gran favor al desaparecer tan misteriosamente. Trato de no pensar en lo que Andy les puede estar haciendo. Y hago un esfuerzo mayor por no pensar lo que podría hacerme a mí si tuviera oportunidad.

Estamos pasando por la sección elevada de la autopista M4, en donde tantos camiones se quedan tirados, cuando se recibe una llamada para McDunn; toma el teléfono, escucha, sorbe a través de sus dientes un momento y dice:

—Gracias. —Cuelga el teléfono y se vuelve a mirarme—. Los registros del

ejército —me informa. Se vuelve de nuevo para mirar hacia la autopista mientras pasamos por el tráfico de última hora de la mañana—. El cuerpo que se encontró en el hotel no era el de Andrew Gould.

—¿Confrontaron los informes dentales con los de Howie? —le pregunto.

McDunn asiente con la cabeza.

—Coinciden con los de Gould. Pero no completamente; se le practicaron intervenciones desde entonces, pero dicen que están seguros en un noventa y nueve por ciento. Fueron cambiados.

Vuelvo a recostarme en el asiento con una sonrisa; por un momento siento un bienestar en el estómago que desplaza todo el malestar que he sentido hasta entonces. Por un momento.

McDunn llama por teléfono a alguien de la policía de Tayside y les dice que se pongan en contacto con los Gould y que suspendan el funeral.

Comida para cinco a 35.000 pies de altura, y después aparece Edimburgo desde el aire: majestuosamente gris y un poco brumoso. Aterrizamos pasada la una en punto y nos metemos directamente en un Jaguar de la policía. El XJ acelera en dirección norte por el puente de la autopista, sin las luces ni la sirena, pero le metemos caña y se convierte en el viaje más alucinante que jamás he hecho por una puta autopista; como si el coche estuviera protegido por un escudo invisible que lo librara de cualquier problema con otros coches de policía de incógnito y *joo-der* el tráfico se evapora frente a nosotros, tío, solo tienes que frenar (y a veces bambolearte un poco cuando el que conduce tiene un momento de pánico y la sensación de ¿dónde está mi estómago?) y girar levemente hacia la izquierda para volver a frenar; no has visto en tu vida un BMW macizo de la serie 5 apartarse tan rápidamente; igual que si fuera un dos caballos. Es una maravilla.

Cada uno coge una pierna y arrastramos al hombre boca abajo a través de los helechos hacia el extremo nordeste de la colina. Sus pantalones de pana siguen enrollados en sus tobillos y se nos hace difícil, con lo que tenemos que detenernos y darle la vuelta y subirle los pantalones y abrocharle un botón. Ahora tiene la polla pequeña y una costra de sangre coagulada por encima. Seguimos arrastrándolo bajo los árboles; en su otra mano Andy todavía sostiene la rama con la que le hemos golpeado.

Llegamos a una espesura bajo los árboles; un macizo de rododendros y zarzas. Andy limpia un poco el suelo de maleza y arrastramos al hombre por debajo de las espinas y los frutos de las zarzas y de las relucientes hojas de los rododendros hasta meterlo en la verde tiniebla; su mochila se enreda entre las zarzas y Andy se la quita y la lanza delante de nosotros.

Llegamos al macizo cilindro de piedra desnuda; la segunda de las dos chimeneas que salen del antiguo túnel del tren que pasaba bajo la montaña.

Ya hemos conseguido un buen tiempo cuando pasamos de la autopista a la carretera. Cuando vas en un coche policía la gente *te ayuda a que los adelantes*. Increíble. Casi me dan ganas de ser conductor de un coche patrulla en lugar de periodista; es una conducción tan suave... Y sin embargo, quizá eso mismo le reste gran parte del aspecto deportivo.

En Gilmerton, en donde solían estar aparcados los tres Fiat 126 hay ahora un Sapphire Cosworth naranja y blanco agazapado en el arcén justo en la intersección; nos hace luces al pasar. Hay otro coche patrulla en la desviación hacia Strathspeld.

—Parece que somos importantes, ¿no? —le digo a McDunn.

—Humm —es todo lo que contesta.

Llegamos al pueblo. Echo un vistazo a nuestra antigua casa; los arbustos y los árboles han crecido. Antena parabólica. Invernadero a un lado. Veo al pasar tiendas y casas que me resultan muy familiares; La que fue tienda de regalos de mamá (ahora una tienda de vídeo); el pub Arms, en donde me tomé mi primera cerveza; el antiguo taller de reparaciones de papá, todavía en funcionamiento. Otro coche de policía, aparcado en la pradera que da al pueblo.

—¿Estarán los Gould en su casa? —pregunto.

McDunn niega con la cabeza.

—Están en ese hotel que acabamos de pasar.

Es un alivio. No sabría qué decirles si los viera. Hola; la buena noticia es que no maté a su hijo, de hecho, no está muerto, pero la mala noticia es que su hijo es un asesino en serie.

Cinco minutos más tarde llegamos a la casa.

El círculo de grava que hay frente a la entrada de la casa parece el aparcamiento de una convención de polis. Oigo un estruendo en el aire cuando McDunn sale del Jaguar y alzo la vista por encima de los árboles hasta el cielo brillantemente nublado. No me jodas; se han traído hasta un helicóptero.

McDunn se pone a hablar con unos altos mandos de la policía en las escalinatas del porche de entrada. Le echo un vistazo a aquella casa que me trae tantos recuerdos; los quicios de las ventanas se han pintado, los lechos de flores parecen descuidados. Todo lo demás sigue igual; no he vuelto a esta casa desde aquel día, una semana después de la muerte de Clare, y sigue provocándome la misma impresión de turbio desmoronamiento de siempre.

McDunn vuelve al coche, mira a Flavell y le hace una seña. Salimos y seguimos a McDunn hasta el interior de la casa.

Adentro tampoco ha cambiado casi nada; sigue prácticamente igual y huele como siempre: suelos de parqué pulido, suntuosas alfombras deslustradas, muebles muy viejos de todo tipo, montones de plantas de interior por todas partes y paisajes y retratos insulsos colgando de las paredes de madera. Pasamos bajo el arco de la escalera principal y entramos en el comedor. Aquello está lleno de polis; hay un mapa de la propiedad sobre la mesa del comedor que casi la cubre. McDunn me presenta a

los otros agentes. Nunca he soportado tantas severas miradas de sospecha en toda mi vida.

—Bueno... ¿y dónde está ese cadáver? —pregunta uno de los muchachos uniformados de Strathclyde que está presente porque son los que han alquilado el helicóptero.

—Sigue aquí —le digo—. A diferencia... a diferencia del hombre que están buscando. —Miro a McDunn, el único rostro amigo que tengo aquí y el único a quien puedo mirar sin sentirme como un niño que se ha meado en los pantalones—. Yo creía que la idea consistía en dejar que el funeral se desarrollara tal como estaba planeado, o al menos hacer ver que todo era normal; él iba a venir aquí. Lo podrían haber apresado aquí.

El rostro de McDunn da la correcta impresión de quedarse impertérrito ante mis palabras.

—Se pensó que quizá no sería la manera más aconsejable de proceder en este caso —dice sonando por primera vez como un portavoz de la policía.

Se percibe entonces una sensación de tráfago entre los uniformes negros bien cortados que llenan la habitación y tengo la impresión, por el ambiente que se respira y por el intercambio de algunas miradas, de que se trata de un tema controvertido.

—Seguimos esperando que aparezca ese cadáver —dice el hombre con el brazalete de Tayside, que son los que se encargan oficialmente del caso—. Mr. Colley... —añade...

Yo miro el mapa de la finca.

—Se lo mostraré. —Y se lo digo—. Van a necesitar una palanca... o algo por el estilo, unos cincuenta metros de cuerda y una linterna. Y quizá no esté de más una bolsa muy grande.

Andy llega hasta el enrejado que tapa la chimenea del respiradero y tira de él.

—Este se puede levantar —gruñe; su voz sigue temblorosa.

Le ayudo; alzamos un lado del herrumbroso enrejado entre ambos pero el otro extremo está sujeto por un pasador de hierro y no podemos continuar.

Andy agarra la rama con la que golpeamos al hombre y la coloca bajo el extremo del enrejado que hemos conseguido levantar; parte de la rama se raja pero hay un nudo en donde había otra rama más pequeña y el enrejado se queda sujeto allí, aproximadamente a un metro del borde de piedra.

Andy lanza la mochila por el respiradero y a continuación se agacha y carga al hombre por debajo de una axila para intentar levantarlo.

—¡Venga, ayúdame! —me susurra.

Aupamos al hombre, apoyando su espalda contra la chimenea de piedra del respiradero, con la cabeza caída sobre su pecho. En las piedras de la chimenea van quedando unas manchas de sangre. Andy agarra las pantorrillas del hombre bajo sus

axilas y lo levanta; yo me pongo debajo del hombre y empujo por sus hombros hacia arriba; su cabeza cae inane dentro de la chimenea de piedra, por debajo del enrejado. Ambos empujamos y lo alzamos con esfuerzo y los hombros del viejo rascan el borde de la chimenea; sus brazos se alzan y pasan por encima al tiempo que Andy va empujando entre bufidos, con los pies que se le resbalan entre las hojas húmedas y la tierra. Yo alzo el trasero del hombre empujando con todas mis fuerzas. Los pantalones se quedan enganchados en la piedra y empiezan a bajársele otra vez, y en ese momento la rama que sostiene el enrejado se desplaza y el enrejado de hierro cae instantáneamente aplastando el pecho del hombre.

—Mierda —resopla Andy.

Nos esforzamos por levantar otra vez el enrejado y apalancar la rama de nuevo. La cabeza del hombre se balancea en el hueco del respiradero, suspendida en lo alto. Le empujamos por las piernas pero se doblan en las rodillas de modo que tenemos que levantarlas por encima de nuestras cabezas al tiempo que empujamos para mantenerlas rectas y entonces, mientras seguimos empujando y los pantalones se le van bajando de nuevo sus brazos caen finalmente dentro del respiradero y entonces resulta más fácil empujarlo. Se nos escapa de las manos y empieza a caer dentro del respiradero con un sonido rasposo. Los pantalones se le apelonan en los tobillos hasta teparle las botas y desaparece por el borde de la chimenea con un último golpe hacia arriba que da en el enrejado haciendo que salte la rama y caiga el enrejado con un estruendo. La rama se cuelga por el enrejado y cae al interior del respiradero detrás del hombre.

Nos quedamos inmóviles un par de segundos. Después oímos —a no ser que ambos lo imaginemos— un retumbar apagado y lejano. Andy reacciona inesperadamente y se lanza hacia la boca de la chimenea. Se pone a mirar por el enrejado hacia la oscuridad.

—¿Lo puedes ver? —le pregunto.

Andy sacude la cabeza.

—Pero vamos a coger unas ramas de todos modos —dice.

Conseguimos dejar abierto el enrejado sosteniéndolo con otra rama y nos pasamos media hora recogiendo ramas caídas y troncos por toda aquella zona de la colina, arrastrándolos hasta aquel espeso matorral y lanzándolos al interior del respiradero; arrancamos ramas muertas de los árboles y arbustos y tiramos y arrancamos ramas verdes de otros; arrastramos con las manos montones de hojarasca y los tiramos por la boca de la chimenea; todo va cayendo bajo el enrejado y dentro del respiradero. Seguimos sin poder distinguir nada allá abajo.

Al final metemos una enorme rama plagada de otras ramas con muchas hojas —prácticamente medio arbusto— y se queda encallada un par de metros más abajo y entonces paramos, sin aliento, sudando, temblando de agotamiento y de conmoción retardada. Dejamos caer de golpe el enrejado, empujando a la oscuridad la última rama y atrapando otras ramas que se habían quedado en el borde de la chimenea. Nos

quedamos sentados sobre las hojas muertas que hay al pie del respiradero, con las espaldas apoyadas contra la piedra.

—¿Estás bien? —le pregunto a Andy.

Él asiente con la cabeza. Extiendo una mano hacia él pero vuelve a apartarse.

Nos quedamos sentados allí un rato pero yo sigo mirando hacia arriba y poco a poco me voy aterrorizando con la idea de que el hombre no esté muerto del todo o de que se haya convertido en un zombie y esté escalando por el respiradero y la chimenea hacia nosotros y que empuje el enrejado y saque sus manos putrefactas y nos agarre por el pelo. Me pongo de pie y miro a Andy. Todavía me tiemblan las piernas y la boca se me ha puesto pastosa.

Andy también se levanta.

—¿Un baño?

—¿Cómo?

—Vamos... —Andy traga un nudo en la garganta—. Vamos a bañarnos. Al lago, en el río. —Vuelve la mirada hacia las piedras del respiradero.

—Venga —digo yo tratando de parecer animado y despreocupado—. Vamos a bañarnos. —Me miro las manos, arañadas y sucias. Todavía me tiemblan—. Buena idea.

Salimos gateando de entre los matorrales a la luz de un día esplendoroso.

Pasan unos minutos, quizá no más de tres o cuatro, en que mi existencia se ve arremolinada entre una confusa tormenta de esperanza, alegría, incomprensión y terror, mientras no encuentran ningún cadáver al fondo del respiradero.

Llegamos hasta aquí caminando por jardines y bosques, pasando por la colina en donde Andy y yo nos tendíamos bajo el sol hace tantos veranos, atravesando el pequeño valle, ascendiendo entre arbustos y marrones helechos marchitos hasta los árboles y la cima de la pequeña colina. Soplaba un viento húmedo del oeste que estremecía las ramas desnudas de los árboles y ocultaba el sonido de la carretera a lo lejos.

En total somos más de veinte personas, incluyendo a unos seis agentes que llevan todo el equipo de escalada. Yo sigo unido al sargento Flavell. Creí ingenuamente que montarían una discreta operación para atrapar a Andy en su propio funeral; imaginé a los polis agazapados tras la maleza, susurrando en sus radiotransmisores, cerrando gradualmente el círculo. Y en lugar de eso hemos formado una cuadrilla que avanza en tropel aplastando la maleza en busca de un cadáver.

Con la salvedad de que no hay tal cadáver. Les digo que sí está; les digo que hay el cadáver de un hombre en el fondo del respiradero y me creen. Les lleva un tiempo conseguir abrirse paso hasta la chimenea del respiradero, cortando ramas de rododendros y arrancando arbustos y maleza; a continuación levantan el enrejado de hierro por encima de la chimenea sin ningún problema y uno de los polis más

jóvenes, con un mono de trabajo y un casco de espeleólogo, se pasa la soga alrededor del cuerpo —una auténtica soga de escalada que llevaban en el maletero de uno de los Range Rovers— y se descuelga hacia la oscuridad.

McDunn tiene el oído pegado a un pequeño radiotransmisor.

Suena como un chisporroteo en el aparato.

—Hay muchas ramas —comunica el policía que está colgado de la soga. Y después—: Seguid bajándome hasta el final.

El helicóptero hace un sonido ensordecedor por encima de nosotros. Cuando oigo que el tipo que está en el respiradero dice: «Nada por aquí», me pongo a pensar en dónde se habrá metido Andy.

—¿Cómo?

—Solo un montón de ramas y de porquería —dice el poli.

McDunn no reacciona. Yo sí; me quedo mirando fijamente la radio. ¿Qué está diciendo? Me siento aturdido. Es verdad que ocurrió. Lo recuerdo. Siempre lo he tenido presente, desde entonces no me lo he quitado de la cabeza. Sé que ocurrió. Siento como si el bosque diera vueltas en torno a mí; quizá si no siguiera esposado al sargento me desplomaría en el suelo. (Y recuerdo al hombre diciendo, puedo recordar perfectamente su voz, puedo volver a oírlo decir: «¡Soy un *policia!*!»).

Algunos de los otros policías que están alrededor del respiradero parecen preocupados.

—Espere un segundo —dice el poli que está en el túnel.

El corazón me retumba. ¿Qué habrá encontrado? No sé si deseo que lo encuentre —el cadáver— o no.

—Aquí hay una mochila —comunica la voz por el radiotransmisor—. Una mochila bastante grande, marrón... parece que está llena. Bastante vieja.

—¿Algo más? —pregunta McDunn.

—Tan solo las ramas... No puedo ver el final del túnel en ninguna dirección. Un reflejo de luz a lo lejos... en dirección este.

—Es el otro respiradero —le digo a McDunn—. En esa dirección. —Señalo.

—¿Quiere que eche un vistazo, señor?

McDunn mira al jefe de policía de Tayside, que asiente con la cabeza.

—Sí —dice McDunn—, si está seguro de que no hay peligro.

—Bastante seguro, creo, señor. Sin problemas.

McDunn me mira. Sorbe aire entre los dientes. Yo evito las miradas de los otros polis. McDunn alza levemente las cejas.

—Estaba allí —le digo—. Fuimos Andy y yo. El tipo nos atacó; abusó de Andy. Le golpeamos con un tronco. Se lo juro.

McDunn no parece estar muy convencido. Echa un vistazo desde la boca de la chimenea de piedra al interior del respiradero.

Yo sigo medio aturdido. Me apoyo con una mano en la chimenea del respiradero para no perder el equilibrio. Por fin han encontrado la mochila. Dios mío, *ocurrió* de

verdad; no fue una alucinación. El tipo ya estaba probablemente muerto cuando lo dejamos caer por el respiradero —bueno, en ese momento supusimos que lo estaba, aunque con el paso del tiempo empecé a tener mis dudas— pero aunque no lo estuviera, *debió* matarse al golpear el fondo del túnel; por lo menos hay treinta metros.

¿Cabe la posibilidad de que desde entonces Andy pensara que el cadáver no estaba bien escondido y volviera y lo sacara de allí; que lo izara, se lo llevara y lo enterrara en otro sitio? Nunca volvimos a hablar de aquel día y jamás volvimos a acercarnos al viejo respiradero del túnel; no sé lo que hizo desde entonces, pero siempre supuse que haría lo mismo que yo y que trataría de olvidar todo aquello, como si nunca hubiera ocurrido.

Negarse a aceptar los hechos. Joder, a veces es lo mejor que se puede hacer.

—¿... vía me oye? —chisporrotea el radiotransmisor.

—¿Sí? —dice McDunn.

—Lo he encontrado.

Tardarán un rato en sacar el cadáver de allí; tienen que bajar a más gente para sacar fotografías; el rollo de siempre. La mayoría regresamos a la casa. No sé cómo coño sentirme. Por fin se acabó todo, ya está, la gente lo sabe, otra gente lo sabe; la policía lo sabe, ya no es algo entre Andy y yo, es algo público. Siento cierto alivio, pase lo que pase, pero sigo teniendo la sensación de que he traicionado a Andy, a pesar de lo que haya hecho.

El cadáver de aquel hombre estaba bajo el otro respiradero. El pobre diablo debió arrastrarse hasta allí, a unos cien metros de distancia, hasta la segunda mancha de luz; nuestra brillante idea de lanzar ramas encima no sirvió de nada pues durante todos estos años solo habría sido necesario que vinieran otros niños y lanzaran teas o papeles ardiendo en el otro respiradero para descubrir el cadáver. Creen que ya había un montón de ramas en el fondo del respiradero cuando arrojamos al tipo por la chimenea; según el joven poli que bajó primero parece que aquello amortiguó su caída y después fue arrastrándose. Aun así no me cabe en la cabeza cómo pudo sobrevivir a aquella caída; Dios sabe cuántos huesos se rompería, cómo debió sufrir, cuánto tiempo debió pasar arrastrándose hasta la otra débil mancha de luz; cuánto tiempo tardó en morir.

En parte me da pena, a pesar de lo que intentó hacer, de lo que hizo. Quién sabe, quizá habría acabado matando a Andy o matándonos a ambos, pero nadie merece morir de esa manera.

Pero por otra parte estoy feliz y contento de que pagara así por lo que hizo, de que en el mundo hubiera por una vez justicia poética y que el malhechor recibiera su castigo... y eso también me entristece y me pone enfermo porque me da la impresión de que esa debe ser precisamente la única visión del mundo que cabe en la mente de

Andy.

Es extraño para mí estar en Strathspeld, en su casa, y no haber visto a Mr. y Mrs. Gould. Ya se han marchado algunos policías; ahora solo quedan diez coches y furgones de policía aparcados en el camino de gravilla de la entrada. El helicóptero se fue a repostar, volvió y estuvo zumbando algún tiempo antes de regresar a Glasgow. Al parecer habían montado controles de policía en todas las carreteras y caminos de los alrededores y rastrearon toda la propiedad. Todo bajo control.

Ya en la casa, en la biblioteca, le cuento al inspector detective de Tayside todo lo que ocurrió aquel día, hace veinte años. McDunn también asiste a mi declaración. No me resulta tan doloroso como pensaba. Lo cuento tal como ocurrió, desde que salimos corriendo colina arriba y nos topamos con el hombre; no cuento lo que Andy y yo estábamos haciendo antes de eso ni las palabras del hombre sobre nuestras cosas sucias y perversas. No puedo contar eso ante McDunn; sería como confesárselo a mi padre. La verdad es que preferiría no contárselo a nadie, no tanto por vergüenza (me digo a mí mismo) como porque es algo muy íntimo; una última cosa que puedo ocultar y que quedará para siempre entre Andy y yo, dejándome sentir que al menos hay una cosa en la que no le he traicionado completamente.

El sargento Flavell ha sido dispensado de estar esposado a mi muñeca para poder tomar notas; ahora estoy unido a mí mismo, con las muñecas esposadas. Los antiguos y venerables volúmenes encuadernados en piel de la biblioteca familiar de los Gould asisten desde lo alto a la sucia historia que voy desgranando con el desagrado de rigor en estos casos. Afuera cae la noche.

—¿Creen que se van a presentar cargos contra mí? —les pregunto a los dos inspectores. Ya estoy informado de que no hay un límite de tiempo entre la comisión de un crimen y ser acusado formalmente de tal crimen.

—No soy quién para decirlo, Mr. Colley —afirma el tipo de Tayside mientras recoge su libreta de notas y su grabadora.

McDunn retuerce la comisura de los labios; sorbe aire entre los dientes y, no sé por qué razón, me siento esperanzado.

Han pedido comida al pub Strathspeld Arms; la misma comida que habrían tomado los asistentes al funeral. Nos reunimos un montón de gente a comer en el comedor de la casa. Yo estoy esposado a uno de los musculitos de Londres y ambos tenemos que comer con una mano. La verdad es que tenía esperanzas de que a estas alturas me hubieran quitado ya las esposas, pero supongo que piensan que el cadáver del respiradero no prueba nada en sí mismo, y que Andy podría seguir muerto, o que podría estar vivo y haber raptado (él u otra persona) a Halziel y a Lingary para tener unos rehenes con que protegerme.

McDunn se acerca a mí mientras yo recojo en mi plato unos pedazos de quiche con el tenedor.

Se acerca a mí, le hace una señal con la cabeza al musculitos y abre las esposas.

—Venga conmigo —me dice metiéndose las esposas en el bolsillo. Yo me limpio la boca con una servilleta y lo sigo hacia la puerta.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

—Es para usted —dice mientras sigue avanzando por el vestíbulo hacia el teléfono, que está descolgado sobre la mesa y al que un agente le está conectando un pequeño dispositivo en forma de ventosa al auricular; un cable conecta la ventosa a un Walkman. El agente pone en marcha la grabadora. McDunn me mira antes de detenerse frente al teléfono y señalármelo con un movimiento de cabeza—. Es Andy.

Me pasa el teléfono.

LOSA

—¿Andy?

—Hola Cameron.

Es su voz, educada y comedida; hasta este momento todavía albergaba una mínima posibilidad de que estuviera muerto. Me estremezco y se me ponen de punta los pelos de la nuca. Me apoyo contra la pared mirando a McDunn, que está a un metro de mí con los brazos cruzados. El agente que conectó el Walkman al teléfono le pasa a McDunn unos pequeños auriculares conectados a la grabadora. McDunn escucha.

Yo me aclaro la garganta.

—¿Cómo te va, Andy?

—Perdona que te haya metido en esto —dice con el tono más natural del mundo, como si se disculpara por haber hecho un comentario impertinente o por haberme concertado una cita a ciegas con una chica insoportable.

—¿Sí? ¿En serio?

McDunn hace un movimiento circular con una mano; continúe. Joder, otra vez estamos en las mismas. Ahora quieren que siga hablándole para localizar el origen de la llamada. Otra traición más.

—Bueno, pues sí —dice Andy como si él mismo se sorprendiera de sentir verdaderamente lo que ha hecho, aunque no demasiado—. Me siento un poco mal por todo esto, pero al mismo tiempo creo que te lo mereces. No es que creyera que tenías que ir a la cárcel por eso; no te cargaría con esa condena, pero... bueno, quería que sufrieras un poco. Supongo que encontraron la tarjeta que dejé en el bosque cerca de la casa de sir Rufus.

—Sí, la encontraron. Gracias, Andy. Sí; fantástico. Creía que éramos amigos.

—Y lo éramos, Cameron —dice sonando razonable—. Pero huiste, en dos ocasiones.

Yo suelto una leve risa llena de desesperación mientras vuelvo a mirar a McDunn.

—La segunda vez volví.

—Sí, Cameron —dice, y su voz suena ahora muy tranquila—. Por eso estás vivo ahora mismo.

—Oh, muchas gracias.

—Pero de todas formas, Cameron, sigues siendo cómplice. Tuviste tu parte de responsabilidad en aquello. Como yo; como todos nosotros. Todos somos culpables, ¿no crees?

—¿De qué estás hablando? —le pregunto frunciendo el ceño—. ¿Del pecado original? ¿Es que te has vuelto católico o algo así?

—Oh, no, Cameron; creo que nacemos libres de pecado y de culpa. Solo que al final todos acabamos cayendo. No hay nadie que pueda tirar la primera piedra en lo que se refiere a moralidad, Cameron, no hay muchachos metidos en una burbuja estéril sin contaminación de culpa. Hay monasterios y conventos, y gente que acaba recluyéndose, pero hasta eso no es más que una forma elegante de rendirse. Lo de lavarse las manos no funcionó hace dos mil años y tampoco funciona hoy. Implicación, Cameron, conexión.

Yo sacudo la cabeza y me quedo mirando a la pequeña ventanita del walkman en donde la cinta va enrollándose con paciencia. Lo extraño es que me da la impresión de que estoy hablando con un muerto porque suena como el Andy que yo conocía. El Andy activo y emprendedor, el Andy de antes de que muriera Clare, de antes de que abandonara todo y se convirtiera en un recluso; es aquella voz, calmada e imperturbable, la que estoy oyendo ahora, no la del hombre que conocí en aquel oscuro hotel en ruinas, abatido por la resignación o que expresaba en voz alta su desprecio con cierta desesperación llena de cinismo.

McDunn parece impacientarse. Está escribiendo algo en su libreta de notas.

—Escúchame Andy —le digo, tragando un nudo en la garganta, con la boca seca—. Les he contado lo del tipo del bosque; han bajado al respiradero. Lo han encontrado.

—Ya lo sé —dice—. Lo he visto. —Parece lamentarlo. Yo cierro los ojos—. Por poco me pescan a mí —dice como si nada—. Así aprenderé a romper mis propias reglas y no asistir al funeral de una de mis víctimas. Pero lo que ocurre es que se suponía que era mi propio funeral. Bueno, de todos modos tú se lo dijiste, ¿no? En cierto modo sabía que un día lo harías. Te has quitado un peso de encima, ¿no, Cameron?

Yo abro los ojos y veo a McDunn que me hace una seña y me muestra los dos nombres que ha escrito en la libreta.

—Sí —le digo a Andy—. Sí, me he quitado un peso de encima. Oye, Andy, quieren saber lo que les ha ocurrido a Halziel y a Lingary.

—Ah, sí. —Parece que eso le divierte—. Precisamente llamaba por eso.

McDunn y yo intercambiamos miradas.

—Mira, Andy —le digo y me pongo a reír de nerviosismo—. Creo que ya has conseguido lo que querías, ¿no te parece? Has asustado a un montón de gente.

—Cameron, he *asesinado* a un montón de gente.

—Sí, sí, ya lo sé, y hay mucha otra gente que está aterrorizada al ir a abrir la puerta de su casa, pero la cuestión es que ya lo *has hecho*, tío; lo que quiero decir es que a estas alturas deberías dejar libres a esos tipos ¿no? Solo... solo tienes que dejarlos marchar y ya sabes; estoy seguro de que podemos arreglar esto hablando, ya sabes, podemos hablar de...

—¿Hablar de esto? —dice Andy riéndose—. Venga, vamos, corta el rollo, Cameron. —Se le oye tan relajado. No puedo creer que lleve tanto tiempo hablando.

Debe saber que hoy en día pueden rastrear la llamada en muy poco tiempo—. ¿Y después qué? —me pregunta con un tonillo divertido—. ¿Me vas a aconsejar que me entregue porque tendré un juicio justo? —Vuelve a reírse.

—Andy, lo único que digo es que dejes a esos tipos y acabes con esto de una puta vez.

—De acuerdo.

—Y que... ¿Cómo?

—He dicho que de acuerdo.

—¿Los vas a dejar en libertad? —miro a McDunn. Ha alzado las cejas. Un policía uniformado llega por la puerta principal y le musita algo a McDunn, quien se quita los auriculares para escucharle. Parece molesto.

—Sí —dice Andy—. Son un par de aburridos gilipollas y supongo que ya han sufrido bastante.

—Andy, ¿estás hablando en serio?

—¡Por supuesto! —dice él—. Los tendrás de vuelta intactos. No puedo asegurarte su condición mental, por supuesto; con un poco de suerte estos cabrones van a tener pesadillas para el resto de sus vidas, pero...

McDunn parece irritado. Me hace de nuevo el movimiento circular para que siga.

—Escúchame Andy, no sé cómo pero imaginé que eras Mr. Archer...

—Sí, empleé un sintetizador de voz —dice Andy pacientemente.

—Pero todo ese rollo de Ares; ¿era todo...?

—Una maniobra de distracción, Cameron, eso es todo. Eh —dice comenzando a reír— quizá *existió* de verdad un maléfico plan que vinculaba a todos esos tipos muertos, pero si así fuera no tengo ni la menor idea, y por lo que a mí respecta no hay conexión entre ellos, ni con Smout ni con Azul. Y con todo, como teoría conspiratoria suena perfecta, ¿no crees? Sé muy bien que a los plumíferos como tú les encantan esas cosas.

—Pues sí, me lo tragué todo. —Sonríó débilmente a McDunn, que me anima a seguir hablando—. Pero ¿cómo pudiste...? —Tengo que tragar saliva otra vez para controlar la sensación de náusea. Siento también como si me fuera a dar un ataque de tos—. ¿Cómo averiguaste las palabras cifradas que utiliza el IRA? Nunca te dije nada de eso.

—Por tu ordenador, Cameron; por tu PC. Las tenías en un archivo en tu disco duro. Todo fue más fácil cuando te compraste el módem. Me parece que no te he contado que en mi tiempo libre he llegado a convertirme en un verdadero pirata informático, ¿o sí te lo conté?

Dios mío.

—¿Y aquella vez que llamé al hotel y tú me devolviste la llamada, cuando en realidad debías de estar en Gales...?

—Sí, Cameron —me dice con un tono frívolo de perdonavidas—. Era un contestador automático que tengo en el hotel conectado a un busca; llamé al hotel, oí

tu mensaje y te llamé. Así de fácil.

—¿Y fuiste a Jersey en el mismo avión que yo?

—Cuatro filas detrás tuyo; con peluca, gafas y maletín. Conseguí un taxi cuando tú todavía estabas buscando el mostrador de coches de alquiler. Bueno, Cameron — dice por fin, y lo imagino suspirando y desperezándose—, tengo que pirarme; todo este rollo técnico es muy interesante pero tengo la vaga sospecha de que te están animando a que me hagas hablar. Te llamo desde un móvil, razón por la cual todavía no han localizado la llamada; estoy en una celda bastante grandecita. Eh, Cameron ¡qué casualidad! ¿no? Tú metido en una celda toda esta semana y ahora yo metido en otra... Bueno, quizá no. De todos modos, como te digo, es una celda bastante amplia pero si sigo hablando estoy seguro de que al final también acabarán encontrándome, así que...

—Andy...

—No, Cameron, escúchame bien; devolveré a Halziel y a Lingary esta tarde, en Edimburgo. Hay una cabina con dos teléfonos en Grassmarket, afuera del pub The Last Drop; quiero que estés en esa cabina de monedas a las siete en punto. Tú en persona a las diecisiete cero cero de esta tarde cabina de monedas afuera del pub The Last Drop, en Grassmarket, Edimburgo. ¡Chao!

La comunicación se corta. Miro a McDunn, que asiente con la cabeza. Cuelgo el teléfono.

Edimburgo en una fría noche de noviembre; el Grassmarket, lleno de luces brillantes bajo una fina lluvia y el castillo, una rotunda presencia luminosa en la anaranjada oscuridad del cielo.

El Grassmarket es una especie de amplio bloque en la hondonada al sudeste del castillo, rodeado principalmente por edificios antiguos; aún recuerdo cuando era una zona miserable y sucia llena de borrachos; pero ha ido renovándose progresivamente y ahora es un sitio agradable para salir; restaurantes con encanto, buenos bares, comercios de ropa barata y tiendas especializadas en cosas como cometas, o minerales y fósiles, aunque aún queda un albergue de vagabundos en la esquina, de manera que no ha sido tomado completamente por la gente bien.

The Last Drop se encuentra en el extremo este del Grassmarket, junto a la curva de doble nivel de Victoria Street, centro comercial de tiendas aún más especializadas, incluyendo una que, asombrosamente, parece sobrevivir vendiendo únicamente cepillos, escobas y enormes ovillos de cuerda.

El nombre del pub, que se podría traducir como «La última gota», es menos jovial y más ingenioso de lo que parece a primera vista; la horca pública de la ciudad estuvo en tiempos enfrente del local.

No parece haber coches de policía en el exterior. Yo estoy sentado, esposado al sargento Flavell, en un coche de policía camuflado con McDunn y dos policías de Lothian de paisano. Elay otro coche camuflado al final del Grassmarket, otros más cerca de allí, y un par de furgonetas llenas de policías de uniforme, además de varios

coches patrulla en la vecindad. Dicen que ya han comprobado la cabina y todos los puntos desde donde se puede controlar la zona, pero me temo que Andy no ha acabado conmigo todavía, que está mintiendo como un bellaco, y que si me acerco a esa cabina telefónica voy a acabar con una bala de rifle en la cabeza. Un poli de paisano está ahora en la cabina aparentando hacer una llamada, para que no esté ocupada cuando Andy llame. Ya la han conectado de manera que puedan grabar todo. Miro la fachada del pub The Last Drop. Al lado hay ahora un nuevo restaurante hindú con pinta de caro, junto a donde solía estar el viejo Traverse Theatre.

Una pinta de cerveza y un curry. La boca se me hace agua con solo pensarlo. También estamos a un tiro de piedra del Cowgate y del Kasbar.

McDunn echa un vistazo a su reloj.

—Las siete en punto —dice—. Me pregunto... —Se detiene cuando ve que el poli que está en la cabina nos hace una señal.

McDunn refunfuña.

—Precisión militar —dice McDunn refunfuñando, y a continuación asiente con la cabeza a Flavell; salimos del coche mientras el conductor conecta algo en la radio provocando un sonido de llamada que coincide con el que se puede oír procedente de la cabina.

Flavell se apretuja conmigo dentro de la cabina mientras el otro policía espera fuera.

—¿Hola? —digo yo.

—Cameron.

—Sí, soy yo.

—Cambio de planes. Quiero que estés en el mismo lugar a las tres en punto de la madrugada; entonces te los devolveré. —*Clic*. La línea se corta. Miro a Flavell.

—¿Ha dicho a las tres? —dice Flavell con cara de mal humor.

—Piense en el tiempo extra que nos concede —le digo.

Me llevan a una comisaría en Chambers Street que queda a un minuto de allí en coche. Me dan de comer y de beber y me meten en una celda que parece húmeda y huele a desinfectante. La comida que me dan es una porquería; estofado grasiento, puré de patatas y coles de Bruselas.

Pero hay algo maravilloso.

Me devuelven mi ordenador portátil. Es idea de McDunn. Hago un esfuerzo porque no se me note demasiado que estoy agradecido.

Lo primero que hago es comprobar los archivos; no falta nada. Se me pasa un instante por la cabeza ponerme a jugar a *Xerium* para intentar el truco de pasar las montañas aprovechando el hongo nuclear que me enseñó Andy, pero solo un instante; en lugar de eso me voy directamente a *Despot*.

No puedo creer que sea el mismo juego. Me quedo boquiabierto.

Es un páramo. Mi reino ha desaparecido. El territorio sigue estando en donde estaba, queda alguna gente, y la capital, diseñada en forma de dos gigantes lunas

crecientes edificadas alrededor de un lago, de manera que desde el aire se lee «CC»... pero algo terrible parece haber ocurrido. La ciudad está desmoronándose y está prácticamente abandonada; los acueductos se caen, los embalses resquebrajados y secos, unos barrios están inundados y otros han ardido; la actividad que existe en la ciudad es la que correspondería a un pequeño pueblo. El campo se ha convertido en un desierto o en una ciénaga o a vuelto a transformarse en un bosque; áreas enormes han quedado convertidas en yermos, y en donde quedan restos de agricultura es en pequeñas áreas del tamaño de pistas de aterrizaje alrededor de pequeños pueblos ocultos en el bosque o en los extrarradios de toda aquella desolación. Los puertos están inundados o su entrada obstruida, las carreteras y canales están destrozados por falta de mantenimiento o incluso han desaparecido completamente, las minas se han desplomado o están inundadas, todas las ciudades y los pueblos se han empequeñecido y todos los templos —todos *mis* templos— se han desmoronado y yacen abandonados en la oscuridad. El territorio está lleno de bandidos y tribus extranjeras que saquean las provincias, las plagas abundan y la población ha decrecido notablemente, es menos productiva y su esperanza de vida es menor.

La civilización que estaba al sur de mi territorio, con la que tuve tantos enfrentamientos, también parece haberse retirado o estar sumida en un periodo de decadencia, pero esa es la única buena noticia que puedo registrar. Lo peor de todo es que no hay un cabeza visible, que no hay un Déspota, que ya no existo. Puedo contemplar todo esto pero no puedo *hacer* nada para remediarlo, desde luego no a esta escala. Para empezar a jugar otra vez tengo que intercambiar esta visión omnisciente, por la de... Dios sabe qué: quizá por la de algún guerrero tribal, por la del sabio de una tribu o por la de un jefe o comandante de los bandidos.

Medito sobre todo ello un rato, con la cabeza baja, consternado. Alguien debió iniciar el programa para ver de qué se trataba y después lo dejó funcionando un tiempo mientras miraba otras cosas, o quizá intentaron entrometerse y jugaron con el programa pero no pudieron controlarlo... A menos que este resultado fuera lo que perseguían, lo que habían planeado; me imagino que un ecologista radical valoraría el resultado como bastante positivo.

Suena la alarma de la batería del ordenador. Tenía que haber supuesto que no se molestarían en recargar el maldito aparato.

Sigo comprobando en qué ha ido a parar todo lo que un día fue mi gran reino hasta que la máquina detecta la poca potencia de la batería para seguir funcionando y finaliza la sesión ella misma. La pantalla se oscurece sobre la vista de pájaro de la capital de mi reino; contemplo cómo esa ciudad, diseñada en forma de «CC» a mayor gloria mía, se va disolviendo lentamente en la oscuridad. Unos minutos después apagan la luz de la celda.

Tres de la madrugada; el ambiente está ahora seco, pero hace frío. El conductor de la

policía deja el motor en marcha y el humo del tubo de escape se desplaza a un lado del coche por una brisa helada. El Grassmarket está en silencio. El coche no; en la radio suena como un chisporroteo de vez en cuando y yo no puedo dejar de toser.

El poli que está en la cabina hace una señal con la mano, justamente a las tres en punto.

—Esquina de West Port con Bread Street, rápido —dice Andy, y cuelga a continuación.

Está muy cerca, pero tenemos que ir en coche de todos modos y aparcamos enfrente del Cas Rock Café. No hay nada aquí; edificios de oficinas, tiendas al otro lado de la calle. Hay otro coche de policía camuflado aparcado en Bread Street. Las furgonetas con los policías de uniforme están aparcadas en Fountainbridge y en el Grassmarket, y el resto de los coches patrulla siguen recorriendo el barrio.

McDunn sale del coche, da una vuelta y vuelve al coche.

Nos tomamos un café que han traído en un termo gigante. Me ayuda a controlar un poco la tos.

—Rápido —dice McDunn, pensativo, contemplando el fondo de su vaso de plástico como si tratara de leer el poso del café.

—Eso es lo que dijo —añado yo, aclarando mi garganta.

—Humm. —McDunn se inclina hacia los otros dos policías que están en los asientos delanteros—. ¿Vosotros no fumáis, muchachos?

—No, señor.

—Entonces me iré afuera a atentar contra mi salud.

—No se moleste por nosotros, señor.

—No; de todos modos quiero estirar las piernas. —Me mira y dice—: Colley, ¿fuma?

Yo vuelvo a toser.

—No me sentiré peor de lo que estoy.

Ahora estoy esposado al inspector detective: supongo que en mi caso debería considerarlo como un ascenso. Encendemos nuestros cigarrillos y comenzamos a dar una vuelta, dejando atrás el pub y cruzando la calle hasta detenernos a mirar el escaparate de una librería, después pasamos por delante de un vídeo club, una carnicería y una sandwichería, todos ellos silenciosos y con las luces apagadas. Pasa un taxi junto a nosotros en dirección al Grassmarket, con la luz verde encendida. Nos quedamos apoyados en la barandilla para los peatones junto a la acera. El edificio de apartamentos que hay al lado parece abandonado y desde aquí puedo ver el viejo edificio Victoriano de la cooperativa, que ha cerrado este año, y los grandes almacenes Goldberg, con ese estilo que era moderno en los sesenta, y que cerró el año pasado.

Ni siquiera huele demasiado bien por aquí; hay una pescadería justo detrás de nosotros y un local de pescado frito y patatas fritas al final de la calle, en la dirección del viento; hasta la calzada está grasienta. No puedo creer que vayan a traer a los

jefes de Estado a este rincón del bosque para una cena de morcilla negra y un vídeo verde. Por Dios; solo faltan tres semanas para el banquetazo que piensan montar aquí. Apuesto a que los muchachos de la policía de Lothian están disfrutando de esta pequeña excursión sabiendo lo que se les viene encima dentro de poco. Yo esperaba estar en estos momentos muy ocupado escribiendo montones de euroartículos para el periódico en preparación del evento. Qué le vamos a hacer.

—Su amigo tenía una hoja de servicios impecable en el ejército —dice McDunn al rato.

—También la tuvo el teniente Colley —le sugiero.

El inspector se pone a cavilar sobre lo que he dicho. Contempla con detenimiento la ceniza de su cigarrillo, que está consumido casi hasta el filtro.

—¿Cree usted que su amigo puede tener motivaciones políticas? Parecía un motivo; hasta ahora.

Yo alzo la vista y me quedo mirando hacia High Riggs mientras viene otro taxi en dirección a nosotros. McDunn aplasta cuidadosamente su cigarrillo contra la barandilla sobre la que estamos apoyados.

—No creo que se trate de una cuestión política —le digo a McDunn—. Creo que se trata de una cuestión moral.

—¿Moral, Cameron? —me pregunta el inspector mirándome fijamente. A continuación, sorbe aire entre los dientes.

—Está desilusionado —le digo—. Antes estaba lleno de ilusiones y ahora solo tiene una ilusión: que lo que está haciendo sirva para algo.

—Humm.

Nos damos la vuelta para volver; yo lanzo mi cigarrillo a la grasienta calzada, estrujo la colilla con la suela del zapato y alzo la vista. Las luces del taxi que sale de High Riggs y baja traqueteando por West Port pasan proyectándose detrás de nosotros.

Me quedo mirando. McDunn dice algo pero no puedo oírlo. Un extraño sonido invade mis oídos. McDunn arrastra mi muñeca con las esposas.

—Cameron —le oigo decir, como si estuviera lejos. Después de eso dice algo pero no puedo oír de qué se trata; tengo ese ruido estrepitoso metido en los oídos; es un sonido muy alto pero estrepitoso—. ¿Cameron? —vuelve a decir McDunn, pero yo sigo sin enterarme. Abro la boca. Me da una palmada en el hombro y después me agarra por el codo. Finalmente, vuelve la cabeza, pone su rostro frente al mío, se interpone entre mí y la pescadería—. ¿Cameron? —dice—. ¿Se encuentra usted bien?

Yo asiento y a continuación sacudo la cabeza. Vuelvo a asentir y señalo enfrente de mí, pero cuando él mira no puede ver nada; la pescadería está a oscuras y las farolas de la calle no iluminan el interior.

—Tie... —comienzo a decir. Vuelvo a intentarlo—. ¿Tiene usted una linterna? —le pregunto.

—¿Una linterna? —dice él—. No; tengo mi encendedor. ¿Qué es lo que pasa?

Yo señalo la pescadería con mi cabeza. Él se acerca y pega la cara contra el cristal. Se tapa con las manos los lados de la cara para evitar el reflejo, y mi mano va detrás de su mano.

—No puedo ver nada —dice—. Una pescadería, ¿no? —Mira el letrero del establecimiento.

Yo le indico con la cabeza uno de los coches camuflados.

—Dígales que vengan marcha atrás por Lauriston Street y que apunten con las luces largas. Aquí —digo.

McDunn me mira con los ojos entornados y entonces aprecia algo en mi rostro. Le hace señas al coche. Bajan la ventanilla y él se lo dice.

El coche da marcha atrás por Lauriston Street con las luces encendidas.

Luces largas; nos apartamos del deslumbrante reflejo y nos colocamos a un lado de la pescadería.

La pescadería tiene un escaparate en cuya base hay una losa, que parece ser de granito verde, un poco inclinada en su parte trasera para exponer el pescado cuando la tienda está abierta. Los lados de la losa son romos y hay un pequeño desagüe en la base, junto al cristal del escaparate.

En la losa hay pedazos de carne, no de pescado. Reconozco hígado —de un rojizo oscuro, casi de chocolate, y con esa textura sedosa—, riñones como oscuras setas grotescas, lo que probablemente es un corazón y otros variados cortes de carne, en filetes, en tacos y en tiras. En el centro mismo de la losa hay un enorme cerebro, con ese color gris crema.

—Por Dios santo —murmura McDunn. Es curioso que sea en ese preciso momento cuando me estremezco, no en el momento de verlo ni en ese otro instante en que lo vislumbré con las luces del taxi.

Vuelvo a mirar aquel escaparate dispuesto con cuidado, prácticamente sin sangre. Sospecho que hasta un lector del *Sun* adivinaría que todo esto no proviene de un pescado; estoy *bastante* seguro de que es humano, pero como para que no nos queden dudas, en la parte inferior de la losa reposan los genitales de un hombre; un pene incircunciso pequeño y arrugado de color gris amarillento, un escroto contraído de color marrón rosáceo, y los dos testículos extraídos, uno a cada lado, con forma de pequeños huevos grisáceos como pequeños cerebros, conectados por enrevesados conductos nacarados al saco escrotal, de manera que el efecto final es extrañamente como un diagrama de los ovarios conectados al útero.

—¿Será Halziel o Lingary? —pregunta McDunn con la voz un poco entrecortada.

Yo miro el letrero. «Pesca del día».

—El suplente —le digo tras exhalar un suspiro—. El doctor; Halziel. —Empiezo a toser.

El coche que está detrás de nosotros nos hace una señal con las luces justo cuando estoy a punto de pedirle otro cigarrillo. Se acerca rápidamente hacia nosotros, gira antes de detenerse mirando hacia West Port y se vuelve a abrir la ventanilla del

copiloto.

—Hemos encontrado a uno de ellos, señor —dice Flavell—. North Bridge.

—Oh, Dios mío —dice McDunn llevándose la mano que tiene libre a la nuca. Señala con la cabeza hacia el otro coche que está un poco más allá—. Traed a esos para acá; el otro está en esta pescadería, disecado. —Me mira a mí—. Vamos —dice sin tener necesidad de decirlo porque estamos esposados juntos.

En el coche abre las esposas y se las mete en el bolsillo sin decir palabra.

De modo que nos vamos hacia el puente del Norte; combándose por encima de las plataformas y los techos de cristal de Waverley Station, recién pintado, bañado en luz, es el nexo de unión entre la ciudad vieja y la ciudad nueva, y está apenas a un tiro de piedra del edificio del *Caley*.

Cuando llegamos ya hay allí dos coches de policía. Están aparcados cerca del punto más alto del puente, en el lado oeste, desde donde la vista abarca la estación y los jardines de Princess Street hasta el castillo.

El pretil decorado del puente en este lado sostiene un par de grandes peanas, una en cada extremo. En el lado oeste, desde donde durante el día se puede ver Salisbury Crags, la campiña de Lothian y los esculpidos acantilados del golfo de Forth en Musselburgh y Prestonpans, la peana soporta un monumento en honor a los soldados escoceses del rey; un conjunto escultórico representado por cuatro enormes soldados de piedra. Hay una peana similar en el lado oeste, en donde están los coches de policía reflejando el relampagueo de sus luces azules sobre los paneles pintados del pretil del puente y sobre la piedra clara de la peana. Hasta ahora esa peana había permanecido vacía, sin sostener nada y sin más uso conocido que soportar excepcionalmente un cono de tráfico que algún ingenioso retiró de la calzada o como plataforma para que un osado aficionado al rugby demostrará al mundo lo que es una meada de altura.

Esta noche, sin embargo, cumple otra función muy distinta; esta noche sirve de escenario para el montaje preparado por Andy y protagonizado por el comandante Lingary (retirado), con su uniforme de comandante pero con las insignias arrancadas y la espada rota, tirada a su lado.

Le han pegado dos tiros en la nuca.

McDunn y yo nos quedamos mirándolo durante un rato.

Por la mañana, en la comisaría de Chambers Street, me dan un desayuno bastante decente y me devuelven mi ropa. Volví a la misma celda para pasar el resto de la noche, pero esta vez no cerraron la puerta. Después de hacer unas declaraciones me dejan marchar.

La sala de interrogatorios en Chambers Street es más pequeña y más vieja que la de Paddington Green; paredes pintadas de verde, suelo de linóleo. Me estoy convirtiendo en un especialista en salas de interrogatorio y esta, sin ninguna duda, no

se merecería que le dieran ni una estrella.

Para empezar llega un tipo de la brigada de investigación central que quiere que le cuente toda la historia de aquel hombre del bosque que pasó a convertirse en el cadáver del túnel. Se llamaba Gerald Rudd; había estado en la lista de personas desaparecidas durante veinte años tras haberse aventurado, al parecer, en los montes Grampianos, donde desapareció. Era (ironías del destino) verdaderamente un policía, aunque solo a tiempo parcial. Era un alguacil y monitor de boy-scouts de Glasgow que ya estaba siendo investigado por meterse con uno de los chicos.

Café a las once —hasta han mandado a alguien a la calle a buscarme cigarrillos— y después otra declaración, entrecortada por mis ataques de tos, a unos tipos de la BIC de Lothian que se ocupan de sacarme toda la información que sé sobre Halziel y Lingary.

Anoche no consiguieron ninguna pista en las escenas de los crímenes. Dentro de la pescadería la presentación del cadáver era aún más aberrante —Andy empleó los dedos amputados del médico para formar la palabra MENTI sobre el mostrador (tan solo tuvo problemas para construir la «E»)— y alguien vio un Escort blanco abandonar el puente del Norte poco antes de que se descubriera el cadáver de Lingary. El coche apareció poco después abandonado en Leith Walk. En estos momentos buscan huellas dactilares en la pescadería y en el coche, aunque no creo que encuentren nada.

McDunn aparece por fin acompañado de un tipo de paisano hacia las doce. Me presenta al otro policía como el inspector detective Burall, de la policía de Lothian. Me dicen que se quedan con mi pasaporte y que quieren que siga informándoles de mis movimientos en caso de que el fiscal general decida abrir diligencias con respecto al caso Rudd. Tengo que firmar un recibo por el pasaporte. Estoy tosiendo mucho.

—Yo que usted iría a que un médico me viera esa tos —me dice McDunn con tono de preocupación. Yo asiento con la cabeza y los ojos se me llenan de lágrimas por la tos.

—Sí —le digo sin resuello—. Buena idea. —Pero no sin antes darme un paseo y tomarme unas cervezas, pienso para mí.

—Mr. Colley —me dice el de la poli de Lothian. Es un tipo con aspecto serio, un poco mayor que yo y con la piel muy pálida y escaso cabello negro—. Estoy seguro de que entenderá que nos preocupe la posibilidad de que Andrew Gould siga aún en la ciudad, y más teniendo en cuenta la cumbre europea que se avecina. El inspector detective McDunn cree que es posible que Andrew Gould intente ponerse en contacto con usted, y que incluso trate de atacarlo o de secuestrarlo.

Yo miro a McDunn, asintiendo con la cabeza, con los labios apretados. Tengo que admitir que la idea de que Andy me haga una visita ya se me ha ocurrido después de aquel mentí. Burall prosigue:

—Nos gustaría que nos permitiera enviar a un par de agentes a su casa por un

tiempo, Mr. Colley; a usted lo instalaremos en un hotel, si le parece conveniente.

McDunn sorbe aire entre los dientes, y a mí casi me dan ganas de reírme del ruido que hace. Pero no lo hago y en lugar de eso, toso.

—Yo le aconsejaría que aceptara, Cameron —dice McDunn mirándome con el entrecejo fruncido—. Por supuesto que antes que nada querrá recoger alguna ropa y otras cosas, pero...

La puerta se abre de repente y aparece un poli de uniforme con prisa que pasa delante de mí y se acerca a McDunn para decirle algo al oído. McDunn me mira.

—¿Qué tipo de regalo podría dejarle a usted en Torphin Dale?

—¿Torphin Dale? —digo yo. Y entonces vuelvo a sentir arcadas. Oh, Dios mío, por Dios, por Dios. Es como si me hubieran dado una patada en los huevos. Tengo que hacer un esfuerzo para abrir la boca—. Es la urbanización donde viven William e Yvonne; los Sorrell.

McDunn se queda mirándome fijamente un momento.

—¿Dirección? —dice.

—Baberton Drive número cuatro —le digo.

McDunn le echa una mirada al tipo de uniforme.

—¿Lo tiene?

—Sí señor.

—Mande unos coches patrulla allí ahora mismo y tenga uno listo para nosotros. —A continuación se levanta de la silla y nos mira a Burall y a mí asintiendo con la cabeza—. Vamos.

Yo me levanto, pero mis piernas no me sostienen demasiado bien cuando salimos a paso rápido de la comisaría hacia una tarde fría y soleada. Un conductor uniformado corre delante de nosotros poniéndose la chaqueta y abriendo las puertas de un Cavalier camuflado con el mando a distancia.

Un regalo para mí, en Torphin Dale. Oh, Dios mío, no, por favor.

—¡Vamos! ¡Apártense!

—Cálmese, Cameron —me dice McDunn.

Burall coloca en su sitio el micrófono del radiotransmisor. Me ha pedido el teléfono de la casa de William e Yvonne; están llamando ahora mismo desde la comisaría y cuando consigan comunicar nos pasarán la llamada.

—¡Vamos! —musito yo con rabia, entre dientes, deseando que el tráfico nos abra el paso.

El conductor está haciendo todo lo que puede; llevamos la sirena puesta y las luces azules relampagueando detrás del radiador; vamos embalados, saliendo y entrando para adelantar y jugándonos a veces la vida, pero es que *hay demasiado tráfico*. ¿Qué está *haciendo* toda esta gente en la carretera? ¿Por qué no está en el trabajo, o en casa o utilizando el transporte público? ¿Es que estos cabrones no

pueden *caminar*?

Nos pasamos los semáforos en rojo en Tollcross, aullando con la sirena, enmarañando el tráfico en todas direcciones, y entramos en el carril de desvío a la derecha en dirección a Howe Street, esquivamos a una viejecita en el paso de peatones en Bruntsfield y bajamos a todo gas ululando por Colinton Road en un tráfico más despejado. El radiotransmisor parece funcionar; yo me inclino para tratar de oír lo que dicen. Hay un coche patrulla allí pero no hay señales de nadie. Me duelen las manos; bajo la mirada y veo que las tengo fuertemente apretadas, los tendones resaltados en mi muñeca. Vuelvo a recostarme en el asiento y me veo lanzado a un lado al dar una curva para esquivar a otro coche que sale de otra calle lateral. Comunican por la radio que las puertas del garaje de la casa están abiertas. Los patrulleros han llamado a la puerta principal pero no contesta nadie.

Pasamos como una exhalación por el desvío. Yo estoy sentado en mi sitio, mirando el forro del techo del coche, tosiendo de vez en cuando, con lágrimas en los ojos. Oh, Dios mío, Andy, por favor, no.

Entramos en la urbanización de lujo Torphin Dale, entre los altos postes de piedra de la antigua finca, en Baberton Drive, y todo me parece que está como siempre, aparte del coche naranja y blanco aparcado en el breve camino de entrada que hay desde el final de la calle sin salida, hasta la casa. Las tres puertas del garaje están subidas. No sé por qué pero eso me da mala espina.

El Mercedes de William está allí; el 325 de Yvonne no está.

Aparcamos al final del camino de entrada. Me cuesta un segundo recordar que no estoy esposado a nadie. El conductor se queda en el Cavalier, hablando por la radio.

Un poli uniformado viene por el porche desde la puerta de entrada y saluda con la cabeza a Burall y a McDunn.

—No contesta nadie, señor. Todavía no hemos entrado; mi compañero está revisando la parte de atrás, mirando por el jardín.

—¿Hay una puerta que conecte el garaje con el interior? —pregunta McDunn.

—Parece que sí, señor.

McDunn me mira.

—Usted que conoce a esta gente, Cameron... ¿Es normal que dejen la casa abierta?

Yo niego con la cabeza.

—Son gente que se preocupa por la seguridad —le digo.

McDunn sorbe entre dientes.

Entramos en el garaje pasando bajo las puertas elevadas. Las típicas cosas que se guardan en el garaje cuando eres un nuevo rico podrido de dinero; cajas de embalaje, equipo de golf, la moto de agua en su remolque, una mesa de carpintería y bricolaje, una rejilla colgada en la pared para colocar ordenadamente las herramientas del coche y del jardín, la mayoría relucientes de no haberse utilizado, bolsas para botas de esquiar y bolsas para los esquís colgando de la pared, un aparato de limpieza al

vapor, un pequeño minitractor para cortar el césped, un enorme bidón de basura con ruedas y un par de bicicletas de montaña. El triple garaje es enorme pero aún así está abarrotado de cosas; si el coche de Yvonne estuviera aquí desde luego no cabría ni un alfiler.

McDunn llama a la puerta que da a la casa. Frunce el ceño y vuelve la mirada hacia Burall.

—¿Tenemos guantes desechables?

—En el coche —dice Burall y se va corriendo hacia el Cavalier.

—Usted ha estado aquí antes, ¿no, Cameron? —me pregunta McDunn.

—Sí —le digo tosiendo.

—Bien; pues manténganos informados de cualquier recoveco que tenga la casa, ¿de acuerdo?

Yo asiento con la cabeza. Burall vuelve con un montón de guantes de esos que se pueden comprar en las gasolineras para trabajar en el motor del coche. Todos nos ponemos un par, hasta yo. McDunn abre la puerta y entramos por la despensa. Nada en los armarios; nada en la cocina.

Los cuatro nos dispersamos por la casa; yo me quedo con McDunn. Entramos en el salón principal y miramos detrás de las cortinas, de los sofás, bajo las mesas y dentro de la chimenea central. Nos dirigimos arriba. Revisamos uno de los dormitorios traseros. El agente destinado en el jardín de atrás, nos ve mientras vuelve hacia la casa; nos hace una señal y después despliega las manos al aire con los hombros encogidos mientras niega con la cabeza.

McDunn inspecciona los cajones que hay bajo la cama individual de ese cuarto. Yo miro en los armarios y al abrir la puerta mi reflejo se desliza delante de mí dejándome con el corazón en un puño.

Ropa. Solo ropa, sombreros y unas cajas.

Vamos al dormitorio principal. Trato de no pensar en lo que estuve haciendo aquí la última vez que vine a esta habitación. El estruendo vuelve a inundar mis oídos y me entra un sudor frío y me siento como si fuera a desplomarme de un momento a otro. Tengo una extraña sensación de invasión al estar aquí con el inspector, revolviendo la valiosa domesticidad de esta casa sin la presencia de William o de Yvonne.

Miro en el vestidor mientras McDunn echa un vistazo debajo de la cama y después se pone a mirar por el balcón. Abro los armarios del vestidor. Montones de trajes y vestidos colgados. Los aparto con las manos temblorosas.

Nada. Vuelvo a cerrar las puertas forradas de espejo. Camino hacia el baño. Pongo la mano en el pomo de la puerta; una luz pálida de tonos pastel empieza a inundarme desde el interior al abrir la puerta.

—¿Cameron? —me dice McDunn desde el dormitorio. Yo doy unos pasos atrás, retirándome lentamente y dejando la puerta entornada. McDunn está mirando por la ventana hacia el camino de entrada. Me mira y señala con la cabeza—. Coche.

Me acerco a la ventana; un BMW325. El coche de Yvonne.

Es como si el coche estuviera dudando sin atreverse a entrar del todo, amedrentado por el coche patrulla y el Cavalier camuflado que están aparcados delante del porche.

Al final acaba aparcando al principio del camino de entrada, bloqueando nuestra salida pero dejando una ruta de escape propia. McDunn mira con sospecha pero yo me siento aliviado. Si Andy ha estado aquí, hace ya tiempo que se ha marchado; es más típico de Yvonne.

Y es ella. Dios mío, es ella, es ella, es ella. Sale del coche con una enorme linterna negra en la mano y el rostro fruncido. Lleva unos vaqueros y una chaqueta de cuero encima de una sudadera. Se ha vuelto a cortar el pelo. No lleva maquillaje en su rostro anguloso y delgado y parece haber optado por una agresiva desconfianza. Está guapísima.

—¿Es Mrs. Sorrell? —dice McDunn en voz baja.

—Sí —le contesto en una exhalación repentina de aire que me deja en cierto modo relajado. Me entran ganas de llorar. Yvonne mira hacia el camino de la casa en el momento en que otro coche de policía aparece por el camino de entrada. Cuando el coche aparca y bajan dos policías uniformados ella guarda la enorme linterna en el coche. Camina hacia ellos y señala con la cabeza hacia la casa.

—Vamos a bajar a ver qué puede decirnos, ¿no le parece? —dice McDunn.

Pasamos la puerta del vestidor.

—Un segundo —le digo. McDunn espera mientras yo paso por el vestidor. Empujo la puerta del cuarto de baño y la abro. La pálida luz me inunda completamente.

Nada. Miro en la ducha, en el jacuzzi, en el baño. Nada. Trago saliva, inspiro hondo y me uno a McDunn para bajar juntos las escaleras.

—¡Cameron! —dice Yvonne cuando llegamos al pie de las escaleras. Está colocando un periódico y un par de botellas de leche en la mesita del recibidor. Los dos policías del segundo coche están detrás de ella. Ella mira a McDunn y después viene hacia mí y me abraza y me aprieta entre sus brazos. Me pregunta—: ¿Estás bien?

—Muy bien, ¿y tú?

—Sí —dice—. ¿Qué es todo esto? Alguien del periódico me dijo que tú eras el hombre al que acusaban de todos los asesinatos. —Se aparta, con un brazo aún por mi cintura—. ¿Por qué está aquí la policía? —Mira a McDunn.

—El inspector detective McDunn —dice presentándose a sí mismo—. Buenas tardes Mrs. Sorrell.

—Hola. —Ella me mira, retrocediendo otro poco pero sosteniendo aún mi mano, tratando de descifrar mi rostro—. Cameron, pareces... —Sacude la cabeza y se chupa los labios. Mira alrededor y dice—: ¿Dónde está William?

McDunn y yo intercambiamos miradas. El inspector Burrall baja las escaleras

diciendo: «Nada por arriba...» cuando la ve a ella.

Entonces ella me suelta la mano, dando otro paso atrás y mirando a su alrededor, a todos nosotros, al tiempo que el poli del primer coche patrulla llega al recibidor desde el estudio y yo me doy cuenta de que ella se fija en mis guantes de plástico transparente y en las manos de los demás hombres.

Por un instante la veo como a una mujer joven en su propia casa, rodeada por todos estos hombres que la han invadido, que han aparecido por la buenas, sin ser invitados; todos mucho más grandes que ella, todos extraños excepto uno que le han dicho que puede ser un asesino en serie. Se la ve preocupada, enfadada, desafiante, todo al mismo tiempo. Mi corazón está a punto de derretirse.

—¿Estaba aquí su marido cuando usted dejó la casa, Mrs. Sorrell? —le pregunta McDunn con un tono natural y confiado.

—Sí —dice ella sin dejar de mirarnos a todos y finalmente posando la vista sobre mí para evaluar la situación, para inquirirme con la mirada, antes de volver a mirar a McDunn—. Estaba aquí; yo he salido hace apenas media hora.

—Ya veo —dice McDunn—. Bueno, seguramente ha salido un momento a buscar algo, pero como recibimos un mensaje sobre la posibilidad de que hubiera algún problema aquí, nos tomamos la liber...

—¿Pero no está en el jardín? —pregunta ella.

—Pues parece que no está allí, no.

—Bueno, pues uno no «sale un momento a buscar algo» en esta urbanización, inspector —dice Yvonne—. Las tiendas más cercanas están a diez minutos en coche y su coche está todavía aquí. —Mira al policía que ha venido de arriba—. ¿Han estado buscándole, registrando la casa?

McDunn es un dechado de amabilidad.

—Sí, Mrs. Sorrell, lo hemos hecho, y le pedimos disculpas por invadir así su intimidad; yo soy el único responsable. La investigación en que estamos metidos es muy seria y la pista que nos han dado provenía de una fuente contrastada que hasta ahora no ha fallado. Como la casa estaba abierta pero aparentemente no había nadie, y como teníamos razones para creer que se podía haber cometido un crimen, me pareció correcto entrar, pero...

—Así que no lo han encontrado —dice Yvonne—. ¿No han encontrado nada? —De repente parece pequeña y asustada. Veo que lucha por no dar esa impresión, y la amo por eso, y me entran ganas de abrazarla y acariciarla y consolarla, pero hay otra parte de mí que se ve arrastrada por una terrible desesperación llena de celos de que la persona por la que ella está preocupada sea William y no yo.

—Todavía no, Mrs. Sorrell —dice McDunn—. ¿Qué estaba haciendo la última vez que lo vio?

Puedo ver cómo traga saliva y se le resaltan los tendones del cuello mientras trata de controlarse a sí misma.

—Estaba en el garaje —dice ella—. Iba a sacar el Honda al jardín —el tractor

miniatura— y recoger las hojas del jardín trasero.

McDunn asiente con la cabeza.

—Bueno, pues echaremos un vistazo, ¿le parece? —Mira a los otros dos polis que acaban de llegar y alza una mano y la flexiona—: Guantes, muchachos.

Los dos polis asienten y se van hacia la puerta principal.

El resto nos dirigimos hacia la puerta del garaje pasando por el salón y la cocina. Siento como si tuviera los pies metidos en melaza y el estruendo sonoro vuelve a mis oídos. Hago un esfuerzo por no volver a toser.

McDunn se detiene en la despensa. Parece un poco azorado.

—Mrs. Sorrell —le dice con una sonrisa—, ¿sería mucha molestia para usted preparar un poco de té?

Yvonne se queda mirándole frente a frente. Parece inflexible y recelosa. Da la vuelta sobre sus talones y se dirige hacia el mármol de la cocina en donde está la tetera.

McDunn abre la puerta que da al garaje y veo el Mercedes y me pongo a pensar: El coche; el maletero del coche. Veo las cajas de embalaje; Dios mío, allí también.

No me siento demasiado bien. Empiezo a toser. McDunn y los agentes miran en las cajas de embalaje y en el coche, y da la impresión de que no se han fijado en el enorme bidón negro con ruedas. Yo me aparto a un lado y me apoyo contra la pared oyéndolos hablar, viendo cómo abren y levantan y miran, y aquel enorme bidón negro está colocado allí en medio, ignorado, como una inmensa masa negra frente a la claridad del día que hace ahí afuera en donde sopla una brisa que levanta las hojas por el aire, empujando algunas hojas hacia el suelo pintado de blanco de aquel garaje. McDunn mira debajo del coche. Burall y los otros polis están retirando algunas cajas de embalaje y bargeños de té para mirar en los que hay debajo. Los dos polis del segundo coche patrulla vienen por el camino de entrada, poniéndose los guantes.

Me aparto de la pared cuando ya no puedo soportarlo más, justo en el momento en que Yvonne entra en el garaje desde la casa; me acerco tambaleando hasta el enorme bidón que me llega a la altura del pecho. Me doy cuenta de que todos me miran y puedo sentir a Yvonne detrás de mí. Empiezo a toser cuando pongo la mano en la suave asa de la tapa del bidón. La levanto.

Un olor repugnante a podrido sube desde el interior, desvaído y mezclado con otros olores. El bidón está vacío.

Yo me quedo mirando, con una perversa impresión, apartándome. Dejo caer la tapa.

Me tropiezo con Yvonne y ella me abraza. El aire entra de nuevo arremolinado por las puertas abiertas del garaje; una de las puertas sostenidas en contrapeso cruje. Entonces algo se suelta en lo alto y la puerta de en medio baja inesperadamente de golpe en la cara de los dos policías que vienen por el camino de entrada, haciendo que yo cierre los ojos y dé un paso atrás, y cuando queda bloqueada la entrada de luz por el centro, y la puerta se atranca con un estrépito metálico entre una nube de

polvo, e Yvonne da un grito entrecortado, entonces veo a William; William atado a las barras interiores de la puerta con cinta y cuerda alrededor de sus muñecas y tobillos, con la cabeza cubierta por una bolsa negra de basura apretada alrededor del cuello con más cinta negra, con el cuerpo flácido.

Me giro doblándome sobre mí mismo y tosiendo y tosiendo; de repente me sale sangre de la boca salpicando de rojo el suelo blanco del garaje al tiempo que, en ese preciso instante de soledad, a través de las lágrimas, consigo ver a McDunn acercarse y poner una mano sobre el hombro de Yvonne.

Ella se vuelve y se aparta de él y de William y de mí y se lleva las manos a la cara.

CARRETERA A BASRA

La pequeña motora da vueltas alrededor de la isla. La isla está cubierta de matorrales y maleza y de algunos árboles pequeños, sobre todo fresnos y abedules plateados. A través de los árboles y arbustos se pueden distinguir paredes de color gris oscuro, ruinas sin techo y unas cuantas lápidas inclinadas y sepulcros rodeados de helechos que van tirando al ocre, y hierba amarillenta cubierta por el marrón de las hojas caídas.

La ensenada de Loch Bruc se estrecha aquí —entre las bajas y desnudas colinas cerca ya del mar— hasta reducirse a unos cien metros de anchura; la pequeña isla funeraria ocupa la mayor parte de esta curvatura en la abertura al mar.

William aprieta el acelerador haciendo que la motora salga disparada entre olas hacia el pequeño muelle que se adentra en las aguas oscuras y tranquilas. Las piedras del muelle parecen viejas. Son de diferentes tamaños, la mayoría muy grandes, y en la superficie, de lisa piedra tallada, hay unos aros de hierro gastados por el tiempo. En la playa que dejamos atrás hay una rampa idéntica de piedra que va descendiendo desde el final de un sendero, a través de los árboles y la hierba llena de matas de juncos.

—Eilean Dubh; la isla oscura —anuncia William dejando que la embarcación se vaya acercando hacia el muelle de la isla—. Antigua tierra de inhumaciones... para la familia de mi madre. —Contempla las colinas que nos rodean y las más grandes montañas escarpadas que se ven al norte—. La mayor parte de esto les pertenecía.

—¿Antes o después de la liquidación del patrimonio, William?

—Antes y después —me contesta con un mohín de contrariedad.

Andy bebe whisky de su petaca. Me ofrece un trago y acepto. Andy chasquea los labios y echa un vistazo a su alrededor, como si estuviera solo.

—Bonito lugar.

—Para un cementerio —dice Yvonne. Tiene el ceño fruncido, con cara de estar pasando frío a pesar de que lleva puesta su ropa de esquiar: anorak de plumón y unos guantes enormes de Gore-Tex.

—Sí —digo yo con acento americano—. Aunque un pelo morboso para ser un cementerio, ¿no, Billy, viejo cuate? ¿Es que no podrías darle un aire más alegre? Bueno... pues ya sabes a lo que me refiero, ¿no? Unas cuantas lápidas con inscripciones de neón, hologramas parlantes de los fallecidos y —eh— que no se te olvide una concesión para un quiosco de flores con preciosos capullos de plástico en oferta. Un paseíto en el tren fantasmal para los más pequeños; necrohamburguesas hechas con auténtica carne muerta en cajitas de polietileno con forma de ataúd; paseos a toda pastilla en las barcas funerarias empleadas en *No mire ahora*, la

película que no se puede perder.

—Qué curioso que digas eso —comenta William despejándose el flequillo rubio de la frente e inclinándose sobre la borda para separar la embarcación del muelle con la mano—. Yo solía contratar paseos en barco hasta aquí desde el hotel. —Lanza un par de protecciones de plástico sobre la borda para proteger el casco y después sube al embarcadero con el cabo de amarre en la mano.

—¿Y a la gente de aquí le pareció bien? —pregunta Andy poniéndose en pie y acercando la popa hacia el muelle.

—Pues la verdad es que no —dice rascándose la cabeza. Anuda el cabo a uno de los aros de hierro—. Un día apareció un entierro cuando estaba con un grupo de excursionistas haciendo una barbacoa; no les sentó muy bien.

—¿Pero es que este sitio todavía se usa? —dice Yvonne mientras acepta la mano de William para tomar impulso y subir al muelle. Chasquea la lengua y mira a otro lado meneando la cabeza.

—Oh, por supuesto que sí —dice William mientras Andy y yo salimos también del barco; sin demasiado equilibrio, todo sea dicho, como si no nos hubiéramos despertado demasiado sobrios (alrededor del mediodía) en la casa de los padres de William situada en lo alto de la ensenada y no hubiéramos dejado de beber whisky, entre mi petaca y la suya, en el trayecto de veinte kilómetros hasta la ensenada—. A lo que me refiero —dice William alzando los brazos— es que precisamente por eso quería que vierais este sitio; aquí es donde quiero que me entierren. —Sonríe con beatitud a su esposa—. Y si tú quieres, ojos azules, también.

Yvonne se le queda mirando.

—Nos podrían enterrar juntos —dice William con gran jovialidad.

Yvonne frunce el ceño severamente y se aleja de nosotros adentrándose en la isla.

—Y como siempre, querrías estar encima, ¿no?

William se echa a reír escandalosamente y después pone cara de decepción al ver que seguimos persiguiendo a Yvonne por la pradera en dirección a la capilla en ruinas.

—Bueno —añade quejumbroso— quería decir uno al lado del otro.

Andy suelta una risotada y desenrosca la tapa de la petaca. Se le ve delgado y un poco encorvado. Esta visita a la costa oeste fue idea mía. Hice que William e Yvonne nos invitaran a mí y a Andy a pasar un fin de semana entero en la casa que los padres de William tienen en la orilla de la ensenada, no tanto por distraerme un poco —me pongo celoso cuando estoy junto a William e Yvonne y se ponen juguetones— sino porque fue la primera idea que se me pasó por la cabeza para tomarnos un descanso y Andy no la desechó inmediatamente. Clare murió hace seis meses y, aparte del mes que se pasó en Londres yendo de club en club y que acabó dejándolo más deprimido de lo que estaba y desde luego más pobre y menos saludable, Andy no ha salido de Strathspeld desde entonces; he intentado sacarlo de allí con un montón de excusas diferentes pero esta es la primera vez que lo he conseguido.

Me da la impresión de que a Andy le gusta estar con Yvonne y tiene una especie de mórbida fascinación por William, quien se pasó la mayor parte del viaje hasta el lago contándonos su política antiética de inversiones, que consiste en colocar el dinero deliberadamente en industrias de armamento, en compañías de tabaco, en compañías mineras que explotan la mano de obra, en negocios madereros en selvas tropicales; en ese tipo de cosas. Su teoría consiste en que si los inversores más inteligentes, pero con más principios éticos, se están saliendo de esas compañías, los dividendos tienen que ser mayores para los inversores inteligentes, pero sin escrúpulos, que ocupan su lugar. Yo creía que estaba bromeando. Yvonne fingía no escuchar, pero Andy se lo estaba tomando muy en serio y, a tenor de la actitud agradecida de William por tal atención, me da la impresión de que el tío no estaba bromeando en absoluto.

Seguimos subiendo entre tumbas de varias épocas; algunas solo tienen un año o dos, muchas datan del siglo pasado y algunas son de los siglos diecisiete y dieciocho; otras se han ido erosionando tanto con los elementos que sus inscripciones han desaparecido al quedar al ras de la superficie granulada de la piedra. Algunas de las lápidas son simplemente losas irregulares y planas, y ante ellas tienes la impresión de que si alguna de aquella pobre gente que las erigió —gente que no podía pagar a un albañil— sabía escribir y grabó los nombres y fechas de sus seres queridos, las letras y los números debieron acabar como rayas sueltas en la superficie de la piedra.

Me quedo absorto contemplando unas largas tumbas planas situadas en el suelo con unas vividas representaciones de esqueletos cincelados sobre la piedra; otras figuras talladas representan calaveras y guadañas y relojes de arena y húmeros cruzados. La mayoría de las tumbas horizontales están cubiertas de líquenes y musgo gris, negro y verde claro.

Hay un par de panteones familiares en donde los vecinos más pudientes han cercado con muros parcelas de la pequeña isla y en donde se levantan majestuosamente sepulcros de mármol y granito, aunque hay algunos cubiertos de maleza. Sobre algunas de las tumbas más recientes aún se encuentran ramos de flores envueltos en celofán; en muchas otras hay unos pequeños floreros de granito cubiertos por una tapa metálica con agujeros que los hace parecer como gigantes saleros, y en uno de ellos hay unas flores marchitas y descoloridas.

Los muros de la decrepita capilla apenas llegan a la altura del hombro. En un extremo, bajo una pared con aguilones con una apertura que parece una pequeña ventana en el vértice donde quizá una vez colgó una campana, hay un altar de piedra; tan solo tres losas de piedra. En el altar hay una campana de metal que con el tiempo se ha vuelto de color verde negruzco y que está unida con una cadena a la pared de detrás. Tiene el aspecto de un viejísimo cencerro de vaca suiza.

—Al parecer alguna gente melló la vieja campana en los años sesenta —nos

contaba William anoche en el salón de la casa de sus padres mientras jugábamos a cartas y bebíamos whisky y hablábamos de acercarnos a la ensenada para ir en la motora hasta la oscura isla—. Estudiantes de Oxford, o algo así; lo que ocurrió, según dice la gente de por aquí, es que desde entonces los muchachos no podían dormir por las noches porque no dejaban de oír el sonido de las campanas, hasta que no pudieron soportarlo más y regresaron para reponer la campana de la capilla por una nueva, y nunca más volvieron a tener problemas de sueño.

—Qué sarta de tonterías —dijo Yvonne—. Dos.

—Dos —dijo William—. Pues sí, seguramente.

—Bueno, pues no sé yo —dijo Andy meneando la cabeza—. A mí me suena todo como muy tétrico. Una, por favor. Gracias.

—A mí me suena como un jodido tinnitus en el oído —dije yo—. Tres. Gracias.

—El que reparte quiere dos —dijo William. Se puso a silbar—. Oh, cariño; vaya cartas estoy viendo...

Levanto la vieja campana y la hago sonar con un tañido; el sonido plano y hueco apropiado para los funerales. Vuelvo a colocarla con cuidado sobre el altar y recorro con la vista el panorama apaisado que reposa sobre las cuatro paredes: la colina, la montaña, la ensenada y la nube.

Silencio: no hay pájaros ni viento entre los árboles, nadie habla. Me vuelvo lentamente girando hacia la derecha, observando las nubes. Me parece el lugar más apacible en el que he estado jamás.

Salgo y camino entre las frías losas talladas hasta encontrarme con Yvonne, que está parada mirando con furia una enorme lápida. Euphemia McTeish, nacida en 1803, fallecida en 1822, y sus cinco hijos. Muertos en el parto. Su marido murió veinte años después.

Andy llega hasta nosotros bebiendo de su petaca, con una sonrisa en el rostro y sacudiendo la cabeza. Señala hacia donde está William, junto al muro de la capilla, contemplando la ensenada con un par de pequeños prismáticos.

—Tenía intención de construirse una casa aquí. —Menea la cabeza de un lado a otro.

—¿Cómo? —exclama Yvonne.

—¿Aquí? —digo yo—. ¿En un *cementerio*? ¿Está loco? ¿Es que no ha leído a Stephen King?

Yvonne mira con frialdad a su marido en la distancia.

—A veces hablaba de construir una casa por aquí, pero no imaginaba que fuera precisamente... *aquí*. —Aparta la vista.

—Intentó convencer a un grupo de políticos locales ofreciéndoles un *descuento muy sustancial* de un pedido de ordenadores —dice Andy sin poder aguantarse la risa—. Pero no entraron en el juego. Por el momento ha tenido que conformarse con que le dejen enterrarse aquí.

Yvonne estira el cuello con dignidad.

—Lo cual puede ocurrirle antes de lo que cree —dice, y a continuación sale en dirección a la capilla, en donde William está observando con detenimiento el interior de lo que queda del edificio y meneando la cabeza.

Lluvia impetuosa sobre un día suave; cae desde los plomizos nubarrones de manera continua, empapándolo todo, provocando el inmenso murmullo del pasto, los arbustos y los árboles que nos rodean.

El cuerpo de William será inhumado en la compacta tierra turbosa de la isla oscura. Según el informe del forense fue golpeado en la cabeza hasta quedar inconsciente y después sofocado con la bolsa de plástico.

Yvonne, bella y pálida en un ajustado vestido negro, con un velo sobre el rostro, va inclinando la cabeza ante los miembros de la comitiva fúnebre que se acercan a saludarla y le susurran unas palabras. La lluvia tamborilea en mi paraguas. Me mira y entramos en contacto visual por vez primera desde que estoy aquí. Llegué en el último momento; esta mañana tenía una cita en el hospital —para hacerme más pruebas— y tuve que conducir por carreteras secundarias, hacia Ranoch y en dirección oeste. Pero finalmente llegué, fui a casa de los Sorrell, saludé al padre y al hermano de William, y vi brevemente a Yvonne pero no tuve ocasión de hablar con ella pues inmediatamente el cortejo emprendió el camino tortuoso rodeando las montañas hasta llegar al extremo de la ensenada y al hotel que hay allí, y después subir por el sendero que llega hasta el muelle frente a Eilean Dubh en donde esperaban dos pequeñas embarcaciones que fueron transportándonos por turnos hasta la isla. En el último viaje trajeron el ataúd.

El párroco no alarga demasiado la ceremonia debido a la lluvia, así que se acaba pronto y nos ponemos todos en cola en la rampa desde donde llevan remando a la gente, de cuatro en cuatro, en los pequeños botes hasta la costa, mientras Yvonne se queda de pie sobre las desgastadas piedras del empinado muelle aceptando condolencias de los demás asistentes al entierro. Yo me quedo aparte, mirándola. Todos tenemos un aspecto un poco ridículo pues vamos con trajes y vestidos oscuros y llevamos al mismo tiempo botas de agua —algunas negras, la mayoría verdes— para poder caminar sobre el pasto embarrado de la isla. Pero hasta con botas Yvonne sigue desprendiendo un aire de dignidad y elegancia. Aunque quizá solo se trate de una apreciación mía.

Los últimos días han sido extraños; volver al trabajo y tratar de recuperar el ritmo y los asuntos pendientes, tener una conversación de hombre a hombre con un Eddie más encantador que nunca, soportar con vergüenza las palmaditas en la espalda y los hemos-estado-contigo-todo-el-tiempo de los compañeros y encontrarme con que a Frank ya no se le ocurren más nombres raros de pueblos escoceses que pueda comprobar con el corrector ortográfico para mi disfrute. Me he quedado en casa de Al y su mujer mientras la policía vigila mi apartamento, pero no ha habido señal de Andy.

Entretanto he ido al médico y me han mandado que me hagan varios análisis en el

Royal Infirmary. Hasta ahora nadie ha mencionado la palabra que empieza por C, pero de repente me siento vulnerable y mortal y viejo. He dejado de fumar. (Bueno, Al y yo nos preparamos la otra noche una o dos pipas de marihuana, a la salud de los viejos tiempos, pero no utilizamos nada de tabaco).

De todos modos sigo tosiendo mucho y de vez en cuando tengo una sensación de malestar, pero no he vuelto a escupir sangre desde aquella tarde en que encontramos a William.

Estrecho la mano de Yvonne mientras espero mi turno para regresar a tierra en el bote. El fino encaje negro de su velo, moteado aquí y allá con pequeños topos negros, hace que tenga al mismo tiempo un aspecto misteriosamente distante y verdaderamente seductor, con lluvia o sin lluvia, con botas o sin botas.

Entre los árboles de la costa se pueden oír los coches haciendo maniobras para salir de entre los baches del camino que lleva al pueblo y al hotel. La tradición manda que Yvonne, como viuda, sea la última en embarcarse de vuelta a tierra, como el capitán de un barco que se hunde, supongo.

—¿Estás bien? —me pregunta entornando la vista, con su intensa e inquisidora mirada escrutándome el rostro.

—Sobreviviendo. ¿Y tú?

—Igual —me contesta. De nuevo vuelve a parecerme aterida y pequeña. Me entran ganas de tomarla entre mis brazos y abrazarla. Siento lágrimas que luchan por salir detrás de mis párpados—. Vendo la casa —me dice bajando momentáneamente la vista, parpadeando con sus negras y largas pestañas—. La compañía va a abrir una oficina para la Comunidad Europea en Frankfurt; voy a formar parte del equipo.

—Ah —digo asintiendo con la cabeza, sin saber qué añadir.

—Te pondré unas líneas con mi nueva dirección cuando me haya instalado.

—Muy bien; bueno, de acuerdo. —Vuelvo a asentir con la cabeza. Oigo el sonido de los remos en el agua cerca de nosotros y el ruido de la barca al tocar el muelle—. Bueno —le digo—, ya sabes, si vienes por Edimburgo...

Ella sacude la cabeza y aparta la mirada, después me dedica una sonrisa amable y ladea la cabeza para indicarme que ha llegado el barco a recogerme.

Yo me quedo allí, asintiendo con la cabeza como un imbécil, deseando poder decir esas palabras precisas que deben existir para que todo esto cambie, que se transforme, que sea mejor, que finalmente hicieran que todo acabara felizmente para ambos, pero sabiendo al mismo tiempo que tal cosa no existe y que no tiene sentido buscarla, de manera que me quedo asintiendo como un tonto con los labios apretados entre los dientes, mirando al suelo, sin sacar fuerzas para mirarla a los ojos y con la certeza de que se acabó, punto final, adiós... hasta que tras esos instantes ella me saca de mi agonía ofreciéndome su mano y diciéndome suavemente:

—Adiós, Cameron.

Y yo asiento con la cabeza y estrecho su mano y después de un rato consigo accionar mi boca, que dice:

—Adiós.

—Sostengo su mano en la mía por última vez, un instante más.

El hotel que hay al final de la ensenada está lleno de peces disecados metidos en urnas de cristal y nutrias raquílicas de taxidermista, gatos monteses y águilas. No conozco a la mayoría de la gente y me da la impresión de que Yvonne trata de evitarme así que me tomo un whisky solo y unos sándwiches y me marcho.

La lluvia sigue cayendo torrencialmente; tengo los limpiaparabrisas funcionando a toda velocidad y aun así apenas puedo ver. La humedad que desprenden mi abrigo y mi paraguas empapados en el asiento trasero entabla una lucha bastante igualada con el calentador de aire del coche por desempañar el cristal por dentro.

Cuando llevo recorridas unas quince millas por el camino de un solo carril que rodea las montañas el motor empieza a fallar. Miro el tablero de instrumentos; medio depósito de gasolina, no hay ningún piloto de aviso encendido.

—Vamos, no —refunfuño—. Venga pequeño, vamos, no me dejes tirado aquí; venga, venga. —Le doy unas palmaditas en el salpicadero para animarlo—. Venga, vamos...

Estoy subiendo una suave pendiente en un trecho del camino que pasa por un terreno de reforestación de la comisión forestal en el instante en que el motor empieza a hacer una buena imitación de mí mismo cuando me levanto por la mañana tosiendo y carraspeando sin tener los cuatro cilindros a punto. A continuación se para completamente.

Continúo con la inercia hasta detenerme en la cuneta.

—¡Joder, mierda! —exclamo golpeando con rabia el salpicadero y sintiéndome a continuación como un estúpido.

La lluvia hace el ruido de una metralleta en el techo del coche.

Intento encender de nuevo el coche pero tan solo consigo arrancar otro ataque de tos de debajo del capó.

Abro el pestillo del capó desde dentro, me vuelvo a poner el abrigo, cojo el paraguas chorreante y salgo afuera.

El motor sigue haciendo ruiditos metálicos, chirriantes, como de lata. Sale vapor cuando las gotas de lluvia entran en contacto con el motor. Compruebo las bujías y me pongo a buscar algo obvio como un cable suelto. No parece haber ninguna avería obvia. (La verdad es que no conozco a nadie que en una situación como esta haya encontrado *jamás* que la avería estaba en algo obvio). Oigo un motor y cuando miro por el lado del capó levantado veo un coche que viene en la misma dirección que yo. Me parece que será suficiente con mirarle con cara de súplica para que se pare; es un tipo en un Miera desastrado.

Me hace señales con las luces largas y aparca delante de mí.

—Hola —digo yo cuando él abre la puerta de su coche y sale poniéndose un

anorak y encajándose un gorro de caza. Es pelirrojo, con barba—. Se ha parado por las buenas —le digo—. Tengo gasolina pero se ha calado de repente. Podría ser por la lluvia, supongo... —Mi voz se va ralentizando al tiempo que de repente se me ocurre que, Dios mío, podría ser él. Podría ser Andy; este tío podría ser él, disfrazado, que viene a por mí.

¿Qué coño estoy haciendo? ¿Por qué no me he ido directamente al maletero y he sacado la puta llave de ángulo en el mismo instante en que se paró ese coche? ¿Cómo se me ocurre ir sin un bate de béisbol, un spray paralizante o cualquier otra cosa? Me quedo mirando al tipo, pensando. Es él, ¿no? Tiene la misma estatura, idéntica complexión. Observo sus mejillas y su barba pelirroja tratando de detectar una juntura o un resto de pegamento que le delate.

—Sí —dice él metiéndose las manos en los bolsillos del anorak y mirando a la carretera—. ¿Tiene aceite en spray WD40, amigo? —Señala al motor con la cabeza—. Me da la impresión de que es lo que necesita su máquina.

No puedo dejar de mirarlo, con el corazón latiéndome desbocado. Siento un estruendo en mi cabeza y apenas puedo oírlo. Su voz suena diferente pero él siempre ha sido muy bueno imitando otros acentos. Tengo el estómago en un puño y las piernas están a punto de doblármese y ceder. Sigo sin quitarle la vista de encima. Oh, Dios mío, oh Dios mío. Me pondría a correr pero mis piernas no me acompañarán y de todos modos él siempre ha sido más rápido que yo.

Me mira frunciendo el ceño y siento que estoy mirando por un túnel; lo único que puedo ver es su rostro, sus ojos, del mismo color, la misma mirada... Entonces parece cambiar momentáneamente, parece erguirse y relajarse, y con una voz que ahora puedo reconocer me dice:

—Ah, muy astuto, Cameron.

No puedo ver con qué me golpea; tan solo su brazo lanzándose hacia mí, rápido y borroso como una serpiente atacando. Me asesta el golpe sobre mi oreja derecha y me derriba, enviándome doblado por la mitad a una galaxia de estrellas parpadeantes y a un estrepitoso y creciente fragor como si cayera por el aire hacia una cascada. Me retuerzo al caer y me golpeo contra el motor, pero no me duele, y me voy deslizando hasta desplomarme sobre los charcos de lodo de la carretera, golpeándome de nuevo, pero eso tampoco lo siento.

Oh Dios mío apiádate de mí aquí, en la isla de los muertos con los lamentos de los atormentados, aquí con el ángel de la muerte y el hedor acre del excremento y la carroña devolviéndome entre tinieblas y la pálida luz ocre al lugar al que nunca quise volver, al negro infierno terrenal obra del hombre y estercolero humano que se mide en kilómetros. Aquí abajo entre los muertos, a medio camino entre las almas atormentadas y sus salvajes e inhumanos alaridos; aquí con el barquero, mis ojos cubiertos y mis sesos revueltos, aquí con este príncipe de la muerte, este profeta de la

represalia, este celoso, vengativo, implacable hijo de nuestra bastarda comunidad de la codicia; apiádate de mí, apiádate de mí, apiádate de mí...

La cabeza me duele como si me hubieran dado por el culo; mi oído está... borroso. No es la palabra correcta, pero lo es. Los ojos cerrados. Me los cerraron con algo antes, fueron cerrados *por* algo, pero ya no, al menos ya no me lo parece; percibo luz detrás de mis párpados. Estoy echado sobre mi costado encima de algo duro y frío y rasposo. Estoy helado, y tengo los pies y manos atados con cuerda o con cinta. Tiemblo descontroladamente y me rasco la mejilla contra el frío y áspero suelo. Mal sabor de boca. Hay un olor intenso en el aire y puedo oír...

Puedo oír a los muertos, oír sus almas desolladas, aullando en el viento para ningún oído salvo el mío y para ningún entendimiento posible. La visión tras mis párpados pasa del rosa al rojo y después al morado hasta el negro, y está bañada con un estruendoso cambio hacia un terrible y desgarrador ruido que sacude la tierra, inunda el aire, retumba en mis huesos, oscuridad volviendo a oscuridad, negrura que huele a infierno o mamá o papá o no, no, por favor no volváis a llevarme allí.

Y allí estoy, en el único lugar en que me he escondido de mí mismo; no aquel día helado junto al agujero en el hielo o aquel otro día en los soleados bosques junto al agujero de la colina —días que puedo negar pues entonces todavía no era el yo en que me he convertido— sino hace tan solo dieciocho meses; el momento de mi fracaso y de mi simple y vergonzante incapacidad para recoger y transmitir la obvia impresión que me producía lo que estaba observando; el lugar que puso al descubierto mi incompetencia, mi irremediable incapacidad para dar testimonio.

Porque yo estaba allí, yo formaba parte de aquello, tan solo hace un año y medio, después de varios meses de importunar, halagar y suplicar a sir Andrew finalmente me permitió ir cuando el ultimátum expiró y cuando los camiones y carros de combate estaban a punto de ponerse en marcha yo conseguí mi deseo, conseguí ir, me concedió la oportunidad de hacer mi trabajo y mostrar mi talento, de ser un auténtico periodista en el frente de combate, un corresponsal de guerra de los pies a la cabeza con dos cojones que podría aportar la maníaca subjetividad del bendito San Hunter al más sofisticado de los métodos humanos para seccionar, para escarificar: la guerra moderna.

Y dejando de lado el hecho de que la bebida era escasa y espaciada y que todo aquel acontecimiento manipulado por la prensa era presentado de una manera tan parcial y que cuando llegó el momento de la verdad todo aquello parecía tan alejado de las redacciones de los periódicos, fueran tendenciosos o no, me conceden entonces aquella oportunidad —prácticamente me pusieron todo aquello delante de la cara, toda aquella realidad que me gritaba a la cara *escribe algo de una puta vez*— y no fui

capaz de hacerlo; no pude sacar una historia como un buen periodista; simplemente me quedé allí parado, desconcertado, paralizado por el horror, absorbiendo aquella fuerza fantasmal con mi inadecuada y desarmada humanidad más *íntima*, no con mi pública máscara profesional, no con aquella capacidad ni con aquella cara que tanto me había costado preparar para afrontar el océano de rostros de que se compone el mundo.

Y así fui humillado, rebajado y reducido.

Me quedé inmóvil en el desolado desierto, bajo un cielo negro de horizonte a horizonte, un pesado cielo sulfuroso que se movía sólido y manchado, saturado de los espesos y apestosos efluvios que expelían las violadas entrañas de la tierra, y en aquella oscuridad de mediodía, en aquel desastre planeado y deliberado, ante aquel fuego de granero de los pozos de petróleo incendiados flameando en la distancia con unas sucias y chorreantes llamaradas, me vi reducido a percibir pasmado como un imbécil el ilimitado e imaginativo talento que tenemos para el odio más sanguinario y la devastación más demencial, pero al mismo tiempo me vi privado de la capacidad para describir y presentar tal percepción.

Me acuclillé en la alquitranada superficie pegajosa de aquellas arenas saqueadas, a abrasadora distancia de uno de aquellos pozos destrozados, contemplando cómo el tubo central partido en el centro del cráter despedía un espumarajo comprimido de petróleo y de gas en impetuosas e instantáneas andanadas dispersas de líquido oscuro pulverizado que se unían a la furiosa torre de fuego que ardía en lo alto; un sucio ciprés de fuego de cien metros de alto que sacudía la tierra como un terremoto interminable que bramaba enloquecidamente como el estridente alarido de un motor a reacción, estremeciendo mis huesos, sacudiendo mis dientes y haciendo que mis ojos se convulsionaran en sus órbitas.

Mi cuerpo se estremeció, los oídos me zumbaban, los ojos me escocían, la garganta me ardía con el hedor ácido y amargo del petróleo evaporado, pero era como si la propia ferocidad de la experiencia me dejara inerme, me deshiciera y me dejara incapaz de contarlo.

Después, en la carretera a Basra, en la inmensa linealidad de la carnicería, una franja inundada de chatarra fruto de la destrucción que se extendía —de nuevo— de horizonte a horizonte sobre el pardo rostro plano de esa tierra polvorienta, yo vagaba entre los restos calcinados y perforados de los coches y camionetas y camiones y autobuses abandonados después de que los A10, los Cobras y los transportes acorazados y los miniobuses y los obuses de larga distancia se hubieron abierto paso y cebado con sus presas no acorazadas, y observaba el metal marronáceo quemado, las pompas que provoca el fuego en la pintura, los chasis retorcidos y las cabinas arrancadas de cuajo de aquellos Hondas y Nissans y Leylands y Macks, con sus neumáticos rajados y pinchados o desaparecidos, calcinados hasta su esqueleto metálico; contemplé la metralla dispersa de aquella desolación colectiva irradiada por las arenas, y traté de imaginar cómo habría sido estar allí metido, batido por el

enemigo, en retirada, huyendo desesperadamente en aquellos vehículos civiles sin blindaje mientras caía un diluvio de misiles y proyectiles como un chaparrón supersónico y las arcadas de fuego vomitado se desperdigaban por todas partes. También intenté imaginar cuánta gente habría muerto allí, cuántos cuerpos despedazados y trozos de cuerpos habían sido metidos en bolsas, apartados y quemados por los escuadrones de limpieza antes de que nos permitieran ver una muestra de aquel largo día de matanza.

Me quedé sentado un rato en una duna baja, quizá a unos cincuenta metros de la devastación de aquella carretera desgarrada y reventada y traté de asumir todo aquello. Tenía mi ordenador portátil abierto sobre las rodillas, reflejando los grises nubarrones, con el cursor parpadeando en la esquina izquierda de aquella pantalla en blanco.

Después de pasarme así media hora seguía sin poder pensar en nada que pudiera describir lo que veía y lo que sentía. Sacudí la cabeza y me levanté doblando mi torso para sacudirme los pantalones.

La negra bota calcinada estaba a un par de metros, medio enterrada en la arena. Cuando la recogí me sorprendió lo que pesaba porque todavía tenía metido un pie dentro.

Arrugué la nariz ante el hedor que despedía y la tiré a la arena, pero ni eso me ayudó a desbloquearme; aquella bota no me sirvió para espolear (ja) el proceso de escritura.

No me sirvió nada.

Envié lo mínimo que con poca inspiración pude escribir sobre el manido tema de la-guerra-es-un-infierno-y-francamente-también-lo-es-la-paz-si-eres-una-mujer desde el hotel y para relajar la mente me fumé una potente droga que me proporcionó un afable asistente palestino que —cuando se marcharon los periodistas— fue apresado por las autoridades de Kuwait, torturado y deportado al Líbano.

Cuando volví, sir Andrew me dijo que no le habían impresionado nada mis crónicas; que podían haber publicado informaciones de la agencia AP que les habrían salido más baratas y habrían tenido más impacto. No podía discutirlo de modo que tuve que sentarme calladito y aceptar el rapapolvo verbal de aquel hombre durante media hora. Y en ese momento, aun sabiendo que no era lo más acertado, injustificable y una mala excusa de autoconmiseración llena de arrogancia, por un momento, bajo aquel fulminante diluvio de desprecio profesional, me sentí como algo atrapado y pulverizado entre el polvo y las cenizas grasientas en la carretera a Basra.

Oigo los lamentos de los muertos sobreponiéndose al estruendo de los alaridos que salen de las tuberías rotas de los pozos y huelo el espeso y coagulante petróleo marrón oscuro y el dulce hedor asfixiante de la descomposición; entonces los gritos se transforman en el graznido de las gaviotas, y aquel olor en el del mar, con un tono

acre de cagadas de pájaros.

Sigo atado. Abro los ojos.

Andy está sentado delante de mí, con la espalda apoyada en la pared de hormigón. Hay una entrada a la izquierda de Andy, sin puerta, tan solo una abertura ahuecada que deja pasar la luz del sol. Puedo ver más construcciones de hormigón, todas ruinosas, y una delgada torre de hormigón llena de cagadas de gaviotas. Más allá se distinguen las olas rodando con las crestas blancas de espuma en lo alto y se vislumbra un pedazo de la tierra distante. El viento pasa por la entrada y sopla sobre pedazos de piedras y de cristales; puedo oír las olas golpeando contra las rocas. Parpadeo y miro a Andy.

Él sonrío.

Tengo las manos atadas a la espalda; los tobillos los tengo unidos con cinta aislante. Me arrastro hasta la pared que tengo detrás y me aúpo hasta sentarme yo también. Ahora puedo distinguir más agua allá afuera, y más tierra; unas cuantas casas dispersas en la distancia, unas boyas flotando en el agua surcada por el viento y un pequeño carguero que abandona la costa.

Me paso la lengua por la boca; tiene un sabor extraño. Parpadeo y comienzo a sacudir la cabeza para tratar de desembarazarme de la confusión, pero enseguida me arrepiento. La cabeza me duele y me palpitan las sienes.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Andy.

—Como una puta mierda. ¿Qué esperabas?

—Podría haber sido peor.

—Ya, no lo dudo —le digo, y me entra un escalofrío. Cierro los ojos y apoyo cuidadosamente la cabeza contra el helado hormigón de la pared. Parece como si mi corazón estuviera bombeando aire; demasiado veloz y etéreo como para llevar algo tan espeso como la sangre. Aire, pienso; Dios mío, me ha inyectado aire y me voy a morir, el corazón despedazándose en espumarajos de aire, el cerebro pereciendo por falta de oxígeno, por Dios, no... Pero pasa un minuto o así y, aunque sigo sin sentirme bien del todo, tampoco me muero. Vuelvo a abrir los ojos.

Andy sigue sentado frente a mí; lleva unos pantalones de pana marrones, una chupa de combate del ejército y botas de montaña. Hay una mochila de camuflaje apoyada contra la pared a un metro a su izquierda y tiene media botella de agua mineral delante. Junto a su mano derecha hay un teléfono celular; junto a su mano izquierda, un revólver y una pistola automática, pero me da la impresión de que reconozco la pistola gris; creo que es la misma que tenía aquella noche, una o dos semanas después de la muerte de Clare, cuando estaba decidido a vengarse y acabar con el doctor Halziel en ese momento. Quizá —se me ocurre ahora—, debería haber dejado que lo hiciera.

Todavía llevo la misma ropa que vestía cuando me secuestró: traje oscuro, ahora sucio y manchado, y una camisa blanca.

Me ha quitado la corbata. Mi abrigo está cuidadosamente doblado, aunque

desastrado y sucio, a un metro a mi derecha.

Estira una de las piernas y con su bota de montaña toca la botella de agua. Le da un golpecito.

—¿Agua? —me dice.

Yo asiento. Se levanta, destapa la botella y me la lleva a los labios. Le doy unos tragos, después asiento con la cabeza y él me la retira. Vuelve a sentarse en donde estaba.

Saca una bala de su chupa de combate y empieza a jugar con ella entre los dedos. Aspira muy hondo, como con un suspiro, y dice:

—¿Y bien, Cameron?

Yo intento ponerme cómodo. Mi corazón sigue latiendo sin control y haciendo que me palpite la cabeza, mis tripas me amenazan con cosas terribles y me siento muy débil, pero que me jodan si se cree que voy a suplicarle. La verdad es que estoy jodido haga lo que haga y —siendo realista— cuando llegue el momento seguramente me pondré a suplicarle como un crío, pero por ahora puedo permitirme hacerme el duro.

—Tú dirás, Andy. —Mantengo un tono de voz neutral—. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Qué has preparado para mí?

Él hace una mueca con los labios y sacude la cabeza frunciendo el ceño ante la bala que sostiene en la mano.

—Oh, no creas que voy a matarte, Cameron.

No puedo evitarlo; me pongo a reír. No es tanto una risa como un jadeo con pretensiones, pero me da ánimos.

—¿Ah, sí? —le digo—. Igual que nos ibas a devolver a Halziel y a Lingary ilesos.

—Cameron —dice encogiendo los hombros—, eso era simplemente una táctica —dice con naturalidad—. Estaba claro que iban a morir. —Sonríe sacudiendo la cabeza ante mi ingenuidad.

Yo lo miro detenidamente. Está bien afeitado y aparentemente en forma. Parece más joven que antes; mucho más joven que cuando Clare murió.

—Bueno Andy, si no me vas a matar ¿qué piensas hacer? —le pregunto—. ¿Humrn? ¿Contagiarme el SIDA? ¿Cortarme los dedos para que no pueda volver a escribir? —Me tomo un respiro—. Espero que hayas tenido en cuenta los avances en reconocimiento de voz, que van a permitir que dentro de poco se pueda escribir en un ordenador sin necesidad de teclado.

Andy sonríe, pero hay algo muy frío en su sonrisa.

—No voy a hacerte daño, Cameron —dice—, y tampoco voy a matarte, pero necesito que hagas algo por mí.

Me quedo mirando a propósito mis tobillos atados con cinta.

—Bueno, bueno... ¿Y de qué se trata?

Vuelve a bajar la mirada hacia la bala.

—Quiero que me escuches —dice en voz baja. Como si estuviera avergonzado de decirlo. Se encoge de hombros y me mira a los ojos—. De verdad que es lo único que quiero.

—De acuerdo —le contesto. Flexiono los hombros con una mueca de dolor—. ¿Podría escucharte con las manos desatadas?

Andy frunce los labios y a continuación asiente con la cabeza. Se saca un largo cuchillo de la bota. Parece un delgado cuchillo de caza; la hoja está reluciente. Se acuclilla al tiempo que yo me doy la vuelta y el cuchillo empieza a cortar suavemente la cinta. Yo acabo de romperla y despegármela, arrancándome algunos pelos con ella. Las manos me hormiguan. Miro mi reloj.

—Joder, parece que me diste fuerte.

Son las nueve y media de la mañana, el día después del funeral.

—No tan fuerte —me dice Andy—. Te mantuve un rato inconsciente con éter y después parece que te quedaste dormido.

Vuelve a sentarse en donde estaba y se desliza el cuchillo en el interior de la bota. Saco una mano de atrás y me echo sobre un costado mirando la entrada que da al exterior. Entorno los ojos para ver a distancia.

—Dios mío. ¡Es el jodido puente del golfo de Forth! —En el fondo es un alivio comprobar que desde aquí se pueden ver los puentes y saber que estoy a solo unas millas de casa.

—Estamos en Inchmickery —dice Andy—. A las afueras de Cramond. —Mira a su alrededor—. Este sitio fue una batería de costa durante las dos guerras mundiales. —Vuelve a sonreír—. De vez en cuando aparece el típico navegante aventurero que trata de llegar hasta aquí, pero solo hay dos lugares de acceso a la isla que no pueden encontrar. Da una palmada a la pared que tiene detrás de él. —Es una buena base de operaciones, ahora que el hotel ha desaparecido. ¡Hay que ver! Como está en la ruta de paso de los aviones que van al aeropuerto, sospecho que los muchachos de seguridad han querido darle el golpe de gracia antes de que se celebre la eurocumbre, así que yo también desaparezco hoy, sea como sea.

Yo asiento con la cabeza tratando de recordar. No me gusta el tono con que ha dicho «sea como sea».

—No logro recordar si me has traído aquí en un bote —le digo.

—Bueno —dice riendo—, la verdad es que no dispongo de un helicóptero. —Sonríe irónicamente—. Sí, en un bote hinchable.

—Humm.

Mira a ambos lados, como si quisiera comprobar que el teléfono móvil y la pistola siguen en su sitio.

—¿Estás cómodo sentado así? —me pregunta.

—Si quieres que te diga la verdad, no, pero no pierdas el sueño por eso.

Esboza una leve sonrisa que desaparece rápidamente.

—Después te voy a dar la oportunidad de elegir, Cameron —me dice con un tono

calmado y serio—. Pero antes quiero contarte por qué he hecho todo esto.

—¿Ah, sí? —Me dan ganas de decirle: Está perfectamente claro por qué coño has hecho todo esto, pero no digo nada.

—El primero de todos, por supuesto, fue Lingary —dice Andy, que ahora tiene un aspecto aún más joven, con la vista clavada en la bala que sostiene en su mano—. Bueno, lo cierto es que ya había conocido antes a gente despreciable, gente por quien no sentía el menor respeto y de quienes pensaba: Bueno, pues el mundo estaría mucho mejor sin *ellos*. Pero no sé, quizá es que era muy ingenuo y pensaba que en la guerra, especialmente en el ejército profesional, todo sería mucho mejor; que la gente daría lo mejor de sí misma; que ampliarían su envoltura moral, ¿sabes?

Yo asiento con la cabeza con cautela. Pienso: ¿Envoltura moral? Jerga de gente de la costa.

—Pero está claro que no es así —dice Andy pasando la superficie de cobre y bronce de la bala entre sus dedos—. La guerra es un elemento amplificador, multiplicador. La gente decente actúa más decentemente; los cabrones se convierten en mayores cabrones. —Agita una sola mano—. No estoy hablando de ese típico rollo de la banalidad-del-mal (el genocidio organizado es otra cosa) me refiero a la guerra convencional en donde se obedecen unas reglas. Y la verdad es que hay gente que se supera a sí misma, pero hay otra gente que se hunde por debajo de sí misma. No se superan ni brillan como lo hacen otros en el combate y ni siquiera salen del paso como la mayoría de la gente, que está muerta de miedo pero que hacen lo que tienen que hacer porque la vida de sus compañeros depende de ellos; simplemente se quedan con sus debilidades y sus fallos expuestos al aire libre, y en algunas circunstancias, si esa persona es un oficial y sus fallos son de cierto tipo y ha llegado a cierto nivel sin haber pisado jamás un campo de batalla, entonces esos fallos pueden acarrear la muerte de muchos hombres.

»Todos tenemos una responsabilidad moral, nos guste o no, pero la gente que ostenta el poder (en el ejército, en la política, en las profesiones liberales, en lo que sea) tiene la responsabilidad de preocuparse por los demás, o al menos demostrar oficialmente algo parecido a la compasión; supongo que se le puede llamar “deber”. La gente que he atacado era gente que yo sabía que habían hecho un mal uso de esa responsabilidad; y entonces fue cuando decidí arrogarme mi... autoridad.

Se encoge de hombros y frunce el ceño.

—La situación era un poco diferente con Oliver, el comerciante de porno; en parte lo hice para despistar a la policía, y en parte porque me asqueaba lo que hacía.

»Y el juez; bueno, la verdad es que él no era tan culpable como los otros; fui comparativamente indulgente con él.

»Los demás... eran todos hombres muy poderosos, todos ricos, algunos de ellos muy ricos. Habían conseguido todo lo que se puede pedir en esta vida, pero todos querían más (lo cual es aceptable, supongo, es solo un defecto, no se puede matar a la gente solo por eso) pero todos trataban a la gente como mierda, literalmente como

mierda; algo desagradable de lo que uno tiene que deshacerse. Era como si hubieran olvidado su humanidad y no fueran capaces de volver a encontrarla, y solo había una manera de recordárselo, a ellos y a otros como ellos, y hacer que se sintieran tan atemorizados, vulnerables e indefensos, como ellos hicieron que otra gente se sintiera toda su vida.

Sostiene la bala frente a su rostro y la observa con detenimiento.

—No había ni uno solo de aquellos hombres que no hubiera matado a otra gente, indirectamente, como hicieron la mayoría de los condenados en el juicio de Nuremberg, pero también con absoluta determinación, indiscutiblemente, más allá de cualquier duda razonable.

»Y Halziel —me dice inspirando muy hondo—. Bueno, tú sabes perfectamente de quién estamos hablando.

—Por Dios, Andy —le digo. Sé perfectamente que debería quedarme callado y dejarle hablar todo lo que quiera pero no puedo evitarlo—. El tipo era un cabrón egoísta y un mal médico; pero estamos hablando de incompetencia, no de maldad. El tipo no odiaba a Clare ni por asomo, ni deseaba su...

—Pues ahí está el problema —dice Andy extendiendo sus manos—. Si un cierto nivel de aptitud (o de competencia) se traduce en el don de la vida o la muerte entonces se convierte en *maldad* cuando no te preocupas por ejercer esa habilidad, porque la gente confía en ti para que hagas precisamente eso. Aunque —y entonces alza una mano frente mí como para contrarrestar mi posible réplica y asiente con la cabeza— estoy dispuesto a admitir que en este caso hay un cierto grado de venganza personal. Cuando acabé con los otros y me di cuenta de que no me quedaba mucho tiempo para seguir actuando al descubierto, como finalmente ocurrió, bueno, pues me pareció que era lo que me quedaba por hacer.

Alza la vista hacia mí con una franca sonrisa y los ojos abiertos como platos.

—Te estoy escandalizando, ¿no, Cameron?

Yo le miro a los ojos un momento y después aparto la mirada hacia la entrada, hacia el agua y las pequeñas siluetas blancas que forman los pájaros graznando.

—No —le digo—. No tanto como cuando me hice a la idea de que habías sido tú quien empaló a Bisset de aquel modo, y que fuiste tú quien estaba detrás de aquella máscara de gorila y que tú fuiste quien abrasaste a Howie...

—Howie ni siquiera sufrió —dice Andy como si nada—. Primero le rompí la cabeza con un tronco. —Esboza una sonrisa irónica—. Probablemente le ahorré una resaca tremenda.

Me quedo mirándolo fijamente, asqueado y a punto de llorar por la forma en que ese hombre que siempre consideré como mi mejor amigo está hablando alegremente de un asesinato, y también por sentir que yo mismo soy vulnerable y estoy corriendo un riesgo en este momento aunque él me haya prometido lo contrario y me haya desatado las manos.

Andy me lee la cara.

—Era un hijo de puta, Cameron. —Hace una pausa y se pone a mirar el techo—. No, no le hago justicia llamándolo así porque esa última palabra era la que él solía aplicar a las mujeres; sería mejor decir que era un capullo, un soplapollas; y un capullo violento, un soplapollas vengativo y arrogante. A lo largo de los años le rompió a su mujer la mandíbula, ambos brazos y la clavícula; le fracturó el cráneo y la pateó cuando estaba embarazada. Era un auténtico cerdo miserable. Probablemente también abusaron de él cuando era niño. Pero para eso somos humanos, para poder elegir nuestro comportamiento; como no era capaz de hacerlo él mismo, yo lo hice por él.

—Andy —le digo—. Por el amor de Dios; hay leyes, hay tribunales; ya sé que no son perfectos pero...

—Ja, las *leyes* —dice Andy con una voz saturada de sarcasmo—. ¿Leyes basadas en qué? ¿Con qué autoridad?

—Bueno, ¿y qué te parece la democracia, por ejemplo?

—¿Democracia? Una elección entre dos posibilidades: mentiras descaradas y mentiras no tan descaradas cada cuatro o cinco años, con suerte.

—¡En eso no consiste la democracia! No es simplemente eso; consiste en una prensa libre...

—Y eso sí que lo tenemos, ¿no? —Andy se echa a reír—. Con la salvedad de que la poca prensa que queda libre no se lee demasiado y la que se lee más es precisamente la que no es libre. Déjame que te cite: «No son periódicos, son cómics para los semianalfabetos; panfletos de propaganda controlados por billonarios extranjeros que solo quieren amasar la mayor cantidad de dinero técnicamente posible y mantener una atmósfera política conducente a ese único objetivo».

—Vale, mantengo lo dicho, pero aun así es mejor que nada.

—Oh, ya lo sé, Cameron —me dice recostándose contra la pared y con una expresión de leve sorpresa por haber sido malentendido—. Ya lo sé; y también sé que si los poderosos pueden salirse con la suya, siempre se saldrán con la suya, y que si la gente a quienes explotan les dejan, bueno, pues ellos encantados. ¿Pero es que no te das cuenta? —Entonces se da una palmada en el pecho—. ¡Eso me incluye a mí! —y se pone a reír—. Yo también estoy implicado; soy un producto del sistema. Soy un ser humano más, un poco mejor, más inteligente y quizá más afortunado que la mayoría, pero tan solo otra parte de la ecuación, otra variable que surge de la sociedad. Así que yo llego y trato de salirme con la mía, porque me parece apropiado hacerlo, porque soy como un hombre de negocios, ¿te das cuenta? *Sigo* siendo un hombre de negocios y como tal estoy tratando de satisfacer una demanda. He localizado un hueco vacío en el mercado y me dedico a explotarlo.

—Espera un momento, espera un momento —le digo—. Yo no me trago eso de satisfacer una demanda del mercado, pero lo de la diferencia entre tu autoridad y la de los demás consiste en que tú eres simplemente tú y te has montado todo esto tú solito... tú eres quien ha creado todo este planteamiento que te parece tan lógico. Los

demás simplemente tenemos que llegar a un cierto acuerdo, a un consenso; todos intentamos llevarnos bien porque es el único modo de que la gente pueda convivir en paz.

Andy esboza lentamente una sonrisa.

—La diferencia está en los números, ¿no, Cameron? De modo que cuando las dos naciones más poderosas de la tierra (más de quinientos millones de personas) se tenían tanto miedo estaban muy bien preparadas para destruir el mundo ¿no? —Sacude la cabeza—. Cameron, estaría dispuesto a apostarme lo que fuera a que habría más gente dispuesta a creer que Elvis sigue vivo que a respaldar el tipo de humanismo secular que según tú representa actualmente para la humanidad el Único Camino Verdadero. Además, ¿adónde nos ha llevado ese consenso del que hablas?

Frunce el ceño y parece verdaderamente confundido.

—Vamos, Cameron —me dice con tono de reproche—. Conoces perfectamente las evidencias de lo que digo: el mundo produce actualmente... nosotros producimos actualmente alimentos suficientes como para saciar el hambre de cualquier niño hambriento del planeta, pero un tercio de ellos sigue acostándose cada noche con hambre. Y es nuestra culpa; ese hambre tiene lugar porque los países en deuda tienen que abandonar los alimentos propios de su cultura para ponerse a cultivar cosechas que les den dinero y así poder seguir teniendo contentos al Banco Mundial, o al IMF, o al Barclays, o para pagar deudas contraídas por matones asesinos que se han hecho con el poder a machetazos y carnicerías con la complicidad y la ayuda de una parte u otra del mundo desarrollado.

»Ahora mismo podríamos estar disfrutando de un sistema bastante decente (no de una Utopía, sino de una organización mundial bastante equitativa en donde no existiera la malnutrición ni la diarrea terminal y en donde nadie muriera de recónditas enfermedades superadas como las paperas) si nos lo propusiéramos, si no fuéramos tan codiciosos, tan racistas, tan intolerantes y, básicamente, tan egoístas. Joder, coño, si hasta ese egoísmo llega a tener visos de estupidez; sabemos que fumar mata a la gente y sin embargo seguimos dejando que compañías como la BAT, la Phillip Morris o la Imperial Tobacco continúen matando a millones y ganando billones; gente educada e inteligente como nosotros sabemos que fumar mata, y sin embargo... ¡seguimos *fumándonos*!

—Yo lo he dejado —le confieso a Andy un poco a la defensiva, aunque es verdad que me muero por un cigarrillo.

—Cameron —me dice con una risa rayana en la desesperación—. ¿Pero no te das cuenta? Si te estoy dando la razón; he escuchado tus razonamientos a lo largo de los años y veo que tenías razón: el siglo veinte es nuestra obra maestra y somos lo que hacemos... y mira lo que hemos hecho. —Se pasa una mano por el pelo y sorbe aire entre los dientes—. La cuestión estriba en que no tenemos excusa posible por lo que somos, por lo que hemos hecho de nosotros mismos. Hemos escogido anteponer los beneficios a la gente, el dinero a la moral, los dividendos a la decencia, el fanatismo a

la justicia, y nuestras triviales comodidades a la inefable agonía de los demás.

Se queda mirándome expresamente, con las cejas enarcadas. Yo asiento con la cabeza, reacio a aceptarlo, reconociendo algo que escribí yo mismo una vez.

—Así que —continúa—, en un clima general de culpabilidad compartida, de perversión de los valores morales, no hay nada, *nada* de lo que yo he hecho que esté fuera de lugar o que sea incorrecto.

Abro la boca para hablar pero Andy lo desestima con un gesto de la mano y con un leve suspiro de sarcasmo dice:

—Bueno, ¿y qué querías que hiciera, Cameron? ¿Esperar a que llegara la revolución proletaria para que pusiera las cosas en su sitio? Eso es lo mismo que esperar el día del Juicio Final; nunca llega de una puta vez. Y yo quiero justicia *ahora*; no quiero que esos cabrones mueran de muerte natural. —Inspira muy hondo y me mira con cara de sorpresa—. ¿Cómo lo he hecho hasta ahora, Cameron? Crees que estoy loco, ¿o qué?

Meneo la cabeza de lado a lado.

—No, no creo que estés loco, Andy —le digo—. Simplemente estás equivocado.

Asiente lentamente ante mis palabras sin apartar la mirada de la bala a la que sigue dándole vueltas entre los dedos.

—Tienes razón con respecto a una cosa —le digo—. Tú eres uno de ellos. Quizá eso que decías de encontrar una demanda del mercado no es algo tan arrogante como parece. Pero ¿es una reacción nauseabunda ante un sistema nauseabundo lo mejor que podemos hacer? Crees que estás luchando contra el sistema pero en realidad te unes a él. Te han envenenado, tío. Te han arrancado la esperanza del alma y en su lugar te han metido algo de su odio egoísta.

—¿Has dicho «alma», Cameron? —Me sonrío—. ¿Estás hablando de religión?

—No, a lo que me refiero es al núcleo de tu ser, a la esencia de lo que eres; te lo han infectado con desesperación y siento mucho que no puedas encontrar otra respuesta mejor que ponerte a matar gente.

—¿Ni siquiera cuando se lo merecen?

—No, Andy; sigo sin creer en la pena de muerte.

—Bueno, pues *ellos* sí que creen —suspira—; y me parece que yo también.

—¿Y qué me dices de la esperanza? ¿Crees en ella?

—¿Quién te crees que eres? —me dice con menosprecio—. ¿Bill Clinton? —Sacude la cabeza—. Oh, ya sé que en el mundo también hay bondad, Cameron, y compasión, y algunas leyes justas; pero existen contra un fondo de barbarie global, flotan en un océano de horror sanguinario que es capaz de destrozarse en un instante cualquier mínima construcción social a la que aspiremos. Ese es el punto clave, ese es el verdadero marco dentro del cual funcionamos, aunque la mayoría no pueda o no quiera reconocerlo, permitiendo así que se perpetúe.

»Todos somos culpables, Cameron; unos más que otros, algunos mucho más que otros, pero no me digas que no somos todos culpables.

Resisto la tentación de decirle: ¿Quién está utilizando ahora la religión?

En lugar de eso le digo:

—¿Y de qué era culpable William?

Andy frunce el ceño y aparta la vista.

—De ser todo lo que afirmaba ser —me dice con un tono amargo, por vez primera—. William no era una deuda personal, como Halziel o Lingary: era simplemente uno de *ellos*, Cameron; siempre estuvo convencido de todo lo que decía. Yo lo conocía mejor que tú, cuando hablaba en serio, y se tomaba muy en serio sus ambiciones. Comprarse un título, por ejemplo; estuvo donando dinero al partido conservador los últimos diez años —también donó dinero al partido laborista el año pasado, y todo porque pensaba que iban a ganar las elecciones—, pero estuvo metiendo cantidades muy respetables de dinero en las arcas de los tories durante una década, al tiempo que iba controlando cuánto dinero tenía que donar un hombre de negocios de éxito para que le dieran un título. Una vez me preguntó qué obra de caridad le recomendaba para donar dinero, para proporcionarle la excusa de siempre; quería una que no le sacara demasiado dinero.

»Todo eso lo planeaba a largo plazo, pero así era como pensaba William. Seguía empeñado en construirse una casa en Eilean Dubh, e incluso había maquinado una complicada maniobra a través de una empresa fantasma y un peligroso depósito de residuos químicos tóxicos en la zona que, si le hubiera funcionado, habría tenido a los agradecidos habitantes de la zona prácticamente rogándole que se quedara la isla para él solo. Y a veces, cuando estaba borracho, me hablaba de su plan de cambiar a Yvonne por una modelo en mejores condiciones y más manejable, preferiblemente con su propio título y un papá con negocios importantes o en el gobierno. Su programa antiético de inversiones tampoco era ninguna broma; lo seguía al pie de la letra.

Andy se encoge de hombros.

—El hecho de que lo conociera era tan solo una coincidencia, pero no creo que haya ninguna duda de que William iba a acabar como los otros tipos que maté.

Juguetea con la bala que sostiene en la palma de la mano, con la vista baja.

—Sin embargo, si te vale para algo te diré que siento mucho que al haberlo matado haya jodido tu relación con Yvonne.

—Bueno —digo yo—, si es así entonces no pasa nada. —Lo digo con un tono sarcástico, pero la verdad es que suena como una tontería.

Asiente, sin mirarme a la cara.

—Era encantador, Cameron, pero lo cierto es que era un hombre malvado.

Me quedo mirándolo fijamente un rato; se frota la bala contra los dedos. Finalmente digo:

—Sí, pero tú no eres Dios, Andy.

—No, no lo soy —dice dándome la razón—. Nadie lo es. —Esboza una sonrisa irónica—. ¿Y qué?

Cierro los ojos, incapaz de soportar esa expresión relajada en su rostro, como si fuera simplemente un niño travieso. Los abro de nuevo y miro a través de la entrada, y veo el agua y la tierra y los incesantes pájaros revoloteando.

—Sí. Ya veo. Bueno —digo—. No creo que tenga ningún sentido tratar de razonar contigo, ¿verdad, Andy?

—No, seguramente tienes razón —dice Andy mostrándose de repente animado y decidido. Se palmea ambos muslos y se pone en pie. Coge la pistola y se la mete por detrás del pantalón de pana. Alza la mochila y se la carga en un hombro. Señala con la cabeza el teléfono celular que está en el suelo de hormigón.

—Ahí tienes tu elección —me dice—. Llamar y entregarme o no hacerlo.

Espera alguna reacción por mi parte, así que alzo las cejas.

—Me voy al bote a dejar la bolsa con mis cosas. —Esboza una sonrisa forzada—. Tómame tu tiempo. Volveré en unos diez o quince minutos.

Me quedo mirando el teléfono sobre aquel suelo sucio.

—Funciona —me asegura—. Tú eliges —y se echa a reír—. Me parecerá bien cualquier cosa que decidas. Déjame libre y... no sé; quizá me retire ahora, mientras puedo. Pero por otro lado todavía quedan muchos cabrones sueltos por ahí. Y uno de ellos, si es que te pica la curiosidad, podría ser Mrs. T. —Sonríe—. Y también está la posibilidad de América; la tierra de las oportunidades. Pero por otro lado, si acabo en la cárcel... Bueno, allí hay gente a la que también me encantaría conocer; como por ejemplo al estrangulador de Yorkshire, suponiendo que uno se pueda acercar a él. Solo necesitaría una hoja de afeitar, y unos cinco minutos. —Vuelve a encogerse de hombros—. Bueno, no importa. Plasta ahora.

Sale por aquella abertura hacia el día luminoso y los remolinos de viento y baja los escalones de dos en dos hasta un pasadizo que hay entre las dos construcciones de hormigón. Cuando desaparece me recuesto sobre la pared.

Me acuclillo apoyándome en mis pies atados y levanto del suelo el teléfono celular. Parece cargado y conectado. Marco el número de la vieja casa de mis padres en el pueblo de Strathspeld; sale un contestador automático; la lacónica voz gruñona de un hombre.

Apago el teléfono.

Me lleva un minuto quitarme la cinta que me ata los pies. Recojo mi abrigo del suelo, le sacudo el polvo y me lo pongo.

Cuando me asomo a la entrada los faldones del abrigo aletean contra mis piernas. Puedo ver Fife a mi derecha, los árboles del parque Dalmeny y el monte Mons a mi izquierda y los dos puentes frente a mí, corriente arriba; uno de ellos tenso, con una trama de cables rojos, y el otro dibujando una curva perfecta, gris como un barco de guerra.

El agua azul grisácea del estuario está revuelta, las olas van desfilando con el viento que sopla por detrás, desde el este. Dos dragaminas pasan corriente arriba bajo el puente hacia Rosyth; hay un inmenso buque cisterna atracado, enorme y sin carga,

en la terminal de Hound Point, asistido por un par de remolcadores; dos inmensas barcasas con grúas flotan al lado, en donde han pasado la mayor parte del año instalando un segundo muelle de la terminal. Un pequeño buque cisterna está ahora mismo a la altura de la isla, saliendo a mar abierto, con la línea de flotación muy alta debido probablemente a algo que le han cargado en la refinería de Grangemouth. Al norte, más allá de Inchcolm, un buque cisterna de gas líquido está atracado en Braefoot Bay cargando combustible de los gaseoductos conectados con la planta refinadora de Mossmorran, unos kilómetros al interior, en un lugar que puede distinguirse por las blancas fumaradas de vapor. Contemplo toda esta actividad marítima sorprendido por la incesante actividad industrial y mercantil que sigue desplegándose en esta vieja ría.

En lo alto y por los alrededores las gaviotas se ladean y se deslizan por el aire, suspendidas, con los picos abiertos, graznando al viento. Los bunkers, torres, barracones y emplazamientos de cañones construidos de hormigón en aquella pequeña isla están todos cubiertos de cagadas de gaviotas; blanca y negra, amarilla y verde.

Me rasco la nuca y doy un respingo al tocarme el chichón. Miro el teléfono que sostengo en la mano, respiro el intenso olor del aire marino y toso.

La tos continúa durante un rato y después desaparece.

¿Qué hacer? ¿Una traición más, aun cuando sea el propio Andy quien parece medio animarme a hacerlo? ¿O convertirme, de hecho, en su cómplice y dejarlo en libertad para que siga matando y mutilando a Dios sabe qué otra gente, un radical libre en nuestro corrupto sistema?

¿Qué *se debe* hacer?

Sacude la cabeza, Colley; mira a tu alrededor en este abandonado descampado de hormigón y observa este animado río industrial, y trata de hallar una inspiración, una pista, un alivio. O simplemente algo que te distraiga de una decisión que vas a lamentar de todos modos, sea cual sea.

Marco el número en el teléfono.

Van sonando en mi oído diversos tonos y pitidos mientras contemplo las nubes desplazándose en lo alto. Entonces descuelgan el teléfono.

—Sí, hola —digo—. El doctor Girson, por favor. Cameron Colley. —Miro alrededor intentando localizar a Andy, pero no hay rastro de su presencia—. Sí. Cameron. Exactamente. Llamaba solamente para saber si ya tiene los resultados... Así que los tiene... Bueno, si pudiera dármelos por teléfono se lo... Bueno, sí, por teléfono, ¿por qué no?... Bueno, pues yo sí. Yo creo que sí lo es. Bueno, se trata de mi cuerpo, ¿no, doctor?... Quiero saberlo ahora... Escuche, déjeme que le haga una pregunta directa, doctor: ¿tengo cáncer de pulmón? Doctor... doctor... No, doctor... Mire, le agradecería que me diera una respuesta directa, si no le importa. No, yo no creo que... Por favor, doctor; ¿tengo cáncer? ¿Tengo cáncer? ¿Tengo cáncer? ¿Tengo cáncer?

El doctor pierde los nervios y al final hace lo que tiene que hacer, que es colgarme el teléfono.

—Hasta mañana, doctor —musito yo, y suspiro.

Desconecto el teléfono y me siento en los escalones mirando el agua y los dos largos puentes bajo un cielo azul salpicado de nubes. Una foca asoma la cabeza a unos cincuenta metros de donde estoy, entre las olas. Se queda allí un rato, subiendo y bajando, mirando la isla y quizás a mí también, y después desaparece entre las ondulantes aguas grises.

Miro el teclado del teléfono celular y pongo el dedo en el 0 dispuesto a marcar tres números.

Es perfectamente factible que Andy vuelva, me diga alegremente: «Hola», y a continuación me vuele la tapa de los sesos, simplemente por seguir la regla general.

No lo sé.

Mi dedo titubea sobre la tecla, pero finalmente se retira.

No, no lo sé.

Me quedo sentado allí un rato, expuesto al viento y al sol, tosiendo de vez en cuando y mirando alrededor con el teléfono aferrado fuertemente entre las manos.

DORMIR CUANDO ME MUERA

En el corazón de la grandilocuente elegancia gris de esta ciudad festiva hay una oscuridad literal, un viejo vacío lleno de enfermedad, desesperación y muerte. Bajo la elevación realizada en el siglo dieciocho en donde se alza el ayuntamiento, acanalado en la inclinada pendiente entre la curva sinuosa que sigue la orilla del río por Cockburn Street y la adoquinada anchura de High Street frente a la catedral de San Giles, hay una sección de la vieja ciudad que fue amurallada hace cuatrocientos años.

El arrabal llamado Mary King fue abandonado y sepultado en el siglo dieciséis, dejándolo tal como estaba, sin tocarlo, debido a la enorme cantidad de gente que murió de la plaga en las abarrotadas casas de vecinos de esa zona de la ciudad vieja. Los cuerpos fueron encomendados a las fosas comunes en que se convirtieron sus propias casas, en donde dejaron que se pudrieran, y solo muchos años más tarde se retirarían sus huesos.

De ese modo, entre los escombros de ese depurado glaciario al este del tapón volcánico del despeñadero del castillo, en las oscuras profundidades del corazón cívico de esta capital durmiente, reposa hasta hoy día ese viejo y helado arrabal en la más absoluta oscuridad.

Fuiste allí hace cinco años con Andy y las chicas con quienes salíamos en aquellos días. Andy conocía alguna gente en el ayuntamiento y concertó una visita mientras se encontraba en la ciudad para la presentación de la sucursal de The Gadget Shop en Edimburgo; para pasar un buen rato, según dijo.

El lugar era más pequeño de lo que esperabas y muy oscuro y olía a humedad, y el techo negro y las paredes negras rezumaban agua. La chica con quien ibas no pudo aguantarlo y se fue escaleras arriba hacia el pasadizo por donde había desaparecido el viejo guarda que nos había recibido, y cuando las luces se apagaron repentinamente unos minutos más tarde se produjo la oscuridad más completa y definitiva que jamás habías experimentado en tu vida.

La chica que iba con Andy emitió un grito entrecortado, pero Andy se limitó a soltar una risotada y encendió una linterna. Lo había preparado todo en connivencia con el guarda; una broma.

Pero en esos momentos de negrura total te quedaste inmóvil, como si tú mismo estuvieras hecho de la piedra que conformaban esos raquíticos edificios enterrados que te rodeaban, y a pesar de todo tu aprendido cinismo, a pesar de tu masculinidad occidental materialista de finales del siglo veinte y de tu rabioso desprecio por cualquier superstición, sentiste en ese instante un rastro de auténtico y absoluto terror, un insuperable pavor primitivo a la oscuridad; un temor enraizado en algún momento anterior a que tu especie llegara a ser humana y se conociera a sí misma, y en aquel

espejo primigenio del alma, en aquel rayo de revelación autoconsciente que sondeaba tanto la profundidad de tu historia colectiva como la de tu propio ser individual, pudiste vislumbrar —en aquel instante amplificado, petrificado— algo que eras tú y que no eras tú, que era una amenaza y que no era una amenaza, que era un enemigo y que no era un enemigo, pero que estaba poseído de una indiferencia absoluta, convenientemente funcional, mucho más espeluznante que el mal.

Y así sigues sentado en Salisbury Crags, recordando aquella oscuridad que no puedes borrar de tu mente y contemplando de lejos la ciudad, sintiendo compasión por ti mismo y maldiciendo tu propia estupidez y la crueldad institucionalizada, la bendecida codicia legal y letal de las empresas, los gobiernos y los accionistas; de todos ellos.

Una pelota de tenis.

Dicen que suele ser del tamaño de una pelota de tenis. Te deslizas la mano por dentro del abrigo y de la chaqueta y presionas con los dedos por debajo de la costilla flotante de tu lado izquierdo. No estás seguro de sentirla, esa cosa, lo que podría ser o no ser un tumor; toses un poco cuando presionas y el dolor aumenta. Dejas de apretar y el dolor desaparece.

Una operación, inyecciones; quimioterapia. Náuseas y calvicie prematura, probablemente temporal.

Te acurrucas abrazándote las piernas y te pones a balancearte hacia adelante y atrás sin apartar la vista de los capiteles, tejados, torres, chimeneas y árboles de la ciudad y los parques y campos que hay más allá, en la dirección de los dos puentes. Mirando a la izquierda puedes distinguir la isla de Cramond, Inchcolm, Inchmickery y Inchkeith. Inchmickery se ve pequeño y atestado de edificios, con dos torres que sobresalen entre ellos.

Andy volvió subiendo los escalones un cuarto de hora más tarde, silbando. Te preguntó lo que habías hecho; le dijiste que habías llamado al médico. Sonrió, te dijo que te quedaras con el teléfono y te pidió que le dieras una hora antes de llamar. A continuación, extendió la mano hacia ti.

Tú sacudiste la cabeza sin estrechar su mano y bajaste la vista. Él esbozó una sonrisa forzada, se encogió de hombros y pareció comprenderte. Dijo: «Adiós», y eso fue todo; se deslizó escaleras abajo y desapareció.

Cinco minutos más tarde, desde un emplazamiento de cañones circular en el lado este de la isla, rodeado de manchas de cagadas de pájaros y acosado por estridentes y chillonas gaviotas, contemplaste cómo la pequeña balsa hinchable se deslizaba entre las olas en dirección a Granton. Al sur, la ciudad y las colinas se alzaban destacadas y luminosas.

Le concediste la hora. Veinte minutos después de que marcaras el número de la policía aparecieron un par de lanchas botando entre las olas hacia la isla; después

llegaron más polis, tras volver una de las lanchas a recogerlos.

Encontraron los restos que faltaban del doctor Halziel en uno de los depósitos de munición subterráneos excavados en la roca de la isla.

Tuviste una última entrevista con McDunn durante la cual le contaste una y otra vez lo que pasó tanto en Inchmickery como el día antes, en la carretera, volviendo del funeral (los polis ya habían revisado tu coche; Andy había puesto una bolsa semipermeable de plástico llena de azúcar en el depósito de combustible mientras estabas en la isla asistiendo al funeral).

Le contaste a McDunn que Andy escondió el teléfono en una de las construcciones de la isla y que tardaste una hora en encontrarlo. No estás seguro de si te cree o no. Le dijiste que Andy te dejó llamar a tu médico —encañonándote en la cabeza— para probar que el teléfono funcionaba antes de esconderlo. McDunn asintió en silencio, como si ahora todo encajara en su sitio.

Los polis se quedan en tu piso unos cuantos días más, esperando en vano que Andy aparezca por allí. Mientras tanto, Al y su esposa parecen contentos de dejarte que te quedes con ellos en Leith.

Intentaste rescatar el programa de *Despot* un par de veces, pero sin demasiado entusiasmo y sin resultados positivos. Intentaste el truco que te enseñó Andy para el programa *Xerium* y funcionó. Pero ahora no puedes distraerte con juegos. Esta mañana te llegó una carta reenviada a tu nueva dirección en que la compañía financiera te comunica que van a recobrar la posesión de tu ordenador portátil si no pagas los plazos que debes. Piensas que vas a dejarles que se lo lleven.

En el periódico saben que no estás bien y todo el mundo te apoya y se muestra simpático contigo. No te exigen mucho, pero sir Andrew llamó desde Antigua y sugirió que quizá te gustaría escribir una serie de artículos sobre tus experiencias: la versión definitiva sobre toda esta historia. Otros periódicos están interesados en ello; no escasean las ofertas, formas de sacar dinero del pacto.

Puedes ver la lluvia en el aire que barre sin tregua la ciudad en dirección a donde estás, desviada por ese viento del oeste, oscureciendo ahora la vista de los puentes y arrastrando inmensos velos sesgados de agua sobre las islas del estuario. Podría ser aguanieve, no lluvia.

Ayer por la noche te acercaste por Cowgate y conseguiste un poco de coca para animarte un rato.

Te aseguras de que no haya nadie por allí, después te vuelves y te encorvas, de espalda al viento. Te proteges con el abrigo, sacas la pequeña cajita de latón del bolsillo de la chaqueta y la abres. El material ya ha sido bien pulverizado, recoges un poco con la llave del coche y lo esnifas, dos montoncitos minúsculos para cada agujero de la nariz, después tres y finalmente cuatro cuando ves que la garganta no se te queda tan insensible como debería. Así está mejor.

Guardas la cajita, sorbiendo por la nariz. Te das una palmada en el otro paquete que llevas en la chaqueta y te encoges de hombros, lo sacas y lo abres. También te lo

compraste anoche. Qué coño. Que se joda el mundo, a tomar por culo la realidad. San Hunter lo entendería; El tío Warren escribió una canción sobre eso.

Te enciendes un cigarrillo, sacudes la cabeza mirando hacia aquella ciudad entronizada en gris, y te echas a reír.



IAIN MENZIES BANKS (Dunfermline, Fife, Escocia, 16 de febrero de 1954 - 9 de junio de 2013) fue un filósofo y escritor de novelas de literatura general (como Iain Banks) y de ciencia ficción (como Iain M. Banks). Hijo único de un oficial del Almirantazgo y antiguo profesional de patinaje sobre hielo, estudió en la Universidad de Stirling literatura inglesa, filosofía y psicología. En 1975 viajó por Europa, Escandinavia y Marruecos. Durante un año, trabajó como técnico de pruebas en la compañía British Steel, pasando una temporada en la construcción de Nigg Bay, zona que le sirvió de inspiración para *La fábrica de avispas* (1984), su elogiada novela sobre un adolescente depravado. A su regreso en Escocia trabajó durante seis meses en la compañía IBM, y en 1979 se trasladó a Londres. Después de *La fábrica de avispas*, continuó publicando novelas, muchas de ellas dentro del género de ciencia ficción. Entre ellas destaca *Pasos sobre el cristal* (1985) y *Pensad en Flebas* (1987), considerada como una de sus mejores obras. La narrativa de Iain Banks se caracteriza por su interés por la tecnología, las armas peligrosas y el juego. Al margen del género policíaco escribió *El camino del cuervo* (1992), a medio camino entre los ritos de paso y la novela policíaca con la típica tenebrosidad que le caracteriza. *Cómplice* (1993) es una comedia negra en la que un misterioso asesino elige como víctimas a seres moralmente en quiebra, como traficantes de armas o de pornografía. En 1995 publicó una novela de ciencia ficción, *With*, a la que siguieron *Excesión* (1996) y *Una canción de piedra* (1997). Su publicación más reciente es *El negocio* (1999) y *Look to Windward* (2000).

NOTA

[1] Juego de palabras con nombres de poblaciones de Escocia. (*N. del T.*) <<